
Marcado por el Odio
SERIE LOS HERMANOS MALCOLM - 1
ALISON DONOVAN

Marcado por el Odio

ALISON DONOVAN



Copyright 2025 de Alison Donovan
- Todos los derechos reservados –
Romance Histórico
Libros de Afrodita



Un error hará que caiga en sus manos su más preciado enemigo. Solo que no contaba con enamorarse de ella.

Después de que la tragedia se llevara a sus dos primeras esposas, **Niall Malcolm** no quiere volver a casarse. Aunque todos en su clan insistan en que lo haga y le roban una novia: una belleza intrépida y enérgica que puede empuñar una espada tan bien como cualquier hombre. Ahora Niall deberá mover cielo y tierra por la mujer que ha sanado su alma, y que guarda un secreto que podría arruinarlo todo.

Cuando **Elsbeth MacDowell** recibe la noticia de su inminente matrimonio con un noble lascivo, décadas mayor que ella, decide idear un plan. Pero este sale terriblemente mal cuando la secuestran. Ahora la única forma de sobrevivir es continuar con su engaño y ceder ante Niall Malcolm, el enemigo más odiado de su clan y el hombre más apuesto que jamás haya conocido**.**

Libros de la serie

1º Marcado por el odio (A la venta en junio, 2025)

2º Corazón desgarrado (A la venta en agosto, 2025)

3º Ángel vengador (A la venta en octubre, 2025)

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 21

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Siguiente libro de la serie

Prólogo

Escocia, 1420

Mientras el trueno rugía y los relámpagos centelleaban fuera de la habitación de la torre, la anciana lloraba sobre el cuerpo inmóvil que yacía en la cama.

El rostro de su dama estaba tan pálido como la muerte que se cernía sobre ella. No había muerto todavía, pero, sin embargo, se estaba apagando lentamente.

Bethia MacDowell había criado a Lady Gwen, había visto cómo se casaba felizmente con un Malcolm, solo para descubrir que su marido era un monstruo.

Quería a Lady Gwen como si fuera su propia hija.

La joven siempre había estado intrigada por la «visión» de su niñera y a menudo le había pedido a Bethia que le adivinara el futuro. El año pasado, Bethia había mirado la mano de su señora y había visto la muerte. Para su amargo pesar, no había dicho nada. La habían llamado bruja demasiadas veces. Lady Gwen siempre la había protegido, pero si predecía una muerte...

Anteriormente había advertido a su señora, en vano, que no se casara con Malcolm. Lady Gwen se había quedado deslumbrada por la oscura belleza del lord y se había reído de sus advertencias.

La amargura y el arrepentimiento inundaron a Bethia. No había logrado proteger a su protegida. Volvió a mirar a su señora. Lady Gwen llevaba cinco años casada y no había tenido hijos. Su marido quería un heredero a cualquier precio, incluso a costa de la vida de la dama que lo amaba.

Para conseguirlo, había ideado un plan para deshacerse de ella, aunque sin aparecer culpable al no querer una disputa con los MacDowell. La había encadenado a una roca para ahogarla en el mar y así poder decir que su esposa se había ahogado mientras deambulaba por la playa.

Habría sucedido según lo planeado si los pescadores no la hubieran rescatado arriesgando sus propias vidas. Su cabeza era todo lo que había quedado por encima del agua. Unos momentos más y...

La habían llevado de vuelta a casa de los MacDowell, a Cressingham. Pero, al final, no había importado. El corazón de lady Gwen estaba roto, su espíritu destruido por el terror y la traición. Simplemente se había rendido. La fiebre se encargó del resto.

Bethia se inclinó.

—Pagarán, milady —susurró—. Pagarán por esto.

Sostuvo la mano de lady Gwen hasta que llegó el último aliento. Había dicho que llamaría al padre de lady Gwen cuando llegara el momento, pero él había sido tan culpable como los Malcolm. Él también había querido ese matrimonio. Él también había ignorado sus advertencias.

Bethia se inclinó y tocó la mejilla de su señora. Luego se puso de pie, caminó lentamente hacia la ventana y miró hacia las propiedades de los Malcolm, a muchos kilómetros de distancia. La lluvia golpeaba contra la ventana de cristal. Los relámpagos

iluminaban la tierra a sus pies. Aun así, los hombres seguían montando a caballo. Habría represalias esa noche.

Abrió la ventana y se preparó para el vendaval de viento salvaje mezclado con lluvia. La habitación se oscureció cuando el viento apagó las velas. Levantó el brazo en dirección a las tierras de los Malcolm.

Nadie ocuparía el lugar de Lady Gwen. Nunca.

Cerró los ojos y se concentró. Conocía sus poderes. Los había mantenido ocultos por miedo a ser quemada en la hoguera. Pero eran fuertes en su interior, nunca tanto como ahora.

Apretó los dedos en un puño mientras gritaba las palabras en medio de una noche salvaje.

—Ninguna novia de un Malcolm vivirá larga o feliz y todos los Malcolm sufrirán por ello.

El cielo estalló con relámpagos, como si reconociera la maldición. Los truenos sacudieron el castillo. Las palabras resonaron en la habitación que luego fueron arrebatadas por el viento.

Las lágrimas se mezclaron con la lluvia, pero ella sintió un cierto triunfo. Su señora sería vengada por siglos de dolor de los Malcolm.

Capítulo 1

Escocia, 1509 d. C.

-¡NO!

El grito se le escapó de la garganta a Elsberth MacDowell mientras miraba el mensaje de su tío.

Él no le haría esto. No podía hacerle esto.

Sus manos aplastaron el pergamino como si al hacerlo pudiesen borrar las palabras. Nunca pensó que su tío y tutor aceptaría un matrimonio para ella con un hombre que le triplicaba la edad. Había conocido a este conde en particular una vez. El marido que le habían elegido. Era un hombre de gran corpulencia, pelo sucio y de modales arrogantes y crueles. Recordaba demasiado bien cómo sus ojos se habían posado en sus pequeños pechos de una manera que la hacía estremecerse.

Las palabras de la carta se le quedaron grabadas en la mente.

El rey desea este matrimonio. Es una buena alianza para los MacDowell. Serás escoltada a Edimburgo dentro de quince días para el compromiso formal.

El miedo y la desesperación le retorcieron el estómago. La estaban vendiendo por conveniencia.

Como pupila, sabía que tenía pocas opciones en el matrimonio. No era una belleza, pero su tío era uno de los hombres más influyentes de Escocia. Y eso la hacía no solo aceptable, sino muy codiciada. Una alianza con los MacDowell era valiosa.

Sin embargo, siempre había creído que su tío intentaría elegir un buen hombre además de uno rico. Callum MacDowell la había acogido en su casa tras la muerte de su hermana, Fiona, y su marido, Gavin MacDowell, de los MacDowell de Loudin.

Pero Callum MacDowell rara vez estaba en Cressingham. Pasaba la mayor parte del tiempo en la corte escocesa de Edimburgo. Cuando estaba en casa era indiferente con ella, pero nunca cruel.

Elsberth cerró los ojos. Quería complacer a su tío. Él y Jamie eran toda la familia que tenía. Él la había acogido y había cubierto sus necesidades, pero ella no se casaría con el conde de Betancourt.

Deambuló por el gélido pasillo de la torre del homenaje. Tenía que ver a Caitlin, su amiga, que se había retirado a su habitación para leer su propia carta. Pero la de Caitlin era de su amado mientras que la de Elsberth había contenido una sentencia peor que la muerte. Los dos mensajes habían llegado juntos, ambos por mensajero especial desde Edimburgo.

Elsberth llamó a la puerta de Caitlin y luego la abrió. Caitlin estaba sentada en una silla y sostenía la carta con las manos apretadas.

—Jamie estará unos días más en Londres —dijo—. Tendremos que retrasar la boda.

—Lo siento —contestó Elsberth, deseando desesperadamente tener un problema así.

Amar al hombre con el que iba a casarse. Qué maravilloso sería.

Caitlin y su familia habían estado de visita en Cressingham para completar las formalidades del matrimonio y esperar la llegada de

Jamie, que había estado en Londres haciendo un recado para el rey. Entonces, el rey Jacobo convocó de forma repentina al tío de Elsberth en Edimburgo y el padre de Caitlin también se marchó. Caitlin había suplicado quedarse otra semana para trabajar en su vestido de novia.

Caitlin levantó la vista de la carta y se encontró con la mirada de Elsberth.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha dicho tu tío? ¿Es algo sobre Jamie? —Sin mediar palabra, Elsberth le entregó la carta a Caitlin.

El rostro de Caitlin se ensombreció mientras la leía, y luego preguntó con su voz suave y gentil:

—¿Qué vas a hacer?

Elsberth se encogió de hombros sin esperanza.

Caitlin le tendió la mano.

—Ojalá... Ojalá pudieras ser tan feliz como yo.

—Me alegro de que lo seas. Jamie te quiere. —Intentó sonreír, aunque su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos.

Caitlin no dijo nada. Ella también había estado en los grandes eventos a los que asistía el conde. También lo había visto. Y

probablemente había oído historias sobre su libertinaje.

—¿Qué puedes hacer? —Elsberth negó con la cabeza—. Si Jamie estuviera...

—Pero no está —indicó Elsberth con tristeza. Caitlin creía que Jamie podía resolver todos los problemas. Ella misma también lo había creído. Pero ¿cómo podía desafiar al rey?

—La carta decía que debías estar lista en quince días.

Quedan dos semanas para que mi vida termine. Su mente funcionaba de forma frenética. Siempre había sabido que su único valor para su tío era el matrimonio, una alianza. Pero también sabía que era, en el mejor de los casos, una chica corriente y que no resultaba muy atractiva para los posibles maridos. Tenía la esperanza de que...

No sabía qué esperaba. Pero, desde luego, no creía que le concertaría un matrimonio con alguien tan... espantoso. Su tío decía en la carta que el rey quería este matrimonio, pero ella también sabía que el rey necesitaba a su tío.

Si Jamie estuviera aquí... Era más hermano que primo. Había perdido a dos hermanas en la infancia y había asumido de buen grado el papel de protector con ella desde el primer día en que llegó

a Cressingham como una niña de cinco años desconsolada y confundida.

Su tío lo había aprobado, pues eso lo liberaba a él de la responsabilidad de cuidarla. Y mientras Jamie se desempeñara bien en las artes militares, Callum MacDowell prestaba poca atención a sus actividades externas.

No sabía, o al menos Elsberth no creía que lo supiera, que su único hijo le había enseñado a pelear, a usar el arco y también la espada. Tampoco le importaba que Jamie le hubiera enseñado a leer, aunque Callum creía que las mujeres no debían molestarse en esas cosas.

Sorprendentemente, ella era muy buena en lo primero e incluso mejor en lo segundo, un hecho que había divertido a su primo, al igual que su interés por la curación. Maigrey, la curandera, había sido su amiga y le había enseñado las artes curativas.

Jamie la había tratado como a una igual, o casi igual. No le importaba que fuera sencilla, que su pelo rojo fuera indomable y que tuviera pocos de los atributos femeninos que la mayoría de los hombres admiraban en una mujer.

A Betancourt le importarían poco sus habilidades poco ortodoxas. Querría una esposa que atendiera sus necesidades, que produjera más herederos.

De nuevo su mente se dirigió a Jamie. Pero ¿qué podía hacer él? Sabía que ni el rey ni su tío eran hombres a los que se debía desafiar. No quería que Jamie perdiera la cabeza por su culpa. Debía ayudarse a sí misma. Y solo tenía dos semanas para hacerlo.

—¿Elsberth?

Trató de sonreír, pero sabía que había fracasado miserablemente. Quería llorar, pero las mujeres MacDowell no lloraban.

—No lo haré —repitió—. No me casaré con él.

—Pero el rey...

—No puede hacer nada si yo no estoy aquí. —Ya se le estaban ocurriendo algunas ideas. Cualquier cosa sería mejor que casarse con el conde. ¡Cualquier cosa!

Iría primero a un convento y pediría asilo.

¡Un convento!

Esa era la respuesta. Preferiría eso con creces a casarse con una bestia. Había uno a menos de cuarenta kilómetros.

Haría las maletas esta noche. Cabalgaría mañana. Ella y Caitlin solían ir a cabalgar, aunque solía haber un guardia con ellas. Tendría que encontrar la manera de distraer al guardia.

¿La ayudaría Caitlin? Su amiga era tímida, incluso temerosa y respetuosa con el deber y la autoridad. Sin embargo, tenía una dulzura y una lealtad que conquistaban corazones. Elsberth, a menudo, se había preguntado por su amistad, pues eran muy opuestas. Pero, tal vez, esa era también la atracción.

Elsberth perdería incluso *su propia* amistad. Cogió la carta de Caitlin.

Caitlin la miró fijamente, la consternación escrita en su rostro.

—¿Cómo vas a irte? —Elsberth habló con rapidez, soltando las palabras antes de pensarlas bien.

—Tú y yo vamos a montar a caballo con un mozo cada mañana. Tal vez pueda engañarlo y cabalgar hacia el convento más cercano.

—No te aceptarán sin una dote —aseguró Caitlin—. Sé que mi padre tuvo que pagar una por mi prima.

—Tengo algunas joyas de mi madre —indicó Elsberth.

—No desafiarían al rey. —Caitlin probó con otra táctica.

Su amiga tenía razón. Pocos en Escocia lo harían. Si iba a escapar, debía huir fuera del alcance del rey y de Betancourt. Si pudiera llegar a Jamie en Londres, él podría ayudarla a huir a Francia sin que nadie se enterara.

—¿Me ayudarás? —le preguntó a Caitlin—. Tendrías que montar conmigo. Puedes llevar una de las yeguas más lentas, así podrás decir que hui sin que pudieras seguirme el ritmo.

—Ojalá Jamie estuviera aquí —suspiró Caitlin.

—Me alegro de que no esté. Estaría arriesgando su vida si desafiara al rey.

—Lo haría —expresó Caitlin—. Desafiaría tanto a su padre como al rey por ti. —Ella vaciló, y luego dijo en voz baja—: Por supuesto que te ayudaré.

Elsberth se sintió fatal. Sabía lo que le costaba a Caitlin pronunciar esas palabras. Quería retirar la petición, pero necesitaba la ayuda de Caitlin con demasiada urgencia. Se aseguraría de que no se culpara a su amiga.

—Tendré que coser las joyas en la capa y decidir qué puedo llevar conmigo.

—Te ayudaré —dijo Caitlin con la voz más segura ahora que había tomado la decisión de ayudarla.

Aun así, Elsberth vio la aprensión en los ojos de su amiga. La culpa la atravesó como una puñalada.

Pero sabía que nunca se le permitiría abandonar las murallas del castillo sola. También sabía que tenía que actuar con rapidez.



Ella y Caitlin cenaron solas con solo su doncella como asistente. No tenía ganas de cenar en el gran salón con los ruidosos hombres armados. Esta noche no.

Por lo general, cenaban bien, y esta noche no fue la excepción. Elsberth atesoraba cada bocado, sabiendo que probablemente no volvería a tener esa comida en mucho tiempo. Cordero y capones, salmón, peras y manzanas, y pan y tartas recién horneados. Su tío insistió en tener una buena cocinera, ya que a menudo recibía a

otras familias de las Tierras Altas e incluso al rey en algunas ocasiones. La cocinera, Sarah, estaba muy orgullosa de su trabajo, incluso era un tanto arrogante, por lo que se negaba a permitir que nadie entrara en la cocina, a no ser que no fueran sus ayudantes. Esos que ella mismo había elegido.

Elsberth había intentado visitarla y aprender más sobre la cocina, pero siempre la rechazaban. Todos la rechazaban cuando quería ayudar. Todos menos la curandera y Jamie.

La aprensión le quitaba el apetito, pero sabía que necesitaba comer. También comería bien por la mañana, porque correría por su vida.

Caitlin le lanzó miradas de simpatía a Elsberth mientras daba un bocado y luego otro. Después de haber comido todo lo que pudo, tomó el pan restante y lo envolvió en un trozo de tela. Se lo llevaría al día siguiente.

Despidió a su criada por esa noche y luego ella y Caitlin cosieron joyas en su capa.

Cuando terminaron, Elsberth tomó la mano de Caitlin.

—Gracias. Me aseguraré de que no se te culpe.

Se abrazaron y luego Caitlin se fue a su habitación.

Elsberth se acercó a la ventana y contempló las colinas que tanto amaba. Todo lo que había en su vida se había hecho añicos. ¿Debería intentar quedarse y sacar el máximo provecho del matrimonio propuesto? Volvió a pensar en el conde, en la crueldad y la lujuria de sus ojos. Ya había tenido tres esposas y abundaban los rumores sobre el destino de cada una de ellas.

Jamie y Maigrey le habían enseñado a valorarse a sí misma, y ahora no se la consideraba más que un objeto de negociación.



Niall Malcolm estaba de pie en el acantilado mirando al mar con un humor tan frío y sombrío como las olas rompiendo contra las rocas.

Había regresado cuatro días antes, y el lugar ya estaba minando su alma. Diez años lejos y, sin embargo, parecía que hubiera caminado por estos acantilados ayer, llorando por la muchacha a la que había amado por encima de todo.

Ojalá estuviera en otro lugar.

Si no fuera por el deber sería capitán de su propio barco mercante en climas más cálidos. Era marinero y comerciante por elección propia. Hacía tiempo que quería cortar los lazos que lo ataban a un legado de odio y derramamiento de sangre. Quería alejarse de este lugar que lo perseguía.

El deber lo había traído de vuelta. Era lo único que podía hacerlo.

Su clan estaba en peligro. Los MacDowell habían estado asaltando pequeñas aldeas y robando ganado desde que su padre murió dos años antes. Su medio hermano mayor, Kinner, había desaparecido en Francia. Su medio hermano menor, Hammish, no era un guerrero.

La noticia de la muerte de su padre y la desaparición de su hermano finalmente le había llegado a Leith un año después de que fuera enviada. Seamus, el segundo al mando de la familia, aparentemente había perdido la esperanza de encontrar a Kinner y lo había llamado a él. Era una súplica urgente que no podía ignorar, por mucho que quisiera.

También había recibido noticias en Francia que lo habrían llevado a casa de todos modos. Era un mal presagio para los

Malcolm.

Su mirada se dirigió al estrecho de Mull. Contempló la roca que, según algunos, había causado todas las desgracias de los Malcolm, incluida la muerte de las dos esposas de Niall.

Fue en esa roca, décadas atrás, donde uno de sus antepasados encadenó a su esposa MacDowell con la esperanza de que la marea la ahogara. Ella sobrevivió unos días, pero una maldición de los MacDowell y la guerra habían perseguido a los Malcolm desde entonces.

—¿Niall?

Se dio la vuelta.

Seamus se había acercado tan silenciosamente que no se había dado cuenta. No era algo bueno. Como un guerrero que atacaba a los MacDowell, podía oír el susurro de la hierba. Otro recuerdo que preferiría olvidar.

—Nos alegramos de que hayas regresado —anunció Seamus.

—No me diste muchas opciones.

—Te hemos extrañado.

Niall no dijo nada. No echaba de menos este lugar, aunque sí a sus amigos.

—Niall, sé que no quieres volver a casarte, pero tienes que hacerlo.

—Y un cuerno —respondió con brusquedad. Su mirada volvió a posarse en esa maldita roca.

—Quizás la maldición no vuelva a alcanzarte, Niall.

—Lo hizo con Cora y Leanna. Y no estoy dispuesto a correr otra vez ese riesgo. —Seamus guardó silencio.

—Sé que querías a Cora.

—Amaba a mis dos esposas —corrigió Niall, aunque eso no era del todo cierto. Cora tenía su corazón. Leanna tenía su lealtad y gratitud.

—Pero el clan necesita un heredero. Y como nuevo laird es tú responsabilidad.

—Tengo dos hermanos. —Había jurado no volver a casarse. Había perdido a dos esposas. No quería infligir un destino similar a otra mujer lo suficientemente imprudente y desafortunada como para aceptarlo.

Kinner volvería. Todos menos Niall pensaban que estaba muerto. Kinner era demasiado fuerte, demasiado sabio, demasiado querido para morir. Siempre había sido el favorito. Había sido el heredero, algo de lo que Niall nunca se había arrepentido. Siempre había admirado a Kinner, siempre había seguido su ejemplo, hasta el día en que Cora murió y decidió labrarse su propio camino. Siempre se había sentido atraído por el mar y la fuente de riqueza de la familia. Conociendo su dolor, su padre había respaldado su viaje inaugural como comerciante. Eso fue hace diez años.

Aunque no tenía sentido pensar en eso ahora. Tenía responsabilidades, pero no incluirían el matrimonio.

—No tengo que hacer nada que no quiera hacer —le recordó Niall a Seamus.

—No es cuestión de deseos, sino de obligación. —insistió Seamus.

Si no le hubiera salvado la vida a Niall más de una vez, Niall lo hubiera callado. Pero la tolerancia no significaba conformidad.

—Además, no podemos esperar. Si mueres sin un heredero, los MacDowells olerán debilidad. No podríamos enfrentarnos a ellos.

Niall asintió en silencio de mala gana. Era la única razón por la que había regresado. No para engendrar un heredero, sino para crear la paz entre los dos clanes. Su padre había sido un laird fuerte que había mantenido unido al clan. Pero había intereses en conflicto, propiedades en disputa, enemistades incluso dentro del clan. Y esa debilidad los convertía en presa de los depredadores. Se preguntó si era el momento de contarle a Seamus lo que había oído, pero aún eran rumores. Necesitaba pruebas. Y *no quería* asumir el cargo de laird.

—Pero estás equivocado. Yo no soy el nuevo laird porque no pienso usurpar el lugar de Kinner. —Afirmó.

—Hace ya tres años que se fue —dijo Seamus—, y desde entonces no ha habido ni una palabra, ni un mensaje, ni una petición de rescate.

—No quiero oír hablar más de bodas y herederos. Soy mucho más feliz en el mar que en este maldito lugar. Aquí hay demasiados fantasmas. Estoy cansado de la guerra, primo. Estoy cansado de estas rencillas que se remontan a siglos atrás. Estoy harto de que la venganza genere más venganza. Estoy harto de la política y del constante cambio de lealtades y traiciones. No quiero formar parte

de ellos. Regresé porque dijiste que la situación era desesperada. Ahora veo que quieres un heredero en lugar de un líder. —No pudo evitar que el disgusto se apoderara de su voz. Estaba listo para montar a caballo y regresar a Leith, donde su barco y su tripulación esperaban sus órdenes.

Si no regresaba en el plazo de un mes, Sven, su primer oficial, tomaría el mando y zarparía hacia Francia con un cargamento de lana.

Seamus no dijo nada más, pero Niall supo por su expresión que no se había rendido.

Niall cambió de tema.

—¿Has dicho que ha habido frecuentes incursiones?

—Sí. Los MacDowell quemaron varias de nuestras aldeas periféricas y robaron el ganado. Les dije a nuestros arrendatarios que no tendrían que pagar el alquiler este año. Espero que te parezca satisfactorio. Sin nadie aquí que me guíe...

—Nadie más que Hammish ha estado aquí durante dos años —interrumpió Niall—, y te has manejado bien. No estoy muy seguro de por qué era tan urgente que regresara.

—Los MacDowell se están volviendo más atrevidos. He enviado protestas al rey, pero no tengo tu influencia. Tú eres el heredero designado, no Hammish. Él no tendría la autoridad ni la lealtad del clan. Debes solicitar el reconocimiento. Hasta que no te conviertas oficialmente en laird, no tenemos ningún poder real.

—De todos modos, tenemos poco poder en comparación con los MacDowell —aseguró Niall con ironía.

—Por eso debes casarte bien. Hay una chica, Caitlin Cameron, que traería una fuerte alianza a nuestro clan.

—Va a casarse con James MacDowell, todo Edimburgo lo sabe.

—Pero el joven MacDowell está en Inglaterra. Hay tiempo...

—¿Para robarle la novia a otro hombre? Creo que no.

—Los Cameron han sido amigos en el pasado. No se resistirían. Si su hermano o tú hubierais estado aquí, habría sido una alianza natural.

Niall apretó el puño en la palma de la otra mano.

—He dicho que no y no quiero oír hablar más del asunto.

Seamus se quedó callado, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Entonces, ¿qué debemos hacer con las incursiones?

Niall sabía que lo que dijera a continuación determinaría su liderazgo. Si es que, en verdad, lo quería, lo cual no era el caso. Se lo estaban endosando a él y a su infernal sentido del deber.

—Acuerda una tregua. Pídele la paz al rey. Ni siquiera los MacDowell lo desafiarían.

—No aceptarán a menos que crean que también podemos atacar, y nuestros Malcolm quieren venganza.

—Pues se llevarán una decepción.

—¿Y la destrucción de nuestras aldeas?

—No voy a matar a inocentes porque ellos mataron a los nuestros —aseguró en tono seco—. No si podemos lograr la paz a través de las negociaciones.

—Solo verán debilidad. —Seamus hizo una pausa—. Significa más que eso. Nuestra gente necesita ese ganado. Morirán de hambre sin él.

Seamus tenía razón. Necesitaría alguna amenaza con la que negociar. Finalmente asintió.

—Pero solo ganado. No habrá matanzas.

Seamus asintió.

—Así se hará. Organizaré una partida de asalto esta noche. ¿Quieres ir?

—Sí. —Era necesario si quería asumir el papel de jefe. Solo entonces podría llevar a los Malcolm a un acuerdo con los MacDowell. Tenía que demostrar su valía. Y se aseguraría de que no se repitiera el horror de años atrás, una noche que nunca había abandonado su conciencia. Esa noche ninguna mujer ni niño sufriría daño alguno.

Quizá pudiera hacer una tregua con los MacDowell y luego retirarse de nuevo al mar. El mar era solitario, pero los desafíos le quitaban parte del dolor que siempre lo acompañaba. La soledad. El arrepentimiento.

Nunca dejó de pensar en Cora, su primera esposa, su amor. Ella había sido encantadora. Pequeña, pero capaz de desprender un gran amor. Estaba tan emocionada por el nacimiento de su primer hijo. Ella le cogía la mano y se la apretaba contra su vientre y se regocijaban al sentir su movimiento en su barriga.

Pero algo salió terriblemente mal y los perdió a ambos. Y también a su corazón.

Se volvió a casar por conveniencia, solo para encontrar un afecto que no esperaba y otro dolor. Uno que convirtió su ya herido corazón en piedra.

Había vivido aquí con Cora. La habitación que había compartido con ella todavía parecía irradiar su presencia. El aroma de las rosas persistía incluso ahora, o tal vez era su imaginación.

No podía soportar quedarse allí. Se había mudado a otra habitación, al austero dormitorio de su juventud que no guardaba recuerdos de ella.

Pero los pasillos sí lo hacían.

No quería quedarse allí.

Sin embargo, cientos de miembros del clan dependían de él. No podía huir de nuevo. Haría lo que tuviera que hacer y luego se iría de nuevo al mar. Encontraría la manera de nombrar a Seamus laird hasta que su hermano regresara.

Kinner *iba a* regresar. De lo contrario, tendría que convertir a Hammish en un laird. Porque no quería, no podía, quedarse aquí. Y lo más seguro es que nunca volviera a casarse.



Cuando Elsberth y Caitlin llegaron a los establos a la mañana siguiente, les dijeron que no podían montar, que el capitán de la guardia había ordenado que nadie abandonara los terrenos del castillo.

Los MacDowell habían atacado a los Malcolm. Era inevitable que hubiera represalias.

Elsberth suplicó:

—George, sabes que monto todas las mañanas.

—Sí, lo sé, pero Ewan me dijo que no debía salir de los muros. Es demasiado peligroso.

Ewan era el segundo al mando de su tío y sin duda tenía órdenes suyas. No querían saber nada de su seguridad, pero sí de asegurarse de que permaneciera en Cressingham.

—Solo será una hora. Mi yegua necesita ejercicio.

—Puede ejercitarla en el patio de armas. O puedo llevarla a dar un paseo. No puedo hacer nada mejor por usted, milady.

Su expresión obstinada le dijo a Elsberth que nada lo haría cambiar de opinión. Necesitaba el puesto de mozo de cuadra jefe.

—Hablaré con Ewan —dijo ella levantando la cabeza e intentando mantener la dignidad. Ewan no era un hombre al que se le pudiera desafiar. Tenía toda la confianza de su tío, estaba facultado para llevar a cabo redadas por su cuenta.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Caitlin mientras caminaban de regreso a la torre.

—Te irás en cuatro días —dijo Elsberth—. Tendrás una escolta.

—Sí —convino Caitlin—, pero ¿cómo será eso...?

—Yo tomaré tu lugar. Tenemos la misma altura. El clima es lo suficientemente frío como para que nadie se sorprenda si llevas una capa que cubra tu cabello y un tartán en tu rostro.

—Pero los hombres de mi padre son muy protectores.

—Encontraré la manera —insistió Elsberth.

—Pero...

—Me aseguraré de proporcionarte una droga para que te duermas y no te culpen —aseguró Elsberth.

Caitlin la miró fijamente como si estuviera loca.

Probablemente lo estaba, pero tenía pocas opciones. La sola idea de unirse al conde de Betancourt la impulsó a tomar medidas desesperadas.

—No puede funcionar, Elsberth.

—Pero debo intentarlo —respondió ella—. Por favor, ayúdame.

—No puedo soportar la idea de que estés sola, sin protección.

—Sabes que Jamie me enseñó a usar una espada y un cuchillo, e incluso un arco. No estoy indefensa.

—Puede que no tengas la oportunidad de usar ninguno de ellos.

—Sí, tienes razón, pero una pequeña oportunidad es mejor que ninguna. Sé que Jamie me ayudará cuando lo sepa. Ojalá pudiera evitar el matrimonio hasta llegar a Francia. Sé que me ayudará una vez que esté lejos de Escocia.

Caitlin la miró con los ojos muy abiertos.

—Es muy peligroso. Yo no podría hacer eso.

—Podrías si te enfrentaras a una boda con Betancourt.

—Tú eres mucho más valiente que yo —aseguró Caitlin—. Solo me preocupo por ti. Quiero que seas mi hermana. Eres mi mejor

amiga. Mi única amiga de verdad.

—Entonces, ¿me ayudarás? —Caitlin asintió con reticencia—. Si tu escolta aparece a tiempo. Mi tío dijo que enviaría soldados a buscarme dentro de quince días.

—Lo harán. A mi padre no le gusta la ineficiencia —dijo Caitlin —. Llegarán según lo ordenado.

Elsberth extendió la mano y tomó la de ella.

—Me alegra mucho que Jamie te haya elegido.

Caitlin sonrió con los ojos iluminados.

—Sé que tengo suerte de que mi padre haya aceptado el matrimonio. Él realmente quería una alianza con los Malcolm. Si Kinner Malcolm no hubiera desaparecido...

—Se dice que los Malcolm son un clan brutal —indicó Elsberth —. Gracias a Dios que tú y Jamie estáis comprometidos.

Caitlin se estremeció.

—Lo sé. He oído hablar de la maldición de su familia.

—Ninguna novia Malcolm será feliz.

Elsberth se estremeció. Ella también había oído hablar de la maldición. Y sabía que el desastre había caído sobre casi todas las

novias Malcolm desde que se había pronunciado. Lo merecían, lo sabía. Un Malcolm había intentado ahogar a un MacDowell. Pero nunca entendió por qué la maldición estaba dirigida contra las novias y no contra los hombres, ya que era un hombre el responsable de la villana acción. Era injusto, pero todo lo relacionado con ser mujer era injusto.

Ambas consideraron la injusticia de ello por un momento, luego Caitlin tomó su mano.

—Haré lo que sea necesario.



Seamus continuó tratando de convencer a su señor de que debía casarse. Al cuarto día, estuvo de acuerdo con Bruce en que debían dejar el asunto en sus propias manos.

—Se niega a considerar una esposa —le indicó Seamus al capitán de la guardia de los Malcolm.

Bruce suspiró.

—Eso me temía.

—Es importante para el clan.

—No se puede obligar a un hombre a hacer lo que uno quiere. Sobre todo, a un Malcolm.

—Si no tiene elección...

—No entiendo lo que quieres decir —dijo Bruce.

—He oído que Caitlin Cameron está visitando a los MacDowell. Se dice que volverá a casa dentro de cuatro días. Podemos traerla aquí para el laird Niall.

—No aceptará.

—Pero si la raptamos quedará arruinada —indicó Seamus.

—Tendría una obligación. Se dice que Caitlin Cameron es una joven seductora. Hermosa, educada y obediente. Conozco a Niall. Querrá protegerla.

—Nos cortará la cabeza.

—Grita mucho, pero no es un hombre cruel —expresó Seamus —. Sabrá que tenemos en mente el interés del clan. Todavía está de luto por Cora. Quizá siempre lo esté. Y por la esposa de Edimburgo, pero podemos ayudarlo a darse cuenta de que puede estar bien, de que la maldición no es más que un mito.

—Y tendremos un heredero —respondió Bruce.

—Tendremos un heredero y nos vengaremos en cierta medida de los MacDowell al tomar por esposa a la joven MacDowell. Elije a tus hombres con cuidado y ve esta noche después de que partamos para una incursión al otro lado de la frontera. Trevor y yo mantendremos a nuestro señor ocupado en otra parte.

Capítulo 2

La noche era perfecta para una incursión, aunque mala para Niall y los hombres que lo acompañaban. Vientos helados soplaban contra sus mantos y capas. Nubes pesadas e hinchadas por la lluvia envolvían las escarpadas colinas en completa oscuridad.

Miembros del clan, familiarizados con la zona y experimentados en el sigilo, iban delante. Niall iba segundo en la fila de jinetes. Trevor, el segundo hombre después de Bruce entre los soldados de Malcolm, iba al frente. Un explorador había ido delante de ellos.

Niall se había ido demasiado lejos. Sabía que aún no se había ganado la confianza de su clan. Tendría que hacerlo esa noche. Esperaba que Bruce los acompañara, pero el hombre estaba enfermo y Trevor había ocupado el lugar del capitán de la guardia. El

largo viaje había provocado demasiados recuerdos, demasiado tiempo para pensar.

Niall no sentía la misma anticipación que había sentido cuando era joven y se embarcaba en su primera incursión. Entonces había sido una aventura. Poco sabía que se convertiría en una pesadilla.

Se le encogió el estómago al recordarlo. Había sido el líder de lo que iba a ser una pequeña y dura incursión en una aldea de los MacDowell, pero alguien los había visto y había alertado a otros. Su grupo había caído en una emboscada. Tres habían resultado heridos de muerte y, en un arrebato de venganza, sus compañeros de clan habían quemado todas las granjas. Uno había violado a una mujer y matado a su hijo por defenderla.

Niall nunca olvidaría la imagen de uno de sus propios compañeros de clan de pie, triunfante, sobre el cuerpo de un joven que había intentado proteger a su madre. Tampoco olvidaría la expresión de sorpresa en el rostro del hombre cuando Niall lo había matado mientras se volvía contra otro niño.

Solo tenía diecinueve años, era un joven inmaduro que creía que era el dueño del mundo y era un guerrero en el sentido más estricto de la palabra. Había cambiado esa noche y durante las

semanas siguientes, cuando sus compañeros de clan se habían burlado de él y lo habían ridiculizado. Solo terminó cuando su padre y Kinner apoyaron sus acciones. Sabía que algunos de su clan no entendían, nunca entenderían, que defendiera a un MacDowell. Incluso a un niño MacDowell.

Ahora recordaba cada momento. Sintió la enfermedad en sus entrañas, como lo había hecho entonces.

Habría dejado Inverleith, la sede de su clan, si no hubiera conocido y se hubiera casado con Cora. Ella había traído magia a su mundo, así como consuelo. Había entendido su dolor por esa noche y le había dicho que por eso lo amaba.

Esa magia y felicidad habían durado exactamente quince meses.

Él se fue después, se hizo a la mar y finalmente se casó con la hija del capitán de barco y se convirtió en capitán. Había sido un matrimonio de conveniencia para ambos y, sin embargo, él había llegado a querer profundamente a Leanna. No era la magia que había tenido con Cora, pero él sí la quería y trató de hacerla feliz los pocos meses que estuvo en el puerto.

No había traído a Leanna de vuelta al lugar donde Cora había muerto. Si se mantenía alejado, tal vez la maldición no lo volvería a tocar.

Pero lo había encontrado a él... y a Leanna.

Todavía no había regresado, no hasta doce días antes, diez años después del día en que se había ido. Había encontrado una fortaleza en ruinas, un clan desanimado diezmado por la disputa con los MacDowell y una casa con pocas mujeres. Al parecer, muchos habían llegado a creer que la maldición de los MacDowell afectaba no solo a los jefes del clan, sino a todos los Malcolm.

A su hermano Hammish parecía importarle más su laúd que la gestión de la fortaleza. Y mientras un Seamus envejecido ejercía de segundo al mando, una mujer llamada Moira se encargaba de las tareas domésticas. Era una curandera a la que habían obligado a ocupar un puesto para el que no tenía aptitudes ni formación. Las pocas sirvientas a las que instruía no estaban más capacitadas que ella. Algunas eran tímidas esposas de sus soldados; otras, hijas. A algunas les importaba, pero a la mayoría no.

Niall había mantenido su barco impecable. Sabía que la disciplina era vital para el bienestar de su tripulación, y la disciplina

comenzaba por mantener cierto orden.

En casa no había orden.

Hammish merecía algo de culpa, pero no toda. No era un soldado, no tenía inclinación a serlo ni estaba destinado a ser segundo al mando. Era demasiado blando, demasiado indulgente con lo imperdonable. Tenía planeado ser sacerdote y tenía el temperamento adecuado para serlo. Niall aún no había descubierto por qué no había seguido su vocación. Hammish había evitado las preguntas hasta entonces.

Niall solo sabía que, una vez que su padre murió y su hermano mayor desapareció, el clan se había desanimado.

El explorador regresó. Trevor levantó el brazo. Se detuvieron, desmontaron y hablaron en voz baja.

Niall fue excluido. Aunque todos parecían respetarlo y admirarlo, era obvio que confiaban más los unos en los otros que en su recién llegado jefe.

Se volvió hacia el explorador.

—Has encontrado el ganado.

—Sí —confirmó el hombre con cautela.

—¿Cuántos los custodian?

—Cuatro.

Niall se volvió hacia Trevor.

—No quiero que nadie muera, solo provocaría más ataques. Me llevaré a un hombre, el explorador, y silenciaré a los guardias. Quedaos aquí hasta que oigáis un silbido, entonces acercaos y coged el ganado.

—Pero mi laird...

—No hay peros, Trevor. Son mis órdenes.

Los otros ocho hombres lo miraron con incredulidad y descontento. La sed de sangre era evidente. Todos miraron a Trevor, que asintió de mala gana.

Se volvió hacia el explorador:

—Nab, tú vas delante. —El hombre parecía tener ojos que penetraban la oscuridad, pero Niall también. Había perfeccionado esa habilidad durante sus años en el mar y la necesidad de adaptar sus ojos a la oscuridad absoluta. El hombre se dio la vuelta, le dirigió una mirada cautelosa y siguió adelante. Caminaron durante mucho

tiempo, hasta que el hombre se detuvo. Nab subió una colina y le hizo una señal a Niall para que se acercara a él.

Miró hacia abajo. Las sombras se materializaron debajo de ellos. Ganado. Mucho ganado. Apenas se veía una hoguera bajo algún tipo de refugio.

—Es el ganado de Malcolm —murmuró el hombre a su lado—. Hace tres días no había ninguno aquí.

Niall no preguntó cómo lo sabía. Al parecer, sus parientes vigilaban las propiedades de MacDowell.

Miró a través de la niebla que había empezado a caer. Apenas podía distinguir tres formas.

—Dijiste que había cuatro hombres. Solo veo tres.

—Dos cerca del refugio. Uno en línea recta. Otro a nuestra izquierda.

—Me encargaré del que está más cerca de nosotros —dijo Niall —, luego del que está en el extremo. Acércate a los dos que están cerca del fuego, pero no actúes a menos que veas a uno de nosotros. Espera hasta que oigas el ulular de un búho. Eso significará que he acabado con los dos. —Hizo una pausa y luego

añadió—: No quiero que nadie muera, solo se llegará a ese extremo si no hay otra opción.

No le dio a Nab la oportunidad de protestar, aunque Niall intuyó que el hombre tenía la intención de hacerlo.

Niall avanzó rápidamente, sus zapatos no hacían ruido en el suave pero incesante golpeteo de la lluvia. Rodeó al primer hombre hasta situarse detrás de él, luego dio un paso adelante y puso su brazo izquierdo alrededor de su boca, la otra mano sobre su boca y lo arrastró hacia abajo. Antes de que el MacDowell tuviera tiempo de reaccionar, Niall lo golpeó con fuerza con la pesada empuñadura de su daga, luego ató a su cautivo con tiras de su propia ropa.

Tras esto, se movió con sigilo hasta situarse detrás del segundo hombre, que estaba sentado en una roca.

Lanzó una piedra y, cuando el guardia se volvió, Niall lo golpeó en la cabeza y atrapó su cuerpo mientras este caía. Con rapidez, lo ató como había atado al primer hombre.

Miró hacia la luz parpadeante de un fuego que apenas ardía y vio la gran figura de Nab en la sombra.

Niall se movió rápido entre los árboles hasta que estuvo cerca del refugio, hizo un sonido suave, como el ulular de un búho.

Mientras lanzaba otra piedra en dirección opuesta, dos hombres salieron del improvisado refugio de ramas y maleza. Nab cogió una y Niall se abalanzó hacia la otra. El sigilo ya no importaba.

En segundos, Niall tenía atado a su hombre. Nab seguía forcejeando con el suyo. Ambos hombres, el suyo y el de MacDowell, tenían dagas. Niall se colocó detrás de MacDowell y lo agarró por detrás del cuello. En un momento, él también estaba atado.

Nab lo miró indignado.

—Podría haberme hecho cargo de él.

—Sí, y se habría derramado sangre.

—Es algo natural derramar sangre de un MacDowell.

—Si queremos que nos devuelvan el favor —indicó Niall con sequedad—. Ya ha habido suficiente derramamiento de sangre. Recuperamos lo que nos pertenece, no necesitamos hacer nada más.

—Excepto vengar a nuestra gente.

—¿Quieres que muera más gente? —preguntó Niall.

El hombre lo miró con fijeza a través de la lluvia. Las caras apenas se veían. Nab finalmente asintió.

—Iré a buscar a los demás para que se lleven el ganado.

—Esperaré con estos guardias por si viene alguien.

Niall vio a su compañero desaparecer bajo la lluvia, luego comprobó las ataduras de los prisioneros MacDowell antes de agacharse ante el fuego. Apenas se había calentado cuando Trevor y los demás aparecieron, condujeron el ganado delante de ellos y comenzaron a regresar a su propiedad.

Niall los vio partir y luego aflojó las ataduras de uno de los prisioneros. Al hombre le llevaría horas liberarse, pero ya no era imposible que lo pudiese hacer. Ningún MacDowell moriría esa noche.



Elsberth esperó hasta bien pasada la medianoche.

La escolta de los Cameron había llegado a última hora de la tarde. Planeaban partir con Caitlin al amanecer. La escolta de Elsberth a Edimburgo llegaría en diez días.

Elsberth dio instrucciones al personal para que le sirviera su mejor vino a sus visitantes mientras ella evitaba el mayor contacto posible con ellos.

Como esperaba, la mayoría se retiró temprano, después de beber copiosamente vino que de normal solo se reserva para sus jefes. Elsberth había sido bastante generosa.

No le había dicho a Caitlin lo que planeaba para más tarde por la noche. En cambio, le había dicho a Caitlin que necesitaba dormir, así que se fue a su habitación y se quedó despierta hasta que el castillo se quedó en silencio.

Cuando se aseguró de que la mayoría estaban en la cama, cogió la vela de su mesita de noche y se deslizó por el pasillo y los escalones de piedra hasta el gran salón donde dormían los Cameron.

Nadie se movió. Abrió la gran puerta y se deslizó fuera, corriendo hacia los establos. Los mozos de cuadra, sabiendo que la puerta del castillo había sido cerrada, también deberían estar en la cama.

La noche era muy oscura. Las nubes eclipsaban la luz de las estrellas y la luna. Había humedad en el aire. Llovería al día siguiente, posiblemente en las próximas horas. Soplaba un viento

frío que le ajustaba la capa al cuerpo y le despeinaba el sombrero. Su mano protegía la llama de la vela para evitar que esta se apagara.

Disfrutaba de la sensación del frío intenso y húmedo. Sus oraciones habían sido respondidas. Casi.

Ella podía ayudar a esas oraciones.

Entró en el cuarto de las tachuelas. La vela parpadeaba por una brisa que soplaba a través de las puertas del granero. Su corazón casi se detuvo. No podía apagarse. No ahora.

La llama se estabilizó. Colocó con cuidado el candelabro en un saliente y luego fue a las sillas de montar pertenecientes a los miembros del clan Cameron. Se quitó una daga de la bota y rápidamente serró por la mitad una docena de cinchas desde abajo. Con suerte, nadie detectaría los cortes hasta que fuera demasiado tarde. Caídas. Confusión. Una oportunidad para escapar de quienes la protegían.

Trabajó con silenciosa eficiencia y enterró su culpa. Eran buenos jinetes. Una simple caída no les haría daño, y ella necesitaría toda la distracción que pudiera idear.

Cuando terminó, regresó sigilosa a su gran cama de plumas. Esa noche sería la última vez que se hundiría en su comodidad.

Elsberth durmió intranquila solo unas pocas horas y se despertó antes del amanecer. Se acercó a la ventana y dio gracias a Dios cuando vio que caía una fuerte lluvia.

Se esperaba que Caitlin llevara ropa protectora.

En una hora o menos, la escolta de los Cameron estaría preparada para partir.

Encendió una vela de la enorme chimenea donde aún ardían algunas brasas de los grandes trozos de leña que la habían calentado la noche anterior. Colocó varios trozos adicionales en el interior y esperó a que la cámara se calentara. Se vistió apresuradamente antes de que llegara su doncella. Primero, ropa de niño robada de los baúles de su primo de su juventud. Luego una camisa y una sencilla enagua y sobrevestido propios. Se metió el pelo debajo de un gorro oscuro y se miró en el espejo.

Ella y Caitlin tenían los ojos azules, aunque los de ella eran más oscuros; esperaba que la diferencia no se notara en la penumbra del amanecer. La mayor parte de su rostro estaba

protegido por una de las mantas de lana de Caitlin. El gorro y la capa cubrirían sus rebeldes rizos rojos.

Planeaba llegar tarde para unirse a los jinetes que partían después de que la mayoría ya estuvieran montados.

Caitlin llamó a la puerta y entró con una bandeja en la mano.

—Le dije a tu criada que estabas enferma y que te traería algo de comer —susurró.

Elsberth se acercó a su amiga, cogió la bandeja, la dejó sobre una mesa y le tomó las manos a Caitlin.

—Gracias. Te he traído un brebaje para dormir. Tienes que tomártela cuando me vaya, así todos creerán que te la di yo.

Los ojos de Caitlin se encontraron con los suyos.

—Elsberth, ¿estás decidida a hacer esto? —La voz de Caitlin se quebró por la preocupación.

—Lo estoy —aseguró Elsberth.

—Si descubren quién eres te traerán de vuelta. Tu tío se enfadará mucho.

—No puede hacerme nada peor de lo que ya me ha hecho —indicó Elsberth—. Si tan solo pudiera llegar a Londres...

—Pero ¿cómo?

—Viajaré a Londres como un chico. Tengo las joyas de mi madre. Puedo venderlas si es necesario. Si puedo encontrar a Jamie, creo que me ayudará.

—Pero eres una mujer.

Y las mujeres de buena cuna no viajaban solas. Podían pasar muchas cosas terribles, por eso tenía la intención de hacerse pasar por un muchacho. Sabía cuál sería su destino si se quedaba en Escocia.

Su silencio provocó otra pregunta de Caitlin.

—¿Cómo vas a perder a los escoltas?

—Tengo una idea o dos —respondió Elsberth, sintiendo una vez más una punzada de culpa por no decirle a su amiga que ya había tomado algunas medidas para facilitar la fuga. Cuanto menos supiera Caitlin, más segura estaría. Su amiga no mentía bien.

Tampoco ella. Pero ahora su vida y su futuro estaban en peligro y la desesperación hacía posibles acciones que antes eran impensables.

—¿Y entonces qué? —preguntó Caitlin.

—Hay muchas cuevas en la zona —respondió Elsberth—. Jamie solía llevarme a explorarlas. Me dijo que debería saber dónde esconderme si alguna vez me atrapaban fuera de las puertas. —Si podía llegar hasta ellas, podría esconderse durante varios días y luego viajar como un muchacho a Londres, con Jamie. Él encontraría la manera de ayudarla y en Londres podría hacerlo sin que nadie se enterara.

Se dio cuenta de que no era un plan especialmente inteligente. De hecho, ni siquiera era un plan, solo una huida desesperada y precipitada.

—Jamie *te ayudará* —la aseguró Caitlin. Su rostro se suavizó al mencionar el nombre de Jamie—. Él se preocupa por ti. Siente que eres la única de esta familia que realmente lo ha querido.

Elsberth se sorprendió por la observación. Jamie rara vez expresaba sus sentimientos. Sabía que había poco afecto entre él y su padre. En el fondo de su mente, había muchas preguntas y temores que no admitía ante Caitlin. ¿Podría pedirle a Jamie que arriesgara su futuro, incluso su vida, para ayudarla? La única forma posible de pedirle ayuda era si podía hacerlo de manera que nadie supiera nunca su conexión con su desaparición.

Caitlin la ayudó a recoger su largo cabello rojo en una cofia para que no se le escapara ni un solo mechón. Después, la ayudó con la capa y la tela escocesa que le envolvían la mayor parte de la cara.

Elsberth se acercó a la ventana.

—Están montados y esperando. —Se acercó a Caitlin y la abrazó—. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Gracias.

—Cuídate. Encuentra la manera de hacerme saber que estás bien.

—Lo haré. Que Dios te proteja.

—Y a ti.

Elsberth intentó calmar el temblor de sus manos. Estaba dejando todo lo que conocía por un futuro incierto. Si la descubrían su tío la mantendría cautiva hasta la boda. Lo más probable es que hiciera algo peor.

Tragó la bilis que tenía en la garganta. Estaba sola. Muy sola.

Bajó apresuradamente los escalones de piedra hasta el gran salón y salió por la puerta.

Diez hombres a caballo la esperaban.

La lluvia se había convertido en una fina llovizna, pero una ligera niebla envolvía las colinas distantes. Las bajas temperaturas harían que el día fuera miserable para todos ellos. Los hombres estaban ansiosos por ponerse en marcha.

Un soldado, el que parecía el líder, le dio las riendas a un hombre a caballo y la ayudó a montar. Ella asintió en señal de agradecimiento mientras se subía a la silla. Gracias a Dios, tanto ella como Caitlin eran buenas jinetes y ella conocía a la yegua blanca de Caitlin. De alguna manera, juró en silencio, le devolvería el caballo a su amiga.

—Milady —dijo el soldado—. Haremos que el viaje sea lo más cómodo posible.

Ella asintió de nuevo.

El primer engaño había tenido éxito. Quizás la niebla y la bruma le ayudarían a escapar. Rezó para que ambas cosas se mantuvieran.

Contuvo la respiración mientras salían por las puertas. Otro pequeño éxito.

Como si fuera la respuesta a su oración, la niebla se hizo más densa, oscureciéndolo todo excepto al jinete que iba justo delante y

al que iba justo detrás. Ojalá durara solo unas horas más.

Rezó con más fuerza.

La criada de Caitlin cabalgaba justo detrás de ella, rebotando arriba y abajo como un saco de patatas, y detrás de ella cabalgaban dos hombres. Los demás iban delante y el líder miraba a menudo hacia atrás para ver si seguía con ellos.

A pesar del corte en las cinchas, sabía que no se separarían sin esfuerzo. Necesitaba aumentar el ritmo y la presión sobre estas. Miró a su alrededor. Nadie la estaba mirando.

El sendero se ensanchaba. La niebla seguía espesa. ¡Era su oportunidad!

Hundió los talones en los flancos de la yegua y esta se desbocó, pasando corriendo al miembro de la guardia que iba delante. Gritó pidiendo ayuda y luego se aferró con todas sus fuerzas a las cuerdas. Oyó los gritos de su escolta y el golpeteo de los cascos detrás de ella. La yegua estaba frenética y Elsberth no hizo nada para frenarla. Un jinete se acercó a su lado, tratando de alcanzar las riendas cuando gritó y ella lo vio caer de la silla.

Otro jinete se acercó. Ella miró hacia atrás, gritó como aterrorizada, y luego él también cayó. Gritos y maldiciones la

siguieron mientras su yegua corría hacia otra espesa capa de niebla.

Manejó las riendas, logró recuperar el control, pero el ritmo se redujo solo un poco. Los gritos continuaron detrás de ella. Notó una abertura a la izquierda y, de repente, condujo a la yegua hacia allí y desmontó. La yegua se estremeció y ella le pasó la mano por el cuello para calmarla.

Los ruidos humanos se desvanecieron mientras caminaba con rapidez. No estaba segura de dónde estaba, pero se preocuparía de eso más tarde. Quería poner distancia entre la escolta y ella, pero primero tenía que calmar al caballo y asegurarse de que la yegua no tropezara con algún agujero.

Dejó el tenue rastro y se adentró en el bosque. Ahora avanzaba mucho más despacio. La niebla confundía su sentido de la orientación. Se detenía con frecuencia para escuchar voces o el sonido de los caballos.

Pasaron los minutos. Apretaba el paso, rezando para ir en la dirección correcta.

Sus pies se hundían en el suelo húmedo. Sus faldas eran pesadas y estaban cargadas de humedad. Aun así, su única

preocupación era llegar a las colinas y las cuevas. Podría esconderse allí hasta que dejaran de registrar la zona.

De repente, una mano le agarró el brazo y otra le ahogó el grito que se le había quedado atascado en la garganta. Le ataron la boca con un trozo de tela con gran habilidad y sintió que la subían a un caballo.

El miedo se apoderó de ella cuando un cuerpo se alzó detrás de ella. Unos brazos gruesos la aprisionaron y agarraron las riendas de un caballo mucho más grande que la yegua que había estado guiando.

¿Los Cameron?

Pero ellos no tratarían a su dama de esa manera. Tampoco la amordazarían si hubieran descubierto su engaño. Su cuerpo se apoyó contra lo que parecía el de un hombre enorme.

—No sufriréis daño —le susurró al oído.

Entonces, sin más palabras por parte del hombre, el caballo se lanzó de nuevo por un sendero y ella solo fue consciente de la velocidad y la fuerza.

Había escapado.

¿Pero a qué?

Capítulo 3

-¿Dónde diablos está Bruce?

Niall se enfrentó a Seamus en la habitación que les servía a ambos de despacho.

Seamus levantó los ojos hacia arriba, como si apelara a un ser superior.

—No sabría decirte, mi señor.

—¿No puedes o no quieres?

—Bruce sigue su propio camino. —Seamus evitó responder a la pregunta.

—Sí, y también lo hacen muchos en esta propiedad —dijo Niall sin intentar disimular su disgusto—. No creo que mi padre tolerara tal falta de respeto.

—No creo que Bruce pretendiera faltar al respeto —masculló Seamus—. Siempre ha tenido en cuenta los intereses del clan.

Su mirada no se cruzó con la de Niall y eso era raro. Seamus era el hombre más franco que Niall conocía, sobre todo de las tierras altas de Escocia, donde con demasiada frecuencia se criaban sinvergüenzas hipócritas.

Niall tenía un mal presentimiento.

—Quiero hacer las paces con los MacDowell —advirtió.

—Lo has dejado claro —dijo Seamus—. Pero quemaron algunas de nuestras granjas al norte. Si no tomamos represalias más allá de recuperar nuestro ganado, seguirán quemando y robando.

—Tengo previsto reunirme con los MacDowell en Edimburgo. Una tregua ayudaría a ambos clanes.

—Es un buen sueño, pero me temo que imposible. Llevamos luchando cerca de cien años, desde que...

—Entonces es hora de ponerle fin. Ya ha habido suficiente dolor y muerte. Tanto los MacDowell como los Malcolm están perdiendo ganado y hombres. Incluso poder. Una alianza nos beneficiaría a ambos.

—Y pondría fin a la maldición —añadió Seamus.

Niall lo fulminó con la mirada. Por Dios, odiaba la mera mención de esa maldita maldición.

Se dijo a sí mismo que era un hombre moderno. No creía en las maldiciones. Muchas mujeres morían al dar a luz. Muchas también perdían a sus hijos. ¿Y su segunda esposa? La fiebre se había extendido por Leith, el puerto marítimo cercano a Edimburgo. Su esposa fue una de las muchas que murieron.

Maldita mala suerte. Nada más.

Aun así, el dolor siempre estaba en él como la punta de una lanza envenenada. Vivía en soledad. Con miedo. Con recuerdos.

Cora caminando entre el brezo, con los ojos iluminados por la risa, el amor y la alegría pura de vivir. Cora riéndose mientras le decía que tendrían un hijo. Un hijo. Estaba bastante convencida de ello. Cora mientras le agarraba la mano e intentaba de forma valiente reprimir los gritos cuando el bebé no salía y ella se desangraba hasta morir. Cora, que había sido su primer amor, que le había robado el corazón y nunca lo había decepcionado. Ella había pensado lo contrario. Sus últimas palabras fueron:

—Lo siento, lo siento mucho... tu hijo...

Y luego dejó de respirar.

La agonía era tan reciente ahora como lo había sido entonces. Igual que lo fue con Leanna, que había sido inocente, que lo había amado incluso cuando él no había sido capaz de corresponder ese amor hasta que fue demasiado tarde.

—¿Niall? —Volvió la mirada hacia Seamus—. No puedes estar de luto para siempre. Tienes un deber con el clan.

—No quiero oír nada más. Kinner volverá. Él proporcionará un heredero, yo no.

Se alejó a grandes zancadas con el corazón como una roca dentro de su pecho. No se casaría. No podía. No creía en la maldición, pero sí creía que era un Jonás para cualquiera que lo amara. Lo que le perseguía eran los pecados de su pasado, no una maldición centenaria.

Maldito fuese este lugar. La tragedia y la muerte acechaban en cada pasillo. Odiaba cada metro de él. Odiaba las interminables y fútiles disputas. Las víctimas nunca eran los hombres que instigaban la violencia, sino los pequeños agricultores que solo querían cultivar lo suficiente para sobrevivir al año siguiente.

¿Cuántos habían sido quemados, sus hogares destruidos, sus cultivos echados a perder, sus animales arrebatados? ¿Cuántos bebés morirían este año?

Sabía que las propuestas a los MacDowell y al rey de Escocia consternarían a su clan, tal vez los alienaran. Era jefe por consentimiento, bien podría ser desplazado. ¿Pero por quién?

Como si sus pensamientos lo hubieran convocado, su hermano menor se le acercó.

Niall se detuvo y lo miró con furia, y su ira y desesperación encontraron un nuevo objetivo.

—No hace falta que me mires con furia, hermano —dijo Hammish con su sonrisa fácil.

Hammish siempre había sido capaz de gustar, aunque no era consciente del impacto que tenía. Quizás su encanto provenía de una refrescante falta de astucia y ambición.

Niall se relajó. Siempre lo hacía en presencia de su hermano menor.

Había competido con Kinner toda su vida. Era de esperar, y normalmente su hermano mayor le habría ganado. Kinner era un

guerrero nato. Niall siempre tenía que esforzarse. Pero Hammish había evitado la competición y las pruebas físicas.

—¿Has venido a decirme que debería casarme? —preguntó Hammish

—Deberías conocerme mejor, hermano. No me gusta interferir en la vida de los demás por miedo a que intenten interferir en la mía.

—Es lo que hace Kinner.

—Sí, así es. Quiere convertirme en alguien igual que él. Pero tú nunca lo has hecho. —Señaló Niall.

—Me gustas tal como eres.

—¿Te atrae mi falta de ambición?

—No. Me atrae tu música y tu buen carácter. —aseguró Hammish—. Te he oído tocar el laúd. Eras muy bueno.

—Era un pasatiempo de niño.

—¿Lo era? —preguntó Hammish—. Entonces espero seguir siendo un niño.

—Quieres que cante de amores perdidos, Hammish. A diferencia de ti, he probado el dolor. No tengo ningún deseo de

cantar sobre ello.

El hermoso rostro de Hammish se ensombreció.

—Lo siento. Sabes que yo amaba a Cora. Todos la amábamos.

—Lo sé.

Cora había querido a Hammish más que a cualquier otro miembro de la familia. Cantaban juntos, paseaban juntos, se contaban historias. Niall habría estado celoso si no los hubiera querido tanto a los dos y no hubiera sabido que ellos también lo querían a él. Cora le había hecho apreciar la dulzura de Hammish, algo que Kinner menospreciaba constantemente.

Ellos, Cora y Hammish, tenían una conexión que él nunca había entendido del todo.

—Ella querría...

—Hammish, no puedes saber lo que ella querría. No eras su marido.

Se dio la vuelta y se alejó de su hermano sin comprender la repentina y abrumadora ira que sentía. ¿Por qué diablos no lo dejaban todos en paz? Ni siquiera quería estar allí.

El mar era un consuelo. Escocia era dolor.



Elsberth intentó no tocar el cuerpo de su secuestrador.

Le quitaron la tela de la boca después de varios kilómetros. Sin embargo, le advirtieron que si gritaba le volverían a poner la mordaza.

No tenía intención de gritar. Estaba asustada. Más que asustada. Pero le aterraba igualmente que la devolvieran a su casa y a su futuro novio.

Pararon al cabo de varias horas. La dejaron caer con suavidad al suelo y le ofrecieron comida. No era más que pan duro y queso, pero tenía hambre.

Echó un vistazo mientras comía. La niebla se había disipado, pero las nubes mantenían el sol a raya. Hacía frío y estaba triste. No había más de cinco hombres. Era extraño, pero no sentía ninguna amenaza por su parte. Debería. Lo sabía. Había sido secuestrada por hombres desconocidos para ella, pero solo sabía que habían sido respetuosos. Eso era un buen augurio.

—¿Milady?

El que hablaba era el mismo hombre corpulento que la había subido al caballo. Parecía aún más temible mientras ella se sentaba en un tronco caído y lo miraba fijamente. Tenía la barba roja y larga y solo tenía un ojo visible. El otro estaba cubierto por un parche.

A pesar de su apariencia malvada, había una suave cortesía en su voz.

—¿Por qué me han secuestrado? —preguntó ella.

—Por su bien y el de mi laird —dijo él.

—¿Mi bien? —preguntó ella incrédula—. No lo entiendo.

—Una alianza entre los Cameron y los Malcolm sería buena para ambos —contestó—. Mi laird es un hombre apuesto, un hombre de fuerza y riqueza, y necesita una esposa.

Malcolm.

Querida madre del cielo. *Los Malcolm*. Todo el mundo sabía que los Malcolm y los MacDowell eran enemigos mortales.

De repente, se dio cuenta de lo que había sucedido. Creían que tenían a Caitlin.

¿Qué pasaría con la cortesía de los Malcom cuando se dieran cuenta de que habían secuestrado a una MacDowell como novia para su señor? Su cortesía desaparecería sin lugar a dudas.

La sangre se le heló en las venas. Si descubría quién era ella, los Malcolm la mantendrían como rehén, si no la mataban. Tenía que continuar con la farsa, solo que ahora era aún más importante. Si los Cameron hubieran descubierto su identidad, simplemente la habrían devuelto a casa. Pero los Malcolm eran conocidos por su ferocidad. Uno incluso había encadenado a uno de sus antepasados a una roca con la esperanza de que se ahogara. Otros habían asaltado propiedades de los MacDowell. Hacía solo quince años, un Malcolm había dirigido un grupo que había violado a mujeres y matado a niños.

¿Podría ser este Malcolm?

Trató de contener el nuevo terror. Malcolm era peor incluso que Betancourt.

Tendría que fingir que estaba dispuesta a casarse y luego escapar antes de que descubrieran su verdadera identidad.

¿Cuánto tardarían en dar la alarma? ¿Cuánto tardaría su tío en descubrir que había sido secuestrada? ¿Y qué les harían a los

Malcolm? ¿Y los Malcolm, a su vez, a los MacDowell? ¿A su primo Jamie?

Querida Gwen del cielo, ¿qué he hecho?

La comida que acababa de consumir se le hizo un nudo en la garganta.

—Milady —el hombre, obviamente alarmado, lo intentó de nuevo—. Mi laird es un hombre justo y honesto.

Se esperaba que ella protestara.

—¿Cómo se atreve? —dijo ella—. Mi familia...

—Su familia no puede sino estar complacida. Hemos tenido largas alianzas.

—¿Por eso se sintió libre de secuestrarme? —preguntó con la indignación que él esperaba.

—Mi laird. Él... él...

El hombre tartamudeaba. Su gran rostro se sonrojó. Era una reacción tan extraña que la aprensión se apoderó de ella.

—¿Es un monstruo que necesita secuestrar a una esposa?

—No, señora. Verá que es un hombre afable y de temperamento apacible. Es solo...

—¿Solo qué?

—No desea volver a casarse. Pero los hombres hablan de su belleza. Seguramente estará...

En ese momento, su mirada se encontró con la de ella. La capa se había caído de su cabeza y su cabello se había salido de debajo del gorro. Sabía que estaba pegado a su cabeza. Incluso en el mejor de los casos, ciertamente no era una belleza. Ahora debía de parecer una rata ahogada.

Caitlin era la bella, no ella.

¿Cuándo descubrirían su error?

Se dio cuenta de que debían de haber oído que Caitlin iba a volver a casa. Los Malcolm debían de haber seguido a la escolta, y cuando ella se había desviado, ellos la habían seguido. Probablemente no podían creer su suerte. Sin batalla. Sin bajas. Y tenían a su heredera.

¿Y si Caitlin hubiera acompañado a la escolta?

Bueno, ella tenía mucho menos que perder que Caitlin.

Elsberth no tenía ningún hombre al que amara, y Caitlin no estaba siendo obligada a casarse con un hombre al que detestaba.

El hombre corpulento trató de tranquilizarla.

—Soy Bruce —indicó—. Sepa que no le haremos daño mientras esté bajo nuestra protección. Llegaremos a Inverleith esta noche y se le proporcionará todo lo necesario para su comodidad.

—Mi familia no estará contenta —expresó con altivez.

—No creo que estén disgustados por el matrimonio.

—Estoy prometida a Jamie MacDowell.

El hombre escupió al suelo.

—Un MacDowell. Puede conseguir algo mucho mejor que eso.

—Lo amo.

—Aún no ha conocido a nuestro laird.

—El rey estará muy disgustado.

Bruce se encogió de hombros, como si el rey Jacobo no importara.

—Es hora de continuar.

—Usted dijo que su laird no desea casarse —prosiguió ella desesperada—. Puede dejarme ir ahora y no diré nada.

—Debo admitir que no es lo que pensé que atraería a mi laird —dijo él mientras su mirada vagaba por su rostro y su tamaño bastante grande causado por sus varias capas de ropa.

La observación la hirió. Ser menospreciada por un criminal era para Malcolm una afrenta añadida a su injuria.

—Usted, señor, es un bandido y un ladrón y no tiene derecho a juzgarme.

Bruce hizo una mueca.

—Debería estar agradecida de evitar casarse con un MacDowell. Cualquier buen escocés lo diría.

Las palabras confirmaron la gravedad de su situación. ¿Qué pasaría cuando supieran quién era ella?

No podían. Simplemente. no podían descubrir que ella no era Caitlin Cameron. No hasta que ella volviera a escapar.

Pero se dio cuenta de que no sería tan fácil como lo había sido cuando había tenido la ayuda de Caitlin.

Los Cameron no sabían lo que ella pretendía. Habían confiado en ella.

Este hombre no haría eso. Él la había tomado cautiva y tenía la intención de retenerla hasta que cumpliera sus órdenes.

Si sucumbía con demasiada facilidad, ¿sería sospechosa? ¿O debería luchar contra ellos? La humildad y el miedo los desarmarían. Le permitirían escapar de nuevo.

Forzó las lágrimas, ocultando el dolor y la rabia que sentía.

Tenía muchas ganas de apuñalar al hombre con una espada. *No es lo que pensaba, en* efecto.

Quizá tuviera la oportunidad.

Ese pensamiento le produjo una satisfacción momentánea. Los Malcolm descubrirían que este MacDowell tenía aguijón.

Capítulo 4

El sonido de la corneta resonó por la fortaleza, seguido de un grio:

—¡Se acercan jinetes!

La alarma vino de la muralla y luego resonó cuando otros Malcolm respondieron a la llamada. Niall dejó su cena y subió rápidamente los escalones de piedra para unirse al centinela.

Había llovido la mayor parte del día, pero el sol había asomado entre las nubes en la última hora. Ahora se estaba poniendo, tiñendo el cielo de tonos escarlata y dorados. Las sombras dificultaban la identificación de los jinetes que se acercaban a la puerta, pero estaba claro que uno de ellos era Bruce. Nadie podía confundir su tamaño.

Niall le hizo una señal a sus hombres para que abrieran la puerta y vio a sus jinetes entrar en fila. Bruce guiaba una yegua

blanca que llevaba una figura pequeña pero voluminosa.

¡Una mujer!

Niall comprendió de repente las miradas furtivas y las respuestas evasivas. Sus hombres le habían robado una novia. Sabía que tales acciones no eran tan inusuales en Escocia. Ya se habían robado novias antes. Pero él había dejado muy claros sus sentimientos sobre el matrimonio.

Apretó los puños.

Los miembros del clan no se habrían atrevido a desobedecer a su padre, o a Kinner. Niall era un líder sin experiencia para ellos, pero por Dios, ahora aprenderían.

—Busca a Seamus —le dijo al hombre que estaba a su lado—. Dile que se reúna conmigo en el patio.

Caminó hacia las escaleras, las subió con rapidez y alcanzó a los jinetes cuando estos desmontaban.

Bruce se paró frente a él y se quitó el casco.

—¿Qué hace esta dama aquí? —exigió Niall, conteniendo a duras penas su ira.

—Yo... —Seamus apareció a su lado.

—¿Niall? —Niall se volvió hacia él.

—¿Qué has hecho?

—Mi laird —murmuró Bruce en voz baja—. Seamus no ha hecho nada, ha sido cosa mía. Hemos traído a Caitlin Cameron para que sea tu esposa. Dicen que es agradable y amable.

Solo entonces Niall levantó la vista hacia la jinete que estaba sobre la yegua blanca. Tenía la espalda recta como una vara y estaba cubierta de la cabeza a los pies por una capa de piel y una capucha que protegían su rostro del frío. Se preguntó si había oído las palabras de Bruce.

Se acercó a ella y le tendió la mano. Ella la ignoró y empezó a desmontar por su cuenta. Él la cogió por la cintura y la ayudó a bajar, sorprendido de lo ligera que era.

—Mis disculpas, milady —masculló.

Ella lo miró con unos ojos azul oscuro bastante llamativos. Estaban llenos de emoción, pero él no pudo descifrarla. ¿Miedo? ¿Ira? ¿Una combinación de ambas?

Trató de tranquilizarla.

—Mis hombres actuaron sin mi aprobación. La enviaré a casa en cuanto esté descansada.

Ella se estremeció, y él no estaba seguro de si era por miedo o por el frío viento de las Tierras Altas que soplaba por el patio de armas. Toda su ropa estaba húmeda. Sus ojos lo miraban con recelo.

Había oído hablar de Caitlin Cameron. Incluso se había hablado de una alianza entre ella y Kinner. También sabía que estaba prometida a Jamie MacDowell. Trató de reprimir la furia que bullía en su interior. Los MacDowell sin duda tomarían represalias. Eso significaba más muertes de los hombres Malcolm.

La dama no respondió. No podía culparla. Había sido secuestrada por hombres que no conocía, obligada a cabalgar mucho y con dureza en un clima húmedo y frío.

Cualquier doncella gentil estaría aturdida por el miedo. Se volvió hacia Bruce.

—Ella regresará a su casa. Que descansen los caballos y preparaos para cabalgar mañana. —Se volvió hacia la mujer—. Haremos que se sienta cómoda y le encontraremos ropa de abrigo. No tenemos doncellas, pero hay criadas que pueden ayudarla. —No le gustaba sentirse incómodo y saber que estaba en

el lugar equivocado. No importaba que otros lo hubieran puesto allí, él era el responsable. Que Dios lo ayudara.

Ella seguía sin hablar. ¿Por qué no le gritaba? El silencio le hacía sentir aún peor.

Incluso en Edimburgo había oído hablar de la belleza de lady Caitlin Cameron. Buscó algún indicio, pero se le escapaba.

Se dijo a sí mismo que si él hubiera sido arrastrado a través de muchos kilómetros en una fría niebla escocesa, también podría tener peor aspecto del que le gustaría.

Se inclinó.

—Soy Niall Malcolm, Lady Caitlin. Le aseguro que esto es un error —dijo, temiendo que no hubiera entendido su intento anterior de explicarse—. No sufrirá ningún daño y me encargaré de que regrese de inmediato.

Su mirada no vaciló al mirarlo, pero él no pudo leer mucho en ella.

—Sus hombres fueron considerados conmigo —hablaba con voz baja y suave. Solo se oía un ligero temblor.

—Como tiene que ser —masculló él con brusquedad, con la ira apenas controlada. Pero no quería asustarla—. Me ocuparé de que esté cómoda y avisaré a los Cameron.

Ella se tambaleó ligeramente. Era obvio que estaba agotada.

Él la tomó del brazo y la guio hacia el gran salón, pero ella resbaló con el pie en el barro. Él la sujetó cuando ella empezó a caer, y su cuerpo se inclinó hacia el suyo mientras luchaba por mantenerse erguida. Lo miró mientras la capucha se le deslizaba de la cabeza.

A pesar de la reputación que existía sobre su belleza, su rostro era sencillo, excepto por sus ojos. Este era más cuadrado que ovalado, la boca demasiado ancha y la nariz pequeña, como un botón. Poco podía decir de su cabello, pero un rizo rojo oscuro se enroscaba apretado contra su rostro. Aunque no era hermoso, era un rostro intrigante, atractivo.

Lo extraordinario era su expresión controlada. No había histeria ni ira aparente en ella, y eso lo dejó atónito.

Debería de estar enfadada. Asustada. Indignada, como mínimo. La cogió en brazos para evitar que se le encharcara aún más la falda y confirmó su impresión inicial de que el bulto era más

tela que cuerpo. Su ropa olía a lana húmeda, pero también había otro aroma flotando en él. Ligero y floral.

Le recordaba demasiado a otra mujer. Una sacudida de calor lo golpeó. Vio una sonrisa de satisfacción en el rostro de Bruce y supo que ya era hora de tener una discusión con su capitán de la guardia.

Un miembro del clan corrió hacia adelante y abrió la puerta.

Niall entró y ayudó a la dama a ponerse en pie, ignorando la expresión de asombro de su rostro. Se preguntó si había sentido la misma sacudida que él. Pero no, eso era ridículo. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. Eran solo impulsos naturales.

—Moira —gritó y notó que Caitlin Cameron se estremecía ligeramente—. Ella se encargará de que estés cómoda —ordenó, ansioso por que su reticente invitada se sintiera segura hasta que pudiera enviarla a casa sin dañar su reputación o la de su rebelde clan.

Enviaría un mensaje a los Cameron.

Se detuvo un momento. Necesitaba conocer las circunstancias exactas del secuestro. ¿Había alguien herido? ¿Muerto? Le gustaría matar a Bruce en ese mismo momento.

Moira apareció, su tamaño atestiguaba su amor por los dulces.

—Moira, esta es Lady Caitlin Cameron. Será nuestra invitada esta noche. Acompáñala a la habitación de mi madre y tráele lo que necesite. —Volvió la mirada hacia la cautiva—. ¿Tiene ropa seca?

Ella negó con la cabeza.

—Le darán lo que necesite.

—Por supuesto —confirmó Moira, frunciendo el ceño en señal de desaprobación—. Pobre niña. Ven conmigo.

Niall se dio cuenta de repente de que Moira sabía exactamente lo que había pasado.

Maldita sea, ¿conocía todo el mundo el plan de Bruce menos él?

Las vio subir juntas los escalones. A mitad de camino, Moira se volvió para pedir agua caliente para un baño. Al mismo tiempo, observó que la mujer Cameron se movía con una gracia poco común a pesar del volumen de su ropa.

Niall salió a grandes zancadas hacia donde estaba Bruce con su rostro barbudo y aprensivo, que permanecía de pie.

Niall lo miró con furia.

—Quiero hablar contigo. —Se dio la vuelta y entró en el gran salón, donde ardía un fuego de leña. Se dio la vuelta para enfrentarse a Bruce—. ¿Quién es el laird aquí?

La mirada azul pálida de Bruce se encontró con la suya.

—Tú.

—No tenía ningún deseo de regresar —indicó Niall—. Pero ahora que lo he hecho y me he convertido en el laird, no permitiré que nadie lo dude.

—Necesitamos un heredero —insistió Bruce con terquedad.

—No lo tendrás de mí. Si eso era todo lo que querías, deberías haber buscado en otra parte. He dejado claros mis deseos. Serán respetados. Maldita sea, Lady Caitlin está prometida a un MacDowell.

—Mejor que mejor —murmuró Bruce.

—No seguiré en guerra con los MacDowell. Puede que te complazca, pero no ayuda en nada a nuestro clan. No fueron tus tierras las que se quemaron, sino las suyas.

—No se puede pactar con el diablo.

—Mi antepasado tuvo la culpa. No permitiré que se diga que los Malcolm siguen maltratando a las mujeres.

—Serías un buen marido. Mucho mejor que un MacDowell. Además, por como tiembla, lo más seguro es que la maltrataran.

—Por supuesto que no lo hacían. Probablemente tiemble porque está muerta de miedo.

—No es eso —dijo Bruce con voz apenas audible.

Niall entrecerró los ojos.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Ni un grito. Ni una protesta. Era casi como si estuviera... aliviada.

Niall pensó que solo era una excusa, aunque también pensó que la mujer estaba demasiado tranquila dadas las circunstancias.

—¿Cuántos hombres murieron?

—Ni uno solo.

Niall miró a su capitán de la guardia con incredulidad.

—¿Estás diciendo que su escolta no hizo nada para protegerla?

—No estaba con ellos. Nosotros íbamos detrás. Oímos un ruido. Maldita sea. El pequeño Willie se acercó sigiloso y dijo que algunos habían perdido sus sillas de montar, luego vio que la dama se daba la vuelta. Quizás confundida o asustada por la niebla. Se podría decir que nos topamos con ella.

—¿Entonces nadie sabe que está aquí?

—No. Desapareció en la niebla.

—¿No gritó?

—Bueno...

—¿Bueno qué?

—A lo mejor le tapé la boca con la mano.

Niall suspiró.

—Hablaré con ella. Si dice que la hemos rescatado, no habrá pasado nada. Si no lo hace...

—Una alianza con los Cameron nos ayudaría contra los MacDowell —insistió Bruce esperanzado—. No te diría que no. Cualquier dama...

El temperamento de Niall estaba a punto de estallar.

—No quiero oír hablar más de matrimonio. Ella regresa mañana. Esperemos que esté de acuerdo. El rey Jaime ha dejado claro que no quiere que los clanes se peleen. Es mi cuello lo que estás arriesgando, Bruce. Y los de los pequeños terratenientes. Si no me hubieras ayudado a crecer, te vería muerto hoy mismo.

Se alejó a grandes zancadas antes de decir nada más. Bruce y Seamus habían formado parte de su vida desde que era un niño. Bruce le había enseñado las artes de la guerra y Seamus le había enseñado a leer y escribir. Ambos habían sido más como un padre para él que su propio padre.

Quizá ese era el problema. Ambos lo veían como un muchacho, no como un hombre de treinta y tres años. Un hombre que había comandado un barco durante los últimos seis de esos años.

Por esa misma razón dudaba en ejercer autoridad. Nunca había querido ser terrateniente. Ocupaba ese lugar por su hermano mayor, nada más.

Niall se retiró a su habitación y se sirvió una jarra de vino de una botella que había sobre la mesa. Luego se dirigió a la ventana que daba al mar. Había marea baja y la roca donde su antepasado

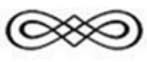
encadenó a su esposa sobresalía de la playa. Las olas la bañaban, salpicando agua por los aires.

Solo podía imaginar el terror de la dama mientras observaba cómo las olas subían lentamente, mientras su cuerpo era azotado y congelado por el viento y las heladas salpicaduras.

Borró las imágenes de su mente y pensó en la mujer que estaba en la cámara debajo de él. Era la habitación que su madre había usado años antes de su muerte, la misma habitación que habían habitado las madres de Kinner y Hammish.

No había tomado la habitación de al lado, la que pertenecía al terrateniente. Aunque la habían preparado para él a su llegada, sentía que la habitación le pertenecía a Kinner. Niall prefería la habitación sencilla y austera de su juventud.

Se apartó de la ventana y tomó otro sorbo de vino mientras pensaba en cómo acercarse a la dama, en cómo convencerla de que no había sido secuestrada.



Elsberth siguió a Moira. Intentó controlar los pequeños temblores que la sacudían. No todos provenían de los vientos fríos que la habían azotado durante todo el día.

Nunca había sido una persona tímida, pero estaba en la guarida del enemigo y sabía que tenía que mantener la cabeza fría.

Esperaba encontrarse con un villano. Según los miembros de su clan MacDowell, todos los Malcolm eran seres temibles. Corruptos, brutales y poco fiables. Esperaba a alguien como Betancourt, solo que más joven.

En cambio, el Malcolm con el que se había encontrado había sido cortés y sonaba arrepentido y solícito. Incluso encantador con sus inesperadas disculpas. Parecía tan confundido por su secuestro como ella. Dios la ayudara, pero también era un hombre tan guapo como cualquiera que hubiera visto.

Se repetía a sí misma que era un enemigo, pero no había sido más que amable con ella. Era alto y estaba bien formado. Tenía los ojos de un color gris acero y el cabello castaño oscuro, casi negro. Su rostro era duro y sus labios no sonreían, pero tenía un rostro que llamaba la atención. En eso, le recordaba a Jamie.

Pero mientras Jamie era abierto y franco, Niall Malcolm parecía estar rodeado de sombras, a pesar de su cortesía exterior. Sus ojos estaban cautelosos y, a pesar de sus palabras educadas, no había sonreído. Su tacto había sido eléctrico y, cuando la levantó de forma tan inesperada, sintió una breve impresión de confianza y fuerza. Incluso se sintió segura.

Sabía lo falsa que era. Él creía que ella era Caitlin Cameron y le convenía ser encantador y protector. Su encanto desaparecería con bastante rapidez si descubría que tenía a una odiada MacDowell en su casa.

Aun así, su piel seguía caliente donde él la había tocado, y un dolor desconocido la atormentaba.

Moira abrió la puerta de una gran habitación. El mobiliario era magnífico, aunque cubierto de una capa de polvo. La cama era más fina que la de su casa, pero parecía descuidada, la funda ligeramente manchada.

El rostro de Moira se ensombreció.

—Sé que no es tan grandiosa como se merece.

—Está bien —le aseguró Elsberth.

La cara de Moira, ansiosa, se transformó en una sonrisa.

—Hace mucho tiempo que no tenemos a una dama aquí. Necesitamos la presencia de una mujer. —Su rostro se ensombreció mientras su mirada recorría la habitación—. No hemos tenido a una dama ni a un lord desde hace demasiado tiempo.

Elsberth la miró.

—Pero acabo de conocer a...

—Lord Niall regresó hace unos días tras años en el mar. El antiguo lord murió hace casi tres años, y el hermano mayor de Lord Niall, el heredero... —Su voz se apagó.

—¿Su hermano mayor? —preguntó Elsberth. Conocía parte de la historia, y una Cameron que había mantenido relaciones con ambos clanes debería saber más. Sin embargo, su vida bien podría depender de información arrojada como migajas a un pájaro hambriento.

—Se fue a luchar con los franceses hace tres años. Era un aventurero. No ha vuelto. Nadie sabe qué le ha pasado.

Los interrumpió una sucesión de hombres que llenaron la chimenea de leña y la encendieron. Otros trajeron una tina y cubos de agua humeantes. La anciana rápidamente los echó y se ofreció a ayudar a Elsberth a desvestirse.

No podía permitirlo.

—No —dijo—. Prefiero intimidad.

La mujer parecía abatida, como si hubiera fracasado de alguna manera, pero se retiró hacia la puerta.

—Os traeré un camisón y algo de comida.

Elsberth permaneció de pie hasta que Moira se fue, luego se acercó al espejo de acero de la pared y se miró. No sabía cuándo se había visto peor. Su cabello se le pegaba a la cabeza en rizos pegajosos y sus ojos parecían cansados y de aspecto apagado. No había belleza en su rostro. ¿Cuánto tiempo podría durar su mascarada?

Se apartó del objeto condenatorio que tenía delante y se desnudó apresuradamente, deshaciéndose de una capa tras otra. Colocó esta, con las joyas cosidas en el interior, en el armario vacío y se quitó el vestido, luego el que llevaba debajo. Finalmente llegó a la ropa de muchacho, se la quitó y la metió debajo del colchón. Tenía pocas dudas de que la necesitaría más tarde.

Con solo la camisa y muchos kilos menos, se puso de pie frente a las primeras llamas de la chimenea e intentó controlar los escalofríos que recorrían su cuerpo. Se quitó la última prenda y se

metió en la bañera, disfrutando del agua caliente. Cerró los ojos, preguntándose qué debía hacer a continuación.

Estaba cansada, muy cansada, pero sabía que necesitaba estar en sus cabales. Aun así, sus pensamientos seguían volviendo al alto lord que la había cargado con tan poco esfuerzo y cuya mirada había sido tan directa.

Llamaron a la puerta y, antes de que pudiera decir nada, Moira entró con una bandeja de comida. Una joven detrás de ella llevaba una lujosa bata ribeteada de piel junto con toallas gruesas calentadas.

—Esta es Robina —anunció Moira—. Ella la atenderá. No es una doncella, pero es una buena trabajadora y desea complacerla.

La muchacha asintió con la cabeza y se dispuso a secar a su nueva protegida.

Con un suspiro, Elsberth se puso de pie. El agua se estaba enfriando demasiado rápido, pero de igual modo odiaba dejarla. Robina la envolvió con rapidez en toallas y la frotó hasta que pensó que no le quedaría piel.

—Tiene un precioso cabello rojo —musitó la chica con timidez.

Elsberth siempre lo había odiado. Era del color del óxido y estaba arrugado en cientos de rizos en lugar de caer con suavidad por su espalda, como lo hacía el cabello oscuro de Caitlin.

—Gracias —dijo Elsberth y buscó el camisón, poniéndoselo sobre los hombros.

Robina volvió a menear la cabeza y fue a buscar la bata, ayudando a Elsberth a ponérsela y casi la tira de espaldas a la bañera con sus ansiosos cuidados.

—Milady. Yo... Quiero decir... —tartamudeó la joven.

Moira la miró con el ceño fruncido.

El corazón de Elsberth se derritió. La criada no era más que una niña, probablemente no tenía más de diez años. Elsberth sabía que ser la doncella de una dama era un puesto muy valorado, y la joven era una combinación de inexperiencia y esperanza.

Elsberth sabía mucho de ambas cosas.

—Fue culpa mía —concluyó, y la niña sonrió con gratitud.

—Debes de tener hambre —dijo Moira—. No soy la mejor cocinera, pero hay fruta, queso, pan y cordero.

Moira esperó a que Elsberth se metiera en la cama, y así lo hizo. A pesar de los tapices descoloridos y las capas de polvo, la cama era cálida y cómoda.

La bandeja estaba colocada frente a ella y, de repente, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Le dio un mordisco al queso y luchó por no hacer una mueca de dolor. Sin duda, era el peor queso que había probado en su vida. Probó una pieza de fruta, pero estaba podrida. No podía cortar el cordero. La cerveza estaba agria.

—Estoy muy cansada —dijo, apartando la bandeja. El rostro de Moira se ensombreció—. No es tu comida, Moira, es que estoy demasiado cansada para comer.

La mujer no parecía convencida. Hizo una reverencia y cogió la bandeja.

—Robina se quedará aquí y atenderá todas tus necesidades —anunció.

Eso no serviría de nada. Por muy cansada que estuviera, Elsberth tenía que explorar por la noche.

—Preferiría estar sola —musitó con un toque de altanería.

Altanería, pensó, probablemente se esperaría cuando una dama de alta cuna fuera alejada de su hogar y su clan. No estaba

muy segura, ya que no se sentía de alta cuna en absoluto.

Robina parecía a punto de llorar.

Elsberth se encontraba en la extraña situación de intentar consolar a sus captores. La muchacha, obviamente, quería cumplir con su deber de forma desesperada.

—Me gustaría que me lavaran la ropa —pidió Elsberth.

—Sí, milady —dijo la muchacha esperanzada mientras recogía la ropa y huía.

Elsberth se preguntó por un segundo si la chica tenía idea de cómo lavar la ropa. Pero, por supuesto, la tenía.

Moira cogió la bandeja.

—Le deseo buenas noches, milady.

La puerta se cerró tras la sirvienta. Elsberth esperó a oír caer el pestillo. No lo hizo.

Así que no la encerrarían dentro. ¿Por orden del señor?

Había sentido miedo cuando supo adónde iba. Las historias de los Malcolm se contaban repetidamente en el castillo de los MacDowell. Entonces se había encontrado cara a cara con el hombre al que le habían enseñado a odiar. No solo era un hombre de

aspecto llamativo, sino que no había crueldad en su rostro. Al contrario, solo había preocupación por ella. No había rastro del demonio al que le habían enseñado a temer, el Malcolm que había masacrado a mujeres y niños años atrás.

Pero la había confundido con Caitlin Cameron y tenía motivos para ser conciliador. Y encantador.

Por un fugaz momento de traición, había pensado que esa perspectiva no era desagradable.

Él *era*, como había dicho su criado, bien parecido. Llevaba el cabello oscuro corto, como un soldado, y tenía unos ojos grises y fríos. Su cuerpo, cuando se había tropezado con él, era duro y musculoso, y la había levantado con tanta facilidad como ella podría levantar una pluma.

Eso la había conmocionado. También lo había hecho el calor que la había invadido. Cuando él la había puesto de nuevo en pie, sus piernas apenas la sostenían, y ella había quedado hipnotizada por sus ojos de pedernal.

En esos momentos supo que había saltado de la olla al fuego. Si los Malcolm descubrían quién era ella en realidad, la devolverían de inmediato o la retendrían para pedir un rescate. Esto último no le

preocupaba tanto como lo primero, aunque dudaba que se le concediera la misma cordialidad en esas circunstancias.

¿Y cuándo descubriría su tío que había desaparecido? Sin duda, habría un alboroto y los Malcolm se darían cuenta de quién tenían.

Seguramente ya debían de haber comprendido que no tenían la belleza que se suponía que tenía Caitlin. ¿Cuánto tiempo le quedaba? Tendría que escapar de nuevo, antes de que descubrieran su verdadera identidad.

Probablemente debería haber sollozado, temblado y derramado muchas lágrimas. Sin embargo, no había sido capaz de forzarlas. Nunca lloraba. No podía fingir indignación cuando tenía la culpa. Lamentaba de verdad esa vena honesta.

No le quedaba más remedio que continuar con la farsa hasta que pudiera huir una vez más. La ropa del muchacho escondida bajo el colchón y las joyas cosidas en la capa eran sus herramientas de escape. Tenía que creerlo y hacerlo realidad.

Llamaron a la puerta. Por el sonido impaciente, supo exactamente quién estaba afuera. No respondió. Después de unos segundos, la puerta se abrió y Niall Malcolm entró con paso firme.

Llenó la habitación con su presencia. Caminó de un lado a otro antes de decir nada, y luego, como si se hubiera armado de valor, se enfrentó a ella.

—No está asustada —confirmó—. ¿Por qué?

—Quizá lo esté —lo desafió ella—. Quizá, simplemente, elijo no mostrárselo a mis captores.

Su mirada la atravesó, y luego una pequeña sonrisa sin alegría se dibujó en sus labios.

—No estoy seguro de que tenga miedo de nada, milady.

Pero ella *estaba* asustada y por razones muy diferentes de las que él podía imaginar. Sintiéndose muy en desventaja en la cama, atacó.

—¿Es su costumbre invadir el dormitorio de una dama?

Pareció sorprendido por el desafío.

—No ha exigido que la lleven a casa.

—Ya me dijo que me iba a llevar allí. ¿Mintió? —Frunció el ceño.

—Yo no miento.

—Usted solo secuestra mujeres para que sean su esposa.

—Se cometió un error. Mis hombres creyeron que estaba en problemas. Estaba sola.

—Bruce dijo que necesitaba una esposa.

Su expresión no cambió cuando la mentira quedó al descubierto.

Se encogió de hombros.

—Bruce tiene fantasías. Espero que Moira la haya hecho sentir cómoda. Yo mismo la acompañaré a ver a su padre mañana. Saldremos al amanecer. —Ella se limitó a asentir—. Si no hay nada más que pueda hacer, la dejaré descansar.

—No hay nada más.

No se marchó de inmediato. En cambio, sus ojos estudiaron los de ella, al igual que ella hacía lo mismo con él. Le resultaba difícil apartar la mirada de su rostro cautivador, de sus ojos vigilantes. Dudaba de que se perdiera mucho.

No tenía sentido. Nada de eso lo tenía. ¿Por qué sus compañeros de clan sentían que tenían que recurrir a medidas tan extraordinarias? Su señor no estaba desfavorecido, aunque había una sensación de soledad en él. Estaba segura de que la mayoría de las mujeres lo encontrarían atractivo.

Se sonrojó al sentir cómo la calidez la invadía. Ignorando alegremente la razón, no quería que se fuera. Quería saber más sobre este Malcolm. Era una locura, lo sabía. Era un enemigo. Y ella era, simplemente, Elsberth MacDowell. La prometida a un monstruo.

Él vaciló en la puerta como si quisiera decir algo más. De nuevo sus miradas se encontraron, se sostuvieron, y ella sintió un aceleramiento de los latidos de su corazón. Tenía un deseo salvaje de sentir sus brazos alrededor de ella otra vez. Durante ese breve momento en el patio, se había sentido segura. Más que segura.

No entendía sus sentimientos contradictorios. Tenía el deseo de quedarse, de conocerlo mejor, mientras él no expresaba más que la urgencia de deshacerse de ella. La razón le decía que probablemente él sabía del secuestro y solo estaba decepcionado de ella.

A pesar de la razón y de su insistencia en que ella se fuera al día siguiente, creyó ver un destello de conciencia en esos ojos cautelosos, un brillo de interés masculino.

Imposible.

Solo quería que fuera verdad. Qué tonta era.

—Le deseo una noche tranquila, milady —repitió él.

Ella cerró los ojos cuando él salió de la habitación, pero su presencia persistía, un fuerte poder masculino que le hacía desear no ser una MacDowell y tener el bello rostro de Caitlin.

Desearlo no lo haría realidad. No podía cambiar los hechos. Debía de haber confundido el repentino brillo en sus ojos.

Tenía que pensar en una forma de evitar su partida por la mañana. No podían llevarla a casa de los Cameron, exponerla y finalmente devolverla a su tío.

Tenía que encontrar una forma de salir de la fortaleza sola. Sin ser detectada. Debía de haber una salida privada en alguna parte.

La encontraría. Tenía que hacerlo.

Capítulo 5

Caitlin Cameron era la mujer más desconcertante que había conocido nunca.

Niall bajó al gran salón para cenar, aunque la joven seguía en sus pensamientos. Era la primera vez en varios años que una mujer le provocaba algo más que una reacción física fugaz.

No entendía por qué. Aunque había sido aclamada como una belleza, era más intrigante que encantadora. No era una doncella asustadiza.

Su rostro era interesante, si no hermoso. Ninguna de sus partes encajaba: los ojos grandes, la nariz respingona, el mentón cuadrado, y, sin embargo, le resultaban atractivas. El volumen de su ropa lo había engañado. La bata se balanceaba cuando se movía y no podía ocultar los gráciles contornos de su esbelto cuerpo.

Por Dios, pero esos ojos lo desafiaban.

Era tan diferente de Cora como cualquier mujer podía serlo. Cora era suavemente redondeada y de naturaleza amable. Había sido una soñadora que veía lo mejor en todos. Le gustaba todo el mundo y esperaba que todo el mundo la quisiera. Siempre lo habían hecho.

Le encantaban las flores y los días soleados de mayo. Se regocijaba con la luna y las estrellas e incluso con la fría lluvia de las Tierras Altas. Y cuando llevaba a su hijo en el vientre, le cantaba y lo tentaba a tocar el laúd.

En aquel momento, el mundo era un buen lugar.

La soledad lo atravesaba. Pensó que la había vencido, pero ahora se daba cuenta de que no lo había hecho.

La mujer había revivido recuerdos que no quería, que había mantenido a raya durante años. ¿Por qué habían regresado ahora?

Por todo lo sagrado, cuanto antes se fuera la mujer Cameron de este salón, mejor.

Seamus se reunió con él en la entrada del salón y entraron juntos.

—¿Debería poner un guardia en su puerta? —preguntó su segundo al mando.

—No —contestó Niall mientras estiraba sus largas piernas en la mesa—. No debe pensar que es una prisionera. Además, se irá mañana, así que, ¿por qué iba a intentar escapar?

—Puede que no te crea.

—Creo que sí. Pareció aceptar mi explicación.

—¿No lo reconsiderarás? Vi su expresión. No estaba disgustada contigo.

Niall miró fijamente a su segundo al mando.

—¿No recuerdas cómo murieron mi madre? Mi Cora y, Dios me ayude, Leanna.

—Cora murió al dar a luz —dijo Seamus—, y Leanna de fiebre. La mitad de Leith murió.

—Leanna estaba allí por mí, esperando a que volviera a casa.

—Fue su elección —convino Seamus—. No la tuya.

—No importa. La chica Cameron regresará a casa —confirmó Niall con firmeza, cansado del tema.

—Sí, mi laird.

—Por la mañana.

—Sí.

—No más trucos.

—No, mi laird.

A Niall no le gustaba la complacencia de Seamus. Nunca se rendía tan fácilmente. Aun así, ¿qué podía hacer? Niall planeaba escoltar a la dama él mismo. Se bebió la jarra que tenía delante. Descansaría y se prepararía para salir temprano.



Elsberth esperó hasta que cesaron todos los sonidos.

Pensando que ya había pasado la medianoche, cogió la vela e intentó abrir la puerta. *Estaba Abierta.* Susurró una breve oración de agradecimiento.

La vela parpadeó por culpa del airecillo que había en el pasillo. Tembló, pero luego se reafirmó en su determinación. Necesitaba saber más sobre este lugar.

La cámara contigua a la suya se parecía mucho a la suya, más polvorienta, pero realmente grandiosa. Cuando pisó la elaborada

alfombra, se levantó una nube de polvo.

Niall Malcolm era el laird. Todos aquellos con los que se había encontrado lo reconocían como tal. ¿Por qué no utilizaba la cámara destinada al jefe?

Estudió el interior, preguntándose si, como algunas de las casas de los MacDowell, tenía cámaras y pasadizos secretos.

Pero no encontró nada que lo indicara. Estaba ricamente amueblada con tapices y un exótico revestimiento para el suelo, a diferencia de las juncias utilizadas en toda su casa.

Se preguntó de nuevo por qué el terrateniente no usaba la cámara, aunque estaba agradecida de que no lo hiciera. La idea de su proximidad le hizo sentir un nuevo escalofrío en la espalda. El hecho de que no fuera miedo la asustaba de una manera completamente diferente.

No encontró nada y salió de la habitación, subiendo las escaleras hasta el siguiente piso. Continuó subiendo cuando oyó voces. En el cuarto piso había más cámaras, todas ellas desocupadas desde hacía mucho tiempo. Tenían un mobiliario mínimo: cama y mesa.

Encontró una cámara que parecía haber sido sellada. Unas mortajas cubrían el mobiliario. Levantó una y vio una cuna intrincadamente tallada. Una guardería. Otra mortaja cubría una gran caja medio llena de juguetes nuevos y usados. Miró la caja de forma pensativa. Era lo bastante grande como para esconder un cuerpo de su tamaño si fuera necesario.

Su mirada volvió a la cuna y sintió un repentino dolor. Adoraba a los niños. Ahora era poco probable que tuviera alguno propio. Desterró ese pensamiento mientras inspeccionaba la cámara que conectaba con esta, más sencilla que las demás. Habría sido para la niñera.

La melancolía parecía perdurar aquí. No debería. Este debería ser un lugar feliz. Se estremeció y se acercó a la ventana. Daba al mar, muy parecido a su propia habitación, y vislumbró una roca lejos de la orilla. ¿Era aquí donde el Malcolm había intentado asesinar a su esposa MacDowell en el mar? ¿La había visto luchar?

La luz de la luna llena se reflejaba en las olas embravecidas. Elsberth se preguntó si esa mujer había mirado el mar desde aquí. ¿Había soñado con tener un hijo? ¿Había amado al hombre que finalmente había causado su muerte?

El destino le había jugado una broma extraña al traer a Elsberth aquí. Sin embargo, tenía una extraña sensación de pertenencia, de familiaridad. Un estremecimiento la recorrió. No había venido aquí para entregarse a la fantasía. Necesitaba encontrar lugares donde esconderse.

No podía ir a casa de los Cameron mañana y revelar su identidad. La devolverían con su tío. Necesitaba tiempo para encontrar una salida segura.

Salió de la habitación, extrañamente reacia a hacerlo, y continuó su exploración. Todos en la torre parecían estar dormidos, aunque sabía que había guardias en las murallas.

Elsberth recorrió el resto de las habitaciones, deteniéndose solo cuando llegó a los escalones que conducían a las murallas y a los guardias.

Empezó a regresar a su habitación, sus zapatillas hacían solo un susurro.

Pasó por su habitación. Dudó. Los pisos inferiores tendrían más actividad. Sin embargo, necesitaba saber más. Si se encontraba con alguien, siempre podía decir que todavía tenía hambre.

Se detuvo cuando escuchó voces en el pasillo debajo de ella.

Uno pertenecía al alto terrateniente. Reconoció el tono profundo y autoritario de su voz.

—Ten a veinte hombres listos al amanecer.

—Creo que deberías llevar más hombres. Habrá grupos buscándola y podrían actuar antes de que puedas explicarlo.

—¿Explicar qué? ¿Que nos llevamos a su heredera? Maldita sea, Seamus, deberías haber parado esto. Pero no habrá matanzas por ello.

—Si tan solo consideraras casarte con ella... incluso un matrimonio temporal. Estarían obligados a ayudarnos contra los MacDowell.

Silencio. Entonces el hombre llamado Seamus dijo:

—Quizás los Cameron estén agradecidos.

—Lo dudo —dijo el laird de los Malcolm—. Tendrás a los hombres ensillados y listos para partir. No usaré a una mujer de esa manera.

—Sí, mi laird.

Se dirigió rápidamente a su habitación. Se le heló la sangre al pensar en una fuerza combinada de Malcolms y Camerons.

No sucedería. Caitlin amaba a Jamie, y Elsberth no era una Cameron.

No lucharían por ella.

Había oído a sus parientes MacDowell hablar de las incursiones en las propiedades de los Malcolm. El viejo terrateniente había muerto y el heredero había desaparecido en tierras extranjeras. El hijo del medio había estado en el mar. Una buena oportunidad para apoderarse de las tierras, el ganado y las cosechas de los Malcolm.

El odio era recíproco. Lo oía en las voces de los Malcolm cada vez que se mencionaba a su clan.

Estaría a salvo si la llevaban con los Cameron. Los Cameron la protegerían, pero luego la entregarían a Edimburgo.

No, tenía que seguir con su plan original. Llegar a Jamie. O a un convento donde nadie conociera a su familia. Cualquiera de los dos opciones sería preferible al matrimonio que tenían planeado para ella.

Pero tenía que retrasar la partida de mañana. Necesitaba tiempo para encontrar la manera de irse por su cuenta y viajar a Edimburgo, hasta Jamie.

Abrió de nuevo la puerta de su habitación. No se oía ningún ruido. Ahora tenía otra misión.

Bajó los escalones y se dirigió en silencio a la cocina a través del gran salón. Nadie se había movido todavía, aunque un gran leño ardía en la gigantesca chimenea.

Usando la vela como luz, encontró lo que necesitaba y luego regresó corriendo a su habitación. Cerró la puerta y se apoyó en ella un momento. Tenía un plan y era tan desesperado como el anterior.



—¡Milady está enferma!

Niall se había levantado mucho antes del amanecer. Se había afeitado y bañado en agua helada y luego se había vestido con su camisa blanca y el tartán. Llevaba ropa más ajustada y a la moda cuando navegaba y visitaba puertos extranjeros, y apreciaba la libertad del tartán.

Estaba a punto de salir de su habitación cuando Moira llamó a la puerta.

Moira era más familia que sirvienta. Ella lo había criado junto con Seamus. Su padre, como él, no había querido tomar y perder otra esposa. Alexander Malcolm se había casado por amor tres veces y había visto morir a cada una de ellas.

Como Niall había hecho dos veces ya.

Siguió a Moira por el pasillo, sus zapatos apenas hacían ruido en los suelos de piedra.

La puerta estaba abierta. Entró, con Moira siguiéndolo. Un sirviente estaba junto a la figura delgada que había sobre la gran cama.

Tenía las mejillas enrojecidas por la fiebre, los ojos hundidos y estornudaba.

—Milady —dijo él frunciendo el ceño.

Ella lo miró con los ojos nublados.

Por Dios. Si la chica Cameron enfermaba bajo su cuidado... Miró a Moira con impotencia.

—La pobre chica no puede viajar hoy —dijo ella—. Le prepararé un brebaje.

—¿Cuándo podrá viajar?

—No lo sé —masculló Moira.

—Debería avisar a los Cameron —dijo él.

Caitlin Cameron empezó a toser.

—No es buena idea —anunció Seamus desde la puerta. Niall se dio la vuelta y vio el rostro preocupado de Seamus.

—Volveré —le dijo Niall a Moira y salió con Seamus, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Por qué no es una buena idea?

—Bruce afirma que nadie sabe que nos la llevamos. Nadie sabe que está aquí. Creo que es mejor si la devolvemos en buen estado de salud.

Niall supo al instante que Seamus tenía razón. Si algo le pasaba a la muchacha la culpa recaería sobre las cabezas de los Malcolm.

No empeoraría. No podía.

Un nudo frío se le formó en el estómago. No sabía si podría soportar ver morir a otra mujer. Sobre todo por su mano, o la de su clan. Eran lo mismo, lo sabía, y así serían juzgados. Las intenciones no importaban. No podía permitir que sucediera.

Se volvió hacia Seamus.

—¿Hay algún sanador?

—No en cincuenta millas.

—Envía a alguien a buscarlo. Coge dos caballos y cámbialos por el camino.

—Moira...

—Moira es una buena curandera, pero no voy a arriesgar la vida de la muchacha.

Seamus asintió.

—Enviaré a un hombre y le diré a los demás que desmonten.

—No. Quiero que exploren la zona. Y quiero más centinelas en las murallas. Siempre cabe la posibilidad de que alguien viera cómo os la llevabais.

Niall lo vio bajar los escalones y luego volvió a mirar la puerta cerrada de la cámara.

Odiaba la indecisión. No le gustaba sentirse impotente. Tampoco le gustaba la sensación de que había estado aquí antes. Había visto morir a dos esposas. El dolor lo invadió al recordar ambos recuerdos.

Juró que, si la fiebre empeoraba, enviaría un jinete a la fortaleza de los Cameron. Ella debería tener cerca a quienes la cuidaban.

Volvió a la habitación.

Moira le estaba lavando la cara con agua fría y parte del rubor de la fiebre estaba desapareciendo.

Quizá Dios estaba con él esta vez.

Se arrodilló a su lado.

—Puedo avisar a tu clan de que estás enferma.

—No —pidió ella con un suave suspiro—. No querría ser la causa de una guerra.

—Ya deben de saber que estás desaparecida. Estarán preocupados.

—Mi padre está en Edimburgo.

—Entonces su madre.

Una nube cruzó su rostro y ella se dio la vuelta.

¿Había alguna razón por la que no quisiera que su familia supiera dónde estaba?

Por todo lo sagrado, él ya había sido responsable de suficiente miseria. Y ahora era responsable de ella. Haría lo que ella quisiera. Por ahora. Pero se sentía muy incómodo haciéndolo. Cuanto más esperara, más culpa podría recaer sobre el clan.

Había regresado a casa para intentar traer la paz después de años de guerra. De joven, había participado en la amarga guerra con los MacDowell. No fue hasta que oyó los gritos torturados de una mujer y se dio cuenta de que un niño había muerto que su sangre se enfrió. Nunca olvidaría ese día. Aunque no había asestado el golpe mortal, los gritos de la madre aún lo perseguían.

Y luego se había casado con Cora, aunque nunca se había sentido digno de ella. Ella había traído dulzura a su vida. Ahora se enfrentaba a un conflicto con otro clan, uno casi tan poderoso como los MacDowell.

Se puso de pie y se volvió hacia Moira.

—Avísame de cualquier cambio. Incluso el más pequeño.



Elsberth siempre se había enorgullecido de ser franca y honesta. Ahora las mentiras salían de su boca más rápido de lo que las pulgas saltan sobre un perro.

No esperaba la mirada afligida del lord ni la profunda preocupación de Moira. Esperaba que todos la dejaran en paz, como hicieron cuando estuvo enferma en Cressingham. Ella no significaba nada para los Malcolm. El lord solo quería deshacerse de ella.

Unas cuantas piedras calientes envueltas en tela y colocadas junto a sus mejillas, pimienta para hacerla estornudar y nada de sueño para que sus ojos se enrojecieran hacían que pareciera enferma. Suficiente, pensó, para retrasar el viaje.

Pensó que podría tener cuatro días para escapar. No mucho más. Caitlin habría regresado con los Cameron, y allí no habría protestas. El segundo al mando de Cressingham no era un hombre tímido, pero temía a su tío. No informaría de su fuga a su señor hasta que estuviera seguro de que no podría encontrarla. Peinaría toda la zona en busca de ella antes de admitir el fracaso.

Pero en lugar de dejarla sola para que se recuperara, la asfixiaban con cuidados, preocupaciones e inquietudes. Era algo nuevo para ella; nadie más que Jamie se había preocupado tanto

por ella antes. Incluso el frío y enojado lord había parecido inseguro. Se había sentido reconfortada por la preocupación que vio en sus ojos. Por primera vez, habían reflejado algo más que el hecho de que él la consideraba una molestia monumental.

Parecía intensamente masculino y atractivo. Entró en una habitación como una tormenta, atrayendo toda la atención hacia sí mismo con su sola presencia.

Era un Malcolm, el mayor enemigo de su familia. Y la suya. Y ahora estaba pensando en enviar a alguien a notificarlo a la familia de Caitlin. Su familia.

Santa madre de Dios. Se había enredado en una telaraña de su propia creación. Por eso mentía tan pocas veces.

—Milady, ¿cree que podría comer algo? —Ella asintió.

—Quizá un poco.

—Volveré en un momento.

Moira se marchó y Elsberth se levantó de la cama y miró donde había escondido las piedras. Solo tenía unos momentos antes de que alguien viniera a preguntar por su salud.

Con la ayuda de las herramientas para la chimenea, puso las piedras en el fuego, esperó a que se calentaran, luego las envolvió con mucho cuidado en trozos de tela y volvió corriendo a la cama. Se puso las piedras envueltas en las mejillas, esforzándose por soportar el calor. Cuando sintió suficiente fiebre, volvió a ponerlas debajo de la cama y se acurrucó bajo las sábanas.

Moira llegó varios minutos después con una bandeja en los brazos. Por desgracia, no parecía haber nada más que una jarra y un cuenco de gachas.

El rostro de Moira se ensombreció al ver el rubor recién producido en las mejillas de Elsberth.

—Aquí, milady —dijo, presentando la jarra llena de una bebida maloliente. Elsberth olfateó y luego estornudó.

—Es bueno para usted, milady —señaló Moira.

Como le interesaba parecer que intentaba ponerse bien, Elsberth se obligó a beber la mezcla, que realmente era bastante terrible. Las gachas no eran mucho mejores.

—La fiebre parece empeorar —indicó Moira, arrugando la frente por la preocupación.

—Creo que solo necesito descansar —dijo Elsberth.

—Me quedaré con usted.

—No —se apresuró Elsberth—. Sé que tiene obligaciones y la he apartado de ellas. No es más que cansancio, y no puedo dormir con alguien preocupándose por mí. —Pronunció esto último con una sonrisa para indicar que era su propia debilidad y no la presencia de Moira lo que era el problema.

—El laird...

—El laird querría verme mejor —masculló.

La mujer carraspeó, pero le dirigió una mirada preocupada y salió de la habitación. Dudó antes de cerrar la puerta, obviamente reacia a dejar a su protegida.

—¿Nos avisará si necesita algo?

—Sí —expresó ella.

—Tendré a alguien fuera de la puerta.

—No es necesario —protestó Elsberth.

—El laird me cortará la cabeza si algo le sucede. —Ella dudó—. Es un buen hombre y no tiene la culpa de todo esto.

—No la tendrá, —Elsberth esperaba que fuera cierto. No deseaba ser responsable de ningún acto de violencia.

Moira le dedicó una sonrisa poco común.

—Sería un buen marido. Solo que ha sufrido mucha tristeza —apuntó Moira. Pero luego desapareció rápidamente por la puerta y la cerró en silencio tras de sí.

¿Qué tristeza?

Trató de recordar todo lo que había oído sobre los Malcolm. Había existido una maldición y, desde entonces, una guerra constante. En su mente, los Malcolm eran aterradores y malvados. Pero, en realidad, había visto poco en ellos que fuera aterrador y aún menos que fuera malvado.

El hombre llamado Bruce había sido inusualmente considerado después de su encuentro inicial, y el terrateniente Malcolm no se ajustaba a la imagen de monstruo que ella creía. De hecho, era todo lo contrario.

El mar también era seductor, hermoso, pero también había engaño y peligro en las mareas, en el torrente de agua contra las rocas.

Era una tontería incluso pensar en esas cosas. Debería estar pensando en escapar de la fortaleza y dirigirse a casa de su primo.

Bostezó. Quizá había algo en esa pócima asquerosa que acababa de consumir que la adormilaba, o a lo mejor era porque se había quedado despierta toda la noche y había dormido poco las noches anteriores.

Luchó contra ello. La fiebre desaparecería sin sus artimañas. También los estornudos. Quizá una breve siesta. Nada más. Cerró los ojos.



Niall estabuló su caballo.

La tranquilidad que lo rodeaba lo tenía preocupado. Esperaba a los Cameron en la puerta y no entendía por qué ellos no aparecían.

Seguramente la desaparición de la hija de la casa habría hecho que los hombres registraran todas las tierras de los alrededores de la zona donde había desaparecido. El hecho de que esto no estuviera sucediendo le preocupaba.

Había salido a caballo con varios de sus hombres. No habían visto a ningún Cameron, solo a una banda de MacDowell. Había

ordenado a sus hombres que desaparecieran en el campo boscoso. No quería ningún enfrentamiento, aunque vio la decepción en los rostros de todos ellos.

Niall sabía que no estaban contentos. Sus quejas estaban destinadas a ser oídas. Kinner habría luchado.

Nadie lo llamaba cobarde. Lo habían visto luchar en el pasado, pero había oído sus susurros de que Cora lo había ablandado, que lo había cambiado. Había estado fuera demasiado tiempo.

Querían a Kinner.

Maldita sea, él también quería que Kinner volviera.

Cuando regresó a la fortaleza, se dirigió a la cámara que ocupaba la muchacha Cameron.

Llamó con suavidad, pero no hubo respuesta.

Moira debería estar allí.

Abrió la pesada puerta y entró. El fuego calentaba la habitación y proyectaba sombras parpadeantes sobre la cama.

La muchacha estaba dormida. Unas largas pestañas negras protegían esos llamativos ojos. El rojo de la fiebre había desaparecido de sus mejillas y respiraba con normalidad.

Sus oraciones habían sido escuchadas. Al parecer, Moira la había dejado sola porque el peligro había pasado.

Quería inclinarse y tocarle la mejilla para comprobar que la fiebre había desaparecido, pero sabía que eso solo era una excusa. Hacía mucho tiempo que no tocaba a una mujer.

Niall podría haber comprado algunos de los favores que ofrecían las mujeres en los puertos que visitaba. Probablemente, no tendría necesidad de que comprar favores. Las mujeres a menudo lo miraban con deseo en sus ojos. Pero cuando Leanna había seguido a Cora en la muerte, había renunciado a las aventuras casuales, pues le parecían desleales.

Se encontró observando a la muchacha. No sabía por qué le intrigaba. Tampoco entendía la breve ternura que le hacía querer acercarse a ella.

Parecía tan sola. Y eso es lo que le había parecido cuando entró en su patio y se encontró con él con una tranquila dignidad que le afectó mucho más de lo que lo habrían hecho las lágrimas.

La miró fijamente durante varios minutos más, contemplando el salvaje cabello pelirrojo que caía sobre la almohada y la obstinada mandíbula. Pensó en el fuego que había brillado antes en sus ojos.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se inclinó y le colocó un rizo rebelde detrás de la oreja. Su piel era suave. Fría.

Gracias a los santos.

Debería llevarla a casa de los Cameron en el coche, pero tal vez sería mejor darle otro día de descanso, tiempo para que recuperase fuerzas. No era porque quisiera que se quedara otro día.

Abrió la puerta con cuidado, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Se desesperó por su reticencia a hacerlo.

Capítulo 6

Unos rayos de luz despertaron a Elsberth. Se hundió más en el lecho de plumas y se estiró como un gato perezoso, aunque se dio cuenta de que su situación era precaria.

Sabía que debería sentir urgencia. Miedo. Debería sentir terror.

Sin embargo, hoy debería estar lo suficientemente a salvo. Hablaría con los sirvientes. Exploraría. Encontraría una salida.

¡Debía hacerlo!

Se tocó la mejilla. Había soñado que alguien la había tocado anoche. No un hombre cualquiera. Lord Niall Malcolm.

Debería ser el último hombre de Escocia en atormentarla en sueños. Su tío había proclamado que todos los Malcolm eran

demonios. Pero ella no había visto eso en él. En cambio, parecía un hombre muy solo, pero no cruel. Y desde luego no un monstruo.

Su mejilla aún estaba caliente por esa breve impresión, o sueño, o lo que fuera. Era mucho más cálido que las rocas calientes que había apretado contra sus mejillas. Las rocas no transmitían ternura, ni hacían que ríos de calor recorrieran su cuerpo.

¿Había sucedido realmente?

Y si había sucedido... Él era el enemigo.

Se hundió más en la cama, tratando de evitar la imagen del Malcolm de pie sobre ella, con la mano tocándola. Debería apartar el pensamiento. En cambio, se sentía atraída por él como una polilla por la luz, y seguía siendo un pequeño tesoro guardado en su mente.

Recuerdos. El tacto despertaba recuerdos. Había conocido la ternura antes, pero había sido hace mucho tiempo...

Se dio la vuelta, tratando de rechazar los pensamientos y recuerdos discordantes. Eran demasiado dolorosos. En su lugar, se concentró en la calidez y el confort de la cama.

Otra imagen la golpeó. *Una cuna vacía en una pequeña habitación de un convento*.

Una de las opciones que había considerado. Todavía la consideraba, como último recurso, si no podía encontrar a Jamie. O, si lo hacía, pero él no podía hacer nada.

Siempre se había considerado devota. Quizá no tanto como debería, pero lo intentaba. Una vida de oración y paz le había parecido un compromiso soportable con el matrimonio.

Pero, a medida que su cuerpo recordaba y reaccionaba a esa sensación onírica, se dio cuenta de que probablemente no era muy adecuada para una vida religiosa.

Eso la asustó mucho más que cualquiera de sus pensamientos anteriores. *Tenía que* encontrar la manera de salir de las murallas de esta fortaleza para ir a Londres. Y antes de que esos sentimientos seductores que la atormentaban la hicieran cometer errores. *No podía* sentirse atraída por Niall Malcolm.

La puerta se abrió y Moira entró con una bandeja. Resplandecía al mirar a Elsberth.

—Mis hierbas han salido bien. Tú tienes mejor aspecto.

—Me siento mucho mejor —dijo Elsberth—. Gracias por todo su cuidado. Sé que soy un problema añadido.

—No, es bueno tener a una mujer aquí de nuevo. Mi laird ha estado... —De repente se detuvo, obviamente temerosa de hablar fuera de lugar.

—¿Su laird ha estado qué? —preguntó Elsberth.

—No me corresponde decirlo —dijo Moira. —Volveré con su ropa. Está lavada y arreglada. El laird dijo que también debería tener cualquier otra cosa que necesite. Todavía tenemos ropa que pertenecía a su madre o a la de Hammish.

—¿Hammish? —Inmediatamente identificó el nombre como el del Malcolm que había encadenado a su esposa MacDowell a una roca.

—Es el hermano de Lord Niall.

—Cuénteme más cosas sobre su laird —dijo ella—. ¿Alguna vez sonríe?

Moira parecía melancólica.

—Una vez sonreía todo el tiempo.

—¿Pero ya no?

—Tiene mucha pena.

Elsberth sabía que había tres hijos Malcolm. También sabía que cada uno tenía madres diferentes y que cada madre había muerto joven. Sabía todo eso porque era parte de la leyenda y de los chismes entre los MacDowell. Merecedores, decían todos.

También sabía que se decía que uno de los Malcolm había destruido una aldea MacDowell años antes. Se decía que habían matado a mujeres y niños. Le costaba creer que el responsable fuera Niall Malcolm. No había sido acogedor, pero la había tratado con toda cortesía. ¿Haría lo mismo si supiera que era una MacDowell? No podía quedarse aquí en su casa para averiguarlo, pero se preguntaba por las palabras de Moira.

—¿Qué pena?

Moira la miró a la cara como si tratara de decidir si era digna de escuchar más. Luego asintió como si estuviera tomando una decisión.

—Perdió a dos esposas. Inverleith es un lugar triste para él.

—¿Las amaba? —Había oído hablar de muy pocas uniones por amor.

—Oh, sí, en particular a su Cora. La otra no la conocía, pero su Cora era un amor.

Su Cora.

La forma en que Moira pronunció las palabras le dijo mucho.

—He oído... que había una maldición.

Moira frunció el ceño.

—No creo en las maldiciones. —Dejó la bandeja en una silla con un golpe que desmentía sus palabras—. No es más que una tontería —dijo, aunque su voz temblaba ligeramente—. Las mujeres mueren al dar a luz.

Elsberth no pudo evitarlo.

—¿Es eso lo que le pasó a Cora?

—Sí. Tanto ella como el pequeño murieron.

Una ola de tristeza se apoderó de Elsberth. Recordó a su propia madre y a su padre. Ambos habían muerto a causa de la misma fiebre que se había extendido por el pueblo cercano.

Pero ahora entendía la indiferencia de Niall Malcolm. ¿Le preocupaba que otra mujer muriera? ¿O temía la ira de los Cameron si ella moría?

—¿Y Hammish? —preguntó.

Moira sonrió, con los ojos arrugados por el afecto.

—Es un alma gentil.

¿Un Malcolm, un alma gentil?

—Os dejaré para que comáis. El laird querrá saber que la fiebre ha desaparecido.

Pero Elsberth no quería que se fuera. Quería saber más sobre Niall Malcolm y su hermano. Cuanto más supiera, más posibilidades tendría de escapar antes de que alguien descubriera que no era Caitlin Cameron.

—¿Me hará compañía? —suplicó.

Moira parecía complacida.

—Sí.

—¿Está el laird aquí?

—Se fue a ver si hay grupos buscándola.

Un terror absoluto se apoderó de ella. ¿Y si se encontraba con los MacDowell buscándola? Su red de mentiras sería descubierta.

Moira la miró con una extraña expresión.

Elsberth intentó actuar como si estuviera a punto de desmayarse.

—Todavía estoy aturdida.

—Por supuesto que lo está —respondió Moira con simpatía—. Hombres —murmuró entonces con voz apenas audible.

Se hizo a un lado.

—Coma, milady. Lord Niall me cortará la cabeza si no se encuentra mejor.

—¿Para poder deshacerse de mí?

—Sí, me temo que sí. Al principio pensé que era un plan sucio, pero me gustaría que volviera a casarse.

De nuevo, sus ojos le pesaron.

—Usted lo sabía.

—Sí.

—¿Y el laird?

—No. Bruce sabía que lo prohibiría.

—Dijo que fue un «error». —No añadió que pensaba que podría haber sido porque era sencilla y no era en absoluto lo que él esperaba. Tampoco añadió el dolor que le causaba la idea. No había deseado ser secuestrada, pero tampoco deseaba ser una prisionera rechazada. Eso era humillante más allá de lo tolerable.

—Nuestro laird acaba de regresar del mar. Fue convocado cuando Kinner no regresó de Francia, pero Bruce teme que no se quede, que regrese al mar. No puede hacerlo mientras haya guerra entre los MacDowell y nuestro clan. Desea hacer una tregua para poder irse de nuevo.

—¿No desea una esposa?

—No se le consultó.

—Entonces, ¿por qué no puede darme un caballo y yo volveré por mi cuenta? Nadie sabrá que los Malcolms tuvieron algo que ver. Diré que me perdí en la niebla.

Moira sacudió la cabeza.

—Querrá veros de vuelta a salvo.

Elsberth estaba tentada de regatear. Pero regatear con Moira no serviría de nada. Tendría que hacer su trato diabólico con el terrateniente en persona.

—Os dejo para que comáis —dijo Moira y se fue antes de que Elsberth pudiera hacer más preguntas.

Elsberth se sentó en la cama y empezó a comer de la bandeja. Había pasteles, fruta y pan. A pesar de su hambre, los pasteles no

estaban muy buenos. En realidad, estaban horribles.

Empezó con el pan y también estaba casi pesado, no ligero y sabroso como el que hacían en Cressingham. Incluso la fruta era mala, demasiado madura y demasiado azucarada.

Solo pudo dar unos bocados cuando la puerta se abrió de nuevo y un joven de cabello castaño corto miró hacia dentro.

—¿Puedo entrar? —preguntó con cautela.

—Ya que eres el único que pide permiso, sí —dijo ella.

Él entró y se inclinó de forma extravagante, a pesar de llevar un laúd en una mano.

—Soy Hammish, el más joven de los Malcolm. —Sonrió—. Y el más agradable. Moira dijo que estaba comiendo. Pensé en entretenerla y tratar de contrarrestar el carácter más hosco de mi hermano.

Su sonrisa y sus palabras burlonas eran contagiosas. Ella se encontró sonriendo. Quizás podría averiguar más sobre lord Niall y cómo reaccionaría si descubriera quién era ella en realidad.

—Gracias, me encantaría.

—Moira dijo que estaba enferma.

—Lo estaba. Sus buenas hierbas y una noche de descanso fueron milagrosos.

—Me alegro —dijo simplemente, y ella supo que realmente lo estaba. Echó un vistazo a la bandeja. Ojalá fuera tan buena con la comida como con las hierbas curativas. Pero imagino que ya lo habrá descubierto. —Pronunció las palabras con verdadera diversión.

Ella lo estudió. Era más delgado que su hermano, alto y delgado. Su rostro no tenía la llamativa belleza de Niall Malcolm, pero de una manera extraña era más atractivo, ya que no tenía nada de la oscura cautela. Su boca era ancha y expresiva. Sonreía con facilidad, y cuando lo hacía, todo su rostro se iluminaba y el área alrededor de sus ojos se arrugaba. Era un rostro en el que uno confiaba instintivamente.

—Usted es lady Caitlin Cameron. Ahora que las formalidades han terminado, quiero darle la bienvenida y desearle sinceramente que no haya sufrido ningún efecto negativo como resultado de una búsqueda demasiado entusiasta para encontrarle esposa a mi hermano.

—¿No lo aprobó?

—Ni lo aprobé ni lo desapruebo. Rara vez me consultan.

—¿Por qué?

—No soy lo suficientemente guerrero.

—¿Y su hermano sí lo es?

—Mis dos hermanos lo son. Yo soy la única vergüenza. Prefiero los libros y la música a las espadas. Yo llevo los registros de la finca —ofreció sin rencor, como si aceptara felizmente el papel de inadaptado.

Jamie nunca le había dicho que sabía poco más sobre llevar una casa. Su tío nunca había entendido por qué quería aprender a leer, pero había aceptado de buen grado el razonamiento de Jamie de que le permitiría llevar mejor una casa.

Aun así, a pesar de las palabras del joven Malcolm, reconoció su fuerza. Quizá porque se necesitaba fuerza para darse cuenta de lo que uno era y ser fiel a uno mismo. Hammish Malcolm parecía hacer precisamente eso.

Se sentó y empezó a tocar el laúd. Era bueno, muy bueno.

—No deje que le impida comer, milady —dijo, levantando la vista.

Ella hizo lo que él le pidió, a pesar de lo poco apetecible de la comida. Quería que se quedara. Quería saber más sobre los Malcolm.

—He oído hablar de un Hammish Malcolm.

—Sin duda, mi infame antepasado que intentó matar a su esposa de la manera más desagradable.

—Rezo para que no sea un rasgo familiar.

—No —dijo él con una sonrisa que también le hizo sonreír a ella—. A mis hermanos les gustan demasiado las mujeres.

—Parece que no le gusto a Lord Niall. —*¿Por qué importaba*?

Su sonrisa se desvaneció.

—No es por usted, milady. Quiere hacer las paces, y su... desventura podría estropear sus planes. Una vez que decide un rumbo, rara vez se aparta de él.

—Pensaba que los MacDowell y los Malcolm llevaban años luchando.

—Así es. A algunos nos gustaría ponerle fin. Hiere a ambos clanes y no beneficia a nadie.

—¿Y los demás?

Él se encogió de hombros.

—No saben otra cosa. El odio ha existido entre nuestros clanes durante años. Los MacDowell matan a los Malcolm, y los Malcolm matan a los MacDowell.

—¿Pero su hermano busca ponerle fin?

—Sí. —Volvió a tocar el laúd con los dedos y ella escuchó la melodía lastimera. Luego empezó a cantar con una voz suave y sincera. Era su historia, la historia de una hermosa dama que fue raptada para ser la esposa de un apuesto lord.

—No soy hermosa —dijo ella cuando él terminó—. Pero es una bonita canción.

Él la miró con ojos críticos.

—¿Por qué cree que no es hermosa? Se han escrito canciones sobre usted.

Sobre Caitlin Cameron. No sobre Elsberth MacDowell. Todos aquí deben preguntarse eso.

Ella no respondió. En cambio, su mente trabajaba frenéticamente. Quizás él podría ayudarla a escapar de los muros de la fortaleza.

Pero eso solo si lograba evitar ser devuelta a los Cameron hoy o mañana.

—Bruce dijo que quería que me casara con Lord Niall, pero Moira dijo que el lord no quería casarse. Pensé que podría ser porque yo no soy... como él pensaba.

Él la miró con renovado interés.

—No tiene nada que ver con usted, Lady Caitlin. Es solo que su... Cora, murió aquí al dar a luz. También perdió a su pequeño hijo. Habría dado su vida con gusto por la de ella. Ella le hizo olvidar...

De repente se detuvo como si se diera cuenta de que había hablado demasiado.

—¿Olvidar?

En cambio, empezó a tocar de nuevo, con la cabeza inclinada en señal de concentración.

Cuando terminó, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—Todas mis canciones son verdaderas —dijo mientras abría la puerta y se marchaba.



—La chica comió bien —informó Moira cuando Niall regresó y la llamó.

—¿Y la fiebre?

—Se ha ido.

—Podemos irnos entonces. —No le gustó la reticencia inesperada que sintió. Fue solo porque había estado demasiado tiempo sin una mujer. Desde la muerte de Leanna, no había hecho el amor con una mujer.

Su propia penitencia privada.

En cualquier caso, Caitlin Cameron no era el tipo de mujer que le atraía. Le gustaba la dulzura. La compatibilidad. Sus ojos eran demasiado desafiantes, su barbilla demasiado obstinada. Incluso ese cabello rebelde hablaba de salvajismo.

Moira vaciló.

—Se ofreció a coger un caballo y regresar sola, para decir que se había perdido. Así no nos echaría la culpa a nosotros.

—No puedo permitir eso. ¿Y si la atacan unos bandidos? —Se detuvo y luego dijo irónicamente—: Supongo que ya lo han hecho.

—Bruce no es un bandido.

—Me pregunto si ella pensó eso cuando él la agarró. Pero no dejaré que viaje sola. Las fronteras son demasiado peligrosas.

Moira suspiró.

—No creo que deba partir hoy, aunque fuera seguro. Aún está débil. No querría ver cómo le vuelve la fiebre.

—Cada día aumenta el peligro. Está prometida al heredero MacDowell. No podríamos resistir un asedio tanto de los MacDowell como de los Cameron, sobre todo cuando ambos tienen el favor del rey Jacobo.

—Quizá no esté tan contenta con el suceso —dijo Moira lentamente—. No parece estar tan ansiosa por regresar.

Él había tenido la misma impresión, y le había desconcertado. No había exigido un regreso inmediato a su familia o a la fortaleza de los MacDowell. Había creído que era miedo, miedo de él y de los Malcolm, pero quizá Moira tuviera razón.

No importaba, se dijo a sí mismo. No podía arriesgar el futuro de su clan por una chica reacia.

—Yo mismo juzgaré si está en condiciones de viajar —dijo, dejando a Moira y subiendo los escalones de piedra de dos en dos. Cuanto antes devolviera a la chica, mejor.

Llegó a su puerta y oyó el sonido del laúd en el interior, y luego la voz de su hermano. Estaba cantando una canción.

Hammish solía hacer eso por Cora. Su hermano no era más que un muchacho medio enamorado de Cora. Pero entonces todos los hombres lo habían estado. Niall se apoyó en la pared de piedra y escuchó. Hacía mucho tiempo que no oía tocar a su hermano. No desde que Cora murió. Se preguntó qué lo había provocado.

Y entonces oyó las palabras de Hammish sobre Cora, y su corazón pareció detenerse.

Hammish lo vio cuando salía de la habitación de Elsberth y cerró la puerta tras él.

—Hace mucho tiempo que no te oigo cantar.

—Llevas mucho tiempo fuera.

—No lo suficiente. —Cambió de tema—. ¿Cómo está nuestra invitada? ¿Crees que está lista para montar?

—No —dijo Hammish—. Apenas ha comido. Está pálida. No querrás entregar a una rehén enferma.

—No es una rehén.

Hammish se encogió de hombros.

—¿Por qué no envías un mensaje a los Cameron? Diles que nuestros hombres la encontraron vagando y perdida.

—Lo he considerado. Pero no quería invitar a los Cameron a entrar en el castillo hasta estar seguro de lo que diría. Y negar la hospitalidad sería admitir la culpa. Por otro lado, una escolta de Malcolms sería una señal de nuestra buena voluntad.

—Tendrás que seducirla —dijo Hammish con ligereza.

Niall lo miró con recelo.

—¿Tú también?

—Oh, no tengo intención de pedirte que la seduzcas. Simplemente te recomiendo que te muestres comprensivo con los esfuerzos de nuestros hombres de buscar alguna pista sobre lo que ocurre en el castillo de los Cameron.

—No podemos esperar tanto.

—Probablemente piensen que está perdida. La buscarán en las colinas y cuevas. Mientras tanto, puedes ser amable con ella.

—Un día —dijo Niall—. No más.

—No tengo ninguna duda de que puedes lograr mucho en ese tiempo —aseguró Hammish antes de girarse hacia los escalones de piedra.

Niall respiró hondo. Por desgracia, Hammish tenía razón. Si quería mantener la paz con los clanes vecinos, tendría que contar con la ayuda de su prisionera.

Abrió la puerta.

Caitlin Cameron estaba sentada en la cama, cepillándose su largo y rebelde cabello rojo. Abrió los ojos como platos al verlo.

Él se inclinó.

—Milady. Tiene mucho mejor aspecto que cuando llegó.

De repente se dio cuenta de lo que había dicho. Demasiado para ser un galán.

—Quiero decir que su salud parece haber mejorado mucho.

De repente, ella sonrió, y él se sorprendió de su poder. Todo su rostro se iluminó.

—Estaba empapada, mi laird. Debo admitir que me sentía como una rata ahogándose.

Su mirada se encontró con la de ella.

—¿Le gustaría que la lleváramos a casa hoy?

—Estoy muy cansada por el viaje. Sus hombres cabalgan mucho.

—Podemos avisar a los Cameron.

—Preferiría tomar prestado un caballo mañana y viajar sola. De esa manera, no recaerá la culpa sobre usted.

—¿Le preocupa eso? —No le dijo que Moira ya le había transmitido la oferta.

—Me gusta su hermano. No desearía que le hicieran daño. Mi familia se ofende fácilmente. Pero si solo me hubiera perdido...

Un inexplicable sentimiento de celos lo invadió.

Se dio cuenta de que ella estaba conteniendo la respiración mientras esperaba su respuesta.

¿Realmente le importaba que no hubiera violencia como resultado de las acciones de Bruce?

—No puede viajar sola. Los MacDowell...

—Estoy prometida con un MacDowell —indicó ella—. No harán nada para hacerme daño.

Él sacudió la cabeza.

—La acompañaré.

La luz de sus ojos azul zafiro se atenuó. La habitación pareció oscurecerse con su desaparición.

Quería preguntarle si había alguna razón por la que no se apresuraba a ir a la fortaleza de su familia. Pero no lo hizo. Era mejor que no lo supiera. No podía permitir que nada afectara a sus decisiones. Nada más que el bienestar de su clan.

Encántala, le había ordenado Hammish.

Eso de su hermano, que rara vez se permitía la astucia. Quizás él también se había dado cuenta de lo que estaba en juego esta vez.

—¿Cenará con nosotros esta noche?

—No tengo nada que ponerme.

—Moira encontrará algo.

—Entonces sí.

—Debo advertirle. Moira es la cocinera y...

—Lo sé —respondió ella y la luz volvió a sus ojos. Sus labios se crisparon.

—Desde que murió mi padre, ha habido poco orden. Moira es la tía de Bruce y necesitaba el puesto. Nosotros necesitábamos una cocinera. Aunque tengo vino decente —añadió rápidamente. Un poco demasiado rápido, pensó.

Encanto, había insistido Hammish. Ella asintió lentamente.

—Moira vendrá a ver cómo está durante el día y le traerá varios vestidos. Elija el que quiera.

—Gracias, mi señor.

La miró mientras sus manos seguían trenzando su cabello en una larga trenza. Mechones de cabello rojo se escapaban y se enroscaban alrededor de su rostro. Parecía joven, inocente e insegura.

Y atractiva.

No hermosa, pero atractiva. Demasiado atractiva.

Salió sin decir una palabra más y cerró la puerta tras de sí. Solo entonces se preguntó si su ingenuo hermano menor había estado en el plan de verlo casarse de nuevo.

Si era así, se sentiría decepcionado. Mucho.

Capítulo 7

Elsberth sabía que tenía que tener cuidado. No podía parecer que se había recuperado demasiado rápido, y también tenía que evadir la sobreprotección maternal de Moira.

Tenía que explorar más. Tenía que encontrar una manera de escapar. Pero cada vez que se levantaba, Moira parecía aparecer y sugerirle que volviera a la cama.

Hacia el final de la tarde, Moira desapareció. Elsberth logró vestirse con sus propias prendas, que habían sido lavadas y devueltas.

Se puso el par de zapatillas muy usadas y salió rápidamente antes de que Moira regresara. Bajó rápidamente los escalones de piedra y se metió en un pasillo cuando oyó el sonido de unas botas

que venían de arriba. Cuando se sintió lo suficientemente segura, logró abrir la pesada puerta.

Se encontró en un gran patio de armas. Solo había estado aquí de noche antes, y su habitación daba al mar. Ahora estudiaba el interior de la torre del homenaje.

Las pesadas puertas estaban abiertas y los jinetes entraron al galope. Las grandes puertas rechinaron al cerrarse tras ellos. Ella se escabulló entre las sombras de la tarde, con la esperanza de que nadie la notara, y observó cómo desmontaban y atravesaban la misma puerta por la que acababa de salir.

Su mirada se desvió hacia una puerta en la pared. Un guardia estaba justo encima de ella. Se volvió hacia el establo y entró. Los mozos estaban ocupados con los caballos de los recién llegados, quitándoles las sillas de montar y los cabestros. Recorrió la larga fila de establos y finalmente encontró la pequeña yegua de Caitlin. Ojalá tuviera algo de la cocina para ofrecerle cuando la yegua le olfateó la mano en busca de un premio.

—Más tarde —le aseguró. Ese recado le daría otra oportunidad de visitar el establo.

Mientras tanto, estudió el interior. Cuatro chicos estaban trabajando con los caballos. ¿Estaban siempre aquí?

Uno de ellos llamó su atención y se acercó a ella.

—Milady, ¿puedo ayudarla?

—Estaba pensando que mi yegua necesitaba hacer ejercicio, pero parece muy ocupado.

Parecía arrepentido.

—No puede salir del patio, milady. Bruce ha dicho que no.

—No me importa salir del patio. Solo quiero que la yegua haga ejercicio. Me quedaré dentro de los muros.

El chico parecía escéptico.

—Se lo preguntaré a Bruce, pero primero debo ayudar a que los caballos se calmen. Lord Niall se toma muy en serio a sus bestias.

Eso decía algo sobre Niall Malcolm. Ella se dio la vuelta y lo dejó volver al trabajo. Caminó por la fila de establos hasta llegar al final. Había un establo extra grande en el que una yegua negra se movía inquieta. Obviamente estaba cerca de parir.

Elsberth le tendió la mano y la yegua la mordió. Uno de sus dedos sangró, pero Elsberth no tuvo mala intención. Normalmente habría disciplinado a la yegua, pero si ella hubiera estado tan hinchada e incómoda, probablemente también habría mordido.

Observó cómo los mozos empezaban a traer agua del pozo para los cubos de riego, preguntándose si podría hacerse amiga de alguno de ellos. Temía que no. El muchacho con el que había hablado parecía tener un sano respeto por la autoridad. Supuso que los demás también.

Aun así, podría haber uno...

Tenía que encontrar la manera de irse.

El mozo regresó y la miró con curiosidad.

—Bruce dijo que no se encontraba bien.

—Me encuentro mejor —dijo ella—, y necesitaba un poco de aire fresco. Me siento como una prisionera.

—No puedo evitarlo, milady. Pero alguien podría acompañarla en un paseo mañana.

—Se lo agradecería mucho. —Ella vaciló, y luego continuó. Quería establecer un vínculo con el muchacho—. ¿Está lista la yegua

negra para parir?

—Sí. Esta noche, según Hammish.

—Me gustaría verlo —dijo con nostalgia. Siempre le había encantado ver a un potro dar sus primeros pasos inseguros. Siempre le había parecido un milagro.

El muchacho la miró sorprendido.

—No es un espectáculo para una dama —dijo.

Había visto nacer a más de un potro. Ni Jamie ni los mozos de cuadra de Cressingham tenían esa idea pintoresca de lo que debe hacer una dama.

Pero, ¿habría hecho Caitlin un comentario así? Tuvo que recordarse a sí misma que, desde hacía dos días, *era* Caitlin. Bella y modesta. Ciertamente no alguien revolcándose en paja y sangre. Tenía que dejar de cometer errores.

Cambió de tema.

—¿Cómo te llamas?

—¿Quiere saber mi nombre, milady? —Parecía sorprendido de que se lo preguntara.

—Sí.

—Me llamo Héctor, milady —respondió, con el rostro cada vez más sonrojado.

—No lo olvidaré —aseguró ella. Y no lo olvidaría. Necesitaba todos los aliados que pudiera encontrar.

Tenía que retrasar el viaje de mañana a la propiedad de los Cameron y encontrar una oportunidad para salir de los muros. Cada momento que se quedaba aquí, arriesgaba su libertad. Quizás, incluso, su vida.

De mala gana, salió del establo y regresó a su habitación. No había logrado todo lo que deseaba, pero al menos sabía más sobre el patio de armas y los muros.

Solo deseaba haber descubierto más sobre el laird. A pesar de su cortesía, sus ojos parecían no perderse nada. Siempre estaban atentos, siempre cautelosos. No sería tan fácil engañarlo como lo habían sido los desprevenidos Cameron.

Cuando regresó a su habitación, una inquieta Moira la estaba esperando.

Varios vestidos estaban sobre la cama. Robina estaba con ella.

—Milady, no debería deambular por estos pasillos con corrientes de aire —regañó Moira con la autoridad de alguien que

sabía que su posición era segura—. Robina la ayudará a vestirse. Debo ir a ver cómo va la cena. —Se dio la vuelta y salió de la habitación.

La mirada de Elsberth se posó inmediatamente en un vestido interior de color verde pálido y un sobrevestido de un verde más oscuro ribeteado con piel. Estaba pasado de moda, pero el color le sentaba bien.

—¿Son para mí?

—Sí, milady —dijo Robina—. Moira los eligió. Elsberth se probó las prendas y le quedaban perfectamente.

—Oh, milady, es perfecto con su color —exclamó Robina mientras se alejaba—. Ahora su cabello.

Desafortunadamente, Robina no sabía nada sobre cómo domar los rizos salvajes de Elsberth. Elsberth se lo cepilló y Robina intentó sujetarlo con horquillas, pero nada funcionó. Elsberth finalmente se lo trenzó en su larga trenza habitual, aunque deseaba tener el cabello de Caitlin, que caía en ondas sedosas hasta su cintura.

¿Por qué le importaba? Los Malcolm eran un enemigo, un impedimento para su fuga.

Sí que le importaba. Una vez había oído a su tío decirle a Jamie que era una pena que no hubiera heredado la belleza de su madre en lugar de los rasgos sencillos del padre de Elsberth. La había herido profundamente, e incluso la respuesta de Jamie no había ayudado. Él había elogiado su inteligencia y su espíritu.

Jamie nunca supo que ella había escuchado la conversación. En realidad, él le había dicho a menudo que era bonita. Pero ella sabía que mentía.

Entonces, se preguntó, ¿cómo habían aceptado los Malcolm la historia de que ella era una belleza famosa?

Cuando se levantó de la silla, Robina sonrió como si realmente fuera una belleza.

Sin embargo, nadie más lo creería. Solo rezaba para que nadie en la mesa hubiera visto a Caitlin.

Llamaron a la puerta. Elsberth se puso tensa cuando Moira la abrió.

No quería ver la decepción en el rostro de Niall Malcolm cuando la viera, pero no mirar sería cobarde, y ella se enorgullecía de ser valiente.

Para su sorpresa, no vio decepción ni desaprobación, sino un cierto brillo que calentó considerablemente sus ojos. Desapareció tan rápido que se preguntó si realmente lo había visto.

—Milady —reconoció él, con respeto en la voz.

Sorprendida, se quedó sin habla. Se sentía totalmente inadecuada allí de pie.

—¿Tan aterrador soy? —preguntó lord Malcolm, aparentemente interpretando su silencio como miedo.

—No, mi laird —dijo ella—, aunque su reputación y la de su clan son feroces.

—Solo hacia nuestros enemigos —indicó él, aunque eso no la consoló.

No se apartó cuando él le ofreció el brazo y se acercó a las escaleras. Necesitaba su firmeza. De repente, sintió las piernas débiles y la piel inesperadamente caliente.

Pensó por un momento que tal vez estaba realmente enferma, pero entonces su mano la estabilizó. Mientras su fuerza y calor la rodeaban, se dio cuenta de que el aleteo en su corazón no era por ninguna enfermedad. Demasiado consciente de su impacto en ella,

tropezó y de repente se encontró en sus brazos. El calor se convirtió en un calor al rojo vivo.

—Los escalones son duros, milady.

Ella no respondió. Temía balbucear.

Se sintió aliviada cuando llegaron al pie de las escaleras y su mano se relajó en su brazo. Él no la soltó inmediatamente. Ni ella deseaba que lo hiciera. Se sentía segura. Segura, protegida y deseada.

Pero todo era una Ilusión. Él pensaba que era la heredera de un clan amigo. Eso era todo. Su interés se desvanecería con bastante rapidez si supiera la verdad. Lo más probable es que se convirtiera en odio, al igual que su tío y su primo odiaban a los Malcolm.

Como debía ser. Los Malcolm habían sido responsables del derramamiento de sangre MacDowell, incluso la de mujeres y niños.

Por ahora, sin embargo, solo era consciente del hormigueo en su sangre, el calor que le subía por la columna vertebral, la euforia de estar en su presencia, el placer inesperado de ver su rara sonrisa.

El Malcolm la acompañó al gran salón, que estaba lleno de voces masculinas. No había mujeres presentes, excepto los

sirvientes.

Le pareció muy extraño. A excepción de Moira, había visto pocas mujeres y, desde luego, ninguna dama bien vestida.

El torreón en sí también parecía como si no hubiera tenido dueña durante mucho tiempo. Había polvo por todas partes. Las chimeneas parecían como si no se hubieran limpiado en meses, las ventanas estaban oscuras de suciedad y había una sensación general de abandono.

Bueno, el antiguo terrateniente había muerto hacía tres años y, al parecer, no había nadie a cargo hasta que apareció Niall. ¿Le era indiferente? ¿O no le importaba porque tenía la intención de partir pronto hacia el mar?

Cómo deseaba oír hablar de sus aventuras. Cómo anhelaba navegar por el mundo ella misma.

No era la primera vez que deseaba haber nacido hombre. Pero por primera vez, sentía la emoción de ser mujer.

Era perverso, el diablo jugando una mala pasada.

Sin embargo, todos los ojos estaban puestos en ella cuando el Malcolm la condujo a la mesa principal y la sentó a su lado. Ojos ávidos la estudiaban.

Entre los hombres estaban los que la habían secuestrado para su señor. Sus rostros resplandecían al ver a su señor tratarla con cortesía. Era obvio que no habían perdido la esperanza. Quizás ella también pudiera jugar con eso.

Se fijó en un asiento vacío a su izquierda y, antes de que pudiera preguntarse por qué, apareció Hammish. Llevaba el vestido despeinado, pero lucía una amplia sonrisa. Parecía estar dirigida directamente a ella.

—Llegas tarde —señaló Niall Malcolm.

—Sí, ya ha nacido el potro —indicó—. Llegó más rápido de lo que esperaba. Quizás milady quiera verlo más tarde.

El corazón de Caitlin dio un salto.

—¿La yegua negra? —Hammish la miró con sorpresa—. La vi antes.

—Sí, fue un parto rápido.

—¿Y el potro?

—Fue una potra. ¿Le gustaría visitarla?

—Gracias, me encantaría.

—¿Esta noche?

—Sí —asintió ella y se volvió hacia los platos de comida que estaban expuestos. Niall Malcolm le sirvió vino de una jarra y ella lo bebió a sorbos. En contraste con la comida, era un vino muy bueno.

—Es de Francia —repuso él mientras la observaba.

Ella tomó otro sorbo. Quizá podría fingir que había bebido demasiado.

Probó la perdiz. Estaba poco hecha. Probó un trozo de carne, y estaba chamuscado, demasiado duro para comer. Cogió un poco de pan y lo mordisqueó, sabiendo que necesitaba fuerzas.

Él dijo en voz baja:

—No he tenido tiempo de encontrar un nuevo cocinero, y Moira se esfuerza mucho.

Admiraba la lealtad. Su tío tenía poca lealtad hacia ninguno de sus sirvientes.

Inclinó la cabeza e intentó volver a comer. Necesitaría tener comida en el estómago si quería escapar al día siguiente. Quizá, después de ver al potro, le pediría a Hammish que la acompañara a cabalgar al amanecer. Intentaría despistarlo. O negociar con él.

—Espero que esté cómoda —dijo el mayor de los Malcolm.

—Moira y Robina han sido muy atentas —señaló. Bebió un sorbo de vino—. He oído que ha estado en el mar y acaba de regresar.

Sus ojos grises clavaron los de ella.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Diez años.

Entonces él había estado aquí, cuando su clan violó a mujeres y mató a un niño. Ella había esperado lo contrario. Trató de mantener la voz tranquila.

—¿Dónde ha estado?

—En Francia y Portugal, sobre todo. Depende de quién esté en guerra con qué país —añadió con ironía.

Elsberth jugaba con su copa de vino.

—Me gustaría navegar. A veces deseo... —Se detuvo.

—¿Qué desea? —insistió él.

—Que tuviera la libertad de hacer lo que quisiera.

—El mar es un lugar peligroso.

—También lo es Escocia —indicó ella—. Secuestran a la gente.

Él tuvo la delicadeza de estremecerse, y la comisura de su boca se torció en una media sonrisa.

—Sí, puede ser.

Sus miradas se encontraron, y de nuevo le pareció ver sombras en esos ojos grises tan vigilantes. Hubo una diversión fugaz, incluso un destello de aprecio, pero luego ambos desaparecieron. Las sombras regresaron, y algo más, una angustia que le desgarró el corazón, y una soledad que era descarnada.

Sorprendentemente, quiso suavizar las líneas de dolor que enmarcaban su boca.

Quería tocar el cabello oscuro que enmarcaba el rostro duro.

Luchó por retomar su conversación.

—¿Ha estado en tormentas en el mar?

—Todos los marineros lo han estado.

—Me gustan las tormentas.

Vio la sorpresa en sus ojos.

—Dudo que le guste una en el mar —dijo él—. Es puro terror cuando estás a merced del mar y el viento.

—No puedo imaginar que usted sienta terror alguna vez.

—Todo hombre conoce el terror.

Ella tomó otro sorbo de vino. La mayoría de los hombres lo conocían, por supuesto, pero pocos lo admitirían jamás.

Sentía el calor del vino, de su presencia. ¿Por qué se sentía atraída por él? Era el enemigo de su familia. Sin embargo, se sentía atraída por él como nunca se había sentido atraída por otra persona.

—Háblеme de Francia.

Él se encogió de hombros.

—Tienen sedas finas y un vino aún mejor. Son aliados de Escocia.

—Solo cuando les conviene —dijo él.

—¿Y las mujeres? He oído que son hermosas.

—Prefiero las nuestras —señaló—. Hay pocas pretensiones.

Sintió que se le calentaban las mejillas. Esperaba que no se notara, y volvió a centrar su atención en la comida. Aquí no hay trampas.

La cena pareció durar horas mientras los miembros del clan Malcolm bebían y se volvían ruidosos y procaces.

—Os hemos traído una esposa hermosa —dijo un hombre corpulento, derramando vino sobre su plato.

—Y ella podrá casarse con un hombre digno —intervino otro.

El Malcolm finalmente dejó caer su copa de vino, derramando un poco sobre la mesa.

—No quiero oír más de esto —dijo en voz baja, pero que se escuchó en toda la sala—. La dama ya está comprometida. Ella regresará a casa.

Un coro de negativas resonó en el gran salón.

Niall la miró con pesar mientras se volvía hacia ella.

—Me disculpo de nuevo por el comportamiento de mis compañeros de clan.

—Se preocupan por usted.

—Se preocupan por el clan —corrigió él.

—Es lo mismo, ¿verdad? —preguntó ella.

—No, no lo es. —Sus ojos grises se volvieron fríos. Distantes—. Regresará a casa a salvo para su propia boda.

—He pasado aquí la noche sin acompañantes —señaló en voz baja—. Si se llega a saber, estaré arruinada. Jamie MacDowell no me

querrá.

—Entonces sería un tonto —repuso él, tocando su mano y enviando inesperadas sacudidas de relámpagos a través de ella.

Ella lo miró a los ojos. Según su experiencia, el vino solía entorpecer la vista, pero los suyos eran claros y penetrantes.

—Aun así, sería mucho mejor que nadie supiera que he estado aquí.

—Asumo la responsabilidad de lo que hace mi clan —dijo él con rigidez.

—Un compromiso —propuso ella—. Puedes llevarme casi a casa y ver cómo entro en las murallas.

—Una oferta noble —dijo él, pero había un toque de diversión en sus palabras.

Santa María del cielo, parecía leerle la mente.

Ella tomó una fruta y apenas pudo tragarla.

Miró hacia el final de la mesa y observó que el vino se consumía a un ritmo mucho más rápido que la comida. Había necesidades aquí.

No. No lo piense.

Y ella sería la última persona en hacer cualquier cambio. No sabía cocinar ni llevar una casa. *Podía* practicar esgrima. Dudaba de que alguien en esta mesa apreciara ese talento en particular. Probablemente no encajaría con la imagen de una dama justa y modesta como la que sus parientes aparentemente creían haber capturado.

Intentó volver a comer, pero le resultó más que difícil con tantos ojos puestos en ella. Todos la juzgaban, especulaban y la pesaban con la mirada. Al parecer, aún no habían renunciado a su ferviente deseo de que su señor se casara de nuevo.

No pudo evitar preguntarse por sus esposas.

—¿Milady?

Se sobresaltó. Había estado demasiado absorta en sus propios pensamientos. Levantó la vista hacia Hammish.

—Quizá le gustaría ponerle nombre al potro. Héctor dijo que parecía que le gustaba la yegua.

Miró a lord Niall como si buscara su aprobación.

—Estoy seguro de que se le ocurrirá algo mejor que a mí —dijo Niall con esa sonrisa poco común—. Hammish teme que lo llame… Caballo.

—Mi hermano tiene un carácter práctico —comentó Hammish

—¿Cómo se llama su barco? —preguntó ella, queriendo descubrir más sobre la forma de ser de Niall.

Silencio. Hammish levantó una ceja y miró a su hermano. Niall se encogió de hombros.

—*La Dama*.

—Ya veo por qué Hammish está preocupado —dijo Elsberth, aunque se preguntaba por qué no llevaba el nombre de su primer amor. ¿Era simplemente porque no podía soportar que se le recordara a ella? ¿La gente amaba tanto?

Ella realmente no creía que lo hicieran, aunque pensaba que Caitlin y su primo hacían buena pareja. Obviamente se preocupaban el uno por el otro.

¿Había tenido Lord Niall Malcolm una pasión desenfrenada?

¿Y se le habían enrojecido las mejillas ante el pensamiento prohibido? No le preocupaba si un Malcolm era apasionado o no. Sobre todo cuando era bastante evidente que su único deseo era su partida.

Aun así, quería saber más sobre su Cora.

Incluso rodeado de miembros del clan, parecía un hombre muy solo. Aunque tenía un trato fácil con los miembros de su clan, no había la familiaridad jocosa que Jamie tenía con los MacDowell. Se preguntó si era un manto de dolor lo que lo separaba de los demás, aunque no lo llevaba abiertamente.

Solía pensar que la leyenda sobre los Malcolm era cruel y estaba dirigida a la parte equivocada: la esposa. Pero se había equivocado. Debe de ser terrible quedarse atrás.

Niall Malcolm se puso de pie entonces, al igual que los demás.

Hammish le sonrió.

—¿Quiere ver la potra?

—Oh, sí. Pero me iré. No es justo que le ponga nombre.

—Esta una casa de hombres —dijo Hammish—. Aquí no hay ningún hombre que sepa poner nombre a una potra. Nos haría un favor.

Se volvió hacia Niall, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Haga lo que quiera.

Su indiferencia le dolió. Pero Hammish le tocó el brazo suavemente y ella hizo una reverencia de despedida a Niall.

Acompañó a Hammish al establo y a la parte trasera del granero. Oyó un suave relincho cuando se acercaron y vio a la yegua acariciar a su cría.

—Oh —exclamó Elsberth al ver al potro tambalearse sobre sus delgadas patas, buscando su comida. Era tan negra como su madre, con una cabeza que parecía demasiado grande, pero Elsberth sabía que pronto le quedaría bien.

Su corazón dio un vuelco y la ternura llenó su alma. Nunca se cansaba de ver a un recién nacido, especialmente a los potros. Siempre parecían tan preparados para ocupar su lugar en el mundo.

—Es una glotona —indicó ella.

—Sí, será fuerte y veloz.

—¿Cómo lo sabe?

—Por sus líneas de sangre, milady. Son muy buenas. Mi padre se enorgullecía de sus caballos. ¿Y su hermano?

—Es un buen jinete. Pero ahora no tiene una montura especial. En su lugar, las monta a todas. Duda si quedarse con un caballo para su uso personal.

—¿Porque podría perderlo?

La miró con sorpresa y una nueva calidez.

—No lo dice tanto, pero sí, creo que esa es la razón.

La potra tropezó y luego recuperó el equilibrio cuando su madre la acarició con el hocico

—Siempre me parece un milagro cuando nace una potra. O cualquier nacimiento —añadió.

—La llamaremos Milagro entonces —dijo él.

—Y te la enviaré cuando pueda dejar a su madre —llegó una voz familiar desde detrás de ellos.

Se dio la vuelta, preguntándose cuánto tiempo había estado allí. ¿La había oído hacer preguntas sobre él?

Niall se apoyó en la pared. Con una expresión enigmática, dio unos pasos hacia adelante y miró dentro del establo. No sonrió, pero pareció relajarse al observar a la yegua con su potro. Entonces comprendió lo que estaba diciendo. Le estaba regalando esta magnífica potra.

Pero no estaría donde debería estar. Podía imaginarse la sorpresa si el animal iba a los Cameron.

—Gracias, pero es una oferta demasiado generosa. —Su corazón se rompió al decir esas palabras. Cómo deseaba aceptar su oferta. Nunca había tenido un caballo propio.

—Hemos retrasado su viaje y posiblemente su matrimonio. Me sentiría mucho mejor si aceptara esta pequeña muestra de disculpa.

Eso no era lo que ella quería en absoluto, pero más negativas podrían suscitar preguntas que no podría responder.

—Mis gracias, entonces —dijo simplemente, sabiendo que nunca vería al animal en un establo MacDowell, a menos que lo robaran. Pero, cómo deseaba tener el potro.

—Está haciendo frío, milady —dijo él—. Debería entrar.

—Preferiría quedarme aquí fuera y ver a Milagro.

—Hace poco que estuvo enferma, lady Caitlin. No deseo devolverla en mal estado.

Sus palabras eran como golpes de martillo, duras y afiladas. No se le podía desobedecer. Ella había sido testigo de su disgusto cuando la habían traído por primera vez al patio de armas. Su ceño fruncido podía sofocar una rebelión.

Y, sin embargo, sus hombres del clan obviamente le habían desobedecido al traerla aquí, y ella no había sido testigo de ningún castigo. Su tío habría tomado medidas duras si se le hubiera desobedecido de esa manera.

Ella accedió de mala gana. Quizás volvería a escapar más tarde esa noche.

Él le ofreció su brazo, y ella se preguntó si era cortesía o simplemente una forma de asegurarse de que le obedecía.

Ella lo tomó y sintió una sacudida de calor que ahora le resultaba familiar. Lo miró y vio una mirada de sorpresa en sus ojos, como si él también sintiera un cierto reconocimiento entre ellos, un reconocimiento mutuo de atracción.

Trató de reprimir la repentina excitación que sentía. Él la hacía sentir más viva que nunca. Se encontró anhelando un contacto más íntimo. Un beso...

Nunca la habían besado.

Pero él era un Malcolm y ella era una MacDowell.

Y por si fuera poco, las novias Malcolm no sobrevivían. Esta fortaleza y su desorden eran un recordatorio constante.

Camine. No tropiece con unas piernas que siempre parecían debilitarse en su presencia.

Soy una MacDowell. Nunca podré olvidarlo.



A pesar de sus mejores intenciones, Niall estaba intrigado, fascinado y, Dios le ayudara, atraído por la muchacha Cameron.

Se había sorprendido cuando la conoció por primera vez, mojada y en harapos, y nada bonita. En realidad, su primera impresión fue de sencillez, aunque ella tenía cierta dignidad que él respetaba. Pero ahora entendía por qué abundaban los rumores. No era una mujer hermosa, pero era llamativa, con ese pelo rojo fuego y esos ojos color zafiro. Y lo que era más importante, tenía un espíritu desafiante y una curiosidad que le intrigaba.

Aunque parecía dócil y tranquila, veía destellos ocasionales de rebeldía en esos ojos llamativos. No era una chica tímida, sino una que se mantenía erguida y audaz, aunque fingiera lo contrario.

Era tan diferente a Cora como cualquier mujer que hubiera conocido. Cora tenía la misma calma superficial, pero no había habido el fuego que él percibía en la joven Cameron. Cora había sido tan gentil como una mariposa y tan completa en sí misma como una mujer podía serlo. No había anhelado nada más que a su marido y a sus hijos.

Sospechaba que Caitlin Cameron anhelaba mucho más. Había una inquietud en ella que se hacía eco de la suya, y sus preguntas sobre el mar no habían sido una conversación ociosa. Quizás ahí residía la atracción, en un sentido compartido de la aventura.

Pero era un pensamiento discutible. Ella ya estaba comprometida, y con un clan con el que él buscaba la paz después de décadas de guerra. Se había resignado a una vida sin esposa, y tenía la intención de mantener ese voto.

Había oído por casualidad el comentario que le había hecho a Hammish, y le había sorprendido lo perspicaz que había sido. No quería más pérdidas. Eran demasiado dolorosas, sobre todo cuando sentía que era en parte culpa suya.

¿Cómo lo había sabido?

¿Por qué le latía el corazón un poco más rápido en su presencia? Pensó que lo tenía todo bajo control hasta que la oyó hablar del potro y vio la luz en sus ojos cuando se volvió para mirarlo. Había quedado atrapado en la magia, en su deleite por la nueva vida.

Había olvidado que existía una magia como esa.

Llegaron a su habitación. Él abrió la puerta, la guió hacia dentro y tenía la intención de darse la vuelta y marcharse. Habría hecho exactamente eso si su mano no hubiera tocado la de ella, provocando una sensación de ardor que recorrió sus venas.

La miró, al rostro inclinado hacia el suyo. Sus ojos buscaron los de ella y encontraron misterios.

Vete... retrocede... déjala.

En lugar de eso, hizo lo peor posible. Le puso un dedo en la mejilla y lo deslizó por un lado de la cara.

Ella tembló ligeramente. El deseo ardió entre ellos.

Vete. ¡Ahora!

Se inclinó y sus labios tocaron los de ella en una suave exploración. Ella se puso rígida incluso cuando sus labios

respondieron a los de él. Su cuerpo tembló ligeramente y, cerrando la puerta tras de sí, la abrazó, acercándola a él.

Él acarició su boca, saboreando la dulzura de sus labios. Su cuerpo se inclinó hacia el suyo y su beso se hizo más profundo.

Esperaba que ella se apartara de un tirón, pero en cambio sus labios se volvieron tan exigentes como los suyos.

Y ni el mismo diablo podría detenerlo.

Capítulo 8

Era un beso suave y profundo.

Elsberth siempre se había preguntado qué sabor tendría un beso, qué se sentiría. Ahora lo sabía.

Era pura maravilla.

Su cuerpo temblaba, incluso mientras sentía que el suyo se tensaba. Aunque sus labios eran suaves mientras exploraban y probaban, sintió que él luchaba contra la atracción que saltaba entre ellos como un rayo.

Él abrió la boca. Su lengua se deslizó a lo largo de sus labios, invitándolos a separarse. Ella cedió, atrapada en el momento, en un encanto especial que le hizo olvidar todos sus recelos, todas sus advertencias a sí misma.

No esperaba el fuego que estalló en lo más profundo de su interior, la llamarada que los envolvió a ambos. Ni el extraño anhelo que se apoderó de ella al acercarse a él.

Tocó su rostro, los ángulos marcados, tal como él había tocado el suyo. Un estremecimiento recorrió su cuerpo, haciéndole consciente de que él estaba tan afectado como ella. Su brazo derecho la acercó más a su cuerpo mientras soltaba sus labios y le dirigía una mirada casi desconcertada.

Cerró los ojos y, con un profundo suspiro, se reclinó y volvió a tocar sus labios, esta vez con una dulce melancolía perdida que la cautivó. Su tacto transmitía entrega y emoción. El anhelo en su interior se intensificó, se convirtió en un deseo ardiente en todo su cuerpo.

Su beso se volvió más fuerte, más exigente, casi despiadado. Su lengua invadió su boca, justo cuando su cuerpo buscaba descaradamente el de ella, y ella respondió sin vergüenza, ajustando su cuerpo al suyo, sintiendo el cambio del suyo.

Reaccionó instintivamente. Sorprendida, incluso conmocionada, por un conocimiento que nunca supo que tenía, enrolló sus manos alrededor de su cuello y jugó con el espeso cabello de su nuca. Un

gemido se le escapó de la garganta y ella se echó hacia atrás. Sus ojos estaban oscuros de pasión. Y de dolor.

Su corazón le dolía por él, incluso cuando su cuerpo ardía. Debió de ver esos sentimientos en sus ojos, porque de repente se apartó con tal violencia que ella tropezó hacia atrás y casi se cae.

Su mano la sujetó, manteniéndola firme con una fuerza fácil. Los músculos de sus hombros se tensaron y su respiración era entrecortada mientras, obviamente, luchaba por controlarse.

Ella no quería eso.

—Le pido disculpas, milady —dijo con voz áspera—. No tenía derecho. Está prometida a otra persona y está aquí en contra de su voluntad. Está vulnerable y actué deshonrosamente.

Ella se puso rígida.

—Quería que me besaras —dijo con la franqueza que normalmente la metía en problemas.

Sus ojos estaban angustiados.

—No sabe lo que quiere —dijo—, y me aproveché de eso.

Siempre le habían dicho que los Malcolm eran deshonrosos. No tenía motivos para no creerlo. Pero ahora sabía que esa descripción

no incluía al menos a un Malcolm.

Por un momento, deseó que él estuviera a la altura de esa abominable reputación. Su cuerpo le dolía, su corazón latía con fuerza y su sangre chisporroteaba. Si no podía llegar hasta Jamie y ponerse a salvo, ¿podría aceptar de verdad la vida como consorte de lord Betancourt? ¿O pasar su vida en un convento si así lo decretaba su tío, porque su reputación quedaría destruida? Había acogido la idea hacía días. Ahora era insoportable. ¿Cómo podía no conocer nunca la realidad de la promesa que acababa de saborear?

¿El deseo? ¿La anticipación? ¿El cosquilleo en cada parte de su cuerpo?

Nunca se había sentido tan viva.

Quería decirle que no era Caitlin Cameron, que no estaba prometida a Jamie MacDowell. Pero *estaba* prometida a un monstruo cuyos besos, lo sabía, no se parecerían en nada a los que acababa de experimentar.

¿Cambiaría algo admitirlo?

No podía arriesgarse. Por muy atraído que él pudiera estar por ella, y eso en sí mismo era un milagro, ella no era más que una

mujer para ser trocada o vendida. Lo más probable es que él estuviera de acuerdo. La mayoría de los hombres lo estaban.

Sin embargo, podría tenerlo hoy. Estos pocos días. Y tal vez si su reputación se manchara, Betancourt no la querría.

¡Podría seducir al Malcolm! Una vez que se supiera ese hecho, seguramente sería una mercancía empañada. Ni siquiera Betancourt la querría si toda Escocia supiera que ella prefería al enemigo más odiado de los MacDowell a él.

¿Cómo se seducía a alguien decidido a ser honorable? Nunca había sido seductora en su vida. Y, sin embargo, ciertamente había algo entre ellos, una conexión que provocaba chispas cada vez que estaban juntos. No lo entendía, ni siquiera confiaba en ello.

Pero tal vez pudiera utilizarlo.

A menos que la utilizara a ella, se advirtió. Lo miró.

Un músculo le latía en la garganta. Sintió que él tenía tanta dificultad como ella para apartarse.

Él dio un paso atrás, obviamente con más éxito que ella en dar ese primer paso. No podía dejarlo ir ahora. Si lo hacía, él la enviaría con los Cameron por la mañana, y todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

Decidió desmayarse. Nunca se había desmayado en su vida. Aun así, lo intentó. Se balanceó y empezó a caer.

Él la abrazó instintivamente de nuevo. Su cuerpo se apretó contra el suyo y ella sintió su dureza.

Él maldijo en voz baja.

Pero esta vez no se apartó.

Ella levantó la vista y agitó las pestañas como había visto hacer a Caitlin con Jamie.

Fue sorprendentemente fácil, ya que el aire se quedó de repente en silencio, con una tensión latente.

Su rostro cambió, sus ojos se volvieron oscuros, melancólicos y deseosos. Su cuerpo se movió instintivamente hacia el suyo, y ella se vio arrastrada a un torbellino de sentimientos incontrolables.

Su rostro se volvió hacia arriba, a centímetros del suyo.

Entonces sus labios volvieron a estar sobre los de ella, y el beso se volvió más exigente, incluso desesperado.

Su lengua buscaba, provocaba, seducía hasta que sintió que sus piernas podían derrumbarse bajo ella. Nunca había sentido algo así, no esta euforia salvaje y desenfrenada. Temblores de placer la

recorrieron, mientras su lengua y sus manos creaban una avalancha de sensaciones embriagadoras.

Ya no le importaba seducirlo para evitar el matrimonio. Estaba demasiado llena de nuevas necesidades. Ahora conocía el deseo por lo que era. Conocía su profundidad e intensidad. Sofocaba toda precaución y pensamiento.

Él apartó su boca de la de ella, y sus labios dejaron un rastro de pasión desenfrenada por el costado de su rostro.

Un golpe. Otro. Durante un fugaz segundo, se vio ensordecido por la intensidad entre ellos. Luego volvió a sonar, más fuerte e insistente.

El Malcolm dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza como para volver a la realidad, y luego la miró con expresión de disgusto e incredulidad. Como si no pudiera creer que la hubiera besado.

Ella tampoco podía creerlo. Sabía que su rostro debía de estar enrojecido. Otro golpe.

El Malcolm murmuró algo que le sonó a juramento, y luego abrió la puerta.

Ella oyó la voz del segundo al mando.

—Niall, acaba de llegar un mensajero. Los MacDowell han atacado la aldea cerca de la frontera. Se han llevado ganado, han quemado granjas, pisoteado campos y matado a dos granjeros. Hay muchos heridos.

La sangre de Elsberth se enfrió cuando Niall Malcolm se puso rígido.

—Prepara un caballo para mí y elije a quince hombres. Partiremos dentro de una hora.

La puerta se cerró. Seamus no la había visto, y ella se alegró. Pero Niall vería su expresión afligida.

Su clan había atacado al suyo. Las palabras de Seamus seguían resonando una y otra vez en su cabeza.

¿Porque la estaban buscando?

Se apoyó en una pared. ¿Había sido responsable, de alguna manera, de la muerte de inocentes? ¿Había provocado su desaparición una venganza irracional?

Niall se volvió hacia ella. La ira ardiente había reemplazado al deseo que había estado allí segundos antes. Ira y determinación.

—Lo siento —dijo ella.

—No es culpa suya, milady —dijo él. Le tocó la mejilla un momento con una melancólica firmeza—. No debería haber estado aquí cuando mis compañeros del clan están en peligro. Solo puedo pedirle que me perdone.

Ella oyó la culpa en su voz, pero no tuvo oportunidad de decir más.

—Hammish la acompañará a casa. De nuevo, mis disculpas por su desgracia. —La melancolía había desaparecido de su voz. Ahora era impersonal, toda su intensidad vital, todo lo que tanto la atraía, se había convertido en proteger a su gente.

¿Y si él sabía que ella podría ser la causa?

La culpa y una terrible sensación de pérdida la invadieron cuando él le dirigió una última mirada y luego desapareció por la puerta.

Malditas sean estas frías y húmedas Tierras Altas.

Niall y sus hombres se dirigieron al pueblo más alejado. La noche era tan fría como lo había sido varias noches antes, cuando robaron el ganado de MacDowell. ¿Había sido la destrucción de un pueblo de los Malcolm en especie?

¿Cuándo iba a terminar?

Al menos el viento amargo lo devolvió a la realidad.

Niall necesitaba ese frío. Le recordaba el deber. Le quitaba la mente de la chica Cameron.

¿Por qué le atormentaba tanto en sus pensamientos? No era una belleza.

Sin embargo, en el fondo lo sabía. Tenía una pasión por la vida que le había faltado a él durante demasiado tiempo. Brillaba en sus ojos incluso cuando trataba de ocultar sus emociones. Estaba en el beso, en su respuesta, incluso en la forma en que se había involucrado con él en lugar de encogerse de miedo o atacar con ira.

Que el diablo se lo lleve. No podía permitirse la distracción. Miró a su alrededor. Bruce cabalgaba a un lado, Seamus al otro.

Agradecía su silencio. Reflexionó, intentó apagar las llamas que aún ardía en su interior.

Por todos los santos, ¿qué había hecho?

Casi había roto una promesa. Se había permitido distraerse cuando debería estar atendiendo los asuntos del clan.

Los ojos de Dios. No se parecía en nada a Cora. Ni a Leanna. Ambas habían sido físicamente hermosas y de carácter dulce y

cariñoso.

Los ojos de Caitlin ardían como un fuego fuera de control. Sospechaba que tenía tantas espinas como pétalos. Pero un hombre quería sonreír cuando Caitlin lo hacía. Sus ojos se iluminaron y un pequeño hoyuelo apareció en su mejilla. Y al sol o a la luz de las velas, su cabello adquiría el brillo del cobre.

Era a la vez calma y paz, y fuego y tormenta. La combinación era irresistible para él.

Y un desafío.

Un desafío que tenía que rechazar. Era un comerciante, y un comerciante pasaba meses, incluso años en el mar.

Peor aún, era un Jonás.

Incluso si eso no fuera cierto, ella estaba prometida a otro. Había reaccionado así porque hacía años que no estaba con una mujer.

Pero él no era un hombre que mintiera, ni siquiera a sí mismo, y sabía que eso no era del todo cierto. Sí, había querido tocar ese cabello llameante, frotar su mano por sus mejillas enrojecidas, rodear su cuerpo con sus brazos. Quería sentirla y saborearla. Al diablo, quería enterrarse en ella.

Incluso ahora, sus entrañas se tensaron al pensar en ella allí de pie, mirándolo con algo parecido a asombro en sus ojos.

Había sentido el deseo en ella. También reconoció el despertar. Había una inocencia mezclada con pasión que había sido embriagadora. Más que embriagadora. Por un momento, la dolorosa soledad lo había abandonado.

Y eso era peligroso. Había vuelto a casa para resolver problemas, no para crearlos. Una relación con una mujer comprometida con el hijo del enemigo al que esperaba llevar a una tregua era una auténtica locura.

Ella se habría ido cuando él regresara. Había hecho que Hammish se comprometiera a llevarla de vuelta a casa de los Cameron por la mañana. Probablemente nunca volverían a verse.

Espoleó a su caballo. Los demás aumentaron el ritmo para igualarlo. Quería llegar a su destino al amanecer. Quizá cabalgando con fuerza, podría ignorar el agujero que se abría en su corazón.



Olía la destrucción incluso antes de que llegaran. Luego oyó el lamento. El sonido de la muerte.

Bruce tocó el cuerno para avisar a la aldea de que se acercaban amigos.

En silencio, los miembros del clan se agolparon a su alrededor cuando se acercaron a las cenizas humeantes de las granjas.

Algunos lo conocían de años atrás, cuando cabalgaba y asaltaba las propiedades de los MacDowell. Otros lo miraban con curiosidad, y otros con ira.

—Tenemos heridos —dijo un hombre—, pero nuestra curandera murió cuando trató de detenerlos.

—¿Cuántos muertos y heridos? —preguntó.

—Tres muertos hasta ahora —se adelantó otro hombre. Su tono era beligerante—. Y ocho heridos, incluida una mera muchacha que fue pisoteada. No tenemos protección, ni casas, ni ganado, y nuestros campos fueron destruidos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Ramsey —respondió el hombre. Miró al hombre que estaba a su lado—. Sim perdió a su hermano.

El dolor llenó a Niall. Y los recuerdos.

—No puedo resucitar a los muertos —dijo—, pero te repondremos el ganado. Este año no tendrás que pagar alquiler y me aseguraré de que tengas suficiente comida para el invierno.

—Si todavía estáis aquí —murmuró Sim.

Otro hombre se acercó a él en un evidente intento de silenciarlo. Niall levantó la mano para detenerlo.

—Tiene derecho —indicó.

—Hemos estado pidiendo ayuda —prosiguió Ramsey enfadado —. Aquí somos pastores y granjeros. No somos guerreros.

—¿Estás seguro de que los asaltantes eran MacDowell?

—Sí. Uno llevaba el escudo de MacDowell. Dijeron que buscaban a alguien. No dijeron a quién.

—¿A una mujer?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo dijeron.

Tenía que ser la chica Cameron. Después de todo, era la prometida del joven MacDowell. El entusiasmo de sus hombres en su nombre había causado esto. Nunca había tenido estos problemas

con su tripulación a bordo del barco. Habían conocido la disciplina, se habían dado cuenta de lo que él quería y obedecían al instante.

Había estado fuera demasiado tiempo. Todos recordaban al muchacho que había sido, al joven que había estado tan enamorado de su esposa que había descuidado todo lo demás. Y como el hombre que era ahora les era desconocido, aún no se había ganado su respeto.

Debía hacerlo antes de que siguieran su ejemplo.

Estaba convencido de que el futuro de los Malcolm pasaba por forjar una tregua con los MacDowell. Pero ahora, al ver la aldea en ruinas y a los desesperados aldeanos, se preguntaba si eso era posible. Ellos y otros miembros del clan Malcolm esperarían represalias.

Más derramamiento de sangre. Más viudas y niños huérfanos.

Él no quería esto. Dios mío, no quería esto.

—¿Y nuestros heridos? —preguntó Ramsey.

—Los enviaré de vuelta con mis hombres. Tenemos un curandero en la fortaleza.

—Dos de nuestros muchachos han desaparecido. Estaban cuidando unas ovejas.

—Yo y otro hombre nos quedaremos y lo buscaremos. Podemos cubrir más terreno a caballo —dijo Niall.

El pequeño terrateniente parecía incrédulo, luego se tocó la frente.

—Gracias, laird.

—No volverás a quedarte solo —juró Niall—. A partir de hoy, tendrás protección.

El escepticismo se reflejó en algunos rostros. No podía culparlos. Tenían todo el derecho a sentirse abandonados.

Niall hablaría con Seamus a su regreso. El hombre debería haber asumido más responsabilidades. Luego suspiró. Esa valoración era injusta. Él y Kinner habían abandonado el clan por voluntad propia. Ninguno de los dos pudo prever la muerte de su padre, pero habían dejado un vacío en el liderazgo. Seamus, un primo lejano y segundo al mando, no tenía verdadera autoridad, y Hammish aparentemente había optado por no asumirla.

Tenía que arreglar las cosas antes de irse de nuevo. Un destello de aprensión lo recorrió. ¿Cómo podía irse ahora? ¿O incluso en un

futuro cercano? Demasiada gente dependía de él. Sin embargo, ¿cómo podía quedarse donde el dolor ensombrecía cada paso?

¿Cómo podía ser de alguna utilidad cuando dudaba de sí mismo, cuando estaba perseguido por fantasmas y maldiciones?

Por unos momentos lo había olvidado...

Se aseguró de que se prepararan literas y se ataran a los caballos. A los que no estaban gravemente heridos se les asignó montar con algunos de sus hombres. Observó cómo partían.

—Busquemos a los muchachos desaparecidos —le ordenó a Ramsey.



Elsberth se levantó con el sol y se dirigió a la ventana. El amanecer estaba despejado. Sería un día glorioso. Ella no quería un día glorioso.

Hammish le había dicho anoche que se irían temprano por la mañana. Tendría que fingir una enfermedad que no sentía. Una recaída.

De vuelta a la chimenea.

Pero, ¿cuántas veces funcionaría esa farsa? Aun así, empujó varias piedras en las brasas y esperó impaciente a que se calentaran de nuevo.

Cuando se atrevió a esperar más, las envolvió en un paño y se arrastró de vuelta a la cama. Se las puso en las mejillas. Cuando oyó un golpe, movió rápidamente las piedras cerca de sus pies, volvió a cubrirse y se acurrucó en la cama, con la esperanza de parecer enferma.

Otro golpe. Se tensó cuando se abrió la puerta.

Moira entró con una bandeja de desayuno y se detuvo de repente al ver a Elsberth.

—Oh, milady. La fiebre ha vuelto.

Elsberth intentó parecer enferma. Muy, muy enferma.

—Es culpa mía —dijo—. Ayer hice demasiado.

—Hammish ya ha roto el ayuno. Él y un escolta están esperando.

—No creo que pueda viajar hoy. Me siento mareada.

Moira parecía bastante complacida con la noticia.

—Se lo diré y le traeré unas gachas.

La avena de Moira era bastante mala, pero era un precio que valía la pena pagar si podía ganarse unas horas más. Quizás sin el laird en la residencia, sería más fácil escapar de la fortaleza.

Niall Malcolm. Tenía que dejar de pensar en él.

Nada era más imposible. No había futuro con él. Pero él permanecía en sus pensamientos, tan bienvenido «e imposible de descartar» como un ejército enemigo a las puertas.

Aún recordaba cómo se sentía su cuerpo junto al suyo, el embriagador intercambio de besos, a la vez tiernos y exigentes.

El amor de Dios. Él era un Malcolm. Ella era una MacDowell. Él había atacado a su gente. Su gente acababa de atacar a la suya, y él había ido a hacer solo Dios sabía qué.

Dijo que quería la paz, pero ¿cómo podría haber paz después de la última incursión y de lo que seguramente serían represalias? ¿Ahora estaba matando a MacDowells? ¿Hombres que ella conocía? ¿Hombres que la habían visto pelear con Jamie? Todavía podía oír sus gritos de aliento cuando levantó la pesada espada.

Moira todavía la miraba con expresión preocupada.

—Se lo diré a Hammish.

Desapareció por la puerta y Elsberth volvió a colocarse rápidamente las piedras cerca de las mejillas. Las piedras se estaban enfriando, pero esperaba que estuvieran lo suficientemente calientes como para enrojecerle las mejillas. Luego las volvió a meter bajo la funda cuando se abrió la puerta.

Hammish entró con paso tranquilo. Iba vestido para montar a caballo, con un cálido manto de piel que le cubría la mayor parte del cuerpo. Llevaba medias largas y botas blandas.

—Lady Caitlin —dijo—. Moira me dio la angustiosa noticia. —Se inclinó y le tocó una de las mejillas.

Algo parecido a la diversión brilló en sus ojos, y ella se preguntó si él había percibido su engaño.

—Siento arruinar sus planes —dijo con la voz más débil que pudo fingir.

—Ah, pero es su bienestar lo que me preocupa —indicó él—. Sé que debe de estar ansiosa por volver a casa. Su familia debe de estar muy angustiada. La verdad es que pensé que ya tendríamos visitas.

¿Podría saber él lo que ella estaba a punto de hacer? Pero no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Mi madre y mi padre no están en casa. Están en la corte de Edimburgo —aseguró ella.

—Aun así, alguien debe de estar preocupado por su ausencia, —dijo él con molesta insistencia—. Deberíamos enviar un mensajero a su casa y decirles que está a salvo.

—¡No! —gritó ella antes de poder contenerse.

—¿Y por qué no?

Buscó frenéticamente una razón y finalmente se le ocurrió una verdad a medias.

—Quieren que me case con alguien con quien no quiero casarme.

—¿Con el MacDowell?

—Sí —respondió ella de mala gana, pidiendo mentalmente a Dios que perdonara la mentira. Un día. Quizá dos. Eso era todo lo que necesitaba.

Él pareció pensativo.

—No puede seguir desaparecida para siempre.

—No, pero si pensara que me han secuestrado...

—Su reputación estaría arruinada y él no la querría —completó él.

—Sí —aseguró ella mientras lo observaba con atención.

—¿Quiere utilizar a mi hermano?

—Yo fui la secuestrada —le recordó ella.

—Y usted quiere aprovecharse de ello. ¿Ha pensado en lo que podrían hacer los MacDowell si pensaran que le secuestramos? ¿Los MacDowell y los Cameron juntos?

—Ustedes me secuestraron —repitió ella.

—Sí. Por desgracia, mi hermano se niega a hacer lo correcto. Podría casarse con usted y todo se resolvería.

—¿No tengo nada que decir al respecto? —Vio un brillo en sus ojos.

—He visto cómo lo mira y cómo él la mira a usted.

—Él no me mira de ninguna manera especial. Ha dejado claro que no quiere casarse. Ciertamente no me quiere a mí.

—Entonces usted está ciega, milady.

—Creo lo que él dice.

—¿Y si no lo hiciera?

—No soy más que un peón —señaló ella—. Mis deseos no tienen valor. Pero no deseo casarme con nadie. Quiero...

Él esperó.

Ella casi había soltado las palabras. Quería ir a Londres para ver qué ayuda podía ofrecerle Jamie. No podía ser la esposa de un Malcolm, aunque él la quisiera. Seguro que no lo haría si supiera quién era ella. La despreciaría. Sin duda, sentía que su familia era responsable de todas las tragedias que lo habían acosado.

—Una mujer rara vez tiene la opción de amar. Las decisiones se toman por ella. —Le miró a la cara—. Quiero que mi hermano vuelva a amar. Entonces era un hombre diferente.

—Y usted. ¿Ha amado alguna vez? —preguntó ella, de repente curiosa.

—No importa —dijo él.

Estaba evitando el tema, y eso la hizo preguntarse. Quería saber más sobre todos los Malcolm.

No eran los bárbaros que le habían dicho y que ella había creído. Por supuesto, podrían convertirse en tales si descubrieran su verdadera identidad.

—¿Era usted un muchacho cuando Lord Niall se fue?

—Sí.

—¿Y el hijo mayor?

—¿Kinner?

—Sí. ¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Más de tres años.

—¿No cree que volverá?

—Niall sí lo cree.

—¿Pero usted no?

—Si estuviera prisionero en algún lugar, pedirían un rescate —indicó él. Su expresión cambió, sus ojos marrones se oscurecieron—. ¿Le preocupa que Niall no herede?

—No me importan el rango ni el poder —aseguró ella.

—Entonces somos iguales.

—¿Lo somos? —preguntó de repente. ¿Era posible que Hammish quisiera, pudiera ayudarla?

—Debo irme —dijo con urgencia.

—¿Me ayudará? —preguntó ella esperanzada.

—Pensé que no quería volver.

—No quiero ir a casa. Quiero ir a Londres. —Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa.

—¿A Londres?

—Tengo amigos allí. Me ayudarán.

—¿Tanto odia a James MacDowell?

—¿Le gustaría que lo cambiaran como a un caballo?

—No, no más de lo que me gustan las expectativas de lo que debería ser.

—¿Me ayudará entonces?

—No puede viajar sola con seguridad.

—Puedo viajar como un muchacho.

La estudió durante un largo rato.

—Sí —dijo suavemente.

—¿No hay más preguntas?

—No.

Ella sabía lo que le estaba pidiendo. Iba a ir en contra de las órdenes de su jefe. Su hermano.

¿Por ella? ¿Por razones propias?

¿O se podía confiar en él? No lo conocía tan bien, ni tenía mucha experiencia para juzgar los motivos de los demás.

—¿Por qué me ayudará? —preguntó ella sin rodeos.

—Porque está desesperada —dijo él simplemente—. Y yo también lo he estado. —No dio más detalles, y su tono le advirtió que no indagara más.

—No deseo que le pase nada malo.

—Lo sé —dijo él—. Mi hermano ya no sabe cómo amar. O reír. O ser feliz. Pero no me castigaría por hacer lo que creo que es correcto.

Rezó para que así fuera.

—¿Cuándo? —Quería irse ahora. Antes de que Niall Malcolm regresara y perdiera su determinación.

—Por la mañana. Moira ya ha anunciado que está enferma. Debería quedarse en casa hoy. —Le dedicó una sonrisa torcida. —Y puede quitar las piedras de la cama. Ya no son necesarias.

Su sonrisa se ensanchó ligeramente mientras la miraba, y ella supo que la culpa debía de ser evidente en su rostro.

—No es la primera en pensar en tales tácticas —explicó.

Se preguntó por qué él, el hijo de un poderoso conde, también había recurrido al engaño, pero aunque normalmente tenía una sonrisa divertida, pronto se dio cuenta de que había profundidades en él y tantas sombras como las que seguían a su hermano mayor.

—Nos iremos a su casa con una pequeña escolta —señaló—. Así será más fácil conseguir sus propósitos

Su expresión llegó directamente a su corazón. Como ella siempre se había sentido fuera de lugar, al parecer, él también.

—Gracias.

—Creo que esta tarde puede bajar a ver a su potra.

—No es mía —apuntó ella.

—Niall se la dio.

—No será tan generoso cuando no haga lo que él quiere.

—Mantiene su palabra. Se la enviará cuando tenga la edad suficiente.

—Usted lo admira.

—Sí, lo admiro. Sigue su propia estrella.

—Creo que usted también.

Él se encogió de hombros.

—No soy nadie.

Antes de que ella pudiera responder, él la dejó, y las palabras dejaron un eco triste en la habitación.

Capítulo 9

Elsberth se mantuvo alejada del potro todo el tiempo que pudo. No quería decirle adiós.

Codiciaba al potro con toda su alma. Nunca había tenido un caballo propio. Todo en Cressingham pertenecía a su tío.

Pero no era su potro. Y nunca podría serlo.

Como no quería que la miraran con ojos críticos en la mesa del gran salón, cenó en su habitación. Solo pidió a Moira pan, queso y sopa, diciendo que la fiebre le había quitado el apetito. Había aprendido que estos alimentos eran los menos ofensivos de todos.

Cómo le gustaría ayudar a Moira a mejorar la vida aquí. Le gustaba Bruce, e incluso el taciturno Seamus. Todos los hombres y muchachos habían sido amables con ella.

Y la casa necesitaba cuidados urgentes.

Comió, se puso la capa y bajó las escaleras. Pasó por la cocina. Varios sirvientes entraban y salían a toda prisa. Encontró dos manzanas y un cuchillo. Cortó la manzana en cuartos y pasó por el gran salón donde estaban comiendo algunos Malcolm. Eran muchos menos que la noche anterior y, a diferencia de otras comidas, no había el habitual murmullo de conversación ni fanfarronadas. Los Malcolm estaban muertos ese día.

Un estremecimiento la recorrió. Siempre había creído que la disputa tenía solo una cara. Ya no. Un pueblo inocente había sido atacado. Niall Malcolm bien podría estar enfrascado en una batalla con las tropas de Cressingham. Gracias a Dios que Jamie no estaría con ellos.

No podía soportar la idea de que los Malcolm y Jamie cruzaran espadas.

Los Malcolm no significan nada para mí.

Repitió las palabras una y otra vez, pero pronto se dio cuenta de que decirlas no las hacía reales. Sí le importaba. Una sensación sofocante le oprimió la garganta al darse cuenta de cuánto.

¿Cómo pudo suceder tan rápido?

Jamie y Caitlin se conocían desde hacía años, pero no fue hasta que el padre de Jamie lo presionó para que tomara a Caitlin como esposa que él se ofreció por ella. No tenía ninguna duda de que ahora él se preocupaba profundamente por Caitlin, pero no había sido inmediato.

¿Era el atractivo de la fruta prohibida? De todos los hombres del mundo, un Malcolm sería la pareja más imposible para ella. Suspiró. También podría ser, admitió, que nadie hubiera mostrado nunca antes ningún interés en ella. Quizás el beso de cualquier hombre podría haber tenido el mismo efecto.

Llegó a los establos y se detuvo primero para darle a la yegua de Caitlin un cuarto de manzana, luego continuó hasta el establo donde estaban la nueva madre y el bebé.

La yegua olió la golosina y relinchó suavemente, luego se movió para tomar la manzana de la mano de Elsberth. El bebé la siguió con sus largas y torpes patas.

Elsberth se acercó y acarició el cuello largo y sedoso del potro. Era realmente hermoso. Tenía unos ojos enormes.

—Vas a ser una yegua estupenda —dijo Elsberth—. Ojalá...

El fuerte y penetrante sonido del cuerno de alarma atravesó la noche.

¡Se acercaban jinetes!

El corazón de Elsberth latía con fuerza contra su caja torácica.

Niall Malcolm había regresado. ¿O era un grupo que la buscaba a ella? ¿Enviarían los MacDowell un grupo aquí? ¿Seguro que no después de asaltar una aldea de los Malcolm?

Tenía que ser Niall. Su corazón se aceleró al pensar en volver a verlo, aunque sabía que eso haría aún más difícil escapar. ¿Seguiría confiándola a su hermano?

Salió de los establos y entró en el gran salón, subiendo los escalones hasta las murallas. Allí se unió al centinela y miró hacia abajo.

Contó diez caballos, cada uno con dos personas. Varios caballos arrastraban literas detrás de ellos. Hombres y mujeres caminaban a su lado.

Se dio la orden de abrir las puertas. Bajó rápidamente y salió corriendo al patio de armas mientras entraban caballos cansados y Malcolms exhaustos, hombres y mujeres, varios con niños pequeños. Los Malcolms salían en tropel del gran salón y otros edificios.

Moira y Robina se unieron a ella, mientras Bruce se acercaba a ellas. Caminaba, sujetando las riendas de un caballo que le seguía. Se detuvo, cansado, dio la vuelta a la silla de montar y ayudó a una mujer y a una niña a desmontar.

—Tenemos heridos —le comunicó a Moira, que se apresuró a revisar cada camilla.

—¿Mi hermano? —preguntó Hammish a Bruce mientras ayudaban a los aldeanos a desmontar.

—Se quedó atrás para buscar a varios aldeanos que huyeron cuando los MacDowells asaltaron la aldea —señaló Bruce—. El curandero fue asesinado y las granjas quemadas. No quedaba refugio para esta gente.

—Llevadlos al gran salón —indicó Hammish.

—Puedo ayudar a Moira —afirmó Elsberth—. Aprendí mucho del curandero en... —Se detuvo antes de decir Cressingham.

Moira obviamente lo oyó y levantó la vista.

—Dios os guarde, milady —dijo agradecida.

La expresión de sorpresa de Hammish le hizo dudar. ¿Era porque se había detenido a mitad de la frase o porque había

afirmado saber curar?

Pero Hammish no dijo nada. En su lugar, cogió a una niña de una litera y la llevó adentro. Moira estaba ocupada con un aldeano que tenía un enorme corte en el hombro.

Elsberth siguió a Hammish hasta el gran salón. Hammish bajó suavemente a la niña sobre una mesa y Elsberth se inclinó para mirarla.

La niña no debía de tener más de ocho años. Tenía la pierna ensangrentada y torcida. Miró a Elsberth con ojos llenos de dolor, pero no pronunció palabra.

—Se llama Alina —respondió una mujer que las había seguido al interior. Un perrito gimió e intentó saltar a la mesa.

—¿Cómo se lesionó? —preguntó Elsberth.

—Un MacDowell a caballo la atropelló cuando salió corriendo a buscar al perro. Lo hizo a propósito. Yo habría dejado al perro, pero Alina no quiso ni oír hablar de ello.

Un MacDowell la atropelló deliberadamente.

El dolor se retorció en el interior de Elsberth. ¿Era un hombre que conocía?

Miró la fea herida. Obviamente, el hueso se había roto.

Moira se unió a ella y se agachó para mirar también.

—Eres una chica valiente —le dijo suavemente a la niña.

—¿Perderé... la pierna? —preguntó Alina con voz temblorosa.

Elsberth miró a Moira. Si no había infección, existía la posibilidad de salvar la pierna, pero era poco probable. Como mínimo, dudaba que la niña volviera a caminar correctamente.

—No lo sé —indicó con sinceridad.

La aprobación brilló en el rostro de Moira.

—Hay hierbas para cataplasmas en la cocina —señaló.

—Puedo mezclar cataplasmas, si Robina me muestra dónde están.

Moira parecía insegura.

—¿Por qué no te quedas con la joven mientras voy a enseñarle a Robina qué hacer? —Antes de que Elsberth pudiera protestar, Moira salió por la puerta, empujando a Robina delante de ella.

El perro gimió e intentó acercarse a su joven ama.

—¿Cómo se llama tu perro? —preguntó Elsberth, tratando de distraer a la niña de su dolor.

—Baron.

—Un nombre noble.

La madre de Alina resopló.

—No hace más que dar problemas.

—No, es el mejor perro del mundo —aseguró la niña.

—Entonces debemos cuidarlo bien —dijo Elsberth—. Me encargaré de que esté bien alimentado.

El rostro de la niña se iluminó a pesar del dolor.

—Madre lo culpa, pero no fue culpa suya.

—Le daré algo de comida y lo llevaré a mi habitación para que no esté en medio —prosiguió—. ¿Te parece bien?

—Sí, milady —comentó Alina con incertidumbre.

—Lo tendrás de vuelta. Lo juro. —Elsberth miró a la madre.

Cogió al perro y se dirigió a la cocina. Moira había puesto agua hirviendo sobre el fuego. También había varios cuchillos en el fuego,

cuyo acero brillaba rojo. Elsberth se estremeció, sabiendo lo que se avecinaba.

—Pensé que debía apartar al perro —señaló—. Lo llevaré a mi habitación y volveré a ayudar.

—Tendremos que sellar las heridas —intervino Moira.

Elsberth luchó por evitar que la bilis le subiera a la garganta. Había realizado la tarea una vez antes cuando la curandera estaba en otro lugar, atendiendo un parto. Era una tarea que esperaba no repetir nunca.

—Lo sé —aseguró—. Puede usar mi cámara. Estará más cómoda, y me gustaría cuidarla.

Los labios de Moira se abrieron en una sonrisa.

—No, milady —dijo—. Puede quedarse en la habitación de al lado. No hay nadie.

—¿Y lord Niall?

—No creo que se oponga —respondió Moira—. No sé qué pensar cuando regresó, pero creo que es un hombre que se preocupa por su clan.

Elsberth cogió varios trozos grandes de pan, llenó un cuenco con agua de una jarra y llevó al perro arriba, a su habitación. El perro atacó el pan como si llevara días sin comer.

Elsberth cerró la puerta y se apresuró a volver al gran salón. Hammish estaba de pie junto a Alina, murmurándole algo y recibiendo a cambio una sonrisa de dolor. El salón se estaba llenando de heridos. Un hombre gemía, pero los otros heridos se mostraban estoicos mientras sus compañeros del clan atendían sus heridas. Moira se movía de uno a otro, con un cubo de cataplasmas.

—Tu Barón está alimentado y feliz —le aseguró Elsberth a Alina, que trató de sonreír. Su rostro se retorció de dolor cuando movió la pierna. Elsberth encontró un trozo de lino limpio, lo humedeció y limpió alrededor de la herida. Cuando terminó, Moira había regresado.

—Debo intentar arreglar la pierna —dijo—. Hammish, lleva a la niña a la habitación del terrateniente, junto a la de milady.

Hammish pareció sorprendido, pero asintió. Cogió a la niña con evidente ternura, haciendo una mueca al oír un pequeño gemido ahogado. Elsberth, Moira y la madre del niño lo siguieron hasta la cámara del laird.

La espaciosa cámara todavía estaba cubierta de polvo, pero tenía una gran cama, que sin duda era muy superior a usar el suelo del gran salón.

Hammish puso a la niña en la cama y luego se hizo a un lado.

—El laird dijo que tenía algo para aliviar el dolor —apuntó Moira—, pero no podemos esperar. No sabemos cuándo volverá, y debo intentar ponerle la pierna. —Se inclinó—. Va a doler, muchacha.

Alina intentó parecer valiente.

Moira le dio un trozo de madera para que mordiera y se arrodilló a su lado.

—Sujétela fuerte —le dijo a Hammish.

Elsberth apretó los labios mientras Hammish sujetaba el ligero cuerpo de la niña, y tomó la mano derecha de Alina.

—Aprieta fuerte como puedas.

La madre de Alina se quedó en el otro extremo de la cama, obviamente intimidada por la habitación y por los que trabajaban para salvar a su hija.

Moira tiró de la pierna y Alina mordió con fuerza el trozo de madera, pero Elsberth vio el grito silencioso en sus ojos, luego la niña se quedó flácida.

—Está inconsciente —indicó.

—Gracias a Dios por las pequeñas misericordias —susurró Moira—. Date prisa y tráeme un cuchillo. Quizá podamos terminar esto antes de que se despierte.

Elsberth corrió de vuelta a la cocina y cogió uno de los cuchillos de las brasas de la chimenea. Había habido seis. Ahora había tres. Otros estaban realizando la misma tarea.

Cuando regresó, la niña seguía inconsciente. Moira cogió el cuchillo mientras Hammish volvía a presionar los hombros por si Alina recuperaba el conocimiento. Tras una breve pausa, Moira tocó la herida de la niña con el cuchillo. La piel chisporroteó. Elsberth mantuvo sujeta la mano de Alina hasta que Moira terminó la macabra tarea y luego ató la pierna a un trozo de madera.

—Tengo que ocuparme de otros —señaló Moira, con el rostro, habitualmente agradable, demacrado y enfadado—. Los malditos MacDowell —siseó—. Que se pudran todos en el infierno.

Elsberth vio la misma rabia en el rostro de Hammish.

Tragó saliva, no queriendo que ellos vieran su propia indignación y desesperación.

—Me quedaré con ella —dijo—. La madre de Alina y yo. —Hizo un gesto a la mujer para que se sentara junto a la cama.

—Ella puede quedarse aquí —apuntó Hammish—. Yo me encargaré de conseguir camas para los demás. —Hammish se puso de pie. Su rostro estaba pálido. Sus manos temblaban ligeramente.

Salió de la habitación y Elsberth se sentó en el lado de la cama junto a Alina. Quería estar allí cuando se despertara. Quería tranquilizarla. Alina había estado tan asustada. Y tan valiente.

—¿Y tu marido? —preguntó a la mujer sentada al otro lado de la cama.

—Se quedó en el pueblo con el laird —indicó—. Mi hijo... no lo hemos visto desde la incursión. Estaba cuidando el ganado.

—Lo siento —dijo Elsberth. Más que lo sentía. Estaba devastada por la culpa de que su propia gente hiciera esto. Estas personas no eran guerreros. Eran simples granjeros, que solo intentaban sobrevivir. Entonces recordó la incursión de hacía muchos años, cuando los Malcolm habían hecho lo mismo. ¿Cuántas veces se le había hecho esto a uno u otro de los clanes desde entonces?

¿Nunca se detendría?

Se sentó junto a la muchacha, sin importarle que su vestido estuviera manchado de sangre. Se acercó y tomó la mano de la madre, apretándola con fuerza mientras las dos mujeres se unían en su vigilia.



Niall bendijo al sol. La lluvia había cesado y el amanecer llegó con pocas nubes. El sol siguió, una gloriosa bola dorada que secó las colinas.

Él y diez hombres del pueblo habían buscado durante la noche empapados por la lluvia a los muchachos desaparecidos, aunque había sido un esfuerzo inútil. No podía ver mucho más allá de la punta de la cabeza de su caballo. Aun así lo habían intentado, cubriendo la zona común donde el ganado había pastado justo antes de la incursión.

Que no hubieran encontrado cadáveres había sido una señal esperanzadora.

Cuando dejó de llover y amaneció, Niall y los demás ampliaron la búsqueda. Los chicos llevaban desaparecidos un día y medio. Le dolía el corazón. Debería haber vuelto a casa antes. Debería haber sabido que esto podía pasar cuando asaltó el ganado de los MacDowell días antes.

Había cuatro pequeñas aldeas en el campo alrededor de la fortaleza principal de los Malcolm. ¿Por qué no había enviado fuerzas para protegerlas?

Conocía las razones, pero no le reconfortaban. Había querido hacer las paces para poder irse de nuevo. Había antepuesto sus necesidades a las de los Malcolm, y otros habían sufrido por ello.

No ayudaba saber que Seamus tenía la culpa, al igual que Hammish. Ninguno de los dos era apto para liderar el clan. El trabajo de Seamus era asegurarse de que los pequeños agricultores pagaran sus rentas. ¿Y Hammish? Hammish no tenía fe en sí mismo, ni el clan tenía fe en él. Nadie le había dicho nada, pero intuía que algo había sucedido mientras él no estaba, algo que había contaminado al clan aún más que la maldición de los MacDowell.

No había estado en casa el tiempo suficiente para extraer esa información. Había habido demasiados otros problemas.

A casa. Era la primera vez en muchos años que reconocía Inverleith como su hogar.

Niall e Ian, el jinete que lo había acompañado desde la fortaleza, buscaban en un patrón de círculos cada vez más amplios. Los aldeanos, armados con arcos y flechas y varias picas, los seguían a pie, peinando cada hondonada del terreno, desanimados pero sin rendirse.

Se puso de pie en los estribos y miró a su alrededor. A la izquierda había una colina boscosa y empinada y una cascada que caía sobre las rocas, abriéndose paso entre matas de tojo.

Le pareció ver movimiento en el tojo. Cuando volvió a mirar, todo estaba en silencio.

Un cosquilleo le recorrió la columna vertebral.

Sus piernas indicaron a su caballo que trotara. Ian, a cierta distancia, lo siguió.

Otro movimiento delante. Gritó:

—Malcolm. —Otro pequeño movimiento.

Niall apretó las rodillas alrededor de su montura y el caballo se puso a galopar. Miró hacia atrás. Los aldeanos, armados con picas y

arcos, lo seguían a toda velocidad.

Se acercó con cuidado a los tojos. No quería asustar a quien estuviera allí.

Una piedra lo golpeó, haciéndole una herida en el brazo. Otra golpeó al caballo. El caballo castrado asustado se encabritó, pero Niall recuperó rápidamente el control.

—Soy un Malcolm —gruñó en voz lo suficientemente alta como para que le oyeran.

—Acércate despacio —gritó una voz juvenil.

—Estoy aquí para ayudar. Tu padre está detrás de mí.

Lentamente, un muchacho delgado se puso de pie, con una honda en la mano. Obviamente, no iba a rendirse sin luchar, incluso con un arma tan inadecuada.

Niall desmontó y caminó hacia el muchacho, con las manos a la vista.

—¿Eres Gavin... o Alex?

—Alex —respondió el muchacho, con ojos azul pálido sospechosos.

—Soy Niall Malcolm. ¿Y el otro muchacho?

—¿Es el laird? —El chico se asustó de repente al ver que le goteaba sangre del brazo a Niall.

—No es nada, muchacho —dijo—. ¿Dónde está el otro muchacho?

—Está escondido arriba —señaló Alex—. Estaba herido. Una pica le atravesó el hombro. Él intentó detenerlos, pero yo me escondí. —Había desprecio en su voz.

—¿Lo trajiste aquí?

—Sí —aseguró el muchacho, con la mirada baja—. Vi las hogueras. Temí que mataran a todos, así que lo traje aquí. No podía dejarlo solo.

—Hiciste lo correcto.

—¿Y mi padre? ¿Y mi madre?

—Tu padre te ha estado buscando. Debería estar con nosotros pronto. Tu madre y tu hermana fueron a Inverleith con mis hombres. —No le comunicó que su hermana menor estaba gravemente herida.

Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas. Enojado, se las secó.

—¿Se han ido los MacDowell?

—¿Sí?

—¿Los mataron?

—Se habían ido cuando llegamos —expuso Niall.

Los gritos de alegría los interrumpieron cuando tres de los aldeanos, uno de ellos el padre de Alex, llegaron hasta él. El aldeano se paró frente a su hijo, atónito por su buena suerte. Extendió una mano y la colocó sobre el hombro de su hijo.

El niño no lo miró.

—Me escondí —dijo con vergüenza.

—Gracias a Dios que lo hiciste —apuntó su padre—. ¿Y Gavin?

—Está arriba.

Minutos después, Niall examinó el hombro de Gavin. El niño estaba débil por la pérdida de sangre, pero Alex lo había vendado con fuerza suficiente para detener el flujo. Gavin intentó levantarse, pero volvió a caer. Niall rezó para que no se lastimara.

Minutos después, Niall examinó el hombro de Gavin. El chico estaba débil por la pérdida de sangre, pero Alex lo había vendado con fuerza para detener el sangrado.

Gavin intentó levantarse, pero volvió a caer. Niall rezó para que la herida no se infectara. Había que coserla, pero no tenía con qué hacerlo, ni quedaba ninguna aguja o hilo en el pueblo. Todo se había acabado.

Ayudaría a construir un refugio temporal para los pocos aldeanos que se negaban a irse, y luego regresaría a Inverleith con aquellos que querían la seguridad de la fortaleza de los Malcolm. Enviaría hombres con ellos más tarde, junto con carpinteros y un herrero. Se inclinó y tomó a Gavin en sus brazos, luego miró a Alex.

—Le salvaste la vida —dijo Niall—. Usaste la cabeza. Siéntete orgulloso.

Miró a su padre, que le hizo un leve gesto con la cabeza.

Niall sabía que sería un largo viaje para unos caballos cansados, pero estaba ansioso por volver.

Tenía motivos para volver a vivir, y esos motivos eran las vidas y las fortunas del clan, que le habían sido confiadas. No había querido la guerra con los MacDowell. Había intentado hacer todo lo posible para evitarla.

Pero si lo que querían era la guerra, estaba dispuesto a enfrentarse a ellos.

Solo esperaba que Caitlin Cameron, como futura esposa de un MacDowell, no se viera atrapada en medio.

Ahora estaría de camino a casa, si no hubiera llegado ya a la casa de los Cameron.

Era lo mejor para todos.

Ojalá realmente creyera eso.



Jamie MacDowell se acercaba a Cressingham. Había terminado su misión en Londres mucho más rápido de lo que había pensado. Había ido a tranquilizar a la corte del rey Enrique de que James no tenía intenciones hostiles hacia Inglaterra y esperaba que los dos países pudieran vivir en paz.

Al mismo tiempo, sabía que James no tenía intención de mantener la paz con Inglaterra, no con las constantes incursiones entre las fronteras. Pero eso no era asunto suyo. Había transmitido el mensaje.

Caitlin estaría encantada. Y él también, admitió. Había disfrutado de la libertad de ser dueño de sí mismo. Se había resistido a la idea del matrimonio porque estaba decidido a ser fiel cuando se casara. Sentía que el honor lo exigía.

Su madre se había convertido en una mujer amargada e infeliz porque su padre no tenía tales inhibiciones. Tenía abiertamente una amante en Edimburgo y era un conocido libertino.

Pero Jamie se había acercado a Caitlin en los últimos meses a medida que avanzaba en su propuesta. Siempre se había sentido atraído por ella, y la alianza era buena para ambos clanes. Había aceptado porque quería complacer a su padre, y luego se encontró deseando que llegara el matrimonio.

Su futura esposa era amable y de buena educación. Sin embargo, tenía la capacidad de sorprenderlo. Le fascinaba que ella y su caprichoso primo se hubieran hecho amigos rápidamente. No podía imaginar dos mujeres más diferentes.

Elsberth debería haber sido un chico. Era testaruda y aventurera y tenía una curiosidad infinita por todas las cosas. Tenía un amor especial por la astronomía, lo que le había divertido. También su espíritu competitivo. En un raro momento de capricho,

había accedido a enseñarle esgrima. No esperaba que ella practicara durante horas, días e incluso meses. Si tuviera más fuerza en los brazos, sería formidable. Tal como estaban las cosas, podía ganarle a un espadachín medio a corto plazo.

Él se preocupaba por ella. Sería una mala esposa para la mayoría de los hombres. No le gustaban las actividades femeninas. Desafiaba ideas, pensamientos y percepciones. Solo un hombre excepcional podría apreciarla.

Sonrió mientras sus pensamientos volvían a Caitlin. Ella también le sorprendía sin cesar. Escuchaba y absorbía mucho más de lo que nadie pensaba, incluso siendo amable y conocedora de la gestión del hogar. Se sorprendió de lo mucho que deseaba volver a verla. De lo mucho que había luchado por volver con ella.

Su cuerpo se endureció al pensar en su noche de bodas. Se habían intercambiado besos robados, nada más. Pero ella nunca había rehuido. Estaba ansiosa y receptiva, y él anhelaba enseñarle las profundidades de la pasión.

Un poco más y estaría en casa. Se preguntó si Caitlin seguía allí. Sabía que había planeado quedarse solo unas semanas, y él había cabalgado noche y día para llegar a casa.

Oyó el sonido de cascos delante.

Guió a su caballo fuera de la carretera y hacia el bosque, y luego volvió a salir cuando reconoció los colores de MacDowell.

—Lord James —dijo el líder mientras detenía su caballo—. No le esperábamos.

—¿Parece tener prisa?

El líder parecía incómodo. Lo invadió la aprensión.

—¿Tiene malas noticias?

El líder miró al hombre que estaba a su lado y luego se movió en la silla de montar.

—Lady Elsberth ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir con desaparecido?

—Parece que se ha esfumado.

—¿Por qué haría eso?

El hombre tragó saliva.

—No estoy seguro, mi señor. Solo sé que aparentemente tomó el lugar de Lady Caitlin en la escolta para llevarla a casa. La escolta... ah... la perdió.

—¿Por qué iba a ocupar el lugar de Caitlin? —El hombre se encogió de hombros, impotente—. Vamos, hombre, cuéntemelo.

—Solo he oído los rumores.

—¿Y cuáles son los rumores?

—Su tío le prometió matrimonio al conde de Betancourt.

—¿Betancourt? —Dios santo, pero entendía la huida de su prima.

Conocía a Betancourt. ¿Cómo había podido su padre condenar a Elsberth a un hombre así?

—¿Y no ha habido señales de mi prima?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace ocho días.

—Por Dios —espetó él—. ¿No tiene ni idea de adónde podría haber ido?

—No.

—¿Y lady Caitlin ayudó a lady Elsberth a huir?

El guardia se encogió de hombros.

—Lady Elsberth la drogó y ocupó su lugar.

—No se parecen en nada.

—Era una mañana fría y lluviosa.

Y conocía a su prima. Ella se arriesgaría a cualquier cosa.

—¿Ha regresado Lady Caitlin a casa?

—Sí.

—¿Y mi padre no sabe nada de mi prima?

De nuevo hubo silencio.

Obviamente, tenían miedo de darle la mala noticia a su padre. Eso no fue una sorpresa. A su padre no le gustaba la incompetencia.

—¿Y Ewan?

Ewan era el segundo al mando de su padre. Puede que no lo fuera por mucho más tiempo si no encontraban a Elsberth. Ewan sería muy consciente de ello. Al parecer, estaba rezando para encontrar a Elsberth antes de tener que denunciar su desaparición.

—Hemos buscado por todo el campo —señaló el soldado—. Hemos recorrido los bosques, enviado mensajeros a los Cameron y a otros clanes. Incluso buscamos en las tierras de los Malcolm, ya que están cerca de los Cameron. Ella acaba de... desaparecer.

—¿Cree que los Malcolm podrían ser los responsables?

—No ha habido ninguna petición de rescate, pero es posible.

El miedo se le clavó en el pecho. Elsberth había sido más que una prima para él. Había sido hermana y amiga. Había jurado de niño que siempre la protegería. Que Dios ayudara a cualquiera que intentara hacerle daño.

—Iré a Cressingham para hablar con Ewan —indicó James—. Luego seguiremos buscando en las cuevas al sur de aquí.

—¿En la propiedad de los Malcolm? —El hombre escupió al suelo—. Ya las visitamos.

Jamie se puso rígido.

—¿Y no encontraron nada?

—No, nada más que ganado.

—No me gustaría que le pasara nada a mi prima por culpa de algo que hicieran los MacDowell.

—Los Malcolm no son nadie. No se atreverían a matar a un MacDowell.

Jamie tampoco lo creía. Los Malcolm se habían debilitado en los últimos años, pero tampoco quería reavivar una disputa. El rey

Jacobo quería que los clanes se unieran para evitar cualquier agresión por parte de los ingleses. Había dejado claro que no toleraría las disputas privadas.

—Continuar vuestra búsqueda —ordenó. Rodeó a los hombres y, con un ligero movimiento de las riendas, hizo que su caballo trotase y luego galopase hacia Cressingham. Quería saber más de Ewan.

Tenía que encontrar a Elsberth.

Capítulo 10

Totalmente agotado tras tres días con poco sueño, la mayor parte del cual lo había pasado montando a caballo, Niall llegó a los muros de Inverleith a media tarde.

Después de encontrar a los muchachos ayer por la mañana, había ayudado a construir un refugio temporal para los pocos aldeanos que quedaban antes de partir con el niño al atardecer. Luego cabalgó casi toda la noche.

La bocina anunció su llegada. Se sorprendió, pero se sintió agradecido, cuando vio a los mozos esperándolos. Era la primera vez que veía algo de eficiencia.

Gavin, con el brazo en cabestrillo para aliviar la presión del hombro, se apoyó en él. Niall sabía por sus propias lesiones pasadas que el muchacho probablemente estaba sufriendo con cada movimiento, pero Gavin no se había quejado.

El padre del chico se había quedado atrás. No sabía montar a caballo, y Niall quería llevar a Gavin a la fortaleza lo más rápido posible. Alex también se quedó atrás, al igual que Ian, que se quedaría con los aldeanos hasta que Niall pudiera enviar más hombres.

Niall se deslizó de su montura. Ignorando el creciente dolor en su brazo por la honda, bajó a Gavin, que se quedó inestable por un momento.

Seamus apareció y su mirada se movió de Niall al muchacho.

—¿Los encontraste?

—Sí, ambos chicos están vivos, aunque Gavin necesita las habilidades de Moira.

—Los otros heridos están en el gran salón —indicó Seamus—. Iré a buscar a Moira, o la chica Cameron.

—¿La chica Cameron? —Niall había intentado no pensar en Caitlin Cameron estas últimas horas. Había pensado que no volvería a verla, al pedirle a Hammish que la llevara a casa.

—Sí, ha estado ayudando con los heridos.

—Hammish iba a llevarla de vuelta —señaló, con voz áspera, incluso cuando se encontró inesperadamente ansioso por volver a verla.

Seamus se encogió de hombros.

—La fiebre volvió y luego llegaron los heridos. Tiene habilidades curativas y la necesitábamos.

—Por Dios, ¿es que nadie hace caso de mis órdenes?

—No creí que debiéramos ponerla en peligro —espuso Seamus —, no con las partidas de asalto de MacDowell merodeando por ahí. Podrían atacar antes de saber quién es ella. Y no podemos perder más hombres, no si quiere que se protejan las aldeas.

Seamus hizo una pausa y luego añadió:

—Y necesitábamos a Lady Caitlin. Ella fue de gran ayuda en el tratamiento de los heridos. La pequeña podría perder la pierna y se aferra a Lady Caitlin. No podía enviarla lejos, incluso si pudiéramos prescindir de la escolta.

—Necesitaremos muchos más hombres de los que tenemos si los Cameron se unen a los MacDowell para atacarnos.

—Solo otro día más —insistió Seamus—. Alina la necesita.

—Por Dios, Seamus, ¿De veras te has vuelto tan débil?

—No es más que una niña —se defendió Seamus—. Y no ha habido ninguna alarma sobre la desaparición de un Cameron. Quizá todavía la estén buscando en algún lugar de las colinas.

—Se marcha mañana —indicó Niall—. Yo mismo la llevaré. Lo haría hoy, pero...

—Parece que necesitas descansar. —La mirada de Seamus se dirigió a la manga ensangrentada de su camisa—. ¿Es tu sangre o la del muchacho?

—No es nada. Uno de los muchachos pensó que yo era un MacDowell.

—Haré que Moira lo revise.

—No, el muchacho es lo primero. Iré a ver a Lady Caitlin.

—Sí, mi laird.

Niall sospechó cuando Seamus usó el título. No le gustaba que lo manipularan, y en las semanas que llevaba de vuelta había descubierto que cuando Seamus usaba el título, normalmente tenía un propósito en mente, uno que a Niall no le gustaría.

Pero en ese momento estaba demasiado cansado para seguir preguntándole.

Puso su mano en el hombro de Gavin y lo condujo hacia la puerta.

Ya avisada, Moira estaba esperando mientras él y el muchacho entraban. Rápidamente desató el vendaje de la herida del muchacho y la examinó.

—Creo que puedo coserla —dijo—. No hace falta que la quememos.

Hizo que un miembro del clan trajera otra paleta para unirla a las de media docena de hombres que yacían en el suelo.

Se volvió hacia Niall, con la mirada fija en su manga, que ahora estaba color óxido por la sangre seca.

—Ahora le toca a usted, laird. —Enrolló la manga suelta de la camisa de Niall y le miró el brazo. Su mirada siguió la de ella. La pequeña herida tenía un aspecto feo, la piel a su alrededor estaba roja e irritada.

—¿Qué ha pasado, laird?

—Una honda —respondió con ironía—. Acabe primero con el muchacho. Puede ocuparse de mí más tarde.

Ella entrecerró los ojos, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Como desee, laird.

—¿Está lady Caitlin en su habitación?

—Sí, o en la habitación de al lado. Milady insistió en que la joven y su madre se quedaran allí. Es más cómodo, dijo.

Apretó los dientes. Su padre probablemente se estaría revolviendo en su tumba al pensar en los campesinos ocupando su cama.

Pensó en bañarse primero, pero un impulso no deseado lo dirigió a su habitación. Sabía que parecía un bandido. Tenía las mejillas ásperas por la barba nueva y el cabello despeinado. Olía a sudor de caballo y sangre.

Llamó a la puerta, la abrió ligeramente y no vio nada. Entonces oyó la melodía de una canción de cuna en la habitación contigua. Sabía sin ver que era Caitlin Cameron. Su voz era pura, fuerte y dulce. Parte de su tensión comenzó a desvanecerse.

Cuando la canción terminó, llamó suavemente a la puerta. Oyó un ladrido agudo y lo tomó como una invitación, y entró. Un pequeño perro a los pies de Caitlin Cameron le gruñó. Sus ojos se dirigieron a su rostro.

La había encontrado atractiva, pero no hermosa. Pero al mirarla ahora, cambió de opinión.

Sus ojos azul zafiro estaban llenos de compasión, y sus labios se curvaron en una suave sonrisa al levantar la vista de la niña. Abrió los ojos y empezó a levantarse, pero él le hizo un gesto para que se volviera a sentar.

La mujer sentada al otro lado de la cama también empezó a levantarse.

—Laird —dijo.

—No te levantes —ordenó él.

Ella volvió a sentarse, con consternación en el rostro, como si le preocupara que él no aprobara que ella y su hija ocuparan una habitación tan buena. Él se preguntó si realmente era tan poco acogedor.

Se arrodilló junto a la pequeña figura en la gran cama. Ignoró al perrito que le gruñía.

—Alina —dijo suavemente.

Los grandes ojos marrones de la niña lo miraron fijamente. Ella intentó moverse, y él sacudió la cabeza.

—Quédate como estás, niña. Pensé que a tí y a tu madre os gustaría saber que encontramos a tu hermano, Alex. Él está bien y decidió quedarse con tu padre para reconstruir la granja. Es un muchacho valiente.

—¿No está herido? —preguntó la madre con ansiedad.

—No. Su amigo, Gavin, estaba herido, y Alex lo llevó a un lugar seguro en la montaña. Tenía miedo de dejar a su amigo solo.

—¿Está Gavin... se va a...? —La pregunta vino de Alina.

—Sospecho que se recuperará. Al parecer, el muchacho se enfrentó solo a una tropa de MacDowells. —Bajó la mirada hacia la niña—. Pero quiero saber cómo estás tú.

El rostro delgado de Alina estaba demacrado por el dolor. Miró a Caitlin en busca de consuelo. Incluso protección. *Contra él.*

La mirada asustada de la niña le recordó cuánto tiempo había estado fuera, lo poco que sabían de él. Cuando era joven, se había ganado la reputación de ser un luchador feroz. Era una reputación

de la que se arrepentía profundamente. Esperaba que Caitlin nunca se enterara de ello.

Su mirada se dirigió a Caitlin. Había estado en silencio desde que él había entrado, pero sus ojos, que habían sido suaves al mirar al niño, se volvieron cautelosos al devolverle la mirada.

Eso dolía más que el latido en su hombro. Recordó el beso que habían compartido, los suaves roces, la respuesta apasionada. También creyó ver un destello de memoria en sus ojos.

—Pensé que estaría en casa —comentó él—. Me debe otra disculpa.

—No, estaba enferma. Luego me necesitaron.

—Su familia...

—Mi familia está en Edimburgo, y los criados probablemente están demasiado asustados para informarles de mi ausencia.

Se había preguntado por qué no había protestas. Quizás su explicación respondiera a esa pregunta.

Se tambaleó. Dios mío, pero estaba cansado.

Lady Caitlin se puso de pie rápidamente. Su mirada se posó en su manga por primera vez.

—Laird Niall, está herido.

—Solo necesito un poco de descanso.

—Más que un poco, creo —expuso ella.

Ella olía a flores, y él volvió a fijarse en su aspecto.

—Debería bañarme —indicó—. Pero quería ver cómo estaba la muchacha. Se dijo a sí mismo que ese era el motivo por el que había venido, pero hacía mucho tiempo que no se mentía a sí mismo, y no quería empezar ahora.

El hecho era que había querido ver a Caitlin, que los últimos días no habían hecho nada para disminuir su deseo por ella.

Ella se acercó a él y le subió la manga. Respiró hondo cuando vio su brazo.

—Tiene una infección, Laird Niall. —Frunció el ceño cuando un temblor sacudió su cuerpo.

Dio un paso y se dio cuenta de que sus piernas estaban débiles. Caitlin lo cogió y le rodeó los hombros con uno de sus brazos.

—¿Dónde está su cámara? —preguntó ella.

—Arriba —respondió él—. Puedo caminar solo.

—No puede —aseguró ella—. Podemos quedarnos aquí y discutirlo, o puedo ayudarlo a llegar hasta allí.

Se dio cuenta de que podría necesitar su presencia para mantenerse firme. No deseaba caer al suelo delante de ella. Ni delante de nadie, para el caso. Y cada minuto se sentía más mareado.

Ella dio un paso y él se movió con ella. Intentó usarla solo para mantener el equilibrio, pero cada paso se volvía cada vez más difícil.

Ella era sorprendentemente fuerte y estable. Llegaron a los escalones de piedra curvados. Parecían interminables.

¡Una simple honda! Fue una lección de humildad.

Un paso a la vez. Se encontró apoyándose cada vez más en Caitlin.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras y a su habitación, él le quitó el brazo y cayó en lugar de sentarse en la cama. A diferencia de las de su habitación y la del laird, su cama era estrecha y dura, muy parecida a la de su barco.

La habitación estaba fría. La chimenea solo tenía cenizas. Vio su sorpresa.

Pero no vio razón para explicar que no tenía intención de quedarse allí, que simplemente quería mantener unido al clan hasta que Kinner regresara.

Ella vertió agua de una jarra sobre la mesa en una jarra y se la entregó.

Él tomó un sorbo y luego bebió con sed.

—Necesita que le atiendan —dijo ella.

—No, no es más que un rasguño.

—¿Por qué los hombres siempre creen que son indestructibles?

No pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—Oh, no creo que sea indestructible, pero solo fue una honda.

Ella arqueó una ceja.

—¿Una honda?

—De un muchacho.

Ella suspiró.

—¿Y qué hizo usted para que le atacara?

—Él estaba tratando de proteger a su amigo de los MacDowell. Es difícil enfadarse por ello.

Algo parpadeó en sus ojos, pero él estaba demasiado cansado para tratar de definirlo.

—Haré una de las cataplasmas de Moira —indicó ella—. Parecen hacer maravillas.

—La muchacha te necesita más que yo.

—Su madre está allí.

—Solo necesito dormir.

—También necesita un baño.

Él era muy consciente de ello.

—¿No tiene un criado?

—No. Estoy acostumbrado a cuidarme solo. Y hace poco que he vuelto a casa. —El calor se intensificaba en su brazo, al igual que el insistente latido.

Caitlin vertió agua en un lavabo y encontró una toalla doblada. La mojó en el agua y volvió a su lado.

Tocó su rostro y sintió sus manos frías y reconfortantes contra su piel caliente

Vio su ceño fruncido de preocupación sobre él, luego ella dijo algo y salió de la habitación.

Niall no quería que se fuera. Sus manos habían sido suaves. Tan suaves.

Por un momento, dejó de sentirse solo.

Intentó sentarse, pero no pudo hacerlo. Cansado. Estaba tan cansado.

El miedo se apoderó de Elsberth.

Ya había visto infecciones que se propagaban rápidamente. Él se había lesionado levemente y, como la mayoría de los hombres, no había tenido el sentido común de hacer nada al respecto. En cambio, se había esforzado hasta que apenas podía mantenerse en pie.

Tenía un aspecto terrible cuando entró en la habitación, pero había sido más que amable con Alina. Era obvio que se preocupaba de verdad por su clan.

Jamie nunca había visto a su tío tratar con amabilidad a sus arrendatarios. Se preocupaba por su producción, nada más. Si no producían, los expulsaba de la tierra. A Jamie no le había gustado, pero poco podía hacer, salvo prometer que no haría lo mismo cuando se convirtiera en el jefe de los MacDowell.

Rezaba para que Jamie nunca cambiara.

Pero ahora su preocupación era por su enemigo. El enemigo de su tío. El enemigo de Jamie.

Elsberth odiaba dejarlo, pero sabía que la infección requería atención inmediata. Bajó apresuradamente a la cocina. Ahora sabía dónde encontrar las hierbas de Moira.

Juntas, ella y Robina hirvieron agua con las hierbas y luego empaparon paños de lino en la mezcla de olor terroso. En poco tiempo estaba de vuelta en la habitación de Niall con una cataplasma caliente.

—Cora —murmuró cuando ella se inclinó sobre él—. Cora. Su voz sonaba como si viniera directamente del infierno.

Descubrió la herida. Había sido pequeña, pero ahora un rojo furioso cubría gran parte del brazo. Le puso la cataplasma en el brazo y él la tiró.

Trató de despertarlo, pero no pudo.

Elsberth volvió a colocárselo y se tumbó en la cama junto a él, sujetándolo con firmeza. Escuchó su respiración entrecortada, oyó los latidos de su corazón, sintió el calor de su piel.

Sabía lo rápido que podía matar una infección. Rezó por un Malcolm.



Jamie escuchó a Ewan, el segundo al mando de Cressingham, con indignación.

—¿Mi padre tenía la intención de que Elsberth se casara con Betancourt?

—Sí.

—¿Y ella lo sabía?

—Sabía que habría un escolta que la llevaría a Edimburgo a finales de la semana que viene.

—Conozco a Betancourt —dijo él, con el estómago revuelto ante la idea de que su prima se casara con aquel hombre.

—Su padre dijo que el rey deseaba la alianza. No podía decir que no.

Jamie ahora sabía por qué lo habían enviado a Londres a hacer un recado que no tenía importancia. Su padre sabía que se opondría al matrimonio, aunque probablemente no pudiera hacer nada al respecto.

—¿Dónde desapareció?

—Cerca de la propiedad de los Cameron. También está cerca de los Malcolm.

Un músculo se contrajo en el rostro de Ewan. Era obvio que también había considerado la posibilidad de que la muchacha se hubiera encontrado con Malcolms. Les arrancaría la cabeza si algo le sucediera.

¿Adónde habría ido?

¿A buscarlo? Si conocía a su prima, probablemente se hubiera dirigido a Londres. Sabría que él haría todo lo posible por ayudarla, incluso sacarla del país. ¿Qué haría si no pudiera encontrarlo? Pero si había intentado llegar a Londres, debería haberse encontrado con ella por el camino. Solo había una carretera.

Se le encogió el estómago. Los Malcolm no eran ajenos a los secuestros y los rescates. O al asesinato. Si se encontraban con un MacDowell...

Averiguaría si una mujer estaba retenida en la casa de los Malcolm. Si no, volvería a Londres e intentaría encontrarla. Era valiente e inteligente, y tenía un gran corazón. Caitlin había llegado a quererla tanto como él. Había sido un vínculo más entre ellos.

Por un momento se preguntó si Caitlin podría haber estado involucrada de alguna manera, pero lo descartó. Ella no tenía la imprudencia de Elsberth.

Encontraría a Elsberth. Y empezaría por los Malcolm.

Capítulo 11

El dolor le ardía en todo el brazo. Tenía calor, mucho calor.

Cora estaba frente a él con un vestido azul suelto, su hermoso y largo cabello rubio ondeando al viento, sus suaves ojos marrones llenos de risa.

—Atrápame si puedes —dijo y corrió hacia el estrecho de Mull.

Él corrió tras ella, riéndose al principio porque sabía que podía alcanzarla. Pero cuanto más rápido corría, más rápido corría ella. Era como si tuviera alas en lugar de piernas.

Se dio la vuelta y le hizo una seña, burlándose de él como solía hacer. Él aumentó el ritmo hasta que su corazón latía tan fuerte que seguramente se oía en Edimburgo. Pero aún así no podía acortar la distancia entre ellos, y ella se acercaba al acantilado que daba al estuario.

Trató de llamarla, de detenerla, pero sus palabras se perdieron en el viento, y su figura comenzó a desvanecerse frente a él.

—¡Cora! —Se estiró en señal de súplica. Para traerla de vuelta. Para detener su huida precipitada hacia el estuario. Todo lo que encontró fue niebla.

—¿Niall?

Una voz. Suave pero insistente. ¿Cora?

—¿Niall? —Sonaba más fuerte.

No era la voz de Cora. Cora se había ido. Se movió de nuevo. Su brazo estaba en llamas.

—Mi laird.

Abrió los ojos a la fuerza. Tenía los párpados pesados. Cada movimiento le costaba un enorme esfuerzo.

Aun así, los abrió, deseando volver a la oscuridad, al sueño de Cora de pie frente a él.

Trató de concentrarse. Una muchacha. Unos rizos rojos se habían escapado de su trenza y enmarcaban su rostro... la mujer que lo llamaba de vuelta a la conciencia sentada en la estrecha cama junto a él era Caitlin Cameron.

Otra imagen pasó por su mente. Brazos alrededor de él, abrazándolo. Se había relajado en ellos, se había sentido reconfortado por ellos.

—¿Niall?

Debería haberse ido. Pero ahora recordaba que Hammish no había seguido su orden. Ella había estado aquí, cuidando de una niña.

—¿La niña? —preguntó.

—Alina está mejor —respondió—. Moira y Robina están cuidando de ella. No paraba de quitarse la cataplasma. Alguien tenía que quedarse aquí.

Lo recordó. Había sentido una presencia a su lado. Cálida. Suave. Había pensado...

No sabía lo que había pensado.

Caitlin Cameron se puso de pie. Su vestido estaba manchado de sangre y de algo más, probablemente la mezcla utilizada en la cataplasma. Se acercó a la mesa y volvió con una taza.

—Debe de tener sed.

Intentó sentarse, y le costó todo su empeño. Se miró el brazo, pero estaba cubierto por una cataplasma.

—Quiero verlo —pidió.

Ella empezó a negar con la cabeza, pero al final se rindió. Desató con cuidado la cataplasma y limpió la secreción con la toalla. El brazo estaba hinchado y la pequeña herida, fea. La piel que la rodeaba estaba caliente al tacto.

—Solo era una honda —dijo con disgusto.

—Una herida pequeña suele ser más peligrosa que una grande si no se atiende. Y está mucho mejor ahora que ayer —señaló ella—. Las cataplasmas de Moira son maravillosas. Dijo que me enseñaría a hacerlas.

—¿Ayer?

—Ha estado dormido más de un día —indicó ella.

¡Un día!

No podía ser. No podía haber dormido tanto. Había mucho que hacer, y Caitlin... iba de camino a casa.

Sin embargo, se sentía reconfortado en su presencia, y ahora se daba cuenta de que había permanecido con él durante las últimas

horas.

—Iba a devolverle a su familia. —Parecía que todos los demonios del infierno se le estaban oponiendo en ese esfuerzo. Sin embargo, cada día que pasaba aumentaba el riesgo para su clan. No había forma de que pudiera defender a sus Malcolm contra una campaña combinada de MacDowell y Cameron, sobre todo porque ambos clanes tenían influencia en la corte escocesa.

Sabía que probablemente aún no podía viajar y, aunque intentaba no reconocerlo, sentía una sensación de pertenencia con la muchacha, como si de alguna manera estuviera destinada a estar allí.

La idea formaba parte de la fiebre. Un delirio.

Ella volvió a colocar la cataplasma con cuidado, sus dedos seguros y suaves. Incluso entonces, cada toque le enviaba ráfagas de dolor por el brazo.

—Debe de tener hambre —comentó ella cuando terminó su tarea.

Él no tenía hambre, pero sabía que necesitaba alimentarse.

—¿No ha venido nadie a buscarla?

—No —respondió ella.

Él cerró los ojos al oírla. Algo iba muy mal, pero no podía saber qué era. No ahora. Su cabeza latía como si una docena de hombres con martillos estuvieran golpeando su cráneo.

—Gracias, lady Caitlin —dijo.

Sus mejillas se sonrojaron. Pero entonces la habitación estaba caliente. ¿O era solo él?

—Iré a buscar sopa —señaló ella.

—Dígale a Seamus que deseo verlo —exigió con más fuerza de la que había pretendido. No estaba en condiciones de dar órdenes.

Ella se mantuvo firme.

—Sí, si jura no intentar ponerse de pie.

Era fácil prometerlo. Estaba tan débil como un gatito recién nacido y no tenía ningún deseo de demostrarlo delante de ella.

Asintió.

Ella siguió dudando, luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

Hizo exactamente lo que se había comprometido a no hacer, pero tenía que ponerse a prueba. Balanceó los pies hacia el lado de

la cama e intentó sentarse de nuevo. *Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo.*

Se quedó sentado un momento, utilizando todas las reservas de fuerza que tenía. Tenía que ser fuerte para los Malcolms.

Pasó un momento, ¿o fueron horas? Le dolía la cabeza y su brazo protestaba ante el más mínimo movimiento.

Se abrió la puerta y entró Seamus.

—Gracias a Dios que estás mejor —comentó el segundo al mando.

—Creo que tiene más que ver con Lady Caitlin y Moira que con Dios —señaló Niall—. ¿Cómo están los demás?

—No hemos perdido a otro Malcolm.

Niall cerró los ojos aliviado. Caitlin había dicho que la chica estaba bien, pero...

Se planteó la pregunta que más le preocupaba. Caitlin había dicho que nadie había hecho preguntas, pero él apenas podía entenderlo. Llevaba aquí una semana.

—¿Ha habido alguna pregunta sobre lady Caitlin?

—No. Es extraño. Pensé que ya habríamos recibido la visita de los Cameron. Un grupo de búsqueda.

No tenía sentido, y a Niall no le gustaban las cosas que no tenían sentido.

—Deberíamos enviar a la muchacha a casa —expuso.

Seamus guardó silencio por un momento.

—Lleva aquí casi una semana —respondió—. Si la devolvemos ahora, podría haber consecuencias. Su reputación estará arruinada. Y no podemos permitirnos la pérdida de otro hombre por una escolta. —El segundo al mando frunció el ceño—. Fue una mala decisión por mi parte. No debería haber aceptado el plan.

—Yo mismo debería haberla llevado de vuelta, con fiebre o sin ella —señaló Niall—. ¿Tenemos a alguien que pueda entrar con seguridad en las propiedades de los Cameron e intentar obtener información?

—Sí. Fergus está casado con una Cameron. Ya ha llevado comida a su familia antes.

—Envíalo hoy. Dale lo que necesite. No quiero que sea obvio. Solo que escuche e informe lo antes posible. Dile que este año no habrá que pagar alquiler.

—Sí.

—¿Sabe que Lady Caitlin está aquí?

—Sí. Estuvo con nosotros en la redada, pero no dirá nada.

Niall había estado fuera demasiado tiempo para saber en quién se podía confiar y en quién no. Pero confiaba en la valoración de Seamus.

Aún así, era solo cuestión de tiempo que se filtrara la noticia, si es que no lo había hecho ya.

—Envíalo ahora. ¿Qué pasa con los MacDowell? ¿Puede entrar alguien allí?

Seamus negó con la cabeza.

—No conozco a nadie, pero Bruce quizá sí.

—Habla con él. Mientras tanto, mantén un guardia extra. Nadie debe entrar ni salir a menos que yo lo sepa.

—Sí, laird. —Esta vez el respeto se había colado en esas palabras. Niall lo notó, pero no le importó.

—¿Y la muchacha?

Por Dios, pero le dolía la cabeza. Casi tanto como el brazo. Y, temía, el corazón. Nunca olvidaría la mirada en su rostro mientras

cuidaba de Alina. La ternura. La compasión.

Luego la calidez y la vida que le había transmitido mientras yacía contra él.

Le repugnaba la idea de que ella pudiera pagar por esa compasión. Podría haberse ido, pero decidió quedarse y ayudar a cuidar a los heridos. Y a él mismo.

¿Y si la culparan por sus acciones? Hasta ahora había pensado sobre todo en el daño a su clan.

Pero ahora empezaba a darse cuenta del gran daño que podría sufrir ella a su regreso.

—Debería ser decisión suya —dijo finalmente.

—¿Y si esa decisión perjudica a los Malcolm?

¿Cuál era la peor posibilidad? ¿Un inocente arruinado por una acción de su clan, o su clan atacado y perseguido por las buenas intenciones de unos pocos hombres?

¿Dónde residía su lealtad?

Los Malcolm. Los muros susurraron la respuesta. Él debería ser su protector. ¿No era por eso por lo que había regresado?

Sin embargo, no podía abandonar a una doncella por las acciones equivocadas de su clan.

—Quiero que nuestros hombres entrenen más duro y que empiecen a almacenar grano y comida dentro de las murallas. Tienen que estar preparados para un asedio. —Hizo una pausa—. Pero primero me entregaré como rehén. No permitiré que nadie venga aquí a hacerme daño.

Seamus lo miró fijamente durante un largo segundo.

—Te necesitamos, Niall.

—Necesitan más la paz —aseguró Niall—. ¿Cómo reaccionarán los Malcolm?

—Sabrán que tenemos un laird de vuelta —dijo Seamus.



Elsberth regresó a la alcoba de Niall con sopa caliente. Oyó voces y dudó antes de entrar.

Debería ser decisión suya.

¿Y si esa decisión perjudica a los Malcolm? Quiero que nuestros hombres entrenen más duro.

Por primera vez, se dio cuenta de lo que había hecho. Al huir precipitadamente y quedarse aquí obstinadamente, bien podría ser responsable de sus muertes. Moira. Hammish. Niall. Robina. Alina.

Había oído decir que los MacDowell habían estado buscando a una mujer cuando asaltaron el pueblo. La habían estado buscando a ella. Razón suficiente para destruir un pueblo. Al menos para los MacDowell.

Cuando trajeron a Alina por primera vez, Elsberth se sintió abrumada por la culpa de que sus compañeros de clan hubieran cometido tales actos. Pero ahora sabía que sus propias acciones, su propia ceguera e irreflexión, podían traer cosas mucho peores a los Malcolm, así como a su propio clan. Sus deseos, liberarse de un matrimonio miserable, le habían costado a otras personas mucho más de lo que jamás hubiera esperado.

Ahora tenía que irse, no para escapar a Londres, sino para regresar e intentar arreglar las cosas. Ya no importaba lo que le sucediera a ella. La vida de Alina importaba. La vida de Moira importaba. La vida de Niall importaba.

Oyó la debilidad en su voz, el dolor no solo de sus heridas, sino de las decisiones que ella lo había obligado a tomar. Había estado dispuesto a sacrificar su vida por ella.

Por ella.

No, no por ella. Por Caitlin Cameron, la hija de un clan vecino que, aunque no era completamente un aliado, tampoco era un enemigo.

¿Cómo podía ahora decirle quién era?

Pensó en la aceptación que había tenido en los últimos días, en la sensación de valía que había ganado gracias a ella. ¿Cómo podía ahora enfrentarse al odio y al asco que seguramente vendrían?

Solo había una cosa que hacer. Tenía que irse y volver a casa antes de que alguien descubriera dónde había estado. Le diría a Ewan que había estado escondida en cuevas todo este tiempo y que estaría allí a tiempo para la escolta de su padre. Tenía tres o cuatro días. No más.

Al menos había probado la vida, la pasión. El arrepentimiento luchaba con la determinación, la desesperación con el reconocimiento de lo que había que hacer. Equilibró la bandeja con el cuenco de sopa, una jarra de cerveza y pan, llamó y entró.

Niall estaba sentado en la cama. Como antes, no llevaba camisa, solo medias, y le moldeaban bien la parte inferior del cuerpo, demasiado bien. Se aferraban a su musculoso estómago. No se atrevió a mirar más abajo.

El sudor humedecía su rostro, que estaba áspero por la barba nueva. Tenía la mandíbula apretada, como si necesitara toda su concentración para mantenerse erguido.

Su boca se suavizó al verla, pero había un duro destello de determinación en sus ojos.

—Seamus, déjanos —dijo—. Y asegúrate de que nuestro hombre se vaya inmediatamente.

—Sí, laird —respondió Seamus. Se inclinó ante Elsberth—. Milady. Todos le estamos agradecidos.

No había pensado que pudiera sentirse peor.

Colocó la bandeja sobre la mesa y lo observó mientras luchaba por levantarse.

—Quédese en la cama —ordenó.

—No, hay mucho que hacer.

—Más razón para que descanse. No podrá ayudar a nadie si empeora.

Él no le prestó atención, pero se puso de pie con dificultad. Se tambaleó y ella se acercó a su lado. Él puso su brazo alrededor de sus hombros y, más que caminar, tropezó hasta llegar a la mesa. La dependencia la sorprendió. El laird no era un hombre que se apoyara en nadie, ni siquiera ahora. Su tacto le provocó escalofríos de calor que ya le eran familiares. Él la miró con los ojos nublados por el dolor, pero no pudo ocultar la atracción mejor que ella.

Ella quería aferrarse a él.

Cerró los ojos por un momento, rezó por la fuerza que sabía que necesitaba. No fuerza física, sino la fuerza para dejarlo e irse con otro hombre.

Se quedaron quietos por un momento, como atrapados en un cuadro.

Luego él se deslizó en el asiento, casi llevándola con él. Ella lo oyó murmurar. Sonaba como un juramento.

Ella sintió ganas de pronunciar uno ella misma. El deber y la necesidad, la verdad y las mentiras la estaban destrozando.

Su mirada volvió a su rostro. Él la miraba con una necesidad frustrada, combinada con dolor.

Tocó su frente. No estaba tan caliente como antes, aunque estaba más caliente de lo normal. Quizás el descanso y la magia de Moira estaban funcionando. Ella rezaba por ello.

—Coma, laird Niall —pidió ella.

—¿Es la sopa de Moira? —preguntó él.

—Sí, pero le he añadido unas hierbas.

Él la probó y se estremeció.

—Esperaba que hubiera mejorado —comentó ella, aunque ella también la había probado y no había notado mucha diferencia. Aun así, tenía esperanzas.

—Lo ha hecho —respondió él, pero ella vio la mentira como lo que era. Ahora deseaba no haberse dejado despedir de la cocina de Cressingham tan fácilmente. A decir verdad, no se había esforzado demasiado. Prefería disparar una flecha con un arco.

Debería encontrar la manera de salir de la fortaleza antes de que fuera imposible. Sin embargo, quería esos pocos momentos con

él. Quería mucho más. Quería asegurarse de que derrotaría la fiebre. ¿Cómo podía irse sin saberlo?

¿Cómo podía no irse?

Dejó de comer y su mirada se encontró con la de él.

—Tenemos que hablar, milady.

Había oído lo suficiente fuera de la puerta para saber de qué quería hablar. ¿Cómo podía quedarse allí sentada y permitirle agonizar por decisiones que eran necesarias solo por su temeraria aventura?

No dijo nada.

—¿Desea casarse con James MacDowell? —preguntó él.

¿Cómo podía decir que sí, cuando lo había besado tan apasionadamente hacía tan poco tiempo?

—No importa lo que yo quiera —señaló ella—. Solo soy una mujer. Mi... familia toma esa decisión.

—Muchas mujeres se casan por amor.

—¿De verdad? —preguntó ella con escepticismo—. Creo que son pocas.

—Entonces, ¿no ama usted a los MacDowell?

Los amaba, pero no de la forma que él quería decir. No supo qué responder, pero él aparentemente tomó su silencio como un asentimiento.

—Hammish parece pensar que usted puede ser reacia. O tener miedo.

—¿Ha hablado con él?

—Solo brevemente, cuando volví por primera vez.

Ella volvió a quedarse en silencio.

—¿Entonces MacDowell es un monstruo?

—No.

Un músculo de su mandíbula se movió.

—En ese caso, ¿teme volver porque ha pasado tiempo aquí, sin un acompañante?

Su mirada se encontró con la suya, y ella sabía que la suya debía de estar llena de emoción. No quería mentirle. Ni siquiera por omisión. Él no era el tipo de hombre que toleraba la deshonestidad. Ya había visto y oído lo suficiente para saber que no había querido regresar, pero lo había hecho por deber. Sabía que había amado bien y había entregado su corazón.

Había aprendido todo eso sobre Niall Malcolm en una semana.

También se dio cuenta de que nunca la perdonaría si las mentiras traían la muerte a su clan.

Pero tenía que mentir para salvarlo.

—No, no temo eso —aseguró ella.

Su mirada era inquebrantable, mientras la escudriñaba.

—Y sí amo a James MacDowell. Tuvimos una discusión y me escapé.

—¿Entonces quiere volver?

—Sí. —Se le estaba rompiendo el corazón.

Ella seguía de pie y él también. De nuevo vio lo que le costaba el esfuerzo. Pero él se acercó a ella y rozó sus labios con los suyos. El brazo ileso la rodeó y la acercó más.

Temblaba por las oleadas de sensaciones que la invadían y recorrían su cuerpo. Sentía el subir y bajar de su pecho, los latidos de su corazón, el calor persistente de la fiebre.

Ella también debía de tener fiebre. Era una locura.

Con un nudo en la garganta y un vacío enfermizo en el estómago, sabía que él buscaba la verdad, y la verdad era algo que

ella no podía ofrecerle.

Sus labios se movieron lenta y sensualmente por su rostro, despertando aún más sensaciones, tanto suaves como feroces. Luego se volvieron inquisitivos, haciendo preguntas que ella no podía responder.

Sus labios presionaron con más fuerza, esta vez exigiendo en lugar de preguntando. De repente, supo que había estado esperando toda su vida este calor, este deseo. Oyó un suave gemido, y sus labios se volvieron inquisitivos, como si él también estuviera tratando de encontrar su camino en una espesura desconocida de emociones enredadas. La ira estaba al borde de ellos, pero el núcleo era puro deseo crudo.

El miedo le oprimía el corazón. No podía amar a ese hombre. No podía.

Sintió una repentina humedad en las mejillas, una opresión creciente detrás de los ojos.

Él se quedó quieto y luego soltó lentamente sus labios. Sus ojos reflejaban una tristeza que le atravesó el corazón. Bajó el brazo y parecía cansado y derrotado.

—Debe sentarse, laird Niall.

No dijo nada, sino que se dirigió a la cama y se sentó, cogiendo su mano.

—Lo siento, muchacha. No tenía derecho. Quería saber la verdad. Quería saber si realmente amaba al MacDowell.

—¿Y ahora lo sabe? —preguntó ella. Su voz sonaba extraña incluso para ella. Ronca por la emoción, la necesidad y la tristeza.

—Sí. No creo que lo ames.

—¿Porque me besó?

—Por la forma en que *me* besó, muchacha.

—¿Y no sintió nada en absoluto?

Su mano se apretó alrededor de la de ella.

—Sí, lo hice. Pero no he tenido suerte en el matrimonio, y mis esposas han tenido menos suerte. No voy a transmitir la muerte a otra persona.

—¿Me hablará de ellas? No paraba de llamar a Cora.

Su boca se apretó y un músculo de su mandíbula se contrajo. El hoyuelo de su barbilla pareció profundizarse.

—Ella murió en el parto, al igual que el niño. Amaba la vida y la risa, y no merecía su destino.

Su rostro era un estudio de dolor y culpa. Su corazón se rompió. ¿Su dolor provenía de la maldición MacDowell o de su creencia en ella?

Levantó el dedo de su mano buena y le enjugó una lágrima del rostro.

—No debería agobiarla con esto. Ya es suficiente con que no pueda volver a casarme, y quiero que esté a salvo. Ojalá supiera cómo hacerlo.

La incertidumbre de este hombre la conmovió hasta la médula. Nunca había conocido a nadie que se preocupara tanto como él por su gente. Por su sentido del honor. Por ella.

Excepto Jamie.

Ella le tocó la cara. Todavía estaba caliente. Sabía que seguía sufriendo.

Bueno, ella también tendría su propio honor.

—Me iré a casa —señaló—. Quiero ir sola. Ahora.

Él la miró durante un largo momento.

—No puede ir sola. Usted es mi responsabilidad. Quiero saber que no le harán daño por algo que hicimos. He enviado a alguien a

casa de los Cameron.

Y él sabrá que Caitlin Cameron está en casa.

—No es culpa suya —aseguró ella—. Y Bruce pensó que estaba haciendo algo bueno.

Él sacudió la cabeza.

—Piensan que las esposas son como sillas de montar. Pierden una y ganan otra.

La mayoría de los hombres lo hacían. Al menos, esa había sido su observación. Tuvo la suerte, o la desgracia, de encontrar al que no lo hacía. Y él le estaba prohibido por muchas razones.

Ella levantó la barbilla. Si él no la dejaba irse, entonces tendría que encontrar la manera. Parecía más que irónico que no hacía mucho él hubiera querido que ella se fuera y ella hubiera estado tramando cómo quedarse.

Capítulo 12

Jamie, en primer lugar, comprobó las cuevas que le había mostrado a Elsberth hacía años. Al no encontrar nada, ni a Elsberth ni ningún rastro de su presencia, cabalgó hasta la propiedad de los Cameron, que limitaba con el territorio de los Malcolm. Cruzó con cuidado una pequeña franja de tierra de los McDonald, un clan hostil a los MacDowell.

Su caballo estaba exhausto y oscuro por el sudor cuando llegó a la casa de los Cameron. Inmediatamente después de identificarse, le dejaron pasar a través de las gruesas puertas.

El padre de Caitlin estaba en Edimburgo junto con el de Jamie, involucrado en más intrigas judiciales, sin duda. Pero la madre de Caitlin, Lady Jane Cameron, lo saludó efusivamente.

—Ha regresado —dijo—. Podemos planear la boda entonces.

—Sí, Lady Jane —dijo él—. Y estoy ansioso por ver a su hija.

Lady Jane asintió.

—Por supuesto. Me alegra que haya entusiasmo entre ustedes. Deseaba que ella tuviera un matrimonio por amor.

—Intentaré hacerla feliz.

Un ceño fruncido empañó el hermoso rostro de Lady Jane.

—No ha sido ella misma desde su regreso.

—¿Ha dicho algo?

—No. Solo lamenta no haberlo visto en Cressingham.

—Yo también lo lamenté —dijo él. Así que no había dicho nada sobre la desaparición de Elsberth. Se preguntó por qué la escolta no había dicho nada sobre la fuga de su protegida, pero si habían recuperado a su legítima dama, probablemente los hombres no admitirían haber sido burlados por una mujer o superados por bandidos.

Si Caitlin no había dicho nada, debía de haber tenido una razón. Decidió no decir nada sobre la desaparición de su prima hasta que hablara con ella.

—Haré que le preparen la cena —le comunicó lady Jane—. Y ahora se la enviaré.

—No puedo quedarme —apuntó él—. Debo partir en varias horas. Tengo un asunto urgente. Pero antes quería ver a lady Caitlin.

Ella sonrió como si eso fuera una prueba de su devoción, y luego envió a un sirviente a la cocina antes de subir las escaleras justo dentro de la entrada.

Él caminó por el vestíbulo con una impaciencia inquieta. Iba a pedir prestado un caballo fresco y ponerse en camino en cuanto viera a Caitlin. Quería saber qué sabía ella de Elsberth, qué papel había desempeñado en esto.

Aunque no podía creer que ella tuviera nada que ver.

Bajó los escalones. Llevaba un vestido azul oscuro, y los colores intensificaban sus ojos azules. Se movía con una gracia inconsciente que siempre lo había cautivado.

Su rostro se iluminó cuando lo vio, pero él también vio pequeñas señales de preocupación. Hizo una reverencia y le tendió la mano.

—Me gustaría hablar con usted —pidió él.

Ella le miró fijamente y él detectó aprensión, incluso miedo.

Miró a Lady Jane, que la había seguido. Ella asintió con aprobación.

Caitlin abrió el camino hacia una sala de música junto al gran salón. La sala era lo suficientemente grande para una pequeña audiencia. Había un arpa en el frente, y también varios laúdes y una viola.

Con las manos cruzadas frente a ella, ella se sentó en una de las sillas, mientras él caminaba de un lado a otro. Finalmente, soltó la pregunta.

—¿Qué sabe de la desaparición de Elsberth?

Ella lo miró.

—Esperaba que ella os hubiera encontrado.

La conmoción lo sacudió. No esperaba esa respuesta. En Cressingham le habían dicho que Caitlin había sido drogada, que no sabía nada de la sustitución ni de la desaparición de Elsberth.

—¿Sabía lo que planeaba?

—Sí —confesó ella, desafiándolo con la mirada. Nunca había hecho eso antes.

—¿La ayudó?

—Sí —admitió de nuevo.

—¿Por qué?

—No podía quedarme de brazos cruzados y verla casarse con el conde de Betancourt, no cuando yo... —Su voz se apagó.

—¿Cuándo usted? —le preguntó él.

—Cuando yo era tan feliz —prosiguió ella con voz suave e insegura.

Él le tendió la mano y la levantó de la silla. La abrazó, algo que nunca había hecho antes. Había hecho lo que se esperaba. Ella había sido una novia aceptable, una novia encantadora, en verdad, y siempre le había gustado. Si alguna vez había tenido una reserva, era que parecía tener poco espíritu. Junto a Elsberth, había parecido apagada.

Pero ahora veía en ella lo que Elsberth aparentemente había visto.

No sabía si las acciones de Elsberth habían sido lo más sabio, pero entendía su desesperación y apreciaba la lealtad de Caitlin hacia ella.

—Pensé... Tenía miedo de que te enfadaras —dijo Caitlin después de un prolongado silencio al no estar segura de si debía tutearlo, pero después de ese abrazo…algo había cambiado entre ellos.

—Ojalá hubiera estado allí —señaló él.

—Si lo hubieras hecho, Elsberth no habría hecho nada —comentó Caitlin—. Pensó que podrías ayudarla en secreto en Londres, pero insistió en que no haría nada que te hiciera responsable.

Un puño se cerró y apretó alrededor de su corazón.

Debería haber sido su protector. Siempre había pensado que lo era, pero se dio cuenta de que no lo había sido en cosas importantes. La adoración de Elsberth le había halagado, sus hazañas le divertían. Ojalá hubiera sido más para ella. En realidad, no se gustaba mucho en ese momento. Había permitido que su propio padre lo manipulara. Ahora descubría que su prima estaba dispuesta a sacrificarse para salvarlo. No había esperado a que él regresara por miedo a que se arriesgara.

—¿Adónde planeaba ir si no podía encontrarme? —preguntó.

—Tú eras el principio y el final de su plan —respondió Caitlin—. Dijo que era un plan terrible, pero que no tenía otra opción. —Sus ojos le suplicaban que la entendiera.

Lo hizo. No podía pensar en Elsberth, con toda su inteligencia y curiosidad, emparejada con Betancourt, un mujeriego notorio en su sexta década. Ella se marchitaría y moriría.

—¿Y nadie sabe qué le pasó?

—La escolta regresó a Cressingham y me encontró allí. Yo era su única preocupación, y el segundo al mando de Cressingham no quería que se supiera hasta que tuvieran la oportunidad de encontrarla.

A los Malcolm les encantaría echarle el guante a un MacDowell.

Jamie maldijo para sus adentros. Pero si tuvieran a su prima, ¿no habrían pedido ya un rescate?

—¿Lo sabe tu padre? —preguntó ella.

—No. Todo el mundo, incluido Ewan, reza para que la encuentren antes de que llegue la escolta. —Hizo una pausa—. ¿Sabes dónde está?

—Iba a esconderse en cuevas hasta que se sintiera lo suficientemente segura como para intentar llegar a Londres —señaló ella.

—He comprobado las cuevas de la zona —indicó él—. Y no he encontrado nada. Tampoco la encontré en la carretera de Londres.

—Planeaba vestirse de chico —comentó Caitlin, con ojos preocupados—. Nunca debí haberla ayudado. Habrías vuelto y...

—Cuando Elsberth decide hacer algo, dudo que nadie pueda detenerla —soltó secamente.

—Pero si le ha pasado algo terrible...

—Podría estar en Londres ahora —dijo él—. Nunca subestimaría a mi prima. ¿Tiene su yegua?

—Sí.

Él sabía lo importante que era la yegua para ella. Había hecho gala de una inmensa generosidad al prestársela a Elsberth. Le tocó la mejilla, dándose cuenta de lo poco que la conocía.

—Las encontraré a las dos —juró.

Ella lo miró con ojos azules llenos de confianza. Sin embargo, no era la chica tímida y callada que él había pensado. Estaba

descubriendo profundidades que lo deleitaban.

Se inclinó y la besó ligeramente. Hizo un gran esfuerzo de voluntad para no profundizar el beso, para no explorar esas profundidades.

—Tendré que pedir prestado un caballo nuevo.

Ella asintió.

—Y comer. Mi madre pidió algo de comida.

Él asintió.

—¿Adónde irás?

—Ha habido partidas de asalto de los Malcolm. Asaltaron una de nuestras aldeas y robaron ganado por la época en que Elsberth desapareció. Creo que pueden haberla encontrado. Si no, podrían haber oído algo.

Ella frunció el ceño.

—¿No irás solo?

—Sí. Sus murallas son impenetrables. Una fuerza completa lograría poco. Un caminante solitario no sería una amenaza, y ellos no me conocen. Diré que soy un Stewart.

—Mejor un Cameron —indicó ella, sorprendiéndolo una vez más—. Estamos en paz con los Malcolm. Puedo encontrarte un escudo y una tela escocesa con nuestros tintes.

Su cuerpo temblaba. Miedo. Por él. Humillado, lamentó el poco tiempo que había pasado con ella, lo mucho que había dado por sentado.

La abrazó con fuerza.

—Gracias.

—Por favor, ten cuidado.

—Sí. Tengo mucho por lo que volver a casa. —Se enderezó—. ¿Traerás las prendas mientras como? Debo irme en breve.

—Te las llevaré al establo. Es mejor que mi madre no se entere.

—Llevas demasiado tiempo con mi prima —dijo, y luego le tocó los labios con las yemas de los dedos—. No puedo esperar a que nos casemos.

Su rostro brilló de placer.

—Buscaré algo de ropa para ti mientras comes.

Él se inclinó y la besó con fuerza, acercando su cuerpo al de ella, y luego la soltó a regañadientes.

Cuanto antes encontrara a su prima, antes podría regresar.



Elsberth se detuvo para ver a Alina. Baron la saludó con un ladrido y un frenético movimiento de cola.

Robina, junto con la madre de Alina, había estado cuidando a la niña mientras Elsberth estaba con Niall.

Robina se puso de pie cuando entró.

—La madre de Alina fue a la cocina —dijo—. Dice que sabe cocinar y que quería ayudar.

Eso, pensó Elsberth, sería una bendición para todos los presentes.

Se arrodilló junto a Alina.

—¿Cómo está la chica más valiente de Escocia?

La niña se sonrojó de orgullo. El dolor aún se le notaba en el rostro, pero su color había vuelto a la normalidad y respiraba con facilidad.

—¿Está mejor mi señor? —preguntó Alina—. Robina dijo que usted lo estaba cuidando.

A Elsberth le sorprendía que Alina se preocupara por su laird, cuando ella aún sufría tanto por la quemadura y las heridas en la pierna.

—Sí. Moira es una buena curandera.

—Moira dice que mi pierna podría curarse.

Las palabras se dijeron con tanta esperanza que el corazón de Elsberth se estremeció de repente. Alina soportaría las cicatrices infligidas por los miembros del clan MacDowell a lo largo de su vida.

—¿Quieres que cante una canción? —preguntó.

Intentaría escabullirse esa noche. La idea de no volver a ver ni a Niall ni a Alina no hacía más que intensificar la agonía que sentía. No sabría si Alina huiría o si Niall volvería a amar. No sabría si Hammish encontraría finalmente su lugar o si Moira aprendería a cocinar.

Le sorprendía que pudiera llegar a preocuparse tanto en tan poco tiempo. Se preguntaba si era porque su corazón había estado esperando abrirse, encontrar un lugar. ¿Por qué Dios lo abrió aquí?

Empezó a cantar una canción, una triste sobre el amor no correspondido.

—No —dijo Alina—. La que cantaste antes.

Elsberth empezó a tararear, y luego le vinieron las palabras. Tiernas y amorosas. Reconfortantes. Deseaba que borraran el dolor interior. Sospechaba que nada podría hacerlo.



Hammish cabalgaba con una tropa de Malcolms. Debían patrullar la frontera entre sus tierras y las de los Cameron. Los Cameron habían sido aliados en el pasado, pero un matrimonio entre la muchacha Cameron y un MacDowell crearía una alianza que no presagiaba nada bueno para los Malcolms. Bruce y Seamus esperaban anular esa alianza con un matrimonio entre Lady Caitlin y Niall.

Hammish temía que lo hubieran empeorado.

Al parecer, los MacDowell se habían sentido lo suficientemente seguros como para pasar por encima de las tierras de los Cameron para asaltar las aldeas de los Malcolm. El hecho de que los Malcolms hubieran robado a la doncella de los Cameron y debieran devolverla sin casarse bien podría destruir cualquier esperanza de alianza.

Niall había enviado a él y a sus compañeros de clan a patrullar en busca de intrusos, de una tropa de MacDowell o Cameron merodeando. Sintiéndose totalmente inadecuado para la tarea, había intentado objetar. Pero Niall había amenazado con ir él mismo, y su hermano obviamente aún no estaba lo suficientemente bien. Hammish no sería responsable de la muerte de otro lord Malcolm.

Él debía patrullar la mitad de la frontera, Bruce la otra mitad.

La noche era fría, pero el cielo estaba despejado, la luna llena iluminaba las colinas cubiertas de tojos.

La tropa de Hammish visitó el pueblo que había sido incendiado. Ya estaban reconstruyéndolo. Dejó allí a dos hombres para ayudar, y luego dejó a otros dos para vigilar un camino que serpenteaba entre las colinas.

Solo quedaba un paso más. Dejaría allí a dos hombres más.

Los primeros rayos del alba atravesaron la oscuridad mientras contemplaba el paso desde un punto elevado. Estaba a punto de colocar a dos hombres para que vigilaran el paso cuando vio movimiento.

Miró hacia abajo. Un hombre a caballo oscuro cruzaba el paso. Parecía aferrarse a las sombras del terreno.

Hammish consideró las posibilidades. La mayoría de los escoceses iban a pie. Eso significaba que el hombre de abajo era de rango o un soldado valioso.

¿Un espía de los MacDowell? ¿O de los Cameron?

Quizá ninguno.

Una imagen revoloteó por su cabeza. Hacía tres años. Un encuentro con un grupo de hombres armados...

No iba a permitir que eso volviera a suceder.

Hizo un gesto a dos de los tres hombres que le acompañaban para que rodearan al hombre. Luego montó y cabalgó hasta abordar al hombre.

Puso una mano en su espada. Él, al igual que sus hermanos, había recibido entrenamiento. A diferencia de ellos, nunca había

tenido la inclinación de usar sus conocimientos.

Bajó la colina a caballo y llegó a la carretera justo cuando el jinete apareció detrás de un borde rocoso.

El amanecer se había extendido por la parte oriental del cielo, y Hammish vio la cresta. Un Cameron.

Su mirada se dirigió al rostro y se quedó paralizado.

Había ido a Edimburgo con su padre hacía ocho años. Era solo un muchacho. Niall ya se había hecho a la mar. A Kinner lo habían dejado en Inverleith para vigilar las propiedades de los Malcolm.

Su padre le había señalado a un joven.

—Ahí está la prole del diablo —había dicho.

Era Jamie MacDowell.

El mismo hombre que se le acercaba ahora.

Capítulo 13

En los primeros rayos del amanecer, Jamie vio el reconocimiento, la repentina conciencia, en el rostro del joven que estaba frente a él.

Maldijo cuando un segundo hombre apareció a su izquierda y otro a su derecha. Sería un buen partido para los Malcolm. Se exigiría un gran rescate si no perdía la vida.

Iba en contra de su entrenamiento someterse dócilmente. Su mano se dirigió a la empuñadura de su espada, y vio al Malcolm frente a él hacer lo mismo. Al igual que los dos hombres que lo acompañaban.

Ninguno de los tres parecía particularmente peligroso. Jamie se había entrenado toda su vida. Era experto con la espada, y su caballo estaba entrenado para la guerra y reconocía hasta la más mínima señal.

No iba a caer sin luchar. Cuando él desenvainó su espada, también lo hicieron los demás.

Decidió ir primero a por el líder. Parecía el más joven y el menos hábil. Y si eliminaban al líder, sus hombres bien podrían desaparecer en las colinas.

Tocó los talones de su montura, girando el caballo castrado muy ligeramente, y luego cargó contra su oponente. Para su sorpresa, el jinete esquivó fácilmente su embestida, alejando hábilmente a su caballo justo a tiempo para evitar un golpe.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que todavía había un cuarto hombre. Sintió que lo arrastraban por detrás y luego tres hombres más estaban sobre él. Luchó, buscando frenéticamente la espada, pero ya no estaba.

Y entonces todo se volvió negro.



Elsberth se quedó con Alina hasta que la niña se durmió. Estaba más cansada que nunca, tanto en cuerpo como en alma. Se dio cuenta

de que una lágrima le caía por la mejilla, pero la ignoró.

No quería volver a su habitación. No podía dormir. Sabía que tenía que mantenerse alejada de Niall. Justo antes del amanecer, iría a su habitación, se pondría la ropa del muchacho y se deslizaría hasta un lugar donde pudiera esconderse hasta que el tumulto saliera del torreón. Esperaba poder mezclarse con ellos.

Hasta entonces, quería quedarse con Alina, sentirse necesitada y querida unas horas más.

La madre de Alina entró en la habitación con un cuenco de sopa.

—Está durmiendo —susurró Elsberth lo más suavemente posible.

—La sopa puede esperar entonces. —La mujer mayor hizo una pausa y luego añadió—: Habéis sido muy amable. No os olvidaré. Ni tampoco Alina.

—Es muy fácil ser amable con ella. Tiene mucho valor.

—Ya podéis iros, milady. Yo me sentaré junto a ella.

Elsberth miró el rostro demacrado de la mujer. Había pasado el día intentando ganarse la vida haciéndose cargo de las tareas de

cocina de Moira, que seguía cuidando de los heridos.

—Me gustaría quedarme aquí con ella. ¿Por qué no descansas un poco?

La mujer asintió agradecida, pero su expresión seguía siendo insegura.

—Usted es una gran dama, y nosotros...

Elsberth tragó saliva con fuerza. ¿Cuántas veces había pasado por pueblos sin mirar realmente a la gente? Había intentado ser considerada con los sirvientes de Cressingham, y a menudo había atendido a los heridos con el curandero, pero siempre había sido ella la que recibía los cuidados.

Elsberth tragó saliva con dificultad. ¿Cuántas veces había pasado por pueblos sin mirar realmente a la gente? Había tratado de ser considerada con los sirvientes de Cressingham, y a menudo había atendido a los heridos con el curandero, pero siempre había habido una línea invisible que se esperaba que respetara. Ahora dudaba de esa línea. ¿Por qué un accidente de nacimiento debería hacer a alguien más o menos que a otro?

—Necesitas descansar, y todos saben que Inverleith necesita un cocinero —señaló Elsberth—. Usa mi cámara. Está al lado de

aquí, y la llamaré si hay algún cambio.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes —insistió Elsberth—. Me harías un gran favor.

La mujer asintió con la cabeza, con lágrimas brillando en sus ojos demasiado viejos.

—Nadie sabía si tener esperanzas cuando Lord Niall regresó a casa. Les diré que es algo bueno. Espero que se quede, Lady Caitlin.

Se fue y las palabras permanecieron en la habitación.

Elsberth se acercó a la ventana. No había bajado al gran salón para cenar. No quería ver a los hombres que tenían tantas esperanzas puestas en el matrimonio de su laird. Tampoco deseaba ver la intensa actividad de los que en la fortaleza hacían preparativos para un posible asedio.

Siguió mirando al patio. Los Malcolm salían con carros y regresaban con ellos llenos de comida y grano. Pero además de los centinelas habituales, había dos hombres en la puerta, que controlaban la salida y la vuelta de cada hombre.

Evidentemente, se había ordenado a las familias de las aldeas periféricas que entraran en la fortaleza.

¿Por ella? ¿Porque Niall había notado su reticencia a regresar? Porque le había hecho creer que no deseaba casarse con Jamie MacDowell. ¿O era por las recientes incursiones de los MacDowell? La venganza de su familia contra los Malcolm. En cualquier caso, se sentía responsable.

Y pronto descubriría quién era ella. Le sorprendía que todavía no hubiera protestas por su desaparición. Se prometió a sí misma escapar de la fortaleza esa noche. Entonces todo podría volver a la normalidad. Y si no podía encontrar una manera, entonces era el momento, mucho más allá del momento, de revelar que era una MacDowell.

No tenía ni idea de lo que pasaría entonces. Sin duda, Niall Malcolm se sentiría traicionado. ¿Intentaríá retenerla como rehén? Si era así, la larga disputa estallaría en una guerra. Su tío había estado esperando una oportunidad, frenado únicamente por el edicto del rey Jacobo. Había permitido a Guillermo alguna incursión ocasional, pero una guerra total no era algo que Jacobo quisiera, con un rey inglés hostil al otro lado de la frontera. Se entendía que era solo cuestión de tiempo antes de que los dos países entraran en guerra, y Jacobo necesitaba todos los clanes que pudiera reunir.

Su supuesto secuestro le daría a su tío todas las razones que necesitaba para atacar.

Pero retenerla como rehén iba en contra de todo lo que había aprendido sobre los Malcolm. Sobre Niall y Hammish, e incluso Bruce y Seamus. Eran hombres decentes.

Pero entonces pensó que los MacDowell también lo eran. Y, sin embargo, ambos clanes a lo largo de los años se habían infligido asesinatos, violaciones y miseria. Realmente no sabía qué haría ahora cada uno.

Volvió a sentarse con Alina. Y finalmente cerró los ojos.



Hammish miró fijamente a su prisionero. Seguía inconsciente por el golpe que le había asestado uno de los compañeros de Hammish.

Dio gracias a Dios de que el hombre aún respirara. Ni siquiera quería pensar en lo que podría pasar si Callum MacDowell se enteraba de que los Malcolm habían matado a su único hijo y heredero.

—Atarlo —ordenó a los demás, que estaban mucho más dispuestos a matar a los MacDowell.

Niall sabría qué hacer.

Al menos, Hammish rezaba a Dios para que Niall supiera qué hacer.

Él sabía lo que *él mismo* haría. Averiguaría por qué un MacDowell había sido tan imprudente como para aventurarse en tierras de los Malcolm y luego liberarlo. Sin rescate. Un gesto de buena voluntad.

Pero un gesto de buena voluntad anterior había llevado a la muerte de su padre.

Hammish había perdido la confianza en su propio juicio entonces. Nunca la había recuperado. Siempre había querido ver lo mejor de cada uno. Desafortunadamente, había aprendido que algunos no tenían lo mejor.

Suspiró.

Por ahora, solo podía esperar que la captura del MacDowell hiciera más bien que mal, pero temía que fuera una falsa esperanza. Tampoco sabía cómo afectaría la captura a Caitlin Cameron. Después de todo, ella era la prometida del hombre.

Ojalá se hubiera confiado con él. Algo más que los Malcolm la asustaba. Si era el hombre en el suelo o no, no lo sabía. Lo que sí sabía era que no quería llevar al hombre de vuelta a Inverleith hasta que supiera más.

—Hay una granja abandonada a tres kilómetros al este de la fortaleza —dijo—. Llevarlo allí y mantenerlo bien atado. Niall os hará picadillo si se escapa.

—Sí —respondió un hombre con nuevo respeto.

Hammish miró al atado MacDowell en el suelo. Habían sido necesarios cuatro de ellos para atraparlo.

Hammish sabía que no merecía el respeto.



Elsberth se despertó de un sobresalto y miró por la ventana.

La luz entraba a raudales. Había pasado el amanecer. Mucho más que el amanecer. No podía creer que hubiera dormido.

Miró a Alina. Dormida. Lo cual era un milagro. Elsberth deseaba poder asumir el dolor de la niña y absorberlo. Pero Alina

finalmente se había dormido y, al parecer, ella también.

¿Había perdido la oportunidad de escapar?

—Moira dijo que estaba aquí —comentó Niall desde la puerta, donde estaba apoyado contra la pared, mirándola con ojos melancólicos—. ¿No cree en el sueño?

—Creo que acabo de dormir —señaló ella con voz ronca. ¿Cuánto tiempo llevaba él allí observándola? ¿Había sido su entrada lo que la había despertado?

Él le dedicó una media sonrisa.

—Parece como si no hubiera dormido nada.

—Eso no es muy galante.

—Usted parece atractiva hasta cuando está cansada —aseguró. La sonrisa desapareció como si no hubiera tenido intención de decir esas palabras.

Pero ella las guardó en su corazón. Nadie la había llamado nunca atractiva.

—Necesita descansar y comer —indicó Niall—. Me han dicho que no fue a cenar anoche ni comió esta mañana.

—Quería quedarme con Alina.

Se había afeitado, o alguien le había afeitado. Llevaba una camisa de lino limpia y pantalones de cuadros en lugar de calzas. Su rostro todavía estaba ligeramente sonrojado y llevaba el brazo en cabestrillo. La camisa sobresalía por encima del vendaje de su brazo.

—Moira dice que está mejor —comentó, notando claramente la dirección de su mirada—. Sin embargo, me está haciendo ponerme una cataplasma. Huelo como un árbol enmohecido.

Era la primera vez que lo oía intentar ser divertido o cualquier cosa que no fuera el líder severo e inflexible de su clan.

—Usted también debería estar en cama —dijo ella.

—Hay mucho que hacer. Bruce y Hammish están patrullando las fronteras, y otros están avisando a los pequeños agricultores.

—¿De verdad cree que Inverleith será atacada?

Él asintió con cansancio.

—Los MacDowells asaltaron una de nuestras aldeas. Recuperamos nuestro ganado. Y volvieron a atacar. Se ha iniciado algo que no se puede detener. —Hizo una pausa y luego dijo en voz baja—: Tenía la esperanza de...

—¿La esperanza de qué?

—De traer la paz, pero ahora creo que era un objetivo tonto. ¿Cómo se detiene un siglo de odio? —Sus ojos estaban llenos de dolor y fracaso.

—Quiero volver —confesó ella.

—No hasta que sepa que estará a salvo —indicó él.

—Lo estaré —mintió ella.

—He enviado a alguien a casa de los Cameron —dijo él.

—Sí, ya me lo ha dicho —repuso ella, consciente de que él no sabía que esa era una de las razones por las que tenía que huir.

Se puso de pie. Supo inmediatamente que había sido un error. Había intentado evitarlo estas últimas horas. Había intentado no pensar en Niall Malcolm y en lo que podría haber sido.

Nada podría haber sido. Si no hubiera huido, y si Bruce no hubiera intentado tomar el asunto en sus propias manos, no lo habría conocido. Nunca habría conocido la forma en que un corazón puede hincharse, y su cuerpo puede hormiguear, y la sangre puede correr cálida y dulce.

Quizás nunca habría conocido la sacudida que la sacudía cada vez que estaba en su presencia.

¿Era esto amor?

No podía ser. La gente no se enamoraba en una semana. Sin embargo, él era todo lo que ella consideraba noble en un hombre. Fuerte. Valiente. Pero también se preocupaba por los débiles. Leal a su pueblo. Comprometido con la paz.

¿Cómo vería a un mentiroso?

Pero la corriente ahora familiar pasó entre ellos, arrastrándolos en su atracción. Ella lo vio en sus ojos, incluso mientras sentía su intensidad.

Tendió la mano para tocarle la mejilla.

—Ya no parece un forajido —dijo.

Él sonrió torcidamente, y el hoyuelo de su barbilla se hizo más profundo.

—Las apariencias engañan.

—No siempre —dijo ella.

Hechicería. Nada más podía explicar la forma en que su cuerpo se movía hacia él, hacia el suyo, o la forma en que apoyaba la cabeza en su hombro.

Su mano acarició su rostro y se movió hacia la nuca. Su mente gritó no, pero su cuerpo no hizo caso de la advertencia. Estaba demasiado atrapada en todos los sentimientos exquisitos que él evocaba en ella.

—Caitlin —susurró.

La palabra pronunciada en voz baja, como un cariño, la devolvió a la realidad.

Se soltó con tanta fuerza que tropezó, y él la sujetó con la mano. Su rostro estaba lleno de desconcierto.

Ella sabía que él quería una explicación, pero se salvó por un golpe en la puerta.

Él la miró fijamente por un momento, luego se dirigió a la puerta y la abrió.

Hammish estaba allí. Su mirada pasó de su hermano a Elsberth, y luego volvió a él.

—Niall —dijo—. Te necesitan abajo.

—¿Qué pasa?

Hammish se encogió de hombros.

—Hay que tomar una decisión.

Ella observó cómo los dos hermanos se comunicaban en silencio, y luego Niall asintió.

—Debo irme —le dijo.

Antes de que ella pudiera hacerle una pregunta, él se fue.

Algo importante había sucedido. ¿Había descubierto Hammish quién era ella en realidad?

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Pasara lo que pasara, tenía la pésima sensación de que no presagiaba nada bueno para ella.



Niall miró al prisionero.

Jamie MacDowell estaba sentado en el suelo de tierra de una pequeña granja. Tenía las manos atadas a la espalda y las piernas atadas delante de él.

Niall sabía que debía de estar sufriendo por la posición. Pero lo único que vio fue ira.

—Usted es Jamie MacDowell —dijo. Nunca había visto a MacDowell, aunque vivía a solo treinta millas de distancia. Los dos clanes no tenían nada que ver entre sí, aparte de las incursiones que se infligían mutuamente. Si Hammish no lo hubiera reconocido...

—Sí.

—¿Qué hacía en tierras de los Malcolm?

MacDowell guardó silencio. Los Malcolm que estaban a ambos lados de él se movieron con un gesto amenazante.

—No —los detuvo Niall.

MacDowell pareció sorprendido. Levantó una ceja en señal de interrogación y Niall se encontró admirando al hombre.

—Dejarnos —les dijo a los dos hombres que lo acompañaban.

Vacilaron, y luego salieron por la puerta. Solo Hammish se quedó. Niall se agachó y cortó las cuerdas de los tobillos de su prisionero.

Jamie MacDowell los estiró y luego miró a su captor con recelo.

—¿Con quién tengo el... placer de hablar?

Niall no pudo evitar sonreír ante la insolencia.

—Niall Malcolm.

—No sabía que había regresado.

Niall se encogió de hombros.

—No ha respondido a mi pregunta. ¿Por qué está en las propiedades de los Malcolm? —Miró el escudo de los Cameron y la tela escocesa con los distintivos tintes de los Cameron—. ¿Y con tela escocesa de los Cameron?

Sabía por qué. MacDowell estaba buscando a su prometida. Lo que no sabía era por qué no se había acercado a él un emisario de los Cameron.

MacDowell se movió.

—¿Podría cortar estas cuerdas que tengo alrededor de las muñecas? Son... molestas.

—Teniendo en cuenta que varios de mis parientes fueron asesinados recientemente, me resulta difícil compadecerme.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Puede discutirlo con los dos de fuera. Uno perdió a un hermano. —Niall ladeó la cabeza, mirando a su prisionero con indiferencia—. Tiene el espacio de un suspiro para decirme por qué está aquí.

El prisionero vaciló.

—No me gustan los espías —dijo Niall.

Por primera vez, la incertidumbre se reflejó en el rostro de su prisionero. Obviamente, estaba sopesando cada palabra que decía.

Por fin se encogió de hombros como si finalmente hubiera tomado una decisión.

—Mi prima ha desaparecido. La he estado buscando. Nada más. ¿Cree que atacaría Inverleith yo solo?

Niall se puso tenso. De todas las respuestas, esa era la menos esperada.

—¿Su prima?

—Elsberth. Lleva desaparecida más de una semana. Era obvio que el hombre no mentía. No había razón para hacerlo. ¿Por qué querría alguien a una mujer cuando se había llevado a la heredera MacDowell?

Niall luchó por ocultar sus emociones. Sin embargo, se sintió como si acabara de ser alcanzado por un rayo.

De repente, todo empezó a aclararse. La chica no había querido que la devolvieran a los MacDowell. Ahora se daba cuenta

de que había puesto una excusa tras otra para no ser devuelta a ellos.

Porque no lo era.

Elsberth MacDowell.

Pero ¿por qué...?

Quizá había pensado que los Malcolm le harían daño si descubrían su verdadera identidad. Después de todo, fueron los Malcolm quienes se la llevaron, creyendo que era Caitlin.

Recordó las mentiras. Todas ellas. También recordó los besos. ¿Los había tolerado, esperando solo escapar? *¿También habían sido mentiras?*

Una ira ardiente lo invadió.

Trató de razonar. Ella no había pedido ser secuestrada por Bruce. Tenía todas las razones para temer por su vida.

Pero seguramente después de los primeros días debería haberse dado cuenta de que él no haría daño a una mujer. Ni siquiera a una MacDowell. La falta de confianza fue como una puñalada.

Y ahora tenía una segunda prisionera, aún más indeseada que la primera.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Jamie MacDowell de repente.

—Sí, está a salvo.

MacDowell respiró audiblemente. Luego volvió a levantar la vista, como si tuviera un pensamiento repentino.

—No sabía...

—¿Quién era? No, hasta ahora no. Pensaba que era su prometida, Caitlin Cameron.

Jamie MacDowell cerró los ojos, obviamente consciente de lo que había dicho, de que había dado a los Malcolm otra arma.

—A diferencia de los MacDowell, yo no le hago la guerra a las mujeres —dijo Niall.

—¿No? Eso no es lo que he oído —comentó MacDowell burlonamente.

La mente de Niall volvió a la incursión de hacía más de una década. Los gritos. La locura.

—No le haremos daño a su prima. Aunque no puedo decir lo mismo de usted.

Luego salió, hacia la niebla que había vuelto, y se volvió hacia Hammish, que lo seguía.

—No digas nada sobre Caitlin Cameron o Elsberth MacDowell.

Hammish lo miró con curiosidad.

—Sí —afirmó y se puso de pie, esperando la siguiente orden.

Niall vaciló mientras intentaba asimilar lo que acababa de decirle y las repercusiones. Sabía que algo andaba mal, que la chica debería haber insistido en que la devolvieran a su familia. Recordó cada mentira, cada evasión.

Debería haber sabido antes que no todo era lo que parecía. Si la chica de los Cameron llevaba tanto tiempo desaparecida, los Cameron deberían haber estado en su puerta, pidiendo su ayuda en la búsqueda. Sin embargo, él había quedado hipnotizado por la chica, intrigado por el misterio y embelesado por sus esfuerzos en favor de su pueblo.

Pero, ¿por qué se había mostrado reacia a dejar que la llevara con los Cameron? Una vez allí, ya no tendría que temerle una vez que él descubriera quién era ella en realidad. Los Cameron la protegerían.

Entonces, ¿por qué no había aprovechado la oportunidad? ¿Podría estar mintiendo el MacDowell?

Niall se consideraba un buen juez de carácter. Tenía que serlo. Cuando seleccionaba una tripulación, sabía que estarían juntos entre nueve meses y un año y que sus vidas dependerían del carácter y las habilidades de cada uno de ellos.

Había evaluado al hombre de la granja. Instintivamente, le creyó. Eso, por sí solo, lo sorprendió. ¿Creer a un MacDowell?

Repasó sus alternativas.

No dejaba de pensar en por qué Caitlin, no, Elsberth, no había querido volver a casa.

Pero eso lo diría la muchacha.

Luego compararía las palabras de cada uno. Descubriría quién mentía y por qué.

Y entonces tendría que tomar decisiones. Decisiones que podrían significar la supervivencia de su clan.

Luchó contra el vacío que de repente lo abrumó. No podía ir más allá de las mentiras. Ella había jugado con su soledad como alguien sin corazón.

Hammish y los dos hombres esperaban una decisión.

—Lo llevaremos a Inverleith. Deberíamos poder usarlo para nuestro beneficio.

Observó cómo sacaban al MacDowell.

Caitlin, no, Elsberth, probablemente los vería entrar. Se daría cuenta de que su... mascarada había terminado.

Obligó a sus emociones a meterse en una caja en el fondo de su mente, mientras ayudaban a MacDowell, con las manos todavía atadas a la espalda, a montar en su caballo.

Niall necesitaba tiempo para pensar. Necesitaba tiempo para templar la ira.

Era algo más profundo que la ira. De hecho, había pensado que podría volver a sentir algo.

Ahora sabía que no había sido más que una ilusión.

Capítulo 14

Jamie sufrió las furias de los condenados mientras cabalgaba a lomos de un caballo conducido por un Malcolm.

Avanzaban lentamente. Las nubes nocturnas volvían a cubrir el cielo, lo que dificultaba el seguimiento del camino. El caballo de Jamie había tropezado más de una vez en el estrecho sendero que serpenteaba por las colinas.

Demasiado tiempo para pensar. Bien podría haber condenado a Elsberth. Y a sí mismo. Podía vivir con lo segundo, pero no con lo primero.

Sabía que había cometido un terrible error, quizás fatal, al identificar a la mujer que los Malcolm tenían en su posesión.

Si hubiera sabido que *habían tenido* una mujer.

Pensó que si la tenían, los Malcolm habrían dicho algo. Y no sabía cómo explicar por qué había estado en la propiedad de los Malcolm. Buscar a una chica perdida parecía una buena explicación. Incluso pensó por un instante que podría convencerse a sí mismo de que no había ningún problema. La mayoría de los escoceses se ofrecerían a unirse a la búsqueda de una chica inocente.

Había ignorado el hecho de que estaba tratando con un Malcolm.

Cerró los ojos por un momento, deseando poder recuperar ese instante. Daría con gusto su propia vida por hacerlo.

Si el Malcolm no lo mataba, seguramente su padre querría hacerlo. Su padre no toleraba el fracaso, ni toleraría que su hijo cayera en brazos de su mayor enemigo.

Por Dios, pero le dolían los hombros y las muñecas. Las cuerdas le mordían la carne y le tiraban de los hombros hacia atrás. Tenía las piernas libres para abrazar a su montura, pero el hombre que iba delante de él sujetaba firmemente las riendas.

La incomodidad física palidecía en comparación con su preocupación por su prima. Había observado el rostro del Malcolm

cuando se dio cuenta de que tenía a Elsberth en lugar de a Caitlin. La emoción había cruzado su rostro. Incrédula. Ira. Y algo más.

¿Cómo había podido convencerle su prima de que ella era Caitlin? Las dos no se parecían en nada. Caitlin era una auténtica belleza. Elsberth...

Intentó pensar en ella como en una mujer, no como en una prima a la que se sentía tan unido como a una hermana. No era hermosa, pero siempre había disfrutado de su compañía. Era intrigante y desafiante. Aunque admiraba esas características en una amiga, no estaba seguro de que se enamoraría de ella de la misma manera como marido.

¿O lo haría?

Su interés por Caitlin se había disparado cuando descubrió que no era la dama obediente que siempre había pensado. Siempre había creído que quería una esposa complaciente y agradable. Ahora sabía lo aburrido que podría haberse vuelto.

Quizá nunca tuviera la oportunidad de explorar ese lado aventurero de Caitlin.

Miró al jinete que iba delante. La espalda de Malcolm estaba rígida, como si se estuviera controlando.

Algo se estaba gestando aquí. Quizás podría usarlo. Si él, y Elsberth, vivían lo suficiente.



La madre de Alina despertó a Elsberth de un sobresalto. La mujer parecía descansada, aunque Elsberth estaba exhausta.

Había permanecido al lado de Alina durante horas, tratando de convencerse a sí misma de que la pequeña estaría bien sin ella. Su corazón le dolía y lloraba por la niña, así como por sí misma. Volvería a Cressingham, porque eso era lo mejor para los Malcolm y los MacDowell. Podía sufrir el matrimonio propuesto, sabiendo que al hacerlo no pondría en peligro a los demás.

Sostenía la mano de Alina, deleitándose en la confianza que veía en los ojos de la niña.

No quería irse. En cuestión de días, había encontrado un lugar para sí misma. Había descubierto en qué consistía ser mujer. Sospechaba que nunca volvería a sentir el deseo febril que había sentido, y que aún sentía, por el lord Malcolm.

Un lugar asegurado por una mentira, se dijo a sí misma. Por una montaña de mentiras, tanto pronunciadas como hechas a través del silencio.

Se fue cuando la madre de Alina regresó antes del amanecer, descansada y lista para la cocina. Elsberth fue a su habitación y encontró la ropa del muchacho debajo del colchón. Dio gracias a la descuidada ama de llaves por haberla dejado allí.

Se cambió apresuradamente y luego trató de meterse el pelo debajo de un gorro. Cuanto más intentaba recogerlo, más se le caía. Se acercó a la ventana. El amanecer no estaba lejos y tenía que irse con el primer grupo de inquilinos que salieran por las puertas. Algunos se iban a sus campos. A otros se les encargaba traer leña.

Miró en el pequeño espejo y supo la verdad. Nunca conseguiría meter todo el pelo debajo del gorro.

¿Qué pasaría cuando volviera a casa, esquilada como una oveja?

No tenía elección. Era la única forma posible de irse. Se había llevado un puñal de casa y lo había escondido junto con la ropa del muchacho. Tocó la hoja con el dedo y dibujó una fina línea de sangre.

Estaba lo suficientemente afilada.

Con desgana, cogió un puñado de rizos con una mano y empezó a cortar. Los rizos rojos cayeron a sus pies. Siguió cortando hasta que solo le quedó un mechón de rizos. Se sintió desnuda y mucho más ligera, pero no tenía tiempo para lamentaciones. Se puso a gatas y empujó el pelo debajo de la cama, sospechando que no lo encontrarían hasta dentro de una década más o menos. A menos que apareciera un ama de llaves por arte de magia.

Tomó un poco de ceniza de la chimenea y se la frotó en el pelo hasta que se volvió de un negro sucio, luego se puso el gorro en la cabeza. Se frotó la mejilla con la mano, dejando caer más ceniza sobre ella.

No soportaría un examen minucioso, pero tal vez pudiera pasar entre la multitud. En cualquier caso, era la única oportunidad que tenía.

Hizo un bulto en la cama. Esperaba que pareciera una persona dormida. Dudaba que alguien, especialmente la tímida Robina, intentara despertarla. Todos habían estado tratando de convencerla de que descansara más.

Con una breve y arrepentida mirada hacia atrás, salió de la cámara, manteniéndose en las sombras. Dijo una pequeña oración. Seguro que Dios estaría con ella. Solo quería rectificar sus errores, su huida equivocada que había tenido consecuencias tan inesperadas.

Salió de su habitación y bajó al gran salón donde dormían esa noche los miembros del clan Malcolm.

Habían ido llegando durante todo el día: hombres, mujeres y niños. El salón estaba lleno, sobre todo la zona alrededor de la chimenea. Había ayudado a encontrar mantas para todos y había ayudado en la cocina añadiendo más y más agua, patatas y carne a grandes ollas de estofado.

Pero ahora la fortaleza estaba en silencio, excepto por los ronquidos suaves de varios cientos de Malcolm de pequeñas aldeas. Su ganado estaba justo fuera de las murallas. A la primera señal de problemas, lo traerían adentro.

Elsberth planeaba ser una de las que saldrían al amanecer para reemplazar a los que cuidaban del ganado. Los arrendatarios iban a pie, no a caballo, y esperaba poder perderse entre ellos. Así tendría la oportunidad de separarse de ellos y regresar a casa de los

Cameron. Tendría que viajar a pie, evitando los caminos y las carreteras, confiando únicamente en las estrellas para guiarse. Ya había preparado una historia sobre cómo perderse y la amabilidad de los Malcolm al cuidar de ella.

Ya no podía intentar llegar a Londres ni encontrar a Jamie. Demasiada gente descubriría que había estado en Inverleith, y su desaparición echaría la culpa a los Malcolm. No sería responsable de más matanzas. Tampoco podía admitir su verdadera identidad ante los Malcolm. No podía soportar ver cómo el afecto y el respeto se convertían en odio, ni estaba segura de que no la utilizarían como un peón. En cualquier caso, sería devuelta a su tío, probablemente con una demanda de rescate.

Consiguió salir de la torre sin ser vista y se dirigió a la parte trasera de los establos. Luego se apoyó contra la pared y se dejó deslizar hasta el suelo. Una hora más o menos de sueño antes del amanecer, antes de que se abrieran las puertas.

Pero no pudo dormir. Pensó en Niall Malcolm, en sus besos y su dulzura. Una lágrima le resbaló por la mejilla y se la secó con impaciencia. Tenía que hacerlo.



Niall empujaba a los hombres y a los caballos. Quería volver a Inverleith.

Quería enfrentarse a Caitlin. No, a Caitlin no. A Elsberth.

A Elsberth. No dejaba de recordárselo.

Quería ver la verdad en su rostro. Quería ver su reacción cuando supiera que él había descubierto la verdad. ¿Qué mentiras diría entonces?

Los besos no habían sido más que más mentiras. Su tierna preocupación era una fachada para no ser descubierta.

No tenía elección. Había sido raptada por sus hombres.

Pero esa verdad no podía llenar el repentino vacío que sentía, ni la ira por haber sido engañado para que se preocupara por un MacDowell.

Se dio cuenta de que parte de su ira estaba dirigida a la situación en la que se encontraba ahora. Sin pretenderlo, tenía en sus manos tanto al hijo como a la sobrina de la segunda persona más importante de Escocia, justo por debajo del rey.

Debería estar satisfecho. Había pasado de ser el desconocido e impredecible segundo hijo de un clan de fuerza e influencia decrecientes a alguien que tenía el futuro de los MacDowell en sus manos. Los MacDowell no se atreverían a sitiar Inverleith sin arriesgar la vida de su único heredero directo.

Pero, a diferencia de los MacDowell, él no deseaba jugar con vidas, ni con la de James MacDowell y, desde luego, tampoco con la de una mujer. No maltrataba ni usaba a las mujeres, sin importar el apellido. No importaba que ella lo hubiera engañado o, lo que era aún más insoportable, que ella hubiera tocado una parte de él que él creía bien protegida.

¿Por qué viajaba ella como Caitlin Cameron?

¿Y por qué no se había armado un escándalo por Elsberth MacDowell? ¿Por qué su prima había venido sola en lugar de con un ejército de MacDowell?

A Niall no le gustaban los misterios. No le gustaban las mentiras. No le gustaban los MacDowell.

Se acercaron a Inverleith. Se detuvo y cabalgó hasta el lado de MacDowell. Sacó su daga y cortó un trozo de tela del manto del hombre, luego envolvió los ojos de su prisionero con la tela.

No quería que James MacDowell viera los pocos hombres que tenía, lo poco preparado que estaba Inverleith. Elsberth MacDowell habría visto mucho de Inverleith, pero esperaba que no lo hiciera con la comprensión que lo haría un guerrero. Le dolía pensar que ella podría traicionarlo, pero luego supo lo tonto que era ese pensamiento. Ella no había venido a espiar.

James MacDowell estaba quieto. No hizo preguntas ni intentó evitar la venda. Sin embargo, Niall pudo ver los músculos tensos de sus hombros, la tensión en su rostro.

Levantó la vista hacia el cielo. Los primeros rayos del alba tocaban las colinas, iluminándolas con un suave resplandor. El castillo pronto se despertaría. ¿Iría Elsberth a la ventana cuando oyera la trompeta? ¿Reconocería al MacDowell con la venda cubriendo la mayor parte de su rostro? Aun así, su cabello era de un inconfundible color dorado.

¿Intentaría huir?

Espoleó a su caballo y los hombres que iban detrás hicieron lo mismo, llevando al caballo del MacDowell al trote.

Las puertas se abrieron y entraron, luego ordenó que se cerraran las puertas y que no se permitiera salir a nadie.

Nadie sin su permiso personal.

Se detuvo cerca de la entrada de la torre. Eligió a tres hombres de los que se reunían en el patio.

—Llevadlo a una de las celdas de abajo. Al primer nivel. Se le dará comida, agua y mantas, pero nadie más que yo podrá verlo —ordenó—. La venda permanecerá puesta hasta que esté dentro de una celda.

—¿Quién es, laird? —preguntó uno de los hombres.

—James MacDowell —respondió brevemente.

El nombre se difundió rápidamente. Cada vez más hombres y aldeanos aparecían en el patio, susurrando en voz alta. Algunos maldecían, otros se preguntaban cuál sería el destino del hombre. Era obvio que a algunos les gustaría despacharlo de inmediato.

MacDowell deslizó una pierna sobre la silla de montar y se deslizó hacia abajo con sorprendente gracia, ya que tenía las manos atadas a la espalda. Debió de haber oído las órdenes de Niall y las burlas airadas de Malcolms, pero no dio ninguna señal de que nada de eso perturbara la gélida calma que mantenía.

—No debe pasarle nada —añadió Niall en voz baja—. Si hay algún castigo, seré yo quien lo imponga.

Uno de los hombres seleccionados, los conocía a los tres y, según su escaso conocimiento, eran de confianza, pareció descontento con la orden.

—¿Está claro? —preguntó.

—Sí —afirmó uno de mala gana—. ¿Y sus ataduras?

—Córtalas una vez que esté encerrado en la celda.

Volvió a centrar su atención en MacDowell.

—Intente escapar y mi herrero le pondrá unos grilletes.

Vio cómo un músculo se tensaba en la garganta del hombre y se dio cuenta de que no estaba tan relajado como intentaba aparentar.

—Lleváoslo.

Observó cómo dos de los hombres asignados tomaban a MacDowell de los brazos y lo conducían a la parte trasera de la fortaleza, a las escaleras que los llevarían a la mazmorra de abajo. Las celdas eran frías y siempre húmedas por la humedad que se filtraba en las rocas. No había otra luz que la proporcionada por los guardias. Era un lugar miserable, pero en ese momento Niall no sentía ningún remordimiento.

Normalmente, a un prisionero, a un rehén, se le pedía que diera su palabra y se le alojaba en la zona residencial de la fortaleza, pero no podía dejar de pensar en la forma en que Elsberth MacDowell había engañado a todo Inverleith. Si ella tenía tanto talento, ¿quién podía decir que su primo no lo tendría también?

Los MacDowell no eran conocidos ni por su civismo ni por su honor. Tenía que admitir que su clan tampoco tenía un pasado mejor. Su antepasado había manchado al clan con una mancha que quedaría grabada para siempre en su historia.

Observó hasta que el MacDowell desapareció, y luego fue a buscar a Elsberth MacDowell / Caitlin Cameron. Descubriría lo que quería saber, y luego tendría que tomar decisiones.

—¿Qué vas a hacer? —Hammish apareció de repente a su lado. Su hermano había estado al final del grupo, pero Niall no tenía ninguna duda de que había escuchado sus órdenes.

—No estoy seguro. Recuerda que la capturamos. No vino por su propia voluntad.

Niall se volvió hacia él, con la ira apenas controlada. Era cierto que la muchacha no había venido por su propia voluntad, pero sin duda había correspondido a sus besos por su propia voluntad.

¿O no? ¿Había sido eso también parte de su farsa?

Hammish parecía cansado, pero había estado de patrulla durante más de dos días. Niall había dejado a varios hombres para vigilar los pasos importantes, pero la posesión del heredero MacDowell les daba un arma que no habían tenido antes. Seguiría siendo cuidadoso, mantendría las patrullas, pero dudaba que hubiera una embestida total ahora.

Su objetivo inmediato era Cait.. Elsberth. Se preguntó si alguna vez podría dejar de pensar en ella como Caitlin.

Al diablo con la mujer. Solo era otra chica, y una MacDowell, además.

Subió los escalones de piedra de dos en dos y entró en su habitación sin llamar, y echó un vistazo a su alrededor a la luz de la mañana. Varios bultos en la cama llamaron su atención.

Respiró aliviado. Ella estaba aquí. Se sorprendió de lo aliviado que estaba

¿Porque quería desahogar su ira? ¿Su desconcierto?

¿O porque por un momento temió no volver a verla? Borró el último pensamiento de su mente.

Se inclinó y retiró la pesada colcha, solo para ver su vestido y enagua amontonados para parecer una figura dormida. Se le cortó la respiración y se le oprimió el pecho.

Hasta ese mismo momento, parte de él no había creído a la prisionera. Parte de él había esperado... Ni siquiera se había dado cuenta hasta ese mismo momento, pero el pensamiento había estado ahí.

¿Había salido de la fortaleza? Si es así, ¿estaba a pie en algún lugar de las colinas? El miedo sustituyó a la indignación. Había lobos y jabalíes, junto con otros depredadores peligrosos.

Fue a la cámara de al lado. Su entrada despertó a Alina. Ojos somnolientos lo miraron solemnemente.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Mucho mejor —respondió ella con aire altivo.

—¿Sabes dónde está lady Caitlin?

—No, pero estuvo aquí anoche. Es un ángel.

Un ángel, sin duda.

—¿Estuvo aquí después del anochecer?

—Sí, mi laird.

Entonces no habría tenido oportunidad de irse. Las puertas se cerraban al anochecer, y dudaba que alguien se hubiera ido antes de que él llegara esta mañana.

Volvió a entrar en su habitación. ¿Dónde podría esconderse una muchacha? ¿Y qué llevaría puesto?

Volvió a echar un vistazo y algo en el suelo llamó su atención. Se agachó y pasó el dedo por la alfombra. Entonces vio un pelo rojo. Luego otro. Se agachó y miró debajo de la cama. Había pilas de pelo rizado de color cobrizo metidas debajo de la cama.

Niall sabía ahora cómo esperaba irse. La única pregunta era si había podido salir de la torre. Lo dudaba, sobre todo porque acababa de dar órdenes de que nadie se fuera.

¿Lo había visto entrar con su primo? ¿Por eso desapareció? ¿O lo había planeado todo?

¿Lo había planeado cuando le devolvió los besos? ¿Cuando se fundió en sus brazos?

Cogió una taza de metal de la mesa y la arrojó contra la chimenea. Se puso de pie, aturdido por su propia violencia. Nunca había arrojado nada antes, ni siquiera en sus peores momentos. Creía en la autodisciplina.

Pero no la había practicado en los últimos días. Había jurado no volver a amar, no preocuparse de una manera que una pérdida repentina le arrancara las entrañas. Había tenido éxito durante casi ocho años, y ahora...

Y ahora el diablo se estaba burlando de él. Había bajado la guardia, había permitido que una chica de cabello cobrizo entrara en su corazón. Y no cualquier chica, sino un miembro del clan que había maldecido a su familia.

Ninguna novia de un Malcolm vivirá larga o felizmente, y todos los Malcolm sufrirán por ello.

Dos mujeres a las que había amado habían muerto. ¿Cómo había podido olvidarlo?

No creo en la maldición.

Quizá no en la maldición, pero sí creía en el destino.

Debería dejarla ir.

Pero no podía. No hasta que supiera por qué no había querido volver a casa.

No hasta que supiera que estaría a salvo.

Su primo era otro asunto.

Se volvió hacia la puerta y se detuvo.

Un joven estaba allí de pie. Tenía las mejillas manchadas, pero nada podía ocultar sus grandes ojos azules.

Parecían asustados. Desafiante.

Enfadado.

Su corazón latía más rápido.

Ella parecía una guerrera. Era obvio que sabía que él retenía a su primo. Una inesperada punzada de agonía lo golpeó cuando se dio cuenta de que ella había regresado para proteger a James MacDowell, no a él.

Capítulo 15

–¿Lady Elsberth MacDowell?

No vio ninguna ventaja en negarlo.

—Sí.

Cuando conoció a Niall Malcolm, Elsberth pensó que tenía los ojos más fríos que había visto nunca. No podía imaginarse unos más fríos.

Pero se había equivocado. Ahora los veía.

Tembló por dentro, aunque intentó no demostrarlo. Había hecho bien en querer huir. La odiaba ahora que sabía que era una MacDowell.

¡Lo sabía! Y la miraba como si fuera un insecto especialmente desagradable.

Cuando oyó mencionar el nombre de Jamie en el patio de armas, supo que no podía irse, aunque las puertas no estuvieran cerradas. No tenía ninguna duda de que él había venido a la tierra de su enemigo para salvarla, y ahora no podía dejarlo, aunque eso significara enfrentarse a Niall.

Pero, ¿cómo podía rescatar a Jamie? Tenía muy poco con lo que negociar.

Instintivamente, sintió que tanto ella como Jamie estarían mucho mejor con honestidad que con bravuconadas o actos insensatos. Así que se armó de valor y decidió ofrecer cualquier cosa para salvar a su primo, que lo había arriesgado todo por ella.

Por la expresión de Malcolm, no tenía nada que él quisiera.

—Te has cortado el pelo —dijo, sorprendiéndola con su fría e indiferente mirada.

—Sí.

Su mirada gris la atravesó.

—¿Por qué no te fuiste cuando tuviste la oportunidad?

Ella dudó.

—Los Cameron me habrían enviado de vuelta a Cressingham. Vio en sus ojos helados que ella, como persona, había dejado de existir para él. ¿Porque le había mentido? ¿O solo porque era una MacDowell? En cualquier caso, un enorme vacío se abrió en su interior. ¿Cómo se había vuelto tan importante para ella? ¿Tan rápido? ¿Por qué le importaba lo que él pensara de ella?

—¿Por qué estaba con la escolta de los Cameron? —insistió él.

—Pensé que podría viajar con ellos como Caitlin hasta que pudiera escapar de ellos.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

Ella levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Mi tío había enviado a buscarme. Había concertado un matrimonio. —No añadió que era por orden del rey.

Nada se movió en su expresión mientras continuaba estudiándola, obviamente en busca de más mentiras. Todo lo que pudo hacer fue mantener sus manos firmes y mantenerse erguida y resuelta.

—¿No fue de su agrado? —preguntó después de un momento de silencio.

—No. —No pudo calmar el estremecimiento que recorrió su cuerpo.

—¿Quién es el prometido?

—El conde de Betancourt.

Vio cómo las comisuras de su boca se curvaban hacia abajo, como si conociera el nombre, o al hombre, y no le gustara. También notó que su cuerpo se tensaba. Bajó la mirada hacia sus manos y vio que los dedos de la derecha estaban apretados en un puño. Su mirada siguió la suya. Enderezó los dedos y los flexionó, como si acabara de darse cuenta de lo que había estado haciendo.

—¿Iba a pedir ayuda a los Cameron?

—No, esperaba perderlos en la niebla. Y lo hice. Pero entonces sus hombres...

Frunció el ceño.

—¿Adónde iba?

—Esperaba encontrar a mi primo en Londres. Pensé que podría ayudarme.

—¿James MacDowell?

—Sí.

—¿Desobedecería a su padre por usted? —Su voz se volvió de repente áspera, sus ojos aún más fríos, si eso era posible.

Ella se quedó en silencio un momento, sorprendida por la ira apenas contenida en su voz.

Él se dio la vuelta y se acercó a la ventana, mirando hacia el estrecho de Mull. Luego se volvió hacia ella.

—Ya se había cortado el pelo cuando volví, antes de que supiera que teníamos a James MacDowell.

Ella guardó silencio.

—¿Iba a irse sin decírmelo?

—Pensé... —Se detuvo de repente.

—¿Pensó qué?

—Que sería lo mejor para todos, que cuando descubriera quién era yo, querría que me fuera.

—¿Adónde iba?

—De vuelta a Cressingham. Creí que podría llegar antes de que viniera una escolta a buscarme. —Estaba asombrada de que su voz sonara firme.

—¿Pensó que abusaría de usted si descubría que era una MacDowell?

—Al principio, no lo sabía. Solo había oído historias sobre los Malcolm. —Dudó, y luego añadió—: No eran historias que inspiraran confianza en que usted tuviera una... naturaleza comprensiva.

Él arqueó una ceja.

—¿Al principio?

Ella deseaba poder retractarse de lo que se le había escapado. Pero no iba a explicárselo. No iba a decirle que el miedo se había transformado en algo completamente distinto, y que no era el miedo por su seguridad física lo que la había impulsado a intentar huir. Era el miedo a la misma expresión que tenía ahora en el rostro.

—Saltó de la sartén al fuego, milady —dijo él—. ¿No pensó en los riesgos cuando se fue de Cressingham?

—¿Como ser secuestrada por los Malcolm? —preguntó ella con un tono áspero en la voz—. No, debo admitir que no lo hice.

La comisura de su boca se levantó ligeramente.

—Una sorpresa de lo más desagradable, supongo.

—Sí —afirmó ella desafiante.

—Es una mentirosa muy buena.

—Nunca me preguntó si yo era Caitlin Cameron —replicó ella—. Lo dio por hecho.

—¿Qué más di por hecho erróneamente? —preguntó él, con un brillo peligroso en los ojos.

Un músculo le latía en la mejilla, y ella sintió un latido propio en lo más profundo de su ser, un latido que se había convertido en parte de ella solo en los últimos días.

—No sé a qué se refiere. —Pero sí lo sabía. Se refería a los besos que se habían dado, besos que ella aún guardaba en su corazón. No quería, pero sabía que haría falta algo más que palabras duras para desalojarlos.

Él le tocó la mejilla. Sus sentimientos se magnificaron, el anhelo se intensificó. Había una búsqueda en el tacto, una pregunta que ella no podía responder.

Él bajó la cabeza y sus labios capturaron los de ella, duros y exigentes. Esta vez no hubo nada de delicadeza. Ni búsqueda. Ni pregunta. Lo hizo con intención de castigo.

Aun así, ella respondió de la misma manera. Su cuerpo no necesitaba que la instaran cuando él la atrajo hacia sus brazos. Las

brasas que habían ardido entre ellos se encendieron, envolviéndolos en un círculo de fuego y necesidad.

Por un momento, ella se perdió en sus brazos, en la sensación de sus labios contra los de él. El anhelo se intensificó cuando su cuerpo se apretó contra el de él.

Luego se apartó de ella, volviéndose de nuevo hacia la ventana, dejándola sola. Su cuerpo le dolía de deseo, de las sensaciones ardientes que su cercanía despertaba en ella.

—¿Qué haría para salvarlo? —preguntó de repente.

Con sus pensamientos y su cuerpo todavía ocupados con lo que acababa de suceder, le tomó un momento entender lo que él estaba diciendo. Entonces lo comprendió, justo cuando recordaba por qué había regresado a esta cámara. Suplicaría y negociaría la vida de su primo.

—Lo que sea —susurró, sobresaltada y horrorizada por el cambio de conversación, por la repentina implicación de lo que él estaba diciendo... de lo que ella estaba admitiendo. ¿Cómo había podido olvidarse de Jamie ni un momento? ¿Especialmente en los brazos del hombre que tenía su vida en juego?

—¿Lo que sea? —repitió él, y ella no entendió muy bien la repentina desolación de aquellos ojos grises.

—Sí. Debe de haber venido a buscarme. Es culpa mía que él... que usted... —Levantó la vista hacia él—. Déjele ir. Quédese conmigo. Haré lo que usted quiera.

—Qué devoción —dijo él—. Pero no es un buen trato para mí. Jamie MacDowell es un rehén valioso.

—Yo también lo soy —indicó ella—. El rey... —Se detuvo de repente.

—¿Qué pasa con el rey?

—Él concertó el matrimonio —repuso en un susurro—. Así que ya ve, puedo ser un rehén valioso.

—¿Volvería a Cressingham, a un matrimonio que aborrece por su primo?

—Sí —afirmó con voz baja.

—Sería un mal trato para los Malcolm —repuso secamente. —Los MacDowell no atacarán Inverleith mientras yo tenga al heredero. ¿Y por qué negociar con usted, si ya la tengo?

—¿No le hará daño?

—No mientras me sea útil.

—Quiero verlo.

Él la miró fijamente.

—Creo que no. —Se dirigió a la puerta y se detuvo allí—. No saldrá de esta habitación.

—Quiero ver a Alina.

—Estaba dispuesta a dejarla con bastante facilidad —dijo él.

—No tan fácilmente —susurró ella—. Para nada fácilmente.

Él vaciló, luego asintió con la cabeza.

—Solo las dos habitaciones. Quiero su palabra de que no irá más allá de ellas. Si lo hace, quedará confinada a esta.

Tragó saliva con fuerza. El calor que había sentido hacía tan poco se había convertido en cenizas, frío y amargo. Tembló.

Por un momento, sus ojos parecieron calentarse, pero luego se dio la vuelta.

—Le enviaré a Robina. Y un poco de agua. Parece que necesita un baño.

Y luego se fue.

Se apoyó en la pared, agotada por todas las emociones que acababan de arrasar en ella. Su corazón se convirtió en un gran agujero bostezante.

No conocía al hombre que acababa de irse. Había pensado que había aprendido algo sobre él, pero ahora sabía que no era suficiente.

No sabía lo que haría.



Por Dios, pero ella era un misterio para él. ¿O era brujería? ¿Por qué si no la había besado?

Ella se había puesto de pie tan valientemente frente a él, con el rostro manchado y el pelo rapado, oscuro por el hollín, pegado a su cara. Parecía un duende que se hubiera estado escondiendo en el bosque.

Su cabello, los rizos cobrizos, habían desaparecido, y él ni siquiera podía imaginar lo que la pérdida le había costado. Y

obviamente se lo había cortado antes de que él regresara. Para huir de Inverleith. De él.

No le había dado la oportunidad de ayudarla. Era asombroso lo mucho que le dolía darse cuenta de ello.

Tampoco había podido bloquear los celos que lo habían inundado cuando descubrió que ella lo arriesgaría todo por su primo, y que el joven MacDowell lo arriesgaría todo por ella. Sus ojos se habían suavizado cuando hablaba de él, cuando había dicho que haría cualquier cosa para ayudarlo. *Cualquier cosa.* Incluso, al parecer, acostarse con Niall.

No había confiado en él en absoluto. Todavía no confiaba en él. Él sentía que todavía no tenía toda la historia detrás de su fuga. ¿Qué mujer huiría sola de su casa? ¿Adónde había planeado ir después de Londres? ¿Esperaba que MacDowell huyera con ella?

La iglesia desaprobaba las uniones entre primos hermanos, pero aun así ocurrían.

No tenía derecho a los celos. No tenía control sobre ella, nunca podría tenerlo. Los MacDowell y los Malcolm no se casaron. La única vez que lo hicieron había terminado en desastre.

Su familia nunca permitiría una unión. Tampoco, él lo sabía, la suya. Ya estaban deseando la sangre de James MacDowell. Era una completa ironía, o obra del diablo, que la única mujer que siquiera lo había tentado en casi una década perteneciera a la familia que había maldecido a la suya.

Más que tentado. La sangre de Dios, pero había encontrado algo en ella que había restaurado al menos parte de su corazón.

Todo lo que tenía, en realidad, era un arma que no quería, pero que, por el bien de su clan, se vería obligado a usar. Y si Elsberth MacDowell no mentía sobre el interés del rey, y ¿por qué lo haría?, entonces él tenía dos. Si Betancourt la quería, pagaría generosamente por su regreso.

Su instinto se rebeló ante la idea. Conocía a Betancourt. Era un hombre corrupto que no debía lealtad a ningún rey. Si el rey Jacobo pensaba que podía comprar la lealtad de Betancourt con una joven, estaba equivocado.

La corte de Londres estaba llena de espías franceses, y Niall había hecho negocios con funcionarios de París. Sabía que Betancourt había prometido su apoyo a Enrique en Londres, así

como a Jacobo de Escocia. El hombre era un traidor, además de conocido por sus excesos con las mujeres, la bebida y otros vicios.

Sabiendo que había arriesgado su vida para escapar de Betancourt, ¿cómo podía permitir que Elsberth se casara con él? Si la traición de Betancourt se demostraba, Elsberth también estaría en peligro.

Sin embargo, interferir en los asuntos del rey podría poner en peligro a todo su clan.

Ese dilema, y esos malditos celos, le habían hecho arremeter contra ella. Era injusto. Lo sabía. Y se detestaba a sí mismo incluso después de haber pronunciado esas palabras.

Esperaba que la ira enfriara la pasión que ella siempre despertaba en él, el anhelo de mantenerla a su lado, el conocimiento instintivo de que ella llenaría el vasto vacío dentro de él.

Pero no fue así. Observó la orgullosa inclinación de su cabeza, pensó en el valor que hacía falta para desafiar a un rey.

Oyó su propio gemido, profundo como el de un animal que sufre.

Había regresado para salvar a su clan. No veía forma de hacerlo sin destruir a un inocente. Una vida inocente contra tantas.

Fue a la habitación de al lado y entró tras llamar brevemente. Alina estaba sentada y comiendo sopa con una cuchara que sostenía su madre.

—Mi señor —dijo su madre. Estaba llena de sonrisas—. Alina ha mejorado mucho.

—Ya lo veo —dijo él con suavidad—. ¿Necesita algo más?

—No. Usted y lady Caitlin han sido muy amables.

Lady Caitlin. ¿Qué pasaría cuando supiera que lady Caitlin era en realidad lady Elsberth MacDowell, miembro del clan que había infligido la herida a su hija? Pensó en contárselo. No para hacerle daño a Elsberth, sino para evitarle sufrimiento, para que no fuera ella quien soportara la ira.

Pensó en sus momentos de valentía de hacía un rato, cuando se había enfrentado a él, intentando explicarse. Ella querría contárselo a Alina a su manera.

Salió de la habitación. Se sentía sin rumbo. Y vacío. Solo. Pensó que lo había superado, pero ahora sabía que no. No había nadie en quien pudiera confiar. Ni Seamus ni Bruce. Ninguno de los dos lo entendería.

¿Hammish? Pero Hammish vivía en su propio mundo, evitando cuidadosamente las responsabilidades.

Tendría que depender de sus propios instintos. Elsberth MacDowell había destruido sus instintos.

Se dirigió a su habitación. Siempre había vino allí.

Una vez allí, se quitó la camisa de cuadros y lino. Miró el vendaje que protegía su brazo y se lo quitó. Todavía le dolía, estaba un poco caliente, pero mucho mejor de lo que había estado.

Necesitaba afeitarse, pero eso podía esperar. Necesitaba descansar. Sin embargo, aunque su cuerpo estaba cansado, su mente estaba demasiado activa para descansar. Las imágenes pasaban por su mente. La heredera MacDowell de cabello dorado. La mujer que él creía que era Caitlin Cameron sonriéndole con ojos aturdidos después de su primer beso. Elsberth MacDowell con su cabello corto y su mirada desafiante.

Sus destinos estaban en sus manos, y él no quería que estuvieran allí.

Se puso una camisa limpia y calzas. Después de dudar un momento, llenó una jarra con vino de un barril que había traído de

París. Era temprano por la mañana, pero no había dormido. Tampoco su prisionero.

Bajó a la mazmorra. Sintió el creciente frío mientras bajaba los escalones. Vio el resplandor de dos velas empaladas en puntas de hierro. Dos de sus hombres estaban sentados en una mesa, jugando a un juego de azar.

Ambos se pusieron de pie inmediatamente.

Miró a su alrededor. No había estado aquí desde que era un muchacho, cuando él y Kinner habían explorado el lugar. Todavía recordaba los escalofríos que le recorrieron el cuerpo, aunque había estado decidido a no mostrarlo mientras Kinner se pavoneaba.

Tembló de frío.

—¿Dónde está?

—Al final, laird. Le dimos comida y mantas como ordenó. —Asintió.

—Quiero verlo.

Un guardia tomó una de las linternas y una llave grande y abrió el camino por el pasillo hasta la última puerta. Una ventana con rejas de hierro le permitió mirar dentro.

James MacDowell estaba acostado sobre paja, pero rápidamente se puso de pie cuando la luz penetró en la celda. Parpadeó por un momento, luego su mirada se encontró con la de Niall.

—Ábrela —le dijo Niall al guardia—, luego puedes volver a tu juego.

El guardia introdujo la llave en la cerradura. La puerta crujió y rechinó al abrirse. Niall dudaba de que hubiera sido utilizada en años.

—Le traeré una silla, laird.

Niall asintió y tomó la linterna. No se preocupaba de que MacDowell escapara. Simplemente, no tenía adónde ir.

El rostro del hombre estaba cubierto de barba incipiente. Tenía los ojos cansados. Pero Niall no vio miedo. Vio el mismo desafío que había estado en los ojos de Elsberth.

El guardia regresó con una silla y luego desapareció de nuevo. Niall no se sentó, pero puso un pie en la silla.

Vio un cuenco en el suelo. Una taza. Varias mantas. Aun así, hacía mucho frío dentro. Y estaba húmedo.

Le tendió la jarra a MacDowell, que la miró como si fuera un frasco de veneno.

—Es buen vino —aseguró Niall, y probó él mismo antes de dársela a MacDowell.

—¿A qué debo el honor de su visita? —preguntó MacDowell, que aún no la aceptaba—. ¿Y de su vino?

Niall se preguntaba lo mismo. Se encogió de hombros.

—Recuerdo que estaba frío y húmedo.

—¿Y le importa?

—Un rehén muerto no me sirve de mucho.

—Entonces le seguiré la corriente —dijo MacDowell. Finalmente tomó la jarra y dio un sorbo, luego otro. Su mirada volvió a Niall—. ¿Y mi prima?

—Está ilesa.

—¿Ha hablado con ella?

—Sí.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Debería preocuparse por usted mismo, MacDowell.

—Si hace un mal uso de ella...

—No está en posición de amenazar —indicó Niall. Sintió que la ira irracional volvía a crecer en él. La reprimió.

—Por el momento no —replicó MacDowell. Se miraron con furia.

—Fue una locura venir aquí solo —dijo Niall después de un momento de silencio.

—No tenía intención de venir aquí, solo a un pueblo. Quería saber si alguien había oído hablar de una chica perdida. No pretendía hacer daño.

—¿Sabe por qué huyó de Cressingham?

El MacDowell tomó otro trago de vino y luego dijo:

—Quiero verla.

¿Para asegurarse de que sus historias coinciden?

—¿Por qué se fue de Cressingham? —preguntó de nuevo.

—¿Qué le dijo?

—Quiero su versión.

Estaban dándose vueltas el uno al otro como dos perros listos para atacar. MacDowell apretó la mandíbula.

—No puede pensar que sea una espía.

—No.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

A Niall no le gustaba ser el destinatario de las preguntas, sobre todo cuando sabía que estaba equivocado. MacDowell se había aventurado en tierras de los Malcolm después de sus incursiones en las aldeas de los Malcolm. Niall no tuvo ningún reparo en hacerle prisionero. Sin embargo, sus hombres habían ido a tierras de los Cameron para secuestrar a una joven que no les había hecho nada. Pero, ¿admitir eso haría a su clan culpable de traición, ya que Elsberth estaba destinada a la elección del rey?

No tenía buenas opciones. Simplemente no sabía cuáles serían las peores. Y, ¿podía confiar en un MacDowell?

Esa era la razón de su visita, para tomarle la medida al hombre. ¿Sería más valioso como rehén o como aliado? ¿Podría convertirse en un aliado?

Si el MacDowell realmente se preocupaba por Elsberth, tal vez.

Pero Niall tenía tantas emociones encontradas en su interior que no sabía si podría tomar la decisión correcta. Había ira, celos, pérdida, miedo por su gente, incluso terror por Elsberth si, efectivamente, se casaba con Betancourt.

—Aún no ha dicho por qué lady Elsberth se fue de Cressingham.

El MacDowell lo miró fijamente durante un largo rato y luego se encogió de hombros.

—Estaba en Londres entregando un mensaje del rey Jacobo. Ella se fue en lugar de Caitlin Cameron con la escolta de los Cameron. Una escapada que salió mal. Se separaron en la niebla. — Sus ojos no parpadearon, pero Niall sintió la tensión en el cuerpo del hombre que desmentía las palabras.

La estaba protegiendo.

Y Niall sabía por qué. Si Elsberth había desafiado abiertamente al rey, *a ella* podían acusarla de traición.

Niall tomó una decisión. El MacDowell parecía tener una ética que él no creía que los MacDowell poseyeran. James MacDowell probablemente pensaba que Niall no tenía ninguna. Sin embargo, se

necesitaban mutuamente si James MacDowell quería salvar a Elsberth y Niall a sus compañeros de clan.

—Si le saco de aquí, ¿me da su palabra de que no intentará escapar?

James MacDowell lo miró fijamente. Por un momento, Niall pensó que se negaría.

—¿Puedo ver a Elsberth?

—Tal vez —concedió Niall de mala gana.

MacDowell siguió dudando, y Niall sabía lo difícil que debía ser para él ceder ante un Malcolm. Se daba cuenta de que el MacDowell probablemente prefería la incomodidad de la celda a aceptar un favor de un Malcolm.

—¿Qué quiere a cambio? —preguntó James.

—Podríamos tener un propósito común que me interesara.

MacDowell aún dudaba.

—¿Y Elsberth? ¿Dónde está?

—Ella está bastante cómoda.

MacDowell finalmente asintió.

—Tiene mi palabra. Como MacDowell.

—Se quedará en una cámara, es mucho más cómoda que esto y tenemos aquí a miembros de las aldeas recientemente asaltadas por los MacDowell. Murieron familiares y amigos. No me gustaría encontrarle con una daga en la espalda.

La mirada de James MacDowell lo atravesó.

Niall quitó el pie de la silla. Siempre se había considerado un buen juez de carácter. Sin duda, esperaba que ahora lo fuera.

Confiar en un MacDowell iba en contra de todo lo que era y había sido.

Y bien podría estar condenando a los Malcolm.

Capítulo 16

Robina apareció en la puerta de la habitación de Elsberth apenas unos minutos después de que Niall se fuera.

¿Lo había ordenado él o Robina había estado merodeando por ahí?

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que todos en el castillo supieran que ella era una MacDowell? No temía por su seguridad, aunque sí temía ver la decepción y la acusación atónitas en sus rostros.

Las mismas expresiones que había visto en el rostro del laird de Inverleith.

No sabía qué debería haber hecho de otra manera. Podría haber intentado escapar de la fortaleza con más empeño, o podría haberse dejado llevar a la fortaleza de los Cameron. Podría

habérselo dicho antes. Pero simplemente no sabía lo que él haría. Ojalá se lo hubiera explicado.

Ya no tenía su confianza. Jamie podría pagar por su silencio. No podría soportar que lo mataran por sus acciones.

Robina miró el pelo y abrió los ojos como platos.

—Oh, milady, ¿qué ha hecho? Luego se tapó la boca con la mano, como horrorizada por lo que acababa de decir.

—No pasa nada, Robina —aseguró Elsberth—. Sé que tengo un aspecto...

Robina rompió a llorar.

—¿Tengo tan mal aspecto? —preguntó Elsberth.

—Su cabello, su hermoso cabello —se lamentó Robina.

Elsberth nunca lo había considerado hermoso. Era indomable y de un color demasiado brillante. En realidad, su cabeza se sentía muy bien sin él.

—El laird... —Se lamentó Robina de nuevo. Era obvio que estaba entre aquellos que habían abrigado la improbable esperanza de que su laird y Caitlin Cameron se casaran.

—El laird no quiere saber nada de mí. Y debo confesarte que no soy Caitlin Cameron.

—¿No es lady Cameron…?

—Me llamo Elsberth MacDowell.

Robina se quedó con la boca abierta. Sus ojos se agrandaron aún más.

—MacDo… MacDo… well —tartamudeó.

—Sí, pero eso no cambia lo que soy —repuso Elsberth en voz baja.

—Pero, pero… ¿cómo…?

—Bruce me secuestró por error y temí decírselo a alguien.

El rostro de Robina se llenó de confusión.

—El MacDowell que el laird acaba de traer...

—Es mi primo. Sospecho que me estaba buscando. —Hizo una pausa—. Entenderé si ya no deseas servirme.

Robina negó con la cabeza.

—No, milady. Es usted un alma bondadosa. Lo vi con Alina. No puede fingir ese tipo de cariño. Calentaré agua para su baño y le

lavaré el pelo. Ah, milady, su pelo —se lamentó de nuevo. Empezó a llorar, y Elsberth sintió que era más por su pelo rapado que por el hecho de ser una MacDowell.

Elsberth se preguntó cuántos otros compartirían ese generoso sentimiento.

Y cómo podría bañarse cómodamente cuando Jamie estaba encerrado en algún calabozo. Ojalá pudiera verlo y ayudarlo...

En su lugar, tomó la mano de Robina.

—Gracias. —La niña asintió con la cabeza y salió apresuradamente por la puerta.

Elsberth se acercó al pequeño espejo de acero y se miró. No había tenido valor para hacerlo antes. Debía de ser realmente un espectáculo horrible para que Robina reaccionara así.

Y lo era.

Jamie estaría tan horrorizado como Robina. Era extraño que Niall no pareciera compartir ese disgusto. Su horror provenía del hecho de que ella era una MacDowell. No parecía importarle su cabello.

Elsberth se cepilló el cabello y cayeron cenizas a su alrededor.

Primero un baño, luego vería a Alina. Asustaría a la niña hasta la muerte si aparecía ahora.

Ella misma se sentía un poco como la muerte. El frío no la había abandonado, ni el gran vacío dejado por el rechazo de Niall había sido llenado por la generosidad de Robina.

Elsberth se quitó la ropa del muchacho y se envolvió en el camisón que Moira le había proporcionado días atrás, luego se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Un pequeño grupo de jinetes esperaba a que se abriera la puerta. Bruce inspeccionaba a cada uno de ellos. Ni un ratón podía salir sin permiso.

Robina regresó, seguida de varios miembros del clan con cubos de agua. Llenaron la tina de madera que estaba en la pequeña habitación junto a la cámara. Todos la miraron rápidamente, pero ella no sabía si era por su cabello o porque sabían quién era en realidad. No vio antagonismo ni odio en sus rostros, solo respeto y curiosidad. Decidió que era por su cabello. No podían saberlo.

Cuando los hombres se fueron, Elsberth se hundió en el agua y Robina le lavó el cabello, luego, cuando Elsberth salió de la bañera y se puso una camisola y una bata. Robina le secó el cabello con un cepillo.

A continuación, vería a Alina e intentaría explicárselo a la niña y a su madre. No quería que se enteraran por otra persona si, de hecho, no lo habían hecho ya.

Robina dio un paso atrás y la miró con ojos críticos.

—Ahora no está tan mal, milady.

No está tan mal. Una leve seguridad. Quizá Betancourt se horrorizaría tanto que la rechazaría.

Se volvió hacia Robina, que la miraba con recelo, obviamente preguntándose de nuevo si había dicho algo incorrecto.

—Gracias, Robina. —Elsberth se acercó a ella y le tomó la mano—. Has sido una verdadera amiga.

—¿Una amiga, milady?

—Sí.

Robina sonrió lentamente.

—Voy a ver a Alina —indicó Elsberth—. Debo contárselo.

Robina asintió.

—Su madre está ayudando en la cocina. Alina está sola.

Elsberth se armó de valor. Hablaría con Alina y luego trataría de averiguar algo sobre Jamie. Si era necesario, suplicaría que le permitieran verlo.

¿Quizás Hammish?

Pero Hammish no había ido a verla. Quizás él también se sentía traicionado.

Elsberth se armó de valor y abrió la puerta. No había ningún guardia, pero no le cabía duda de que los Malcolms había sido advertido de que tuviera cuidado con ella si se alejaba de las dos habitaciones que se le permitían.

Abrió la puerta de la habitación de Alina. La niña estaba sola y dormida. Elsberth le tocó la frente. Estaba fría al tacto. Su respiración era más fácil.

Con suerte, el dolor también había disminuido.

Sin querer despertarla de un sueño muy necesario, Elsberth se sentó en una silla y esperó.

Niall acompañó a James MacDowell por las escaleras hasta la cocina. Ignorando la mirada de asombro de la MacDowell, Niall ordenó a una sirvienta que llevara comida y copas a la antigua cámara de Kinner. Él abrió el camino por las escaleras hasta el tercer nivel. Se detuvo en su cámara para buscar la jarra de vino mientras el MacDowell esperaba en la puerta, y luego abrió la puerta de la cámara contigua a la suya.

Era tan austera como la de Niall. Su padre había creído que la comodidad llevaría a la blandura. Pero sin duda era una mejora con respecto al calabozo.

Una vez dentro, MacDowell miró alrededor de la habitación. Había una pequeña ventana empotrada en las paredes de piedra, una cama estrecha, un armario y un baúl para la ropa. Una pequeña mesa maltrecha con dos sillas de aspecto incómodo completaban el mobiliario. En las paredes de piedra había soportes de pared con velas.

La chimenea parecía como si hubiera estado desatendida durante décadas. Las cenizas aún cubrían su suelo. El olor a polvo era fuerte en la habitación.

Niall no estaba de humor para disculparse. En su lugar, bajó la jarra de vino a la mesa.

—Siéntese —ordenó.

MacDowell empezó a decir algo, una protesta seguramente, y luego aparentemente decidió que era mejor callar. Se sentó.

—De momento, permanecerá en la habitación —continuó Niall —. Habrá un guardia fuera.

—Di mi palabra —protestó MacDowell.

—Sí, pero perdóneme si no deseo confiar plenamente en ella —dijo Niall con ironía—. También es por su protección. A varios de mis hombres del clan les encantaría clavarle sus puñales.

—No le temo a ningún Malcolm.

—¿No? Bueno, *yo sí* temo las consecuencias si lo mataran en Inverleith. —Niall sabía que probablemente no debería haber admitido lo último, pero si había alguna solución a este lío endiablado, sería solo con la ayuda de los MacDowell—. No solo por los Malcolm —añadió—, sino por los MacDowell.

El MacDowell levantó una ceja como si tuviera dudas.

—He estado fuera, pero aun así sé que James está preocupado por Henry, y la guerra se cierne entre los dos países. James no quiere que los clanes luchen entre ellos. Se necesitaría un asedio prolongado para tomar Inverleith. Usted lo sabe, y el rey lo sabe. No querría que dos ejércitos estuvieran preparados uno contra el otro si Henry invade.

El MacDowell estaba escuchando.

La siguiente parte sería más difícil. Mucho más difícil.

—Y luego está su prima.

El MacDowell entornó los labios.

—¿Sabía usted de su compromiso con el conde de Betancourt?

—¿Se lo ha contado ella?

—Sí. —No dijo que se lo había arrancado momentos antes—. ¿Lo sabía usted?

La ira saltó a los ojos del MacDowell. Hasta ese momento, había mantenido bien controlada cualquier emoción.

—¿No se opuso a sacrificarla? —preguntó Niall con desprecio.

—No lo sabía. Creo que... —Se detuvo de repente, como si se diera cuenta de que lo estaban provocando para que dijera cosas

que no tenía intención de decir.

—¿Y si lo hubiera sabido? —insistió Niall.

Tenía que saber más sobre James MacDowell antes de aventurarse más.

—Habría encontrado la manera de evitarlo.

—¿Incluso a riesgo de cometer traición?

El silencio solo se rompió con un golpe en la puerta. Niall se acercó a ella y tomó una bandeja cargada de fruta, queso, pan y un pollo asado. Olía mucho mejor que cualquier cosa que hubiera salido de la cocina desde que había llegado. También había dos copas.

Ignoró el ceño fruncido del miembro del clan que se las entregaba.

Llevó la bandeja a la mesa, sirvió vino en ambas copas y le entregó una al MacDowell. Quizás los licores le aflojarían la lengua.

Pero esta vez MacDowell no la tomó. Tampoco tocó la comida.

—¿Qué quiere? —preguntó MacDowell bruscamente.

—Así como afirma no haber participado en las incursiones en nuestras aldeas, yo personalmente no participé en la llegada de Lady Elsberth. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Personalmente?

—Mis parientes se entusiasmaron demasiado al buscar una esposa para mí.

De repente, se le iluminó la cara a MacDowell y empezó a levantarse.

—¿Caitlin?

Niall le había dicho a James MacDowell en la granja que había pensado que Elsberth era Caitlin Cameron, pero no le había explicado cómo había llegado a Inverleith.

—Sí, pensaban que era demasiado buena para un MacDowell.

MacDowell maldijo en voz baja, demasiado baja para que Niall la descifrara.

—Mucho mejor un MacDowell que un Malcolm —dijo James MacDowell con una voz más audible—. Sus esposas tienen la costumbre de morir prematuramente.

Fue un golpe directo.

—Al menos no tienen que huir de sus familias. —Otro golpe.

—Esté seguro de que se le hará responsable —aseguró MacDowell, ignorando el golpe.

—Ah, quiere hacerme responsable de lo que hacen mis parientes, cuando se niega a aceptar a nadie de su clan que ataca a mi gente.

Un músculo palpitaba en la garganta de MacDowell, pero no dijo nada.

—No sabía nada de la intercepción hasta que aparecieron en mis puertas —continuó Niall—. Y entonces la dama se mostró extrañamente reacia a regresar cuando me ofrecí a devolverla a la familia Cameron. Había estado fuera diez años y nunca la había visto. Me permitió creer que era Caitlin Cameron. Y ciertamente podía entender su renuencia a evitar su matrimonio con el heredero MacDowell.

MacDowell se levantó de la silla y volvió a sentarse. Luchó por mantener la impasibilidad, pero Niall pudo ver la ira que bullía en su interior.

—Y ahora parece que ambos tenemos un problema. —Niall dejó las palabras flotando en la habitación mientras tomaba un sorbo de vino.

—Continúe —pidió MacDowell con voz firme y acerada.

—Usted no quiere que Elsberth se case con Betancourt. Me siento responsable de su situación actual. Si no fuera por mí, podría haber llegado hasta usted. Entonces podría haber tenido una oportunidad, pero ahora demasiada gente sabe que una mujer que se cree que es Lady Caitlin está aquí. Obviamente, no puede estar en dos sitios a la vez. No pasará mucho tiempo antes de que todo el mundo sepa que la mujer es en realidad Elsberth MacDowell.

MacDowell parecía esperanzado.

—Aún puedo llevármela. A Francia.

Niall negó con la cabeza.

—Si simplemente desapareciera ahora, los Malcolm serían culpados, posiblemente de asesinato, tal vez de traición. No puedo permitir que eso suceda.

MacDowell lo miró fijamente.

—Tiene algo en mente, o no estaría hablando conmigo.

—Primero tengo una pregunta. ¿Por qué no ha habido protestas por la desaparición de Lady Elsberth?

MacDowell volvió a dudar. Era obvio que se mostraba reacio a decir algo, a dar información a un enemigo.

Niall jugó su carta de triunfo.

—Siempre puedo entregarla a la Corona.

—Tenían miedo —contestó MacDowell tras una pausa—. El segundo al mando, Ewan, sabía que lo harían responsable. Esperaba encontrarla antes de que mi padre descubriera su desaparición. La han estado buscando por todas partes.

Incluidos, Niall lo sabía, los pueblos Malcolm que destruyeron, pero ahora no era el momento para más acusaciones.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que informe de su desaparición?

—Hoy o mañana debía llegar una escolta para llevarla a Edimburgo para la ceremonia de compromiso.

—¿Qué hará su padre cuando descubra que no está allí?

MacDowell negó con la cabeza.

—No le gusta que le desobedezcan. Al rey tampoco.

—¿Qué haría si se enterara de que Betancourt es un traidor? —La mirada de MacDowell lo atravesó.

—¿Tiene pruebas?

—Conozco a Betancourt. Es más, comercio en París. Oigo muchas cosas. Los franceses tienen numerosos espías en la corte inglesa. Betancourt es un traidor, además de un libertino.

MacDowell se sentó más erguido en su silla.

—Eso no es una prueba.

—No, no lo es. Y dudo que los espías franceses estén dispuestos a arriesgar el cuello, y más, para ayudar a condenar al hombre. Pero puede haber una manera de atraparlo.

Ahora MacDowell tomó un trago de vino.

Niall se sentó en la silla frente a él, su mirada se encontró directamente con la de MacDowell. Quería ver todo en ese rostro. Tenía que decidir si el hombre estaba dispuesto a jugar a un juego peligroso, si se podía confiar en él. Si no, lo enviarían de vuelta a la mazmorra hasta que Niall pudiera desarrollar otro plan. No podía arriesgarse a que el MacDowell escapara.

—Se dice que mató a su última esposa —dijo MacDowell—. Lo más probable es que lo hiciera. Le gustan los chicos. Los jóvenes.

El MacDowell se inclinó sobre la mesa, con las manos apretadas.

—¿Lo sabe?

—Es el rumor. Siempre presto atención cuando los franceses hablan de los ingleses y los escoceses.

—Es una MacDowell. ¿Por qué le importa?

—A diferencia de usted, ella no entró en tierras de los Malcolm por voluntad propia. No tendría ningún reparo en retenerla como rehén, pero no le hago la guerra a las mujeres. Ni siquiera a las mujeres MacDowell. —Mantuvo la voz sin emoción. Sabía que ella nunca sería *sólo una* mujer MacDowell. Ella se había apoderado de una parte de su corazón, y él no se había dado cuenta hasta que pensó que la perdería.

Pero la había perdido a ella, o a lo que él creía que era ella.

Incluso si encontraban la manera de destruir a Betancourt, su tío nunca permitiría un matrimonio con un Malcolm, y él nunca podría olvidar la terrible herencia de su familia.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted? —preguntó MacDowell finalmente.

Niall se encogió de hombros.

—No lo sabe. Igual que yo no sé si puedo confiar en usted.

MacDowell no dijo nada. Cogió una pieza de fruta y se la comió, y luego arrancó una pechuga de pollo.

—Está mejor que mi comida anterior.

—Les dije que le dieran de comer. No especifiqué qué.

—Pan mohoso y agua.

—Creo que se mostraron reacios a darle ni siquiera eso.

—Eso fue lo que indicaron. —Su mirada se encontró con la de Niall—. ¿Propone una trampa, entonces? ¿Cuándo se le ocurrió este, eh, plan?

—En el viaje de vuelta de la granja. Tenía que descubrir algunas cosas primero.

—¿Sobre mí?

—Sí.

—¿Y lo ha hecho?

—No he descartado la idea. Aún.

—No he aceptado.

Pero lo había hecho. Niall lo vio en su rostro. Y, a pesar de lo que había dicho, él también había tomado una decisión.

No fue tanto por elección como por necesidad.

Comieron el resto de la comida en silencio, ambos sopesándose mutuamente. Niall sabía que estaba siendo juzgado al igual que él juzgaba al otro hombre. Ninguno de los dos tenía certeza, obviamente.

Ambos sabían que estaban arriesgándose a traicionar. Ambos sabían que lo hacían por la misma mujer.

—¿Sabe Elsberth lo que está planeando? —preguntó MacDowell cuando terminaron.

—No. Y no creo que deba saberlo. No quiero darle esperanzas que podrían verse frustradas.

James MacDowell levantó una ceja.

—¿Se preocupa por los MacDowell?

—Me siento responsable de *un solo* MacDowell —corrigió Niall.

—Dijo que podía verla.

Lo había hecho. Y siempre cumplía su palabra. Le importaba el honor. Su honor personal. El honor de los Malcolm. Nunca había olvidado la mancha que aquel antepasado lejano había puesto en el apellido.

—Si quiere verle.

El MacDowell no dijo nada. Solo esperó.

Niall fue a la puerta, dejando la comida y el vino que quedaban sobre la mesa. Se volvió.

—Una advertencia. No intente salir de esta habitación.

Abrió la puerta. Un Malcolm estaba de pie afuera.

Niall le hizo un gesto con la cabeza y se adentró en el pasillo. Quería que el MacDowell pensara en lo que había dicho. No quería una respuesta rápida. También necesitaba hablar con Elsberth antes de seguir adelante.

Rogaba que estuviera haciendo lo correcto.

Si no lo estaba, se perderían vidas. Si juzgaba mal al MacDowell, podría destruir al clan.

De cualquier manera, perdería a Elsberth. Pero, en realidad, nunca la había tenido.



Alina se despertó cuando se movió en sueños. Barón, que había estado acostado junto a ella, se levantó y se estiró perezosamente, y luego acarició a su ama. El perro estaba obviamente desconcertado porque ella no jugaba con él.

Alina extendió la mano para tocarlo y luego miró a Elsberth. Abrió mucho los ojos al ver su cambio.

—¿Milady? —preguntó.

—Sí —aseguró Elsberth con tristeza. Cogió una taza, la llenó con agua de una jarra que había sobre la mesa y se la ofreció a Alina, que bebió agradecida mientras no dejaba de lanzar miradas a Elsberth. Barón volvió a acariciar a su ama con el hocico.

Justo cuando Alina terminaba su agua, su madre entró con una bandeja. Dio un paso atrás. Al igual que su hija, abrió mucho los ojos cuando vio a Elsberth y su cabello rapado.

—Milady —la llamó, obviamente sorprendida, pero demasiado educada para expresarlo con palabras—. Oh, milady. No la esperaba. He estado ayudando a Moira con la cocina.

—Para ventaja de Inverleith —indicó Elsberth—. Huele muy bien.

—Tome la mía, milady —dijo Alina tímidamente.

—No, no puedo hacer eso —respondió Elsberth—. Pero tomaré un poco más tarde.

Esperó hasta que Alina se hubiera bebido toda la sopa. Cuando la niña terminó, Elsberth empezó a abrir la boca...

La puerta se abrió y Niall se paró en el umbral.

—Milady, deseo hablar con usted.

—Usted dijo que podía...

—Así es. Se trata de otro asunto. —Sus ojos eran fríos, sus modales secos.

—Pero...

—Ahora, lady Caitlin. —Enfatizó la última palabra.

Confundida, se levantó y lo acompañó hasta la puerta. Se dio la vuelta.

—Me alegra mucho que esté mejor —le dijo a Alina.

Una vez en sus aposentos, se volvió hacia él.

—No lo entiendo. Pensaba que...

—Cuanto más tiempo pase sin que nadie sepa que Elsberth MacDowell está aquí, mejor —indicó con brusquedad.

—Pero Jamie...

—Solo Hammish y unos pocos hombres saben que usted es Elsberth MacDowell. Les he advertido a todos que no digan nada.

—Se lo dije a Robina.

—Hablé con ella. No dirá nada.

—¿Por qué me protege?

Él la miró, y su mirada era inquisitiva. Le tocó el pelo, y ella se estremeció. No por su tacto, sino por cómo sabía que debía verse.

—Siento que sintiera que tenía que cortarse el pelo —añadió finalmente—, pero se ve... encantadora. —Sin embargo, su mano cayó, y su expresión le dijo que la observación venía a regañadientes.

¿Encantadora? ¿Ella?

Su conciencia debía de estar pronunciando la palabra. Aun así, sus ojos tenían el mismo fuego que ella había visto en ellos antes.

Las brasas de la feroz atracción que siempre ardía entre ellos estallaron, envolviéndolos en un círculo de calor exquisitamente seductor. Volvió a sentir la necesidad insoportable, el anhelo de algo desconocido, pero irresistible.

Él vaciló. Sus ojos se nublaron, luego, como atraído contra su voluntad, se inclinó lentamente, tocando sus labios con los suyos. Sus manos se movieron a lo largo de su cuello mientras su boca exploraba la de ella muy lentamente. Ella sabía lo tonto que era esto, pero una anticipación palpitante inundaba su cuerpo, y cada parte de ella respondía a él.

Tenía que volver. Lo sabía. Esta había sido una aventura magnífica, pero demasiada gente estaba pagando un precio. No pertenecía a este lugar, ni podría pertenecer nunca.

Pero desde el momento en que sus labios tocaron los suyos, no pudo resistirse. Él la llenó de vida. Hizo que cada nervio le hormigueara, que su corazón latiera más rápido y que su sangre se calentara.

Ella respondió con una desesperación apasionada. Este era un momento que podía robar, que podía guardar en su corazón cuando...

Su mano tocó su rostro y, de repente, se dio cuenta de que las lágrimas caían por su mejilla. Para que él no viera su debilidad, apoyó la cabeza en su pecho.

Otro error más. Oyó los latidos rápidos de su corazón. Se sintió conectada a él de una manera que nunca había sentido con otra persona, ni siquiera con Jamie. Una sensación de pertenencia, de que era lo correcto.

Se obligó a retroceder. Respiró hondo y se pasó el dorso de la mano por la mejilla para borrar cualquier rastro de lágrimas. Nunca podría estar bien. La comprensión se reflejaba en su rostro, como sabía que debía estar en el suyo.

—¿Jamie? —preguntó, sabiendo que su primo no era más que un obstáculo entre ellos.

Su cuerpo se tensó.

—Está en una habitación contigua a la mía. Y bien alimentado.

—Gracias —dijo ella.

—No lo hice por usted. —Su anuncio fue rígido, seco. Muy lejos del beso, de su tacto.

Se alejó de ella, poniendo distancia entre ellos. No sirvió de nada para bajar la temperatura. Era como si rayos de luz brillaran entre ellos.

—Háblame de su primo.

Ella no sabía si le preguntaba porque realmente quería saber o si era para aliviar la tensión entre ellos. No sabía cómo responderle. ¿Qué ayudaría a Jamie y qué podría hacerle daño?

—Jamie es inteligente y leal.

—¿Un hijo obediente?

Vio la trampa.

—Piensa por sí mismo. —aseguró ella.

—¿Puedo confiar en él?

Las palabras dolían. No se refería solo a Jamie. Se preguntaba si también podía confiar en ella.

—No estoy segura de lo que me está preguntando.

—Creo que sí.

—Morirá antes de faltar a su palabra.

Sus ojos se volvieron grises como el hielo, y ella no entendía por qué. Su ira parecía aumentar cada vez que se mencionaba el nombre de Jamie. Le hacía temer por él.

—¿Lo dejará ir? —preguntó ella.

—No —negó sin rodeos—. Es valioso para mí.

Era obvio que, aunque la había tocado, incluso la había besado, la había descartado en su mente y en su corazón. Pero entonces, ¿qué otra cosa podía esperar? Sobre todo ahora que se había rapado el pelo y parecía más un muchacho que una doncella.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó finalmente.

Él arqueó una ceja.

—Por el momento, nada, milady.

No era Caitlin. Ni siquiera Elsberth. Solo milady.

—¿Y yo qué?

—Puede quedarse todo el tiempo que desee.

—Fue culpa mía toparme con sus hombres. Nunca debí haber intentado...

—Lo hecho, hecho está —la interrumpió él.

Ella buscó un atisbo de la pasión y la dulzura que había sentido antes.

Había desaparecido, perdida en ese rostro inexpresivo y en los fríos ojos grises.

Pensó que sabía por qué. Él se sentía obligado por el honor a protegerla, pero eso los ponía a él y a su clan en peligro.

Ella conocía el castigo por traición. No podía permitir que Jamie o Niall lo pagaran por ella.

La desolación la invadió. Vacío. Dolor.

Ahora no tenía elección. Pero nunca la había tenido.

Encontraría la manera de llegar a Betancourt por su cuenta. Y se casaría con él.

Capítulo 17

¿Por qué no podía controlarse con Elsberth?

Niall se enfureció mientras caminaba de un lado a otro de su habitación. El simple hecho era que no podía. Ella lo miraba con sus expresivos ojos azules llenos de emociones contradictorias. Una de esas emociones era siempre la pasión. Una pasión por la vida y la voluntad de afrontarla.

Ella había renovado la suya. No se había dado cuenta de lo mucho que había perdido cuando Cora, y luego Leanna, murieron. Tenía tanto miedo de volver a sentir afecto, de causar la muerte de otra mujer, que se había aislado de todos, incluida su familia.

Ella había irrumpido en esa fortaleza amurallada. Le intrigaba su imprudencia, evidenciada más recientemente por su cabello rapado. Ese peinado le quedaba mucho mejor que el pelo largo recogido en las mejillas, pero escandalizaría a la corte. Los rizos

rapados enmarcaban sus mejillas, suavizando su rostro. Sus ojos azul oscuro parecían más grandes, la boca más vulnerable. Aún más atractiva.

Olvídate de ella.

Se iría en las próximas semanas. Era una fruta tan prohibida como la manzana para Adán, y tenía que recordar las consecuencias de ceder a esa tentación.

Y ahora tenía mucho que planear.

No tenía ninguna duda sobre las motivaciones de los jugadores. El rey Jacobo, siempre temiendo una invasión inglesa, necesitaba el gran ejército de Betancourt. Niall supuso que Betancourt, que traicionaría a su rey solo si pensaba que los ingleses ganarían, necesitaba un amigo poderoso, y un oído, en la corte. Y Callum MacDowell haría lo que el rey Jacobo le pidiera para mantener su lugar junto al monarca.

James MacDowell acababa de regresar de la corte inglesa. Obviamente, no había oído ninguno de los rumores que tenía Niall, pero eso no importaba. Niall podía darle suficiente información para que Betancourt pensara que el MacDowell sabía mucho más que él.

Betancourt creería mucho más fácilmente a un MacDowell que acababa de regresar de la corte inglesa que a un Malcolm.

La pregunta era hasta dónde llegaría el primo de Elsberth por ella. ¿Cuán profunda era la conexión entre ellos?

Por mucho que intentara negarlo, los celos seguían siendo una aguja punzante dentro de él. Ojalá fuera mejor hombre, pero era jodidamente difícil escuchar a los dos alabarse el uno al otro.

Y luego estaba el asunto de mantener la presencia de Elsberth en secreto.

Una vez que se hiciera de conocimiento general, era de esperar que el MacDowell mayor fuera tras su sobrina. El rey Jacobo se daría cuenta de que la victoria solo podría llegar tras un largo asedio y sugeriría paciencia mientras comenzaba la diplomacia.

Pero Niall quería tender la trampa antes que ellos.

Necesitaría la ayuda de Hammish. Nadie más. Ni siquiera Seamus.

Cuantos menos implicados, mejor.

Niall bajó al campo de entrenamiento. Seamus estaba entrenando a varios de los jóvenes que habían venido de las aldeas

de los alrededores, pero detuvo la sesión cuando vio a Niall.

—¿Dónde está Hammish? —preguntó Niall.

—Ha llevado a algunos hombres para relevar a los que custodian los pasos y caminos —dijo Seamus.

Niall pensó en enviar a alguien a buscarlo, pero decidió no hacerlo. El aire frío y fresco y el largo viaje eran justo lo que necesitaba. Bajó a los establos y pidió a un mozo de cuadra que ensillara el caballo más rápido del establo de los Malcolm.



Hammish había vuelto a patrullar las fronteras de Inverleith después de traer al heredero MacDowell. Llevó consigo una nueva tropa de hombres para reemplazar a los que ya custodiaban los pasos y caminos que conducían a Inverleith.

No tenía ni idea de cómo se sentía realmente Niall tras descubrir que la dama que él creía que era Caitlin Cameron era Elsberth MacDowell. Su hermano mantuvo sus emociones bajo

estricto control, y solo un pequeño tic en su mejilla había reconocido la sorpresa que le había dado su prisionera.

Hammish sintió como si le cayera un peso del estómago. Había notado el nuevo impulso en los pasos de Niall y el brillo en los ojos de la muchacha. No había duda de que ambos se sentían atraídos el uno por el otro.

A él también le gustaba la muchacha e incluso había pensado que tal vez el descabellado plan de Bruce podría llegar a buen puerto. Era hora de que la alegría llegara a Inverleith y a su hermano.

Ahora, nunca podría ser. Su hermano nunca podría casarse con una MacDowell. Como hijo menor, nunca había buscado el mando o la responsabilidad de laird. En verdad, el clan probablemente se apartaría de él y buscaría liderazgo en otra parte.

Nunca superaría lo que sucedió hace tres años. ¿Alguien le había susurrado los detalles a Niall? Por lo que él sabía, nada había salido del clan, pero dentro había suficientes personas que conocían los rumores como para desconfiar de él...

Hammish reemplazó a dos centinelas en un paso por otros nuevos. No era imposible que los MacDowell se acercaran desde un

punto del norte por el mar y cabalgaran hacia el sur a través de las montañas. Dos paradas más y podría volver. Estaba preocupado por Niall. Había visto cómo su rostro se había vuelto visiblemente más duro después de la captura del MacDowell, pero no conocía lo suficientemente bien a su medio hermano como para predecir lo que le haría al MacDowell y a Elsberth.

Hammish no culpaba a Elsberth. No había tenido más remedio que desempeñar un papel cuando fue secuestrada. Hammish solo deseaba que hubiera confiado lo suficiente en alguien como para decir la verdad antes de que Niall la descubriera.

Niall tenía un fuerte sentido del honor y la honestidad. También era un hombre que veía las cosas de forma absoluta. Un hombre era honesto o no lo era. Decía la verdad o no la decía. Era valiente o no lo era.

Esperaba que todos los demás estuvieran a la altura de sus estrictos estándares. Para Hammish, la vida presentaba más compromisos.

Oyó que se acercaba un jinete y levantó la vista.

Era como si hubiera llamado a Niall en su mente. Su medio hermano cabalgaba con facilidad, pero Niall siempre había sido

bueno en todo lo que intentaba.

Hammish acercó su caballo a Niall.

—¿Niall?

—¿Puedes volver a Inverleith?

—Sí. Creo que tus hombres pueden encontrar el camino por sí mismos. —Niall arqueó una ceja ante el uso de sus hombres.

Hammish se acercó y habló con los Malcolm que quedaban, que asintieron.

Luego montó en su caballo.

Cabalgó junto a su hermano, algo que nunca había hecho antes. Incluso la noche anterior, habían estado separados. Niall había cabalgado delante y Hammish detrás.

—¿Es por Lady Elsberth? —preguntó.

Niall lo miró y repuso:

—¿Crees que le haría daño?

—Físicamente, no.

—¿Entonces cómo?

—Ella se preocupa por ti. Es obvio para todos.

—Me mintió.

—¿Nunca has mentido? ¿Ni una sola vez? ¿Ni siquiera por una buena razón?

Niall ignoró la pregunta.

—No todo el mundo tiene tu sentido de la integridad —comentó Hammish después de un largo silencio.

Niall se encogió de hombros.

—Al prisionero le importa la MacDowell.

—Son primos.

—Es algo más profundo que eso —indicó Niall—, pero no es por eso por lo que estoy aquí.

—Me lo estaba preguntando —dijo Hammish con tranquilidad —. No sueles buscarme ni pedirme consejo.

—No es consejo lo que necesito. ¿Le has dicho a alguien quién es realmente Elsberth?

—No. Me dijiste que no lo hiciera.

—Me alegra que alguien me escuche.

—Todo el mundo te escucha —respondió Hammish con ironía —. Simplemente, puede que no estén de acuerdo. Tienen sus propias ideas.

—Como secuestrar a una MacDowell —respondió Niall.

—Eso fue un error.

La mirada de Niall lo atravesó.

—Aquí no hay disciplina. Ni orden. ¿Qué demonios has estado haciendo?

—No os pedí ni a ti ni a Kinner que os fuerais —le recordó Hammish—. No tengo autoridad mientras tú y Kinner seguís vivos.

Niall guardó silencio.

—¿Vas a enviarla de vuelta a Cressingham? —preguntó Hammish.

—No de inmediato.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Huyó porque su tío ordenó su matrimonio con el conde de Betancourt.

Hammish buscó en su mente todo lo que sabía sobre el hombre. A menudo paraban en Inverleith juglares y narradores de

historias. A cambio de una comida y unas monedas, cantaban una canción y llevaban la noticia.

Betancourt había sido objeto de esos cuentos más de una vez. Debía de tener tres veces la edad de Elsberth y era conocido por colgar a los arrendatarios que cazaban furtivamente en sus tierras.

Esperó a escuchar más.

—No fue una escapada como dijo el MacDowell. Ella intentaba llegar a Londres para encontrarlo. Pensaba que él podría ayudarla.

—Y en lugar de eso, se topó con nosotros.

—Esa es una forma de decirlo.

Hammish formuló el siguiente comentario con cuidado.

—Una cosa es retener a un Cameron y otra retener a un MacDowell.

—Es peor que eso. El matrimonio fue concertado por el rey.

Los dedos de Hammish se apretaron alrededor de las riendas. Una guerra con los MacDowell sería desastrosa, pero ¿con el rey? El clan no tenía esperanzas.

Niall nunca había confiado en él hasta ahora. Antes de que Niall se fuera al mar hace tantos años, Hammish no era más que un

muchacho, uno que tenía la mente en los libros en lugar de en el campo de entrenamiento. Todos esperaban que se hiciera cura.

—¿Y el heredero de los MacDowell?

—MacDowell también se opone al matrimonio, pero no puede hacer nada al respecto.

—¿Y tú?

—Hay algo, pero podría perjudicar a Inverleith y a nuestro clan.

—Creo que el daño ya está hecho —dijo Hammish.

Vio la sorpresa en los ojos de Niall y le dolió lo mucho que deseaba la aprobación de su hermano. Nunca lo había tenido de su padre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Niall—. No quieres enviarla de vuelta.

—No a Betancourt.

—¿Estás planeando algo? —preguntó Hammish.

—Sí.

Hammish permaneció en silencio. Conocía a Niall lo suficientemente bien como para darse cuenta de que estaba

pensando en voz alta, que las palabras surgirían sin necesidad de que él las dijera.

—Tendría que confiar en el MacDowell —señaló Niall—. ¿Qué te pareció?

Hammish se sorprendió de que Niall le pidiera su opinión. Pensó en una respuesta durante unos momentos.

—Me recuerda a ti —repuso finalmente.

Niall arqueó una ceja.

—¿Eso es bueno o malo?

—Un poco de ambas —contestó Hammish—. Ninguno de los dos delata mucho de lo que está pensando. Pero él fue solo tras ella. Obviamente tiene un fuerte sentido de la lealtad, si estaba dispuesto a venir a tierras de los Malcolm a buscar a Elsberth sin escolta.

—Más temerario que leal —respondió Niall con sorna.

Hammish se encogió de hombros.

—Te gusta Cait... Elsberth —continuó Niall.

—S.

—¿No te molesta que sea una MacDowell?

—No es culpa suya.

—No, no lo es —asintió Niall.

Hammish esperó de nuevo. Niall estaba dándole vueltas a algo y, obviamente, quería que alguien le escuchara.

—Tengo información sobre Betancourt, pero no pruebas —dijo finalmente su hermano—. No conozco al hombre, y tengo que estar aquí si queremos quedarnos con la chica MacDowell. Pero alguien podría ser capaz de tentarlo para que cometa un error.

Hammish se sentó en su asiento. Había temido que Niall pudiera desquitarse con la mujer. En cambio, quería ayudarla. Se había equivocado una vez más en cuanto a los motivos.

—¿Quieres que yo...?

—Estoy pensando en el MacDowell. Es obvio que se preocupa por su prima. ¿Y quién mejor para acercarse a Betancourt que un miembro de su futura familia? Nadie sospecharía que está aliado con nosotros.

—¿Estará de acuerdo?

Niall se encogió de hombros.

—Ha indicado que podría, pero yo querría a alguien cercano a él. Alguien en quien confíe.

La esperanza de Hammish se había desvanecido hacía unos segundos. No quería plantearla solo para que se hiciera añicos de nuevo. Quería recuperar su autoestima. Quería que le devolvieran la confianza.

Asintió.

Niall no dijo nada más. En su lugar, espoleó a su caballo para que trotara, dejando que Hammish lo siguiera.



Jamie caminaba de un lado a otro por la habitación inquieto. Era cierto que era mejor que el agujero de abajo, con sus frías y húmedas paredes que parecían un ataúd. Aun así, las paredes se le echaban encima.

Odiaba estar a merced de los Malcolm.

Había visto los resultados de sus incursiones. También había sido responsable de incursiones en sus tierras, pero no de las más

recientes. Eran los enemigos despreciados. Bárbaros.

Se habían llevado a su prima.

Le habían prometido una visita, pero no había habido ninguna.

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. El patio estaba lleno de actividad. Los hombres traían animales o carretillas llenas de pertenencias. Los niños jugaban en un rincón.

Inverleith se estaba preparando para un asedio.

Pensó en la conversación que había tenido antes con el líder de los Malcolm. Sabía poco sobre Niall Malcolm, excepto que era el segundo hijo del viejo terrateniente y que, según los rumores, una vez dirigió una incursión en la que murieron mujeres y niños. No era un buen presagio.

Sin embargo, no lo habían dejado en el agujero frío y húmedo donde lo habían encarcelado por primera vez, e incluso allí le habían dado mantas y comida. Aquí, había comido bien y le habían dado una jarra de vino razonablemente bueno.

También descubrió que casi le agradaba el Malcolm y su irónico sentido del humor, incluso cuando estaba dirigido a los MacDowell. Parecía protector con Elsberth, incluso después de descubrir que era

una MacDowell. Se preguntó qué había pasado en el tiempo que su prima había estado aquí.

Aunque realmente no importaba. No había forma de que un Malcolm y una MacDowell pudieran casarse después de aquel acto despreciable de hace más de cien años. Tampoco querría que su prima se casara con uno. No era un hombre supersticioso, pero era cierto que muchas esposas Malcolm habían muerto prematuramente. La maldición había cobrado vida propia.

En cualquier caso, su padre nunca permitiría tal unión. Nunca. Significaría la guerra, y su prima lo entendería.

Su mirada recorrió las defensas de Inverleith. Los muros tenían cuatro metros y medio de grosor y sesenta de altura. No sería fácil tomar la fortaleza.

La única debilidad parecía ser la falta de hombres entrenados. Pero podrían estar patrullando los límites de Malcolm.

Maldijo en silencio su impotencia y volvió a dar vueltas.



Niall entró por las puertas del patio.

Seamus y Bruce parecían estar haciendo un buen trabajo preparando Inverleith. Manadas de animales pastaban justo afuera, y algunos habían sido llevados dentro de las puertas. El entrenamiento continuaba en el patio. Se había duplicado el número de centinelas en la muralla.

Él y Hammish desmontaron, le dieron las riendas al joven mozo de cuadras y entraron en la torre.

El paseo había aliviado parte de la tensión que se había acumulado en su interior. Cada vez estaba más convencido de que su plan podía funcionar.

Primero se detuvieron en la habitación de Elsberth. Estaba absorta en un libro y, de repente, lo reconoció. Las *Guerras Galas* de César en latín original.

Ella levantó la vista al abrirse la puerta y sus labios se abrieron en una sonrisa al ver a Hammish, luego frunció el ceño al encontrarse con la mirada de Niall. Y la mantuvo.

Todavía estaba encantado con el azul intenso y profundo de esos ojos, incluso cuando sabía que no había sido incluido en la mirada que cruzó entre su hermano y la chica MacDowell.

—Puede ver a su primo, lady Elsberth —indicó. Mantuvo la voz fría y sin emociones, aunque, como de costumbre, verla le provocaba una calidez que le inundaba el cuerpo.

Ella se puso de pie, con el alivio reflejado en su rostro. ¿Habría pensado que le había mentido antes cuando le aseguró que James MacDowell estaba ileso?

—Gracias —dijo ella.

—¿Cómo está Alina?

—Está durmiendo. Es lo mejor para ella.

Miró a Hammish, con ojos inquisitivos. Niall se dio cuenta de que no lo había visto desde su transformación de Cameron a MacDowell.

Hammish le dedicó una sonrisa de ánimo y luego se acercó a ella.

—Milady.

Su tímida sonrisa se convirtió en una sonrisa de agradecimiento, y algo tiró del corazón de Niall. Recordó lo difícil que había sido controlar sus emociones, su mezcla de ira y

consternación, incluso cuando había querido acercarse y tocarla con dulzura, no con ese repentino beso de ira.

Pero menos mal que lo había hecho. Tenía que mantenerse alejado de ella, incluso cuando ella tenía que quedarse aquí hasta que su plan funcionara.

O fallara.

Volvió a la puerta y la abrió de par en par.

—Milady —dijo con una voz que le sonó fría incluso a él.

Ella miró hacia Hammish. Él asintió.

Quería esa sonrisa para sí mismo. Dios, pero sabía que algo iba muy mal cuando estaba atormentado por los celos tanto de su enemigo como de su hermano.

Apresuró el paso hacia los escalones y luego abrió el camino. El guardia apostado en la puerta se hizo a un lado.

—¿Algún problema? —preguntó Niall.

—No, laird.

Niall abrió la puerta.

El MacDowell se dio la vuelta de golpe, vio a Elsberth y su ceño fruncido se convirtió en una sonrisa cautelosa.

Elsberth no estaba tan cohibida. Corrió hacia él, lo miró un momento, como para asegurarse de que no lo habían tratado mal, y luego lo abrazó. Luego dio un paso atrás y volvió a mirar. Niall vio cómo su mirada recorría los cortes y moretones del hombre.

El MacDowell se sintió incómodo bajo su mirada.

—No son nada —aseguró con desdén.

—¿Estás ileso? Si los Malcolm te hicieron algo...

—No. Han sido amables.

Los ojos verdes de MacDowell brillaron.

—Le han retenido contra tu voluntad.

Ella negó con la cabeza.

—Quería quedarme. Era... seguro.

MacDowell la miró con preocupación y duda grabadas en el rostro. Estaba claro que, aunque parecía haber aceptado algo de lo que Niall había dicho antes, no estaba convencido.

Niall sintió un nudo en el estómago. Los dos MacDowell se miraban con un afecto que él había conocido muy pocas veces.

—Una bonita reunión —señaló—. Ahora que ambos saben que el otro está vivo y prácticamente ileso, Lady Elsberth volverá a su

habitación.

Ella se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué va a hacer?

—Quiero hablar con su primo. —Se encontró acentuando la palabra *prima*.

—Quiero quedarme.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

Niall se volvió hacia Hammish.

—Lleva a la dama de vuelta a su habitación.

Hammish suspiró.

—Sí.

—Pon a alguien en su puerta para asegurarnos de que no salga de la habitación. Luego regresa.

—No me iré —aseguró ella.

—Puedo llevarla por la fuerza —expuso Niall.

La MacDowell dio un paso hacia él.

Niall vio que la mirada de Elsberth se desplazaba de su rostro al de su primo. Se mordió el labio y luego se rindió.

—Está bien, iré. Pero quiero volver a ver a Jamie.

Jamie. No James ni primo.

—Ya veremos —dijo Niall.

Lo fulminó con la mirada. Toda la suavidad que una vez había visto en sus ojos había desaparecido. La ira brillaba en ellos. Luego pareció envolverse en esa indignación. Se puso rígida y se marchó.

Hammish arqueó una ceja y la siguió.

—¿Era necesario? —preguntó el MacDowell.

—Sí, a menos que quiera ponerla en un peligro aún mayor del que ya está.

—No entiendo lo que quiere decir.

—He aprendido mucho sobre lady Elsberth en los últimos días. Si acepta mi propuesta, es mucho mejor que no sepa nada al respecto, o querrá participar. Eso podría ser muy peligroso.

El silencio de MacDowell fue respuesta suficiente.

—Siéntese —ordenó Niall.

—No me apetece.

—Entonces lo haré yo —dijo Niall, ocupando la única silla de la habitación.

—¿Cuál es su propuesta? —preguntó MacDowell. Se puso de pie junto a la ventana y miró hacia afuera.

—Inverleith es inexpugnable —indicó Niall, leyendo sus pensamientos.

—Sí, si se decide asaltarlo desde fuera —expuso MacDowell—. Pero puede ser una prisión en sí misma.

—Soy plenamente consciente de ello.

—Sabe que mi padre organizará un asedio si no me devuelven a mi prima. El rey dará su aprobación. Todos los clanes que se hayan sentido perjudicados por los Malcolm se unirán a nosotros.

—No se arriesgarían a perder la vida.

—Si fuera usted, no apostaría el futuro del clan Malcolm. Mi padre se toma el honor muy en serio.

—¿El honor? —preguntó Niall, levantando una ceja—. ¿Los MacDowell?

El MacDowell lo fulminó con la mirada.

—Nunca hemos encadenado a una mujer a una roca para ahogarla.

Niall sintió la familiar oleada de vergüenza que le producía que tal incidente hubiera ocurrido en su familia. Aun así, los MacDowell tenían una lista tan larga y horrible de infamias.

Se encogió de hombros.

—Ambos tenemos parientes a los que no podemos defender. Pero ambos también tenemos mucho que perder.

MacDowell se sentó en la mesa.

—¿Qué tiene que ofrecerme?

—Sé quién de la corte inglesa le ha dado dinero a Betancourt. Si le hace ver eso, tendrá que actuar.

—¿Y por qué haría eso?

—Usted no quiere que se case con su prima.

—¿Por qué iba a creer que desafiaría al rey y a mi padre por Elsberth?

—No solo por Elsberth. También por dinero.

—¿Quiere que haga de traidor?

—Sí. Es la única manera. Pensé que quería ayudar a su prima, ¿o su preocupación por ella no es genuina?

La ira estalló en el rostro de MacDowell, pero la controló.

—Es mucho más que eso.

Niall quería explorar eso ahora, pero eso no sería más que una auto tortura. Tenía lo que necesitaba. A MacDowell le importaba mucho Elsberth. Tendría que confiar en eso.

—¿Por qué yo? —preguntó MacDowell.

—Porque pronto toda Escocia sabrá que Elsberth MacDowell está aquí. No puedo irme ahora. Y las palabras que salieran de un MacDowell tendrían mucho más peso que si salieran de la persona que tenía como rehén a la futura esposa del hombre.

—Entonces, planea retenerla aquí.

—A menos que desee que se case con Betancourt.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted? Podría estar llevándome a una trampa.

—Por si no se había dado cuenta, ya le tengo. No le quiero especialmente, pero le mantendré si es necesario para salvar a mi pueblo. Atrapar a Betancourt resuelve nuestros dos problemas. El

rey debería estar muy agradecido con usted por revelar a un traidor, y ya no habría cuestión de matrimonio con Betancourt.

—¿Y usted? ¿Qué saca de esto?

—La paz. Para eso he vuelto.

—¿La paz? —MacDowell arqueó las cejas y miró a Niall con una mirada penetrante.

—Esta disputa entre nuestros dos clanes no nos beneficia a ninguno de los dos. Solo perjudica a nuestros inquilinos.

—¿Cómo cree que podemos atrapar a Betancourt?

—Vaya a Edimburgo. Dé un nombre a uno de sus criados. Espere a que intente localizarle. Luego, acuerde un lugar de encuentro donde un hombre del rey pueda escuchar. Sáquelo de su escondite. Deje que se condene a sí mismo.

—¿Y usted?

—Mantendré aquí a lady Elsberth. Estará a salvo. Si me necesita en cualquier momento, envíe un mensajero.

—¿Quién?

—Uno de los míos. Se quedará donde pueda localizarlo.

—¿No confía en mí?

—Mientras tenga a Elsberth, sí. Y puede que usted necesite ayuda.

—¿Y me la dará?

—Haré lo que pueda.

—Eso es reconfortante —dijo el MacDowell con sarcasmo.

—No se equivoque. Ojalá pudiera ocupar su lugar. Si pudiera encontrar la manera, lo dejaría en la celda de abajo. Pero como hijo de MacDowell, usted tiene acceso a Betancourt que yo no tengo.

MacDowell se puso de pie.

—Se arriesga mucho al desafiar al rey y mantener a Elsberth aquí.

Niall no respondió.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije. Me siento responsable de su prima.

MacDowell lo estudió durante un largo rato.

—No estoy convencido de que sea seguro para ella.

—De momento, es el único lugar seguro en Escocia para ella.

—¿Garantizará su seguridad?

—Sí.

—Si le hace daño, lo destruiré —aseguró MacDowell, y luego enfatizó—: Cueste lo que cueste.

Llamaron a la puerta. Niall la abrió. Hammish entró.

Niall ignoró a MacDowell.

—Únete a nosotros, Hammish. Acabo de explicárselo todo a MacDowell.

Hammish miró a MacDowell.

—¿Ha aceptado?

MacDowell vaciló. Miró de Niall a Hammish y finalmente asintió.

—¿Me da su palabra?

—Sí.

Niall sintió un fugaz momento de triunfo, pero con él llegó el conocimiento de que el plan, tal como estaba, dependía de las engañosas habilidades de MacDowell. Quería estar en medio de ello. No quería ser el titiritero, observando desde lejos. Tampoco deseaba quedarse aquí, cerca de Elsberth MacDowell.

—Entonces está hecho.

—¿Cómo salgo de aquí?

Ese era un problema que Niall aún no había resuelto del todo.

—Le ayudaré a escapar —apuntó Hammish.

Ambos se volvieron y lo miraron fijamente.

—Haré ensillar dos caballos. MacDowell puede llevar un casco y uno de mis plaids. Le diré a los centinelas que nos han enviado a hacer un recado urgente.

Niall entrecerró los ojos.

—Parecerás un traidor.

—Sí —afirmó Hammish—. Pero es una forma de sacarlo sin poner en peligro a nadie. —Sonrió torcidamente—. Tengo motivos si me descubren. Puedo decir que tú usurpaste mi lugar y llevaste a nuestro clan por un camino peligroso al retener a lady Elsberth. Aseguraré que los MacDowell me prometieron a mí y al clan protección.

Habría sido mentira si Niall hubiera dicho que no había pensado en eso. Pero no podía pedirle a Hammish que asumiera el papel de traidor.

—Es la única manera, Niall —señaló Hammish en voz baja.

Niall miró a MacDowell, que estaba escuchando atentamente.

—¿MacDowell? —El hombre asintió.

—Usted hizo un juramento de destruirme si algo le sucedía a Lady Elsberth —le recordó Niall con los dientes apretados—. Ahora yo le hago uno a usted. Si algo le sucede a mi hermano, será mejor que nunca más se aventure lejos de Cressingham.

MacDowell se encogió de hombros.

—Usted tiene lo que quiero. Yo tendré lo que usted quiere. Un contrapeso para ambos.

Niall se sintió enfermo. Hammish no solo arriesgaría su vida, sino su lugar como Malcolm.

—¿Tanto significa para ti? —preguntó Niall.

—Eso parece —dijo Hammish con ligereza.

Niall miró a ambos hombres.

El MacDowell asintió a regañadientes.

Niall sintió que la arena se deslizaba bajo él. Realmente no quería esto.

Pero no veía otra opción.

Capítulo 18

MacDowell pidió que Elsberth no se enterara.

—Ella no querría que nadie se pusiera en peligro en su nombre. Tiene una preocupante tendencia a tomar el control de los acontecimientos y meterse en problemas. —Las palabras fueron dichas con una ternura y comprensión que irritaron a Niall.

Pero después de que ella se hubiera hecho pasar por una Cameron e intentara escapar como un muchacho, él no pudo estar en desacuerdo.

Aun así, sabía que sería una de las partes más difíciles del plan. Tendría que decirle que su primo había escapado sin ella y que Hammish se había ido con él. No le gustaba mentir. Era insoportable que tuviera que hacer lo que tan recientemente la había acusado de hacer. ¿Creería ella que Hammish podría ser un traidor a su familia?

Se preocuparía de eso más tarde. Tenía otros asuntos que requerían su atención. Seamus, por ejemplo. Todavía no le había contado ni a Seamus ni a Bruce lo de Elsberth.

¿Creería ella que Hammish podría ser un traidor a su familia?

Se preocuparía de eso más tarde. Tenía otros asuntos que requerían su atención.

Seamus, por ejemplo. Todavía no le había contado ni a Seamus ni a Bruce lo de Elsberth. Ya era hora.

Sonó el gong para la cena. El gran salón se llenó con el triple de personas que solían comer. Se esperaba que él fuera.

Niall bajó a la cocina y ordenó que se entregaran bandejas de comida tanto a Elsberth como a MacDowell. También se aseguró de que ambos tuvieran un guardia en la puerta. Se ocupó de elegir a un holgazán para vigilar a James MacDowell.

Luego fue a cenar.

A diferencia de las comidas anteriores, los miembros del clan estaban tranquilos. Hablaban en voz baja en lugar de hacerlo con el bullicio habitual. Era obvio que las dos recientes incursiones los habían enfurecido y asustado. Echaban rápidas miradas a su nuevo

señor, sin ocultar su incertidumbre sobre su temple. Él lo reconocía y sabía que solo el tiempo crearía confianza.

Pero no tenía tiempo.

Le pidió a Seamus que se sentara a su lado. Bruce había tomado el lugar de Hammish en la supervisión de las patrullas.

—¿Estamos listos? —preguntó Niall.

—¿Para un asedio? Sí. Tenemos comida y agua. Y aunque debemos que preparar a más hombres, ellos están aprendiendo rápido. Además, tenemos a MacDowell. Nadie asaltará la fortaleza mientras lo tengamos.

Se aferraban a eso. ¿Cómo se sentirían cuando él desapareciera? ¿Cuando Hammish desapareciera?

Él y Hammish habían debatido si decírselo a Seamus. Era tan leal y honesto como cualquier hombre podría serlo. Pero si dejaba escapar algo, la vida de Hammish podría estar en peligro. Aun así, por el bien de Hammish, alguien además de Niall tenía que saberlo.

Niall volvió a su comida, que había mejorado considerablemente. Intentaría contratar a la madre de Alina como cocinera permanente. Su marido podría ocupar cualquier puesto.

Ese pensamiento era igual de inquietante. Significaba que en algún lugar de su interior estaba considerando quedarse.

¿Dónde diablos estaba Kinner?

Niall deseaba con todas sus fuerzas que Kinner regresara. No era bueno en los subterfugios.

Ahora estaba tejiendo una red que podría atraparlo a él y a su clan, así como a su presa.

Pensó en Elsberth. Poco a poco se estaba acostumbrando al nombre. ¿Seguía preocupada por su primo? ¿Por su propio futuro? Sabía que no podía hacer nada, ni decir nada, para ayudarla.

Después de cenar, fue con Seamus a la armería.

Como no había hecho eso desde que había regresado, Seamus se quedó de pie y esperó.

—Se cometió un error cuando Bruce secuestró a la dama que vosotros conocéis como Lady Caitlin Cameron —dijo Niall.

Seamus frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Vosotros secuestrasteis a Lady Elsberth MacDowell.

Seamus abrió la boca y luego la cerró.

—Los MacDowell asaltaron el pueblo la otra noche porque la estaban buscando —prosiguió Niall—. Ella estaba tratando de huir de un matrimonio planeado para ella. Cuando llegó aquí, tenía miedo de decirnos quién era en realidad.

—¿Una MacDowell? —preguntó Seamus maravillado—. Pero...

—Te gustaba —terminó Niall.

—Sí —afirmó Seamus—. Habría sido una buena... —Se detuvo de nuevo.

Niall sacudió la cabeza. Al parecer, el deseo de encontrarle una esposa no parecía tener fin.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Seamus.

—Ella es nuestra responsabilidad —continuó Niall—. Se quedará aquí por el momento.

Seamus se quedó callado por un momento antes de hablar.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos ir a la guerra por tu esposa. Pero... ¿por una MacDowell?

—Es una cuestión de honor —lo interrumpió Niall.

—Al menos tenemos al heredero MacDowell.

Niall sabía que, tarde o temprano, tendría que contarle a Seamus su plan, pero aun no.

—Sí —dijo, sintiéndose como el peor de los mentirosos—, tenemos al heredero MacDowell.

—¿Y la dama?

—Debe ser tratada con el respeto que su rango merece. Y por lo que ha hecho por Alina y por otros también.

Niall observó cómo el hombre luchaba con sus propias emociones.

—Sí, es muy querida —dijo Seamus—. Pero eso fue antes...

—Es la misma persona. Su cuidado por los heridos no fue un subterfugio.

—Debería haber dicho que... —Se detuvo de repente.

—¿Decir qué? No sabía nada de nosotros, excepto que secuestrábamos mujeres jóvenes y éramos enemigos de su clan desde siempre.

Seamus se sonrojó.

Niall continuó.

—Te lo digo porque no pasará mucho tiempo antes de que los MacDowell y el resto de Escocia sepan que Caitlin Cameron está en casa y que Elsberth MacDowell es la desaparecida.

—¿Ella te lo dijo?

—No, su primo. El MacDowell.

—¿La devolvemos?

—No. Puede sernos útil en las negociaciones.

Seamus asintió.

—¿Se lo digo a los demás?

—Sí, pero no quiero que le falten al respeto ni sean descortés.

—Me encargaré de ello. ¿Eso no se extiende al MacDowell?

—No —negó Niall—. Lo trasladaron a donde está por razones políticas, pero no me importa lo que le pase. —Era cierto, hasta cierto punto. No le importaba una vez que su tarea estaba cumplida. En realidad, no le importaba en absoluto el MacDowell.

La seguridad en sí mismo del hombre le irritaba. Si Niall era realmente honesto, se dio cuenta de que no era su seguridad en sí mismo, una cualidad que normalmente respetaba. Era el vínculo obvio entre él y Elsberth.

Ella está fuera de su alcance.

Incluso si no fuera una MacDowell y la maldición no tuviera sentido, siempre viviría con el temor de que otra de sus esposas pudiera morir en el parto, junto con el niño. No creía que pudiera sobrevivir a otra agonía como esa. Todavía sentía el dolor agudo del recuerdo. De la pérdida. De la culpa.

No deseaba pensar en ello multiplicado. Dio las buenas noches a Seamus.

Todo estaba en su sitio. El MacDowell escaparía esa noche con la ayuda de Hammish. Se preguntó si Elsberth se sentiría traicionada por su primo.

Probablemente no debería haber interrumpido la visita entre Elsberth y el MacDowell, pero el tiempo era escaso. Y Elsberth no podía saber lo que estaba a punto de suceder. El más mínimo desliz podría significar un desastre para todos ellos.

¿Era esa realmente la razón? ¿O quería mantener a la muchacha lejos de su primo?

Mañana la dejarían completamente sola.

Niall no quería eso, pero no veía otra alternativa. Tenía una última parada esta noche.



Jamie pasó la tarde dando vueltas por la habitación.

Era un prisionero, pero peor aún, temía que lo estuvieran manipulando.

Antes le había parecido correcto. No dudaba de que Betancourt fuera un traidor.

Siempre había despreciado al hombre.

Pero también había despreciado a los Malcolms. ¿Cómo podía confiar en Niall Malcolm?

Aun así, se sentía mucho más cómodo, y Elsberth parecía estar bien. ¿Se había equivocado sobre los Malcolms todos estos años?

¿Podía confiar en el nuevo laird?

El hombre no era el depredador delirante que había esperado cuando fue capturado por primera vez. En ese momento había pensado que su vida había terminado.

Sin embargo, se había preguntado por la hostilidad latente de Malcolm, incluso cuando su enemigo le proporcionaba un

encarcelamiento civilizado.

Jamie detestaba su sensación de impotencia. No podía ver a Elsberth para asegurarse de que realmente estaba a salvo. Solo había tenido unos momentos para verla. Sus ojos habían estado brillantes, su saludo cálido. No había mostrado ningún temor a sus captores, pero tampoco esperaba menos. Era una MacDowell.

La puerta se abrió. Niall Malcolm entró con paso firme.

—¿Otra visita tan pronto? Es un honor —dijo Jamie con voz sarcástica.

—Tenemos que hablar de algunos detalles —indicó el Malcolm, ignorando tanto sus palabras como su actitud.

Jamie se cruzó de brazos y se apoyó en la pared. No iba a ponérselo fácil a su captor.

—Necesita información —comenzó Malcolm secamente—. Los rumores sobre Betancourt procedían, como dije, de espías franceses y de diplomáticos que intentaban negociar un matrimonio entre la hermana del rey Enrique, María, y el rey francés.

—Se hablaba de eso en Londres —aseguró Jamie.

—Los franceses desconfían del rey Enrique y de sus ambiciones en Europa, y en particular de Wolsey, que es el poder en Inglaterra ahora. Luis cree que los escoceses son la única razón por la que Enrique no les ataca.

Jamie asintió. Había escuchado muchos de los mismos sentimientos en la corte escocesa. Tanto los escoceses como los franceses sentían que el rey Enrique tenía la vista puesta en Francia, pero temían ser atacados por su vecino del norte si atacaba. Y el rey Enrique tenía motivos para creerlo. Si los ingleses atacaban Francia, el rey Jaime sin duda aprovecharía la oportunidad para avanzar hacia el norte de Inglaterra.

—Los franceses no quieren que Escocia se debilite —continuó Niall—. Enrique sí. Un diplomático me dijo que Wolsey juró que Escocia se derrumbaría desde dentro. Se presentó como una razón para un matrimonio entre Luis y la princesa María. El diplomático dijo que Francia no podía depender para siempre de que Escocia fuera un obstáculo para una invasión inglesa de Francia, que algunos nobles escoceses hambrientos de tierras y títulos ya habían prometido lealtad a Enrique a cambio de más tierras.

>>Otro espía francés identificó a uno de esos hombres como Betancourt. Me pasó la información porque hemos hecho negocios juntos en el pasado. Había oído que las tierras de Malcolm podrían estar entre la recompensa. Otros confirmaron la historia de que emisarios de Enrique se estaban reuniendo con terratenientes escoceses.

—¿Betancourt fue el único hombre mencionado? —preguntó Jamie, intrigado a su pesar. Todo tenía sentido.

—Sí. Se decía que Buckingham era el intermediario con Betancourt. Se mencionó la suma de veinticinco mil libras, así como nuestras tierras. También podría haber otros traidores, pero Betancourt era el único nombre mencionado específicamente.

El Malcolm hizo una pausa.

—Esta noticia fue una de las razones por las que regresé cuando lo hice. Quería establecer alianzas. Sería necesario que se me creyera. —El Malcolm hizo una pausa y luego añadió—: Esperaba poner fin a esta disputa entre nuestros dos clanes.

Jamie no respondió de inmediato. Pensó que lo habían enviado a Londres para evitar que protestara por el matrimonio entre Elsberth y Betancourt. Su padre sabía que la consideraba una

hermana y, además, una persona querida. Quizás también había algo más. Quizá el rey Jacobo había oído rumores de traición y esperaba que Jamie pudiera enterarse de algo en la corte.

Si esto último era cierto, ciertamente no había oído nada de interés más allá de las continuas preocupaciones sobre las intenciones de Francia y España. Había transmitido los saludos del rey Jacobo al rey Enrique y su pésame por la muerte del hijo recién nacido de Enrique. No se había demorado en una corte donde los escoceses eran considerados rufianes groseros.

También le desconcertó la declaración de Malcolm de que tenía la intención de poner fin a la disputa entre los dos clanes. No había duda de que estaba desangrando a ambas familias. Pero su padre... odiaba a los Malcolm y había dado permiso al segundo al mando de los MacDowell, Ewan, para que los asaltara y acosara en cada oportunidad.

—¿Cómo sé que esto es cierto? —respondió finalmente.

—Si yo fuera usted, también sospecharía —señaló el Malcolm.

—Entonces, ¿por qué debería creerle?

—Porque espero que se preocupe por su rey y su país tanto como de Lady Elsberth. Si Betancourt es un traidor y puede reclutar

a otros, James tendrá una daga en la espalda. Si las tierras escocesas van a parar a manos de forasteros, Escocia quedará dividida y debilitada.

Jamie asintió. *Era peligroso*. Betancourt era un hombre poderoso, y los Malcolm habían recibido su información de los franceses. Bien podría ser una trampa para dividir la corona escocesa, o incluso abrir más brechas entre ingleses y escoceses. Su cabeza bien podría estar en juego.

Y, sin embargo, si Malcolm tenía razón, debería ser bastante fácil de demostrar por la respuesta de Betancourt a varias preguntas.

Aun así, no le gustaba dejar a Elsberth aquí, con el enemigo. Instintivamente creía a Malcolm, pero había creído a otros antes y resultó estar equivocado. Tampoco le gustaba la forma en que Malcolm miraba a Elsberth. Era difícil interpretar el rostro del hombre, pero antes había habido un breve destello de ira y deseo cuando él y Elsberth se habían saludado. Había durado tan poco que ni siquiera estaba seguro de haberlo visto. Un parpadeo, nada más, antes de que la expresión de Malcolm volviera a estar controlada.

—Aquí está más segura —añadió Malcolm. Obviamente había visto el descontento en los ojos de su prisionero.

—No estoy tan seguro.

—Ella desapareció una vez. ¿Cree que su padre le daría otra oportunidad? Bien podría intentar casarla de inmediato.

Jamie sabía que eso era exactamente lo que haría. Aun así, iba en contra de todo lo que creía dejarla aquí.

—Quiero hablar con ella primero. A solas.

El Malcolm frunció el ceño.

—De lo contrario, no me iré —aseguró Jamie.

—Sí, puede verla —concedió Niall de mala gana.

—¿Y qué le digo a mi padre?

—Que usted pudo escapar, pero ella no.

—Le pedirá al rey que exija su liberación.

—Espero que pueda desenmascarar a Betancourt antes de que tenga la oportunidad de actuar. —Jamie estaba acosado por aún más dudas—. ¿Por qué arriesgaría tanto por una chica MacDowell?

—Ya se lo he dicho. Me siento responsable de su situación. El honor exige que lo arregle.

—Y al hacerlo, tal vez resuelva otro problema —dijo Jamie, con cinismo en sus palabras—. Yo no dependería de congraciarme con mi padre, si fuera usted. O con el rey. Ambos podríamos acabar decapitados. El mío, sin embargo, estaría en peligro inminente.

El Malcolm no discutió el punto.

—¿Cuándo me voy? —preguntó Jamie finalmente.

—Esta noche.

—Pero primero veré a mi prima a solas.

—No puede conocer el plan.

—No —asintió Jamie. No disfrutó del momento de comprensión que se produjo entre ellos. Sin embargo, no podía criticar el razonamiento de Malcolm.

—¿Se puede confiar plenamente en su hermano, Hammish?

El Malcolm vaciló un segundo de más antes de decir:

—Sí. Si no fuera así, no lo habría confiado a usted.

Era una advertencia, intencionada o no, que hizo que Jamie se detuviera. Aun así, no vio otra opción. Había demasiado en juego.

El Malcolm lo estudió por un momento y luego asintió.

—Ahora le llevaré con ella. —La voz del Malcolm se endureció ligeramente, y Jamie volvió a preguntarse qué había ocurrido desde que Elsberth había entrado en esta fortaleza.



Sonó el gong de la cena, pero nadie la había invitado a salir de esta cámara. Elsberth se había puesto uno de los vestidos que Moira le había proporcionado y se había cepillado el pelo corto hasta que brillaba.

Luego se había sentado y esperado. Seguro que Hammish vendría a buscarla, aunque Niall no lo hiciera.

El laird la había estado evitando desde que descubrió su identidad. Eso estaba claro. Le dolía por dentro que fuera cierto. Lo echaba de menos, echaba de menos su mirada penetrante y su tacto suave. Una oleada de calor la invadió al recordar sus labios en los suyos, la forma en que su cuerpo respondía al suyo.

Un dolor agonizante se apoderó de su pecho, aunque sabía lo tonto que era. Niall era el enemigo de su familia, y solo se conocían desde hacía poco. ¿Cómo podía tener sentimientos tan fuertes? Intentó convencerse de que era solo que nadie le había prestado atención antes. Estaba reaccionando a una admiración que era nueva para ella. Su corazón no estaba involucrado. Solo su orgullo.

Se repetía eso a sí misma.

Entonces, ¿por qué sentía una pérdida tan devastadora?

Intentó concentrarse en Jamie. ¿Qué planeaba hacer Niall con él? No podía imaginar nada terrible. Podía ser duro y frío, pero también había algo tierno y vulnerable en él.

¿O solo lo imaginaba?

Llamaron a la puerta y su corazón dio un vuelco.

Jamie entró. Solo. Sintió una vergonzosa decepción porque Niall no estaba con él.

Jamie la miró durante un largo momento, sus ojos buscando los de ella.

—¿De verdad estás ilesa? —preguntó.

—Lo estoy —afirmó ella en voz baja—. Nadie ha sido cruel, ni siquiera cuando descubrieron que era una MacDowell.

—¿Y el Malcolm?

—Se ha asegurado de que esté cómoda —aseguró ella.

—¿No ha... forzado tus atenciones...?

—No —negó ella, y no era mentira. Había invitado a sus atenciones, pero no podía decirle eso a Jamie.

Él levantó su barbilla con la mano cerrada para mirarla a los ojos.

—Pareces triste.

—Estaba preocupada por ti.

—¿Qué te ha pasado en el pelo?

—Me lo corté.

—Me di cuenta —dijo con ironía—. La pregunta entonces es ¿por qué? —Ella no quería responder a eso—. ¿Elsberth?

Lo conocía lo suficiente como para saber que esperaría una respuesta.

—Iba a vestirme de chico e intentar marcharme cuando se abrieran las puertas ayer por la mañana.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Vi como te traían.

Le dedicó una sonrisa torcida.

—¿E ibas a intentar salvarme?

—Así es, pero luego decidí... —Se detuvo.

—¿Decidiste qué? —insistió él con suavidad.

—Suplicarle al Malcolm que te liberara.

—¿Y qué dijo?

—Nada —contestó ella con tristeza.

—¿Pensaste que me dejaría ir solo porque se lo pediste? ¿Por qué iba a hacerlo?

Ella no respondió. Él odiaría el hecho de que ella hubiera suplicado por él.

Sin embargo, solo la miró con esa expresión inquisitiva.

—Ten cuidado en quién confías, Elsberth.

—¿Qué va a hacer él contigo?

Se encogió de hombros.

—Mantenerme como rehén.

—¿No te ha maltratado?

—No. ¿Has dado tu palabra de no escapar?

Algo parpadeó en sus ojos.

—No. Pero estoy bien custodiada, y él sabe que nadie puede salir de Inverleith sin su permiso.

—Tu padre se pondrá furioso.

—A menudo lo está.

—Con los Malcolm, quiero decir. ¿Eso te preocupa? —Preguntó él.

—Sí. Aquí hay niños. Y gente que no ha hecho más que vivir en tierras de los Malcolm.

Levantó una ceja ante su defensa.

—Lo mismo podría decirse de los inquilinos MacDowell.

—No quiero que nadie salga herido por mi estupidez.

—Ojalá hubiera estado en Cressingham —dijo en voz baja.

—Allí no podrías haber hecho nada por mí. Mi única oportunidad era encontrarte en Londres sin que nadie lo supiera.

—Ah, mi pequeña leona. No puedo imaginar a otra mujer intentando lo que tú hiciste.

—¿No estás enfadado con Caitlin?

—¿Por ayudarte? No. Me gustó que lo hiciera.

—Oh, Jamie, me alegro tanto. Tenía miedo...

—¿Tienes tan poca fe en mí? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Ella lo abrazó con fuerza. Él era la única persona que la había amado desde que su madre y su padre habían muerto. Había sido su protector de niños, y más tarde un querido amigo y hermano.

—Oh, no —dijo ella—. Yo sí tengo fe en ti.

—Prométeme algo.

Ella lo miró.

—Nunca olvides lo que acabas de decir. Y nunca dudes que te quiero y que siempre te protegeré.

Un escalofrío la recorrió. Tuvo la extraña sensación de que él estaba tratando de decirle algo que no podía expresar con palabras.

—Confío en ti —aseguró simplemente.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el Malcolm había entrado en la habitación y los miraba fijamente con esos ojos inescrutables.

Capítulo 19

Jamie miró a la chica que había llegado a significar tanto para él. Recordó cuando llegó por primera vez a Cressingham. Tenía solo cinco años y estaba obviamente asustada y desconcertada.

Pero aun así se había acercado a él, lo había mirado fijamente durante un largo rato y luego había anunciado con bastante solemnidad que esperaba que él fuera su protector. Había sido pura bravuconería. Él había sonreído, y ella lo había hecho sonreír muchas veces desde entonces. Las sonrisas habían sido poco frecuentes antes de que ella apareciera.

Su vida había sido entrenamiento y disciplina. Su madre y su padre estaban a menudo en la corte, y su orientación provenía de un segundo al mando amargado y de varios tutores e instructores de armas exigentes. Poco después de la llegada de Elsberth, la

encontró fuera de la sala donde se celebraban las sesiones de tutoría. Aunque el material era avanzado, ella tenía una sed de conocimiento que siempre se le escapaba. Sin embargo, le había divertido e insistió en que se le permitiera quedarse en las sesiones.

A medida que crecía, lo veía practicar con la espada y otras armas y, a los doce años, le pidió que le enseñara a hacerlo.

La espada era casi tan larga como ella, y aun así había trabajado en blandirla y usar un escudo. Continuó hasta que pudo vencer al menos a algunos de los peores soldados de MacDowell. Su tamaño ayudó. Podía entrar y salir rápidamente mientras que otros se veían obstaculizados por una armadura pesada.

Tenía una determinación tenaz que divertía y le hacía querer a casi todos los soldados. Su deseo de ayudar a menudo terminaba en desastre. Una vez, cuando decidió que la comida estaba demasiado sosa, le añadió grandes cantidades de pimienta. Todos los hombres estornudaban y resollaban.

No mucho después, su padre consiguió un buen cocinero.

Todos esos pensamientos pasaron por su cabeza mientras la miraba y sabía que al día siguiente ella se sentiría traicionada por él.

Se preguntó, no por primera vez, si debía contarle el plan, pero era muy consciente de su impulsividad.

Así que le devolvió el abrazo, sintiéndose incómodo al hacerlo. Su familia no se permitía gestos de afecto. Aunque ella a menudo lo abrazaba, él nunca iniciaba tales gestos. Tampoco lo había hecho con Caitlin.

Entonces se dio cuenta del hombre que estaba detrás de él.

Había descubierto lo que quería saber. Elsberth no le tenía miedo a Niall Malcolm, ni a ninguno de los Malcolm. Aunque le repugnaba dejarla allí, no tenía otra solución. Ella debería estar lo suficientemente a salvo.

—Debes irte. —dijo Jamie.

Se volvió y miró al Malcolm. Tenía el corazón en un puño y, de repente, él se dio cuenta de que...

No podía ser. *No un MacDowell y una Malcolm*. Ninguna de las dos familias lo toleraría. Luego estaba la maldición. Ninguna mujer Malcolm...

¡No!

Juró que volvería y se llevaría a Elsberth a vivir con Caitlin y él.

Niall había abierto la puerta, sin esperar ver a Elsberth en brazos de MacDowell, ni escuchar las palabras suavemente pronunciadas de Jamie MacDowell:

—Te quiero —y su respuesta—: Confío en ti.

¿Qué había dicho ella antes de que él entrara?

Palabras que le hubiera gustado escuchar, y nunca lo haría. Ella se enteraría de lo que él había planeado, poniendo su amor en peligro y ocultándole el secreto.

Nunca le perdonaría, incluso cuando se diera cuenta de que lo habían hecho por ella. Especialmente entonces.

Elsberth no hizo ningún intento de alejarse del MacDowell. En cambio, parecía acercarse, como si buscara su protección.

Volvió la mirada hacia Elsberth.

—Es hora de volver —dijo brevemente.

El MacDowell volvió a mirar a Elsberth.

—Recuerde lo que te dije.

Elsberth frunció el ceño como si intuyera que no todo era lo que parecía. Él se había dado cuenta antes de que se perdía de todo

y era inusualmente sensible a los matices. Ahora su mirada se movía de hombre en hombre. Había preguntas en sus ojos.

MacDowell también lo vio. Se volvió hacia Niall.

—Gracias por la visita.

—Confío en que le haya tranquilizado en cuanto a su tratamiento —respondió Niall.

—Tanto como podría, viendo que está en manos de Malcolms —respondió MacDowell.

Luego ambos salieron de la recámara.

—He ordenado que le suban la cena.

Ella lo miró con sus solemnes ojos azules que siempre lo afectaban de una manera ridículamente embriagadora. Él deseaba compartir la cena con ella, pero ya sabía cómo lo afectaba, la extraña forma en que su corazón se movía cada vez que la miraba a la cara.

Tampoco estaba seguro de cómo sería recibida como MacDowell, a pesar de su advertencia a Seamus. No quería que sufriera más de lo necesario. Y no tenía dudas de que esta noche, la fuga de su primo sin ella, la heriría.

Sin embargo, era la única forma que conocía para mantenerla a salvo.

—Buenas noches, milady. ¿Le dirá a Robina si necesita algo?

—¿Puedo ver a Alina?

—Sí.

Cuando cerró la puerta tras de sí, supo que no podía ignorar la expresión de desolación de su rostro.



Hammish se sentó junto a su hermano a la cabecera de la mesa. Aunque la cena había terminado hacía mucho tiempo, todos se demoraban, buscando consuelo en la compañía.

Las bebidas fluían. La melancolía se convirtió en jactancia. La captura del MacDowell y la posibilidad de un asedio eran embriagadores y aleccionadores a la vez. Las risas eran más fuertes de lo habitual. La guerra era una aventura, el pasatiempo legítimo de los guerreros, pero esta vez se enfrentarían al favorito de un rey y tal vez al propio rey.

El salón estaba mucho más lleno de lo habitual. Las mujeres de las aldeas periféricas se sentaban en silencio, con ojos preocupados y voces mudas.

En realidad, a Niall le hubiera gustado estar en cualquier otro lugar, pero sabía que era importante dar una imagen de confianza, sobre todo cuando todos los presentes se enteraran de la fuga del MacDowell y pronto se enterarían de la traición de Hammish por la mañana.

¿Había tejido una telaraña que pudiera atrapar incluso a la araña?

Hammish estaba callado, sin duda pensando en la velada que tenía por delante. Niall se volvió hacia él.

—¿Estás seguro de esto?

—Sí.

—Ven a verme si necesitas algo. Se lo contaré a Seamus cuando te hayas ido y le pediré que guarde el secreto. Alguien más que yo debería saberlo.

Hammish asintió.

Niall volvió a su comida, pero no pudo comer. Estaba jugándose al menos tres vidas, tal vez más.

—Visita a la chica —habló Niall finalmente—. Llévala a ver a la potra.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sospecho que se siente muy sola.

—Podrías llevarla tú —repuso Hammish.

—Creo que te prefiere a ti.

Hammish negó con la cabeza.

—No lo creo, Niall, pero haré lo que me pides. —Su expresión decía que sospechaba la verdadera razón, que Niall ya no confiaba en sí mismo con su hermosa invitada.

—Entonces preséntate en mi cámara.

Hammish tomó un sorbo de vino y le dirigió a Niall una sonrisa irónica.

—Por supuesto, laird.



Elsberth mordisqueó su comida, que hacía tiempo que se había enfriado. No entendía muy bien por qué no podía cenar con su primo, o con el clan Malcolm en el gran salón. ¿Era porque era una MacDowell? ¿Ahora todos conocían su verdadera identidad? Se sentía como una leprosa.

Terminó y abrió la puerta. Un Malcolm estaba afuera.

—Me gustaría ver a Alina.

El miembro del clan asintió y ella caminó hacia la siguiente habitación. Alina levantó la vista al entrar y luchó por sentarse. Una sonrisa se extendió por su pálido rostro.

—Milady.

La sonrisa iluminó el humor gris de Elsberth. Se sentó y tomó la mano de la niña.

—¿Puedo ofrecerte algo?

—Mamá acaba de venir con sopa.

Elsberth miró la mesa junto a la cama. Allí había un plato de sopa con pan y agua.

—¿Puede ayudarme a comerla?

—Me encantaría.

La tímida sonrisa de Alina se amplió.

—Estaba aquí tumbada pensando en ello, pero...

Elsberth cogió el cuenco y la cuchara y se los acercó a los labios de Alina. La joven se lo tragó. Elsberth continuó hasta que la sopa se acabó y Alina se había comido el pan.

—Se nota que estás mejor —comentó Elsberth.

—Gracias a usted —indicó Alina—. Ha sido muy amable.

—Me caes muy bien. —dijo Elsberth—. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Sí.

Elsberth buscó en su memoria.

—Había una vez una joven doncella que vivía con su padre en el bosque. Él cazaba para comer y encontraba leña para el fuego. Pero ella se sentía muy sola. No tenía niños con los que jugar, ni, a medida que crecía, ningún joven que la buscara. Un día, salió a caminar y encontró la cascada más hermosa que había visto en su vida, y empezó a ir allí todos los días. Hizo amistad con los animales del bosque que se aventuraban hasta la cascada, entre ellos un

cervatillo y su madre. Había liebres y ardillas que comían de sus dedos. Y pájaros que bajaban volando y revoloteaban a su alrededor. Incluso un lobo se unió a ellos. Parecía que había una tregua alrededor de la mágica cascada. Y ella aprendió de ellos. Le enseñaron a encontrar las setas, las verduras y las cebollas más selectas. Sin embargo, se preguntaba quién vendría a compartir el reino mágico con ella.

>>Entonces su padre se hizo daño con el hacha y ella tuvo que quedarse y cuidarlo. Había poca comida y no sabía cómo alimentarlos. Los animales esperaron a que ella llegara a la cascada, pero después de varios días sin ella, el ciervo decidió averiguar por qué. Se aventuró con mucha cautela cerca de la pequeña granja, sabiendo que la niña le había advertido muchas veces que su padre cazaba animales y que ellos debían permanecer escondidos durante el día.

Los ojos de Alina se iluminaron mientras escuchaba con atención.

—¿Qué pasó?

—Sofía, se llamaba Sofía, salió. Una lágrima cayó de uno de sus ojos mientras le contaba al ciervo lo que había pasado. Los

demás animales se reunieron a su alrededor, queriendo ayudar, pero ninguno sabía qué hacer. No les importaba el cazador, pero habían llegado a querer a Sofía, que era tan amable, y no querían verla tan triste.

>>Entonces el ciervo se dio la vuelta y huyó. Las liebres, sin embargo, se quedaron, sabiendo que estaban a salvo. Los pájaros se posaron alrededor de la granja. El lobo se unió a ellos, ignorando a las liebres que corrían de un lado a otro angustiadas.

>>Todos estaban protegiendo a Sofía...

Elsberth oyó que la puerta se abría suavemente y vio a Hammish en el umbral. Las luces parpadeantes de la vela proyectaban sombras en su rostro, dándole un aspecto oscuro y reservado, que no solía tener.

—Pensé que estaría aquí —dijo, y luego miró a Alina—. ¿Y cómo está mi chica favorita? —preguntó.

Los ojos de Alina brillaron de placer.

—Estoy mucho mejor, mi señor.

—No soy milord —corrigió él—, soy Hammish. Y me alegra mucho ver que te encuentras tan bien.

—Quiero que me corten el pelo como Lady... —se detuvo, obviamente no muy segura de cómo llamarla ante su visitante.

—Ella sí que tiene un aspecto encantador —aseguró Hammish con naturalidad—. Pero por ahora he pensado que a milady le gustaría ver el potro al que ella puso nombre.

—Me estaba contando una historia —protestó Alina.

Elsberth se inclinó sobre ella.

—Necesitas descansar. Mañana te contaré más.

—¿Me cantarás una canción primero? —suplicó Alina.

Elsberth miró a Hammish.

—Quizá Hammish también quiera tocar el laúd para nosotras.

—Oh, sí —afirmóAlina, con el rostro radiante—. Por favor.

Hammish parecía a punto de negarse, pero luego alborotó el largo y oscuro cabello de Alina y se inclinó hacia ella.

—Lady Elsberth está encantadora, pero me gusta mucho tu cabello largo. —Se enderezó—. Ahora vuelvo.

En cuestión de minutos regresó con el laúd en la mano. Empezó a tocar una melodía.

Ella tenía la intención de cantar con él, pero algo en él la detuvo. Siempre había parecido solo, de alguna manera apartado de los miembros de su clan. Había una tristeza impenetrable en él, una que trataba de ocultar detrás de una fachada alegre.

Él la miró, y por un momento sus ojos se volvieron sombríos, pero luego parecieron sonreír de nuevo.

—Ibas a cantar —le recordó.

Ella lo hizo y se preguntó si sus propias emociones confusas también eran evidentes.



Niall se obligó a mantenerse alejado de los MacDowell.

En su lugar, fue al cofre de su habitación donde guardaba el opio. Antes de partir de nuevo hacia el mar, le daría más a Moira, asegurándose de que entendiera su poder.

Rompió un trozo muy pequeño. Iba a echarlo en el vino del hombre que custodiaba al MacDowell esta noche.

Luego se acercó a la ventana y miró hacia afuera. La noche había reemplazado al atardecer, y el cielo estaba salpicado de estrellas y enmarcado por una luna creciente. Esta noche no había nubes ni niebla. Solo una noche clara y fría.

Las hogueras ardían en el patio; pequeños grupos de soldados se acurrucaban juntos. Las mujeres y los niños usaban el gran salón para dormir.

El sonido de las gaitas le llegó, el lamento lastimero coincidía con su estado de ánimo. El sonido solía conmoverle. Era tan salvaje e indómito como las Tierras Altas y sus soldados. Ahora simplemente profundizaba la soledad.

Tenía miedo por Hammish. Por su clan. Y por Elsberth, si su pobre plan no funcionaba.

Quería ir a la habitación de Elsberth para ahuyentar la incertidumbre que lo atormentaba. Esa era una de las razones por las que se lo pidió a Hammish.

¿Podría Hammish llevar a cabo la farsa? ¿Se volvería MacDowell contra ellos? ¿Sería Betancourt tan tonto como para caer en su trampa? ¿Era cierta su información o había sido un intento

francés de sembrar aún más desconfianza entre los escoceses y los ingleses?

Debajo de él, las llamas revelaban dos figuras que salían de la torre y se dirigían al establo. Reconoció la figura larguirucha de su hermano y la más pequeña y grácil de Elsberth. Ojalá pudiera ver el placer en los ojos de Elsberth mientras observaba al potro. Era un animal desgarbado que ya mostraba signos de belleza y crianza.

Se vio dirigiéndose hacia la puerta, luego bajando las escaleras y hacia el establo. Hammish sería un amortiguador entre ellos.

Saludó a los miembros del clan que conocía, dándose cuenta de cuántos no conocía, cuánto tiempo había estado fuera. Pero todos lo miraban con confianza.

Que Dios le ayudara a mantenerla. La puerta del establo estaba entreabierta, y se deslizó dentro y caminó hacia el establo donde estaban la yegua y su cría. Se mantuvo alejado mientras la oía hablar suavemente con el potro.

—Bonita chica. Aunque por el momento seas todo patas y ojos, pero serás una potra estupenda. ¿Verdad, Hammish?

—Sí, lo es. Y no olvide que es suya. Niall se la dio.

—Pero eso fue antes de que supiera quién era yo.

—Niall nunca rompe las promesas —aseguró Hammish—. Es un defecto tanto como una virtud.

—¿Por qué?

—Porque la vida nunca es blanca o negra, todo es una u otra manera. Las circunstancias cambian, y lo que parece tan claro en un momento puede no serlo tanto en otro.

Niall sintió que Hammish hablaba tanto de sí mismo como de Niall. Pero fue una flecha que dio en el blanco. Había vivido en un aislamiento autoimpuesto porque había sido incapaz de salvar a sus seres queridos. Y había juzgado a los demás según sus propios y rígidos estándares.

—Está solo, ¿verdad?

—Sí, eso creo.

Se hizo el silencio y pudo ver en su mente los dedos de ella acariciando al potro. Le dolía por dentro. Más que dolerle. Sentía que su alma sangraba. La soledad era una serpiente retorciéndose dentro de él. Su hermano se iba en lo que podía ser una misión fatal. Elsberth estaba prohibida. Su hermano mayor había desaparecido.

Salió de las sombras y se acercó a ellos. Hammish pareció sorprendido, luego ligeramente divertido.

Elsberth pareció asustada, luego cautelosa.

¿Parecía tan temible entonces? Niall la miró.

—He venido a dar un paseo —mintió—. No pude evitar oír parte de la conversación. El potro es suyo, milady. No había condiciones.

—Gracias —dijo ella, y luego—: ¿Puedo acompañarlo en su paseo?

—Hace frío, milady.

—Ya he pasado frío antes. Hace unos diez días, en realidad.

—Pero eso no fue decisión suya.

Ella lo miró.

—Eso no es del todo cierto —respondió ella—. Pero me gustaría dar un paseo.

—Tengo la intención de cabalgar a fondo. —Otra mentira. No arriesgaría a su animal cabalgando rápido de noche, no sin necesidad.

—Soy un buen jinete.

No lo dudaba. Sabía que debía decir que no, pero ella había sido prisionera aquí durante demasiado tiempo. También sabía que no intentaría escapar mientras su primo estuviera aquí.

Lo cual no sería durante mucho tiempo.

¿Podía negarle unas horas de placer? ¿Incluso a costa de unas horas de agonía para él? Niall miró a Hammish en busca de ayuda. No la encontró.

—Yo ensillaré los caballos —ofreció Hammish.

Niall podría haberle pegado.

—Mi yegua, la de Caitlin, está aquí —señaló Elsberth con entusiasmo. Sus ojos estaban más brillantes de lo que los había visto desde que descubrió quién era.

Niall lo intentó por última vez.

—El viento será fuerte a lo largo de la costa.

—Por supuesto —asintió ella, mirándolo como si el comentario fuera indigno de él.

Sacudió la cabeza. Ella era tan diferente de Cora y Leanna como cualquiera podría serlo. Ambas habían disfrutado de la paz. Elsberth MacDowell disfrutaba de los desafíos.

Sabía que era un error, pero al mismo tiempo parecía bastante seguro.

Un corto paseo hasta los acantilados y vuelta. Un poco de libertad para ambos.

Él necesitaba alejarse de la fortaleza y de las preocupaciones que lo atormentaban. Ella necesitaba liberarse de lo que debía de parecerle una prisión.

Si surgían dudas, no tenían tiempo de aflorar. El mozo del establo le trajo el caballo castrado favorito de Niall, y Hammish ensilló la yegua de Elsberth.

La ayudó a montar y luego se montó él.

Llevaron a los caballos hasta la puerta y Niall ordenó que la abrieran.

Una vez fuera de los muros, los guió hacia el punto que daba al mar. La luna brillaba lo suficiente como para ver la alegría en su rostro mientras el viento frío los azotaba. Ella estaba tan a gusto sobre el caballo como él, y eso era raro en una mujer. Pero la euforia, ya fuera por el paseo en sí o por la libertad que sentía, era evidente.

Él también lo sentía. Era algo demasiado raro, este salvaje y sencillo torrente de placer, compartirlo con otra persona. Giró por un camino que conducía al mar.

Se detuvieron en un acantilado y él desmontó. La ayudó a bajar de la yegua. En el momento en que lo hizo y sintió una oleada de emoción, supo que era un error. Sin embargo, desde el momento en que dejaron atrás las puertas, había sabido que esto sucedería.

El viento le quitó la capucha de la cabeza y el pelo corto se enroscó con más fuerza en el viento húmedo que barría el mar. El mar de abajo estaba espumoso, bailando alto contra la tierra.

Había estado aquí hacía días. Entonces había estado solo, y por alguna razón había sentido la necesidad de traerla aquí y llenar la gran herida abierta que había sido su corazón.

Ahora la sangre caliente corría por su cuerpo y se sentía vivo por primera vez en muchos años.

Ella estaba cerca, probablemente demasiado cerca, y se movió hacia sus brazos justo cuando se abrían a ella. Ambos movimientos, sabía, eran instintivos más que planeados, una unión inevitable.

Era lo que había temido y lo que había necesitado.

Era por eso que había tratado de mantenerse alejado de ella, pero había accedido a permitirle acompañarlo en este paseo.

Se había dicho a sí mismo que ella lo necesitaba, que se lo merecía, pero era tanto su propia necesidad la que había espoleado su acción.

Pero nada de eso importaba cuando la miró y vio su rostro vuelto hacia arriba. Sus ojos reflejaban las estrellas de arriba, y su cabello estaba bañado por la luz de la luna.

Él le tocó la cara con los dedos, recorriendo el obstinado saliente de su mandíbula hasta las gruesas pestañas que enmarcaban sus ojos azules. Su pelo corto se enroscó alrededor de su meñique como flecos de seda. La ternura lo inundó, mientras pasaba los dedos por su cabello y luego la atraía hacia él.

Ella se fundió en su cuerpo como si perteneciera allí.

Él inclinó la cabeza y la apoyó en su cabello, absorbiendo el aroma de rosas mezclado con el penetrante perfume del mar. Era embriagador.

Ella se movió y lo miró con los ojos muy abiertos, llenos de expectativa, asombro y desconcierto. Tantas emociones. Él las

entendía todas, porque también luchaban por su recién descubierto corazón.

Sus labios tocaron sus mejillas, las acariciaron y luego bajaron hasta sus labios. Se encontraron con los suyos con la misma avidez con la que él buscaba los de ella.

Una ola golpeó el acantilado y envió una neblina que se roció contra ellos. Sus brazos se apretaron alrededor de ella, su calor encendió el de ella.

Y en el acantilado que daba al mar que había dado origen a una leyenda «y a una maldición» décadas antes, Niall buscaba derrotarla.

Algún destino los había unido. Si no era el destino, entonces el diablo. No estaba seguro de cuál. En ese momento no le importaba. Solo sabía que ella se había convertido en su imán.

Sus labios se unieron con una fiereza que nada podía romper, una unión natural de algo correcto y destinado.

Ella respondió con avidez, abriendo su boca a la suya, sus manos abrazándolo con la misma desesperación frenética que las suyas. La necesidad engendró una pasión tan profunda y fuerte que sintió como si el fuego lo consumiera. Sus bocas se devoraron con

una necesidad salvaje de tocarse, sentirse y saborearse. Reclamar algo que estaba prohibido, hacer posible lo imposible.

La necesidad lo quemaba por dentro, hasta que nada importaba excepto Elsberth MacDowell y la forma en que lo hacía sentir. Completo y vivo. Muy vivo.

Su cuerpo se fundió con el de ella, y pudo sentir cada curva a través de su capa. Su cuerpo se tensó, reaccionó, y el de ella respondió acercándose aún más hasta que sintió que iba a explotar de necesidad. Cerró los ojos por un momento, dejándose llevar. Una tensión eléctrica vibró a su alrededor, encerrándolos en un mundo privado propio.

No quería soltarse. En cambio, la apretó contra él. Sus manos bajaron por su cabello, a lo largo de su espalda mientras su lengua entraba en su boca, sondeando, seduciendo, y ella respondió a cada exploración con un entusiasmo que lo sorprendió y deleitó. Más que deleitado. Ella tocó un lugar en él al que nadie había llegado antes, la parte íntima y profunda de él que siempre había mantenido atrincherada contra la invasión, incluso de Cora.

Soltó sus labios y deslizó los suyos por los contornos de su rostro. Sintió su respiración, cálida y rápida. Un rayo saltó entre

ellos, irregular y violento, cegador por su intensidad.

Quería poseerla. En el frío. En el acantilado. Quería formar parte de ella y hacerla parte de él. La violencia de esa necesidad lo sacudió.

¡Aquí no! ¡Ahora no!

¿La voz de la razón? ¿O la voz de la conciencia? Fuese lo que fuese, se interpuso y le hizo retroceder antes de arrojarlos a ambos a un abismo de traición y tragedia.

—No —protestó ella.

Él levantó su barbilla hasta que sus miradas se encontraron.

—No podemos —continuó—. Si estuviéramos solos...

Pero incluso entonces sabía que no podía permitirlo. Dos esposas muertas. Su madre murió un año después de su matrimonio. La madre de Kinner murió a los tres años. La de Hammish murió en el parto. Su padre se había vuelto un hombre amargado, culpando a los MacDowell y no teniendo nada en su corazón más que odio. Ciertamente no había habido calidez. Solo una regla: matar a los MacDowell.

Y él había seguido esa regla. Si ella lo supiera...

Dio otro paso atrás. ¿Por qué la había traído aquí?

Porque era un tonto. Quizá una parte de él había creído que al traerla al lugar al que había llevado a Cora, al lugar al que había venido de niño, podría aclararse las ideas.

O simplemente estaba excusando un comportamiento inexcusable.

—Lo siento, Elsberth. No deberíamos haber venido aquí.

—¿Por qué?

Tenía que hacerle daño. Tenía que hacerlo por el bien de ambos.

—Solía traer aquí a mi esposa. —No añadió que solía reírse de la maldición, a pesar de la historia de su familia. No dijo que él y Cora iban a demostrar que no significaba nada...

Ella se mordió el labio.

—¿La amabas?

—Sí. La amaba.

—Lo siento.

Levantó el puño de su barbilla y se dio la vuelta. Ya no podía mirar a esos grandes ojos azules. Ella estaba dispuesta a arriesgarlo

todo por él.

Pero él no podía hacer lo mismo. Tampoco ella lo querría si lo supiera todo.

—Deberíamos volver.

Sin embargo, ninguno de los dos se movió. En cambio, el viento gemía y el mar se estrellaba contra su barrera.

Ella extendió la mano y tocó el costado de su rostro, una expresión de anhelo cruzó su cara.

Luego se alejó y se volvió hacia los caballos.

Él la siguió y la ayudó a montar, sintiendo el calor una vez más.

La conexión. El fuego.

La soltó rápidamente y se dirigió a su propio caballo. Montó y, sin mirarla, condujo al caballo de regreso al camino principal. Sintió más que vio que ella lo seguía.

Pero sabía que, aunque ahora podía evitar mirarla, nunca podría borrar la imagen de su expresión melancólica cuando se dio la vuelta.

Capítulo 20

Elsberth cabalgó de vuelta a la fortaleza, con la mirada fija en los hombros rígidos y tensos del hombre que cabalgaba a su lado.

No era difícil darse cuenta de que se arrepentía del paseo, y aún más del beso.

Ella no. Había sido un momento que siempre recordaría.

Sabía que no podía salir nada de eso. Lo único que había descubierto de Niall Malcolm era su sentido del honor. Lo vio luchando contra él. Y le estaba haciendo daño. Más que hacerle daño. Temía que lo estuviera destruyendo.

Al mismo tiempo, se sentía más fuerte. Durante la mayor parte de su vida, se había sentido poco más que una pariente pobre y, más recientemente, como un mero peón. Pero ahora la gente la

valoraba. Algunos incluso la valoraban después de saber que era miembro de un clan enemigo.

Y había tenido momentos mágicos que iluminarían el resto de su vida, aunque no tuviera nada más. Incluso ahora todavía se sentía reconfortada por la calidez que los había envuelto tan brevemente, con la atracción que era algo vivo y maravilloso entre ellos.

Todavía lo saboreaba. Todavía lo sentía como cuando se había inclinado sobre su cuerpo. Siempre recordaría y atesoraría el fuego y la pasión, y una noche azotada por el viento junto al estrecho de Mull.



Hammish se dirigió tranquilamente a la habitación de MacDowell, llevando consigo una jarra y una manta.

El guardia estaba de pie fuera de la habitación.

Hammish se detuvo.

—Mi hermano me ha enviado para hacerle unas preguntas —habló. El soldado Malcolm asintió.

—Pensé que un poco de vino le soltaría la lengua.

—Es demasiado bueno para alguien como MacDowell. —El guardia miró la manta que tenía Hammish en la mano—. No necesita mimos. Debería haberlo dejado en el calabozo.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero mi hermano piensa lo contrario.

El guardia frunció el ceño, pero obviamente se esforzó por contener la lengua. Su vida y su sustento dependían de la buena voluntad del laird.

Hammish le tendió la jarra.

—¿Quiere un trago o dos?

El hombre miró la jarra con sed. Hammish sabía lo que estaba pensando. El hermano del laird le estaba ofreciendo una muestra. No pasaba nada por tomar un sorbo. O dos.

—Gracias —dijo y levantó la jarra. Dio un largo trago, luego otro, antes de devolverla.

Hammish abrió la puerta, entró y la cerró tras de sí. El MacDowell estaba tumbado en la cama, pero se puso rápidamente

en pie.

Obviamente, había estado esperando, y no con demasiada paciencia.

Se enderezó.

—¿Qué hora es?

Hammish colocó la manta sobre la mesa.

—Una hora más o menos antes del amanecer. No hay forma de abrir las puertas antes de esa hora.

—Anoche vi a dos jinetes. Uno era mi prima.

—Sí. Quería dar un paseo. Mi hermano la acompañó.

—¿De noche? —gruñó el MacDowell.

Hammish se encogió de hombros.

—Iba a dar su paseo habitual. Lady Elsberth deseaba acompañarlo.

Hammish vio la ira en el rostro del MacDowell.

—No debería pensar en jugar con mi prima.

—Mi hermano no es deshonroso —aseguró Hammish, rezando con toda su alma por que fuera cierto. Había algo entre Niall y

Elsberth MacDowell que era como yesca seca en un bosque. La más mínima chispa podía crear una conflagración que destruyera todo y a todos a su paso. *No es asunto suyo. Es de Niall. Y solo de Niall.*

¿Pero lo era?

Ahora no. Nada era importante ahora, salvo el problema inmediato. Salir de Inverleith.

—Le di un poco de vino al hombre de fuera —comentó Hammish, ignorando las preocupaciones que tanto él como, al parecer, el MacDowell tenían—. Debería estar dormido pronto.

—¿Y luego?

—Y luego se cambiará de ropa. —Hammish abrió la manta y sacó una tela escocesa de tintes Malcolm—. Se pondrá esto.

Un momento de rebelión cruzó el rostro del MacDowell.

—Es la única manera de salir de Inverleith —indicó Hammish.

Sin decir una palabra más, Jamie se quitó su ropa y, con cierto disgusto, comenzó el proceso de enrollar la larga tela escocesa alrededor de su cuerpo, y finalmente la abrochó alrededor de su cintura con un cinturón.

—Necesito que me devuelvan mi daga.

—No hasta que salgamos de las puertas de Inverleith —repuso Hammish—. La confianza es algo maravilloso.

—También lo es la precaución.

La mirada de MacDowell se encontró con la suya.

—Le pedí a su hermano la promesa de que no le harían daño a mi prima. Quiero la suya también, y no solo su bienestar físico. —Las palabras eran una advertencia muy clara.

—Nadie aquí querría una alianza con un MacDowell —respondió Hammish con voz suave—. Ni quieren una guerra con su clan.

—Eso no es lo que quiero decir. Se sienten atraídos el uno por el otro. Me di cuenta de eso inmediatamente. También conozco a mi prima. Prohíba algo, y ella será la primera en hacerlo.

—Mi hermano se ha comprometido a no volver a casarse.

El MacDowell se sorprendió al oír la palabra *casarse*.

—No me refería al matrimonio. Sería imposible.

Hammish consideró la afirmación. Era imposible en ese momento.

Pero si el MacDowell y él lo conseguían...

—No —negó Jamie, obviamente leyendo sus pensamientos—. Se necesitarán décadas para que cualquier unión entre MacDowell y Malcolm sea aceptable para los clanes.

Hammish se levantó y se acercó a la ventana. El negro de la noche pronto se convertiría en el suave gris del amanecer. No tardarían en marcharse. Pensó en el mensaje que llevaría consigo. Un mensaje para el capitán del barco de Niall. El hecho de que lo llevara representaba la incertidumbre de Niall sobre el éxito de esta misión.

Abrió la puerta. El guardia estaba en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

Hammish metió al guardia en la habitación y lo tumbó en la cama, y luego miró al MacDowell.

—Venga conmigo.

Le indicó el camino a su habitación, a solo unas puertas de distancia.

—¿Mi cabello?

—Use las cenizas de la chimenea. Y dese prisa. No quiero que nadie encuentre al guardia hasta que nos vayamos.

El MacDowell recogió un montón de cenizas de la chimenea.

—¿Nunca limpian una chimenea? —preguntó, con evidente desaprobación.

—Entonces, ¿cómo nos disfrazaríamos? —replicó Hammish encogiéndose de hombros—. Esta fue una lección que nos enseñó su prima.

—Ella lo haría —murmuró el MacDowell.

Pero pronto terminó. Sus manos estaban negras de ceniza, al igual que su cabello dorado.

—Sus botas son demasiado finas —señaló Hammish mientras le entregaba al MacDowell un par de zapatos brogue.

El MacDowell parecía rebelde.

—Me gustan esas botas.

—¿Lo suficiente como para quedarme aquí?

El MacDowell lo fulminó con la mirada, luego se sentó y se quitó las botas de mala gana.

Hammish guardó la ropa y las botas del MacDowell en una alforja.

Le entregó un casco, que le cubría la mayor parte del cabello.

—Mantendrá los ojos bajos mientras me sigue. Ya he ordenado que nos preparen dos caballos. Va a relevar a uno de los guardias fronterizos.

—¿No me reconocerán?

—Tenemos a varios hombres de fuera de la fortaleza. Por su seguridad y la de sus familias.

Por culpa de los MacDowell.

Hammish no tuvo que decir las palabras. El entendimiento estaba en los ojos del MacDowell. Pero tampoco hubo disculpa. Ni rastro de arrepentimiento.

Nunca podrían ser amigos.

—¿Por qué hace esto? —preguntó de repente el MacDowell.

—¿Por qué no? —repuso Hammish despreocupadamente.

—¿Sabe que su clan le considerará un traidor?

—Usted también podría ser tachado de eso —convino Hammish —. Está trabajando con Malcolms. O —añadió en voz baja—. ¿Acaso es usted un traidor?

La pregunta quedó flotando en el aire entre ellos.

—¿Cuestiona mi honor? —inquirió el MacDowell.

—No conozco su definición de honor.

—Ni yo la suya.

—Podemos discutir el asunto hasta el año que viene, pero ahora debemos irnos. Iremos directamente al establo. Los caballos deben estar ensillados. No dirá nada. Solo sígame e intente no parecer cómodo en el caballo.

El MacDowell le hizo un breve gesto con la cabeza.

Hammish miró hacia afuera. Una franja dorada cruzaba el cielo lejano. El primer resplandor del amanecer.

Le dio al MacDowell un par de alforjas y luego cogió otra. Agarró su laúd que estaba apoyado contra la pared. Luego se dirigió a la puerta y la abrió. No había nadie afuera. Hizo un gesto al MacDowell para que lo siguiera.

Olía a comida cocinándose. Su estómago se revolvió.

El MacDowell había sido muy preciso cuando preguntó si Hammish era consciente de las consecuencias de sus acciones de hoy. Hammish era muy consciente, y el conocimiento era como un peso muerto en su estómago. Sin embargo, sentía que este acto podría expiar el pasado. Si la paz fuera posible...

Caminaron rápidamente por el gran salón, ignorando a la multitud de personas que se dirigían allí. Algunos los miraban con curiosidad, pero todos se abrían paso. Luego llegaron a los establos. Los caballos estaban ensillados, como se había ordenado. Hammish tomó el caballo más rápido, dejando al MacDowell uno más lento. No tenía intención de quedarse atrás.

Llevaron a sus caballos hasta la puerta y Hammish levantó la mano hacia los centinelas. Hammish rezó para que abrieran rápidamente. No pasaría mucho tiempo antes de que encontraran al guardia y se diera la alarma.

Las puertas se abrieron y los dos hombres las atravesaron y siguieron adelante.

Hammish se volvió solo lo suficiente para ver cómo se cerraban de nuevo.

El MacDowell había escapado. Y con él, Hammish Malcolm. El traidor.



Niall observó cómo Hammish y MacDowell se alejaban por las puertas. No se dio cuenta de que había contenido la respiración hasta que ya habían pasado.

Siguió observando mientras el sol se elevaba. Pasó una hora, tal vez más. El patio de armas de abajo se llenó de miembros de su clan.

Entonces alguien golpeó la puerta.

Él la abrió. Seamus, con el rostro pálido, estaba allí.

—El MacDowell. Se ha escapado.

—No puede haberse escapado —respondió Niall—. No hay forma de que se fuera de Inverleith sin que yo lo supiera.

—Se envió a un hombre a relevar al guardia de la cámara de MacDowell. No había nadie allí, y entró. El guardia estaba dormido en la cama. Hemos registrado la torre del homenaje. No está aquí.

—Nadie podría haberse ido.

—Hammish cruzó las puertas al amanecer. Iba acompañado. Creemos que podría haber sido MacDowell.

—No. Hammish no —negó Niall.

—El hombre era alto. Llevaba nuestro tartán y un casco, pero nadie puede explicar quién es. Y el guardia de la habitación de MacDowell...

—Continúa —pidió Niall cuando Seamus vaciló.

—Dijo que Hammish le dio una copa de vino anoche y se mareó casi inmediatamente. Cree que había algo en el vino.

Era hora de decírselo a Seamus.

—Pasa —ordenó. Cerró la puerta con firmeza tras Seamus.

Seamus le dirigió una mirada perpleja.

—Hammish lo hizo por orden mía.

Seamus lo miró fijamente, con ira en los ojos.

—No necesitamos otro MacDowell como rehén. Pero sí que necesitamos uno para tender una trampa que nos beneficie a todos.

—No entiendo lo que quieres decir.

Niall explicó el plan y añadió:

—Hammish estaba dispuesto a poner en peligro su reputación, su posición en la familia, incluso su vida.

Seamus no dijo nada.

—No he hecho preguntas desde que he vuelto —señaló Niall—. Sé que algo pasó mientras no estaba. He estado esperando a que Hammish o tú me lo dijerais, pero ahora creo que tendrás que ser tú.

—Es un poco tarde, ¿no? —dijo Seamus con evidente resentimiento por no haber sido informado antes de lo que Niall pretendía hacer.

—Tenía que parecer real —indicó Niall—. Necesitaba tu enfado.

—No sé si puedes confiar plenamente en Hammish —dijo Seamus a regañadientes.

—¿Por qué? —exigió Niall—. Me di cuenta de que había dudas a la hora de seguir a Hammish, pero creí que era porque no se había afianzado aquí.

—Eso no es todo. Después de que tú y Kinner os marcharais, tu padre estaba decidido a convertirlo en un guerrero. Pero Hammish, bueno, siempre ha sido más bien un soñador. ¿Sabes que consideró el sacerdocio?

—Lo sé. Mi padre se lo prohibió.

—Sí. En su lugar, intentó cambiar a Hammish. Lo llevó a asaltar el ganado de MacDowell. Fuimos cuatro, pero tu padre insistió en

que él y Hammish fueran por delante. Se encontraron con hombres armados. Uno se acercó a Hammish y él dudó en usar su espada. Tu padre recibió un golpe que iba dirigido a él.

Seamus bajó la cabeza.

—Bruce y yo no estábamos lejos. Oímos gritos y corrimos hacia allí. Había una batalla. Matamos a dos y otros dos escaparon. Hammish estaba en el suelo, sosteniendo la cabeza de su padre. Nos contó lo que pasó. Se culpaba a sí mismo. Tu padre murió cinco días después.

>>No se lo contamos a ninguno de los otros miembros del clan, porque creerían que Hammish era un cobarde, y él era todo lo que teníamos. Kinner se había ido y tú estabas en el mar. Pero Hammish nunca podría ocupar tu lugar. La culpa lo atormentaba. El clan lo vio y sintió que no podían depender de él. Me avergüenza decir que no hice nada para contrarrestarlo. —Hizo una pausa—. Estaba enfadado. Supongo que todavía lo estoy.

Niall negó con la cabeza. Ojalá se lo hubiera preguntado antes. Ojalá hubiera sabido lo que Hammish había estado sufriendo. Pero había despreciado la condición de Inverleith y le había molestado

que lo alejaran del mar. Entonces apareció Elsberth y le dio un vuelco a su vida.

—Mi padre intentó convertirlo en algo que no era, que no podía ser. Y Hammish pagó el precio de la libertad de Kinner y mía. —El arrepentimiento lo atravesó. Había huido de Inverleith y nunca había mirado atrás.

Seamus parecía escéptico.

—No sé qué hará ahora.

—Capturó a James MacDowell —le recordó Niall.

—Sí —afirmó Seamus. Pero Niall oyó la duda persistente en su voz.

—Es un Malcolm —señaló Niall—. No se habría ofrecido a ir si no creyera que podía hacer lo que fuera necesario. En cualquier caso, ya está hecho —continuó Niall—, y confío en él. —Hizo una pausa y luego añadió—: Sin embargo, es importante que todos, incluido Bruce, crean que ayudó a James MacDowell a escapar. Quiero que haga todo lo que habría hecho si Hammish hubiera ayudado de verdad a escapar a los MacDowell.

Seamus asintió.

—Alguien tenía que saberlo por si me pasaba algo —indicó Niall —. También he escrito una explicación que deseo que guardes.

—Como desees, laird.

—Sigo siendo Niall.

—No —negó Seamus—. Ya no.

A pesar de las dudas de Seamus sobre Hammish, estaba claro que ahora había transferido su total lealtad a Niall.

Niall no lo había querido, todavía no lo quería, pero ahora no tenía elección. Su distracción en el pasado casi había resultado en la destrucción del clan, y ciertamente la de su hermano.

—Kinner es el terrateniente legítimo.

—No, es hora de que admitamos que Kinner no volverá. Debes ocupar tu lugar. Especialmente ahora. El clan necesita saber que tienen un líder que se quedará.

Niall sabía que Seamus tenía razón. No lucharían por alguien que aparecía durante unas semanas y luego tenía la intención de irse. Necesitaba su lealtad.

—No estoy dispuesto a aceptar que Kinner no regrese —añadió lentamente—. Pero si no lo hace, me quedaré.

Seamus asintió.

—Se lo diré al clan.

—Buscar de nuevo en Inverleith —dijo, endureciendo la voz al ver que se acercaban dos miembros del clan—. En cada habitación, armario y posible escondite. Y envíen patrullas a los pasos y caminos.

Los hombres se fueron con Seamus.

Niall cerró la puerta y se apoyó en ella, con el estómago revuelto. Ya estaba hecho.



Elsberth observó la actividad que había debajo de ella. Había dormido poco esa noche y había soñado con Niall Malcolm. En el sueño él se acercaba a ella, cada vez más, y ella le abría los brazos. Luego él simplemente desaparecía como una bocanada de humo.

Finalmente se había levantado de la cama y había encendido una vela. Intentó deshacerse de la sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder. Cuanto más recordaba el tiempo que

había pasado con Niall, más se sentía llena de aprensión. Había sentido la tensión, incluso cierta desesperación en él mientras la besaba y la abrazaba, y luego había levantado una barrera entre ellos, evitando incluso mirarla al regresar.

De pronto se abrió la puerta y entraron dos hombres corpulentos. Los había visto antes en la mesa del gran salón. Entonces se habían alegrado por su secuestro. Ahora la miraban con el ceño fruncido.

Enseguida supo que algo iba muy mal. Se ciñó la bata.

—¿Ha visto al MacDowell? —preguntó uno con voz áspera.

—No, desde ayer no.

Registraron su habitación. No tardaron mucho, pues no había mucho que buscar.

Estaba desconcertada.

—¿Y Jamie? ¿Dónde está mi primo?

—Ha desaparecido —contestó uno de los hombres secamente.

No la habría dejado aquí sola. No sin decir nada.

¿Le había hecho algo Niall Malcolm? ¿Tenía algo que ver con ello el hecho de que ella hubiera salido a cabalgar con Niall anoche?

Jamie bien podría haberlo visto. No se habría callado. Sintió frío. Frío y aún más sola de lo que se había sentido antes de venir aquí.

Seguramente Jamie habría dejado un mensaje si hubiera escapado. Quizás con Hammish.

—Me gustaría ver a Hammish —pidió.

La boca del Malcolm se afiló.

—Se fue al amanecer.

La ira era visible en sus ojos. Se fue sin decir una palabra más, cerrando la puerta con firmeza tras de sí.

Ella abrió la puerta y fue detenida por un guardia que estaba allí.

—Me gustaría ver al laird —dijo.

—Está ocupado.

—¿Le dirá que deseo verlo?

—Sí, cuando podamos.

Él cerró la puerta y ella se dirigió a la ventana. Las puertas estaban cerradas y los hombres corrían por el patio, buscando por todas partes.

¿Dónde estaba Jamie? Había dado su palabra. No la violaría. Había venido a buscarla. No podía creer que se fuera sin ella, aunque pensara que ella preferiría quedarse. Antes había quedado claro que no confiaba en los Malcolm.

¿Y ahora?

La puerta se abrió y Robina entró. Tenía el rostro descompuesto.

—Milady. Lord Niall me envió para cuidar de usted.

—¿Qué ha pasado?

—Es terrible. Creen... pero no puede ser verdad. No me lo creo. —Robina tartamudeaba.

—¿Qué creen todos?

—El MacDowell se ha escapado. Creen que se ha ido con lord Hammish.

—¿Hammish?

—Algunos lo llaman traidor, pero sé que no puede ser cierto, milady.

—Cuéntamelo todo.

—Encontraron al hombre que custodiaba al MacDowell dormido en la habitación. Dicen que estaba drogado. Hammish y otro hombre salieron a caballo al amanecer de esta mañana. Creen que fue el MacDowell.

¿Hammish y Jamie?

—¿Por qué lo haría?

—Algunos dicen que porque milord ha regresado.

—Eso no suena a Hammish.

—No, muchos de nosotros no lo creemos, pero los demás... a muchos nunca les ha gustado.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Nadie habla realmente de por qué.

—No creo que traicionara a su hermano —aseguró Elsberth con fiereza. Se le ocurrió que era muy extraño encontrarse defendiendo a un Malcolm contra otros Malcolms cuando se sentía traicionada por su propio primo.

Pensó de nuevo en la noche anterior, en la sensación de que Niall no estaba diciendo algo, que era algo más que el hecho de que él era un Malcolm y ella una MacDowell.

¿Estaba preocupado por Hammish?

Pensó en las veces que los había visto juntos. No habían sido cercanos, se había dado cuenta de eso, pero creyó haber visto afecto en los ojos de Hammish cuando mencionó que Niall podía tocar el laúd. Nunca había mostrado celos de su hermano, sino que parecía aliviado de que hubiera regresado a casa.

Y él era quien había capturado a Jamie. Nada tenía sentido.

Pero la única otra explicación era que Jamie lo había obligado de alguna manera. Y si lo había hecho, ¿por qué Jamie no se la había llevado con él?

¿Porque estaba tratando de protegerla de un matrimonio que ella no quería? Pero él tenía que saber que ella no podía quedarse aquí, que su tío no lo aceptaría. Callum MacDowell destruiría a los Malcolm y a todos los que los apoyaban antes que verla prisionera de su mayor enemigo.

¿Y a qué se debía ahora la hostilidad del guardia de la puerta? ¿Temía Niall Malcolm que ella también intentara escapar? ¿Estaba furioso por lo de Jamie? ¿Con ella? ¿Pensaba que ella había ayudado a Jamie de alguna manera? Acababa de perder un valioso rehén,

uno que podía aportar miles de libras a los Malcolm, y tal vez incluso la paz. Ella no era ni de lejos tan importante.

Él había enviado a Robina con ella. Lo más probable era que no tuviera intención de ir él mismo.

Robina la ayudó a vestirse. Eligió un vestido de terciopelo azul oscuro que había pertenecido a la madre de Hammish y se sentó inquieta mientras Robina le cepillaba el pelo corto. Habría preferido hacerlo ella misma, pero quería la compañía de Robina. No deseaba estar sola. Aun así, su mente corría hacia adelante. ¿Por qué no había venido Niall en persona? ¿Estaba buscando a su primo?

¿Y qué haría si lo encontraba? ¿Y a Hammish?

Todas las preguntas pasaban por su mente. Golpeaban en ella.

Tembló. Quería ver a Niall. Quería sentir su fuerza, su calidez. No quería sentirse tan sola.

—Tenéis frío, milady —afirmó Robina—. Enviaré a alguien para que avive el fuego.

Elsberth no respondió. No tenía frío por falta de una chimenea crepitante.

El miedo la paralizó. Miedo por Jamie y Hammish. Por Niall.

—¿Cuándo te pidió Lord Niall que vinieras a mí? —preguntó.

—Justo antes de salir a caballo —contestó Robina.

—¿Entonces se ha ido?

—Sí.

Se preguntó si se había ido cuando los dos Malcolm registraron su habitación. Las puertas estaban cerradas cuando miró hacia afuera antes. ¿Estaban buscando a Jamie tanto dentro como fuera de los muros?

Tenía la sensación de que se le salía el corazón del pecho. Tendría que sentarse y esperar mientras aquellos que le importaban corrían y eran perseguidos por otros que también le importaban.

Robina le colocó una maya dorada en el pelo corto de Elsberth. Elsberth se puso de pie y se acercó una vez más a la ventana.

—¿Cuántos hombres se llevó Lord Niall?

—No estoy segura. Muchos —respondió Robina.

—¿Qué hará si los encuentra?

—No lo sé, milady. Ninguna de nosotras lo conoce bien. Hace mucho tiempo que se fue. Solo he oído... —Se detuvo de repente.

—¿Oído qué?

El rostro de Robina se sonrojó.

—No puedo decirlo, milady.

Elsberth la miró a los ojos. Robina tenía la mandíbula obstinadamente apretada, lo cual no era propio de la joven doncella que estaba tan ansiosa por complacer. Su mirada no se cruzaba con la de Elsberth.

De repente, Elsberth se quedó quieta. Recordó el susto que sintió cuando se dio cuenta de que los Malcolms la habían secuestrado. Recordó haber oído hablar de una redada en la que un despiadado Malcolm mató a mujeres y niños. Habría sido hace doce años.

Niall habría vivido aquí entonces.

Pero también lo habían hecho su padre y su hermano mayor. Hammish también, aunque habría sido joven. Aun así...

De repente, se le heló la sangre.

¿Podría haber sido Niall? ¿O había estado con su padre?

No. Lo había visto con niños. Había visto su preocupación, su amabilidad.

Una pequeña duda se apoderó de ella. Y si él era ese Malcolm, ¿podría mirarlo alguna vez de la misma manera?

No podía. Lo sabía en cada gota de sangre MacDowell que había en ella.

Capítulo 21

-¿Cuánto tiempo cree que nos dará su hermano?

—Una hora, tal vez —respondió Hammish—. Esta mañana el orgullo de los Malcolm habrá recibido un duro golpe.

Llevaban varias horas cabalgando a toda velocidad y solo habían disminuido lo suficiente para descansar a sus caballos.

—¿Por qué está haciendo esto? —preguntó Jamie.

Hammish no respondió.

Jamie había aprendido en los últimos días que Hammish Malcolm guardaba sus propios secretos. Pero quería saber más sobre este Malcolm que estaba dispuesto a fingir traición a su clan. Quería saber si podía confiar en él si fuera necesario.

Jamie sabía que los Malcolms lo perseguirían. El Malcolm tendría que ir tras ellos o perder la confianza de su clan. No podía

cometer errores obvios.

Esperaba que tuvieran una hora de ventaja. Eso debería darles suficiente ventaja para llegar a la frontera y ponerse bajo la protección de la familia de Caitlin.

Volvió a mirar a su compañero. Hammish Malcolm era un enigma para él, y no le gustaban los enigmas. Demasiadas cosas dependían de la cautela del joven Malcolm. Y de su coraje.

Y del honor del mayor.

No confiaba demasiado en ninguno de los dos.

Había demasiados relatos de atrocidades cometidas por los Malcolm, y ahora habían secuestrado a una mujer indefensa.

Jamie miró hacia arriba. El sol estaba subiendo. Los caballos estaban cansados y necesitaban descansar a pesar de su excelente estado. Aunque la fortaleza de los Malcolm no estaba tan bien cuidada como Cressingham, sus caballos estaban en excelentes condiciones. Aun así, él y Hammish habían cabalgado mucho.

Hammish redujo la velocidad, reconociendo obviamente la necesidad de descanso de los animales.

Señaló una montaña boscosa. Dejaron el camino y giraron

hacia una zona densamente arbolada. Una vez allí, el Malcolm desmontó y empezó a guiar a su caballo. Jamie hizo lo mismo y lo siguió mientras su compañero se adentraba en el bosque.

Los árboles y la maleza eran densos, pero Hammish se movía con una seguridad que impresionó a Jamie. Pronto llegaron a lo que parecía un camino cubierto de maleza, y su ritmo se aceleró.

El día se calentó. Descansaron brevemente en la cima de la colina, desde donde podían ver el camino que habían dejado. Los jinetes avanzaban rápidamente por él, pero ninguno se volvió en su dirección.

Jamie supuso que este sendero se había utilizado años antes para asaltar las propiedades de Cameron y MacDowell. Como estaba cubierto de maleza y apenas se veía, Jamie solo podía suponer que no se había utilizado en años y que los que los seguían lo desconocían.

Hammish era probablemente el hombre más reticente con el que había cabalgado, pero tenía sus razones. Probablemente confiaba en Jamie no más de lo que Jamie confiaba en él.

Los caballos respiraron más tranquilos cuando reanudaron la marcha.

Era mediodía cuando se dio cuenta de que estaban en tierras de Cameron.

Habían escapado con éxito de las tierras de Malcolm. Pero sabía que la prueba, el verdadero peligro, estaba por delante. Y no estaba nada seguro de que Betancourt fuera el único objetivo de los Malcolm.



Niall dividió a sus hombres, enviando un grupo a cada paso y camino vigilado. Bruce dirigía a uno de ellos, y el otro lo mandaba un hombre llamado Davie.

Sabía que cabalgarían con fuerza. Cada uno conocía el valor del heredero MacDowell como rehén.

También dudaba de que encontraran a alguien. Hammish había colocado a cada una de las patrullas. Conocía las zonas que debían evitar.

Al anochecer, condujo a su patrulla de vuelta a Inverleith. Las puertas se abrieron y entraron. Seamus se reunió con ellos.

Niall desmontó y entregó las riendas a un mozo de cuadra que se acercó.

—Dale agua y comida a los caballos —ordenó.

Seamus esperó hasta que el mozo se alejó con el caballo y preguntó:

—¿No hay señales de ellos?

—No. Bruce sigue comprobando los pasos y los caminos. No ha visto nada, y sus hombres están buscando con empeño, pero creo que hace tiempo que se fueron de las tierras de Malcolm.

Seamus asintió.

—Bien —dijo en un susurro. Al parecer, se había librado de las dudas que había expresado antes sobre el plan. Dudó y luego añadió —: Quizá deberíamos decírselo a Bruce.

—No, no es un hombre que guarde secretos —comentó Niall—. Y nuestra gente y los MacDowell deben estar convencidos.

Seamus no parecía completamente satisfecho, y Niall entendió por qué. Los dos hombres habían mantenido a salvo al clan estos últimos años con poca ayuda de los lairds. Niall sabía lo difícil que debía ser para Seamus ocultarle este secreto a su amigo.

Caminó con Seamus hacia la torre. Le dolía el brazo herido. Estaba acosado por la incertidumbre sobre los acontecimientos que acababa de poner en marcha. Podría haber enviado simplemente a Elsberth de vuelta a Cressingham, y todo seguiría como en los últimos años.

¿Había arriesgado a todo su clan para salvarla de un matrimonio horrible?

Sin embargo, una alianza con el heredero MacDowell podría tener muchos más beneficios para los Malcolm. Podría detener un siglo de guerras.

¿Merecía la pena arriesgarse?

Niall miró hacia la torre. Las luces resplandecían en el gran salón y parpadeaban en las habitaciones de arriba. Vio un destello en la habitación de Elsberth.

—¿Qué dice el clan? —preguntó a Seamus.

—Hay confusión, enfado. Algunos creen que Hammish ayudó a los MacDowell. Otros creen que fue obligado de alguna manera.

—¿Qué habrías pensado tú? —preguntó, curioso.

Seamus permaneció en silencio durante unos instantes y luego dijo pensativo:

—Yo diría que tenía una razón. Siempre ha sido de los que piensan demasiado.

Una buena descripción de su medio hermano.

Hammish era probablemente el más valiente y galante de los tres.

—¿Y sobre Lady Elsberth?

—Todos saben que ahora es una MacDowell. Los que no la conocen se quejan. Los demás la defienden.

Era lo máximo que podía esperar.

Entró en la torre y subió las escaleras. Dudó, sabiendo que debería ir a su propia habitación.

Sin embargo, no podía hacerlo. Se sentía intolerablemente solo. Sabía que ella debía sentir lo mismo.

Fue a su habitación. Un guardia estaba fuera.

—Puedes descansar unos minutos —ordenó.

Niall llamó suavemente después de que el hombre se fuera y luego abrió la puerta.

Elsberth estaba de pie frente a la chimenea, con los brazos cruzados como si tuviera frío. Las llamas del fuego hacían que su pelo corto brillara como el cobre.

No se volvió para mirarlo, aunque por la tensión de su cuerpo, se dio cuenta de que ella percibía su presencia.

—¿Es cierto? —preguntó con voz suave e insegura.

La inseguridad era tan impropia de ella que las palabras le atravesaron el corazón.

—¿Que su primo ha escapado?

—Sí, ¿lo hizo?

—Así es.

—¿Y no lo ha encontrado?

—No.

—¿Y Hammish? ¿Se lo llevó Jamie por la fuerza?

—Creo que no.

Entonces se volvió.

—¿No está seguro? La desconfianza se reflejaba en sus ojos.

Desconfianza y desesperación.

—No estoy seguro de nada. —Probablemente, esas fueron las primeras palabras sinceras que pronunció. Se sorprendió por la pregunta que le hizo sobre Hammish. Parecía casi tan consternada por él como por su primo.

—Jamie te dio su palabra. No se habría deshonrado a sí mismo.

Su silencio era una condena al honor de James MacDowell. Sabía que los MacDowell lo habían entendido, pero era más que un poco difícil condenar a un hombre que no lo merecía, ni siquiera por omisión.

—Él no violaría su palabra —aseguró ella—. Y Hammish tampoco actuaría de forma deshonrosa.

—Hammish sigue su propio ritmo —contestó él—. Pero no sé nada de su primo.

—Yo sí. Y no me lo creo. No de ninguno de los dos. —Era una declaración de hechos.

Se dio cuenta de que ella había depositado su confianza en Hammish, mucho más de la que había puesto en él.

Era más sabia de lo que creía.

Quería contárselo todo. Quería decirle que Jamie no la había abandonado, ni Hammish había traicionado a su clan. Pero no confiaba en lo que ella pudiera hacer.

Entonces, ¿por qué estaba allí?

Se dijo a sí mismo que era porque se lo debía a ella. Él, Hammish y James MacDowell. Todos ellos le habían mentido, al menos por omisión, y sabía que ella debía sentirse abandonada y traicionada. Bajo su bravuconería, detectó la misma incertidumbre que lo atormentaba. Ella deseaba tanto creer en su primo. En Hammish. Sin embargo, tenía que haber una dolorosa duda.

Pensó que estaba haciendo lo correcto, pero no estaba seguro. Enviar a otros al peligro mientras él se quedaba a salvo tras muros de piedra iba en contra de todo lo que valoraba.

—Usted tampoco lo hace —habló de repente.

—¿No hago qué?

—Tampoco lo cree.

Por Dios, pero ella podía ver a través de él. Aunque no sabía la causa de su incertidumbre, vio algo. Tuvo que desviar sus pensamientos antes de que ella intuyera la verdad.

—No importa. Se han ido —dijo brevemente.

—Jamie no me habría dejado —protestó ella obstinadamente.

—Es un MacDowell —añadió él, haciendo una mueca de dolor ante la crueldad de sus palabras y su tono. Pero ella tenía que estar convencida para que los demás lo estuvieran, y debajo de esa necesidad se encontraba esa envidia enconada por un hombre que era a la vez enemigo y aliado. Y un odio hacia sí misma por lo que él estaba haciendo ahora, haciéndole creer que alguien a quien amaba la dejaría.

—Y tú eres una Malcolm. Tu clan mata niños. Encadenan a las mujeres a las rocas —espetó ella enfurecida.

—Sí. Recuérdalo.

La tensión irradiaba entre ellos, una tensión nacida de la necesidad y la traición, de la confianza perdida. De su pobre intento de crear un muro que era demasiado endeble, y sintió que ella se daba cuenta. Su pura necesidad mutua era como una soga que los unía sin descanso, por mucho que lucharan contra ella.

Entonces ella estaba en sus brazos. No estaba seguro de quién dio el primer paso, o si lo hicieron al mismo tiempo. Solo sabía que se necesitaban el uno al otro, y esa necesidad era explosiva.

Cerró los ojos mientras la abrazaba. Se preguntó si su necesidad era por él, o para calmar su sensación de abandono por alguien en quien confiaba con todo su ser.

Quería que fuera por él, aunque sabía lo imprudente que era. Aun así, ella calentaba su alma, y solo ahora se daba cuenta de cuánto había necesitado ese calor.

Cuando volvió a abrir los ojos, ella lo miraba con asombro, como si estuviera tan confundida como él ante el fuego que seguía ardiendo entre ellos, borrando todos los obstáculos.

Murmuró un juramento.

Sus labios se abrieron en una sonrisa pícara. Nunca dejaba de sorprenderle. Cuando llegó, había mostrado un valor que le había sorprendido. Él estaba aún más sorprendido ahora que sabía quién era y el miedo que debió de haber tenido al entrar en los muros de Inverleith. En lugar de alejarse de ellos, había cuidado de los Malcolms y se había ganado el cariño de su familia.

Había traído vida a un lugar que la había perdido.

Trazó las líneas de su rostro con la mano derecha. Lo había hecho antes, pero cada vez encontraba algo nuevo. Era un rostro móvil, lleno de sentimientos.

Ella se puso de puntillas y lo miró con una invitación.

No estaba comprometida con un MacDowell, sino con un hombre al que no conocía.

Sabía que estaba justificando lo injustificable, mientras sus labios se unían a los de ella con avidez.

Lo había sabido cuando había subido los escalones. Lo había sabido cuando llamó a la puerta.

Sin embargo, ella estaba sola en una fortaleza enemiga. Pensaba que había sido abandonada por aquellos en los que confiaba. Necesitaba... tranquilidad. Consuelo. O al menos eso era lo que se decía a sí mismo.

Ahora sabía que era algo completamente diferente. No podía mantenerse alejado de ella más de lo que podía dejar de respirar.

Fue una humillante constatación. Siempre se había considerado un hombre honorable y, en los últimos años, disciplinado. Había amado y sido amado, y pensaba que había experimentado todo lo que había que experimentar.

No había sabido nada.

Cuando sus labios tocaron los de Elsberth MacDowell, su mundo estalló en sensaciones.

Niall se debatía entre la ternura y la violencia, entre el calor que anhelaba y la amarga cosecha que sabía que sus acciones sembrarían. Sus labios buscaron los de ella, invadieron su boca, sedujeron. Exigieron.

Parte de él quería que ella se indignara. Quería que ella se apartara, como él no podía.

En cambio, su boca acogió la de él con febril intensidad, con una necesidad tan fuerte como la suya.

Y una vez que eso sucedió, no hubo retroceso.

Sus labios se hundieron profundamente en los de ella, sus lenguas jugaron un juego sensual y frenético, como si cada sensación fuera la última que cualquiera de los dos tendría con el otro.

Él la atrajo hacia sí y ella se acomodó a su cuerpo hasta que cada nervio le dolía y anhelaba. El beso se volvió ardiente, alimentado por su necesidad mutua. Él jugueteó con los lazos de la parte trasera de su vestido. Este cayó, dejando una camisa y metros de enaguas para proteger su cuerpo.

En segundos, también desaparecieron. Él deslizó sus dedos por los suaves ángulos de su cuerpo, deteniéndose en sus pechos. Sus labios rozaron sus pechos y sintió que respondían a su tacto.

Su cuerpo estaba en llamas. Como si sintiera eso, o sintiera la misma necesidad irresistible, el cuerpo de Elsberth se fundió en el suyo. Sus brazos rodearon su cuello y jugaron con su cabello en la nuca.

Podía resistir el fuego en su entrepierna. Lo había hecho antes. A lo que no podía resistirse era al resplandor que ella aportaba a su vida. No se había dado cuenta de lo oscura y sombría que había sido en los últimos años.

Aun así, lo intentó.

—No quiero hacerte daño.

—Ya estoy herida —aseguró ella—. Y no por ti.

Sabía que eso no era cierto. Sus mentiras la habían herido. Lo vio en sus ojos.

—Elsberth. Yo...

Ella le puso un dedo en los labios.

—Quiero saber cómo es...

Él le tocó los labios antes de que ella pudiera continuar. Tenía los ojos muy abiertos, de un azul zafiro profundo y fascinante. Se dio cuenta de que buscaban una respuesta. Una verdad que no podía darle.

Tampoco podía apartar la mirada ni ignorar la súplica melancólica, casi desesperada. Volvió a tocar sus labios con los suyos, al principio con suavidad, saboreando su tierna dulzura, pero fue ella quien exigió más. Profundizó el beso, marcándolos a ambos con una marca que sabía que llevaría para siempre.

No sabía adónde llevaría esto, ni adónde podría llevar, pero sí sabía que la necesitaba. Y ella lo necesitaba a él.

¿Podría estar tan mal entonces?

Sus manos se movían tiernamente a lo largo de su cuerpo, sintiéndolo temblar ligeramente. Sus ojos se deleitaban con el cuerpo delgado y firme que brillaba bajo la luz parpadeante de la chimenea.

Por primera vez, lamentó la pérdida de ese glorioso cabello. En su mente, lo vio rizarse por su espalda, y anheló enredar sus dedos en él. Pero incluso sin él, ella era irresistible para él, el cabello

rapado rizándose alrededor de su rostro en tirabuzones, sus ojos brillantes con la maravilla de las sensaciones que estaba sintiendo.

La deseaba.

—¿Estás segura? —preguntó de nuevo.

—Sí. Puede que sea lo único que tenga.

Él no quería que eso fuera cierto. Quería que ella lo tuviera todo. Pero nunca podría dárselo. *Podía* llevarla a Francia. Podía ayudarla a escapar de Betancourt si su plan no funcionaba. Él cuidaría de ella. Se hizo una promesa.

Sus manos se dirigieron a la gran hebilla de su cinturón. Rápidamente lo desabrochó y dejó que la tela escocesa cayera al suelo, dejando solo la larga camisa de lino.

La envolvió en sus brazos, abrazándola con fuerza, permitiéndole familiarizarse con su cuerpo mientras le besaba la frente, las mejillas y finalmente los labios con infinita ternura y promesa. Sentía cómo las sensaciones se acumulaban en ella, y su cuerpo se tensaba mientras trataba de controlar sus propias necesidades.

Su cuerpo se acercaba compulsivamente al suyo, buscando una unión aún más íntima. Se maravilló de su falta de timidez, o miedo,

o modestia. Ella era abierta y honesta.

¡Él no lo era!

Por Dios, pero no quería, no podía pensar en eso ahora.

Su beso se volvió más violento, incluso desesperado. En algún lugar de su interior esperaba que ella retrocediera, que resolviera la batalla moral que se libraba en su interior.

Había inocencia y conocimiento instintivo en cada una de sus respuestas. Se dio cuenta de que probablemente ella no sabía cómo su tacto lo excitaba, llevándolo casi al borde de la locura. Necesitó todo el control que pudo reunir para no arrojarla sobre la cama y tomarla.

En su lugar, acarició sus pechos, jugando contra la carne sensible que cambiaba, endureciéndose bajo sus dedos. Continuó su seducción, moviendo sus manos a lo largo de su cuerpo, preparándolo para tomar el suyo. Sabía que había pasado el punto de no retorno. Pero quería dar más de lo que quería tomar.

Las piernas de Elsberth casi cedieron. Las sensaciones la golpearon como vientos en una tormenta de montaña. La necesidad en ella aumentó insoportablemente. Mientras lo tocaba y acariciaba, y sentía sus brazos apretarse alrededor de ella, no se preocupaba

por nada más que satisfacer el exquisito dolor que la había perseguido desde que lo había conocido.

Él dio un paso atrás y se quitó la camisa, luego se sentó en una silla y se quitó las botas de cuero suave. Luego se puso de pie.

Ella quedó atónita ante la belleza cruda y robusta de su alto y duro cuerpo, ante los músculos y el cabello oscuro que se enroscaba en su pecho. Tímida y ansiosa a la vez, extendió una mano hacia él en señal de invitación.

Él la tomó y la condujo a la cama. La guió hasta una posición sentada, se inclinó y besó sus labios, luego bajó, sus labios persistentes, incitando pequeñas llamaradas dondequiera que iban. Entonces su boca encontró su pecho izquierdo y lo acarició.

Cualquier vacilación que Elsberth pudiera haber tenido se desvaneció en la magia de su tacto, el anhelo que sintió en él tanto como en sí misma. Su corazón latía con fuerza, el ruido retumbaba en sus oídos. Sintió su fuerza y la disfrutó. Sintió su necesidad y respondió a ella. Sintió su pasión, y todas sus dudas y miedos se disolvieron en una caverna de inmenso anhelo.

Su sangre corría por su cuerpo como un río crecido por la tormenta mientras él giraba su cuerpo y volvía a acariciarla con

manos que eran pura hechicería. Aunque la habitación estaba fría, sintió la humedad de su piel y se preguntó si procedía de un calor interno hirviente como el suyo.

Todos los pensamientos desaparecieron cuando su lengua vagó, acarició y sedujo su cuerpo hasta que cada nervio de su cuerpo cantó con vida y expectativa. Cuando pensó que no podría soportar más, él se bajó. No la penetró, sino que acarició su cuerpo con el suyo hasta que fueron sus brazos los que lo presionaron contra ella. Primero hubo una extraña plenitud, luego un dolor inesperado. No pudo evitar una pequeña exclamación.

Él se detuvo, se retiró. Pero a través del dolor, Elsberth se consumía por la necesidad y la promesa de un placer desconocido. Sus brazos lo trajeron de vuelta, y lentamente, muy lentamente, él comenzó a llenarla de nuevo.

El dolor retrocedió, reemplazado por un anhelo tan abrumador que ella no podía comprenderlo. Había un entusiasmo palpitante y una expectativa feroz.

Él vaciló, el calor de su piel tocándola y blandiendo, provocando aún más chispas. Su cuerpo se movió instintivamente

hacia él, desesperado por aliviar la presión interior, el terrible y apremiante deseo que la consumía.

Su beso se hizo más profundo a medida que él la penetraba más. Las sensaciones eran tan nuevas, tan increíblemente deliciosas que su cuerpo respondió, buscando más y más de él.

Él se movió dentro de ella, lentamente, dándole tiempo para acostumbrarse a su tacto, luego los movimientos se convirtieron en una danza sensual, un ritmo lento e hipnótico al que se unió su cuerpo. Sus caderas rotaban en movimientos circulares, incluso mientras se preguntaba por su propia audacia, el nuevo conocimiento instintivo de qué hacer exactamente.

Él la penetró más profundamente y ella sintió que estaba casi en el centro de ella. Una urgencia se apoderó de ella y lo atrajo aún más cerca de ella.

Luego, otra embestida y sintió un éxtasis explosivo sacudirla, fragmentándose en oleadas y oleadas de placer que la invadieron. Su cuerpo se estremeció incontrolablemente y lo oyó murmurar algo. Él se desplomó sobre ella, con la respiración acelerada. Disfrutó de la suave abrasión que seguía haciendo temblar su cuerpo.

Él se dio la vuelta, llevándola consigo, y la apretó contra sí. Oyó sus corazones latiendo al unísono. Sus respiraciones se entremezclaron.

Su cuerpo zumbaba y hormigueaba, y aún buscaba rodear la parte de él que tanto la había despertado. Cada vez que se movía, aunque fuera ligeramente, una oleada de sensaciones la recorría.

Nunca había pensado que hacer el amor pudiera ser tan... tan estremecedor, como una estrella fugaz que atraviesa el universo. Nunca se arrepentiría de esos momentos. Siempre los atesoraría.

Se tumbó en sus brazos, preguntándose cómo algo podía sentirse tan bien, desconcertada por cómo dos miembros de clanes enfrentados podían unirse con tal sentido de pertenencia. Y opresión.

Se acurrucó en sus brazos. Por el momento, nada más importaba que su abrazo.

Niall se movió ligeramente, acercándola aún más a él.

—Eres tan hermosa —dijo.

Ella habría preferido palabras de amor. Pero en ese momento le bastaba con saber que él la consideraba hermosa.

Él le había dado un regalo y recuerdos. Le había dado parte de sí mismo.

Era mucho más de lo que ella había pensado que tendría.

Capítulo 22

Jamie se detuvo en el camino hacia el castillo de los Cameron. Hammish se puso a su lado.

—¿Por qué nos detenemos?

—Nuestros caballos necesitan descansar, y aquí podemos conseguir algo de comida.

Hammish levantó una ceja.

—¿No querrá ver a la chica de los Cameron?

—Eso también —aseguró Jamie complacido. No iba a pasar por alto una visita a Caitlin.

Las puertas se abrieron cuando se identificó, y Caitlin estaba en el patio cuando él entró. Su expresión de ansiedad se desvaneció en pura alegría.

Su corazón se aceleró, aunque esa reacción lo sorprendió. Se bajó de la silla de montar y se acercó a ella.

—Estaba preocupada por ti —dijo ella en voz baja.

No esperaba el golpe de su corazón cuando ella dijo eso.

Ella lo miró.

—¿Averiguaste algo sobre Elsberth?

—Sí, pero te lo contaré más tarde. —Se volvió hacia Hammish —. Este es Hammish Malcolm. Me ayudó a escapar, y te pido que le brindes toda la hospitalidad de tu clan.

Ella se volvió y le sonrió a Hammish.

—Por supuesto —dijo mientras Hammish desmontaba.

Luego se volvió hacia él.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—No más de un día. Debo ir a Edimburgo. —Hizo una pausa y luego añadió—: ¿Has tenido alguna noticia de mi padre?

—Unos hombres de Cressingham se detuvieron y preguntaron si teníamos alguna información sobre Elsberth. —Las preguntas estaban en sus ojos. Sabía que tendría que mentirle, tal como había mentido a Elsberth. No le gustaba verse en esa situación.

Es por el bien de Elsberth.

Ella se volvió para entrar, y su madre se unió a ellos, radiante al verlos juntos a él y a Caitlin.

—Me alegra que vuelva a visitarnos tan pronto. ¿Se quedará más tiempo?

—No, milady, no puedo. Tengo asuntos urgentes en Edimburgo.

Ella miró a Hammish con curiosidad.

—¿Es Hammish Malcolm?

—Sí, me hizo un gran favor.

—Entonces es bienvenido.

Probablemente lo habría sido. Los Cameron estaban atrapados entre los Malcolm, que bordeaban su propiedad, y los MacDowell, con quienes habían tenido una larga alianza. Había sido una línea delicada de seguir.

—¿Ha oído algo de Elsberth? —preguntó la dama.

Más mentiras que necesitarían explicación en el futuro.

—Sí, los Malcolm la tienen como rehén.

Caitlin abrió los ojos como platos. Echó un vistazo rápido a Hammish y luego volvió a mirarlo.

—¿Qué quieren?

—No puedo hablar de eso con nadie más que con mi padre —indicó él—. Pero parece que la tratan bien.

—Pero eso no fue lo que ella... —Se detuvo de repente y miró a su madre.

También Jamie.

Lady Jane miró fijamente a su hija, y en sus ojos se reflejó la comprensión.

—¿La ayudaste?

—Sí —admitió Caitlin de mala gana.

La mirada de lady Jane se dirigió a Jamie.

—¿Sabía que ella ayudó a lady Elsberth?

—Sí —afirmó él.

—Su padre rompería el compromiso si lo supiera —comentó lady Jane—. No es un hombre al que se pueda contrariar.

—No lo sabrá por mí, y no hay nadie más que lo sepa, excepto su hija, Elsberth, y ahora usted —añadió él.

Pero lady Jane no estaba escuchando. Se volvió hacia su hija.

—¿Cómo has podido hacer algo tan imprudente? Lord MacDowell podría destruirnos a todos.

—Iba a casarla con el conde de Betancourt —respondió Caitlin.

El disgusto cruzó los ojos de lady Jane.

—Una mala elección, desde luego, pero él sigue siendo su tutor. ¿Y está ella mejor en manos de los Malcolm?

Jane miró de nuevo a Jamie.

—Has dicho que la trataban bien. ¿Habló contigo? ¿Cómo estaba?

—Los Malcolm me capturaron. También planeaban retenerme, pero Hammish me ayudó a escapar.

Dos pares de ojos azules volvieron a mirar a Hammish, que seguía de pie junto a su caballo.

—Esa fue la ayuda que mencionaste —dijo Caitlin—. ¿Pero por qué?

—No está de acuerdo con lo que está haciendo el nuevo laird.

—¿El nuevo laird?

—Niall Malcolm —respondió Jamie.

—No sabía que había regresado —comentó lady Jane.

—Tengo entendido que acaba de llegar. Asumió el cargo de laird, quitándoselo a Hammish.

La confusión se disipó de los ojos de lady Jane, pero su expresión era menos amistosa.

—Entiendo.

No lo entendía. Pensaba lo que Jamie y Hammish querían que todos pensaran, que estaba traicionando a su clan, a su propia familia. Que probablemente esperaba ganarse el favor del rey y ocupar el puesto de su hermano.

Jamie no sabía si tendría el valor de hacer lo mismo. El valor físico era algo que podía entender. No tenía miedo de morir. Pero sí tenía miedo de lo que los demás pensaran y creyeran de él.

—Eso podría significar la guerra —susurró Caitlin—. Y Elsberth estará en medio de ella. —Ella dudó—. ¿No pudiste traerla contigo?

—No —negó él, empezando a sentir un poco lo que sentía Hammish—. Pero ahora puedo negociar por ella. Puedo convencer a

mi padre de que pague el rescate.

—¿No cree que lo haría?

—Los Malcolm piden una pequeña fortuna. Habría sido mucho más si no hubiera escapado.

Parte del brillo de los ojos de Caitlin se había desvanecido. Sabía que no sonaba muy heroico. Y quería ser heroico por ella. No quería ver duda en sus ojos. Sin embargo, todos habían acordado que el secreto no podía ir más lejos de lo que ya había ido. El éxito dependía de que todos desempeñaran ciertos papeles.

Ahora sabía que sería más difícil de lo que pensaba.

—Tenemos que seguir. Solo quería tranquilizarte con respecto a Elsberth.

Pero ella no estaba tranquila, y él se dio cuenta. Su amiga estaba retenida en una fortaleza gobernada por un hombre que había estado ausente durante muchos años. El propio Jamie sabía poco sobre Niall Malcolm. Sin embargo, extrañamente confiaba en él.

Extraño, en efecto.

Las semillas de la duda se colaron en su mente.

Había dado su palabra y la cumpliría a menos que descubriera que lo estaban utilizando. Que Dios ayudara a los Malcolm entonces.

Los dos comieron algo rápido y luego volvieron a montar en sus caballos.

Edimburgo estaba a varios días de distancia, incluso cabalgando a toda velocidad.



Niall sostuvo a Elsberth, preguntándose qué ángel o qué demonio la había puesto en sus brazos.

Elsberth le había hecho olvidar, temporalmente, la escena que le había perseguido desde que era joven. Nunca desaparecería por completo, pero ahora creía que podía aceptarla.

Podía hacer cambios que bien podrían poner fin a una enemistad que había significado tanta miseria para tantas víctimas involuntarias.

Había dormido a ratos durante la noche. Cada vez que se despertaba, pensaba que era un milagro que ella durmiera tan

fácilmente en sus brazos. Ojalá pudiera durar para siempre.

Alejó las advertencias. No podía ser. Lo sabía. Pero él podía y la protegería.

¿Y si había un niño?

Eso lo aterrorizaba. Había perdido a una esposa en el parto. Había medios para prevenir un hijo, pero no había esperado su debilidad anoche. Debería haberlo hecho, pero no lo había hecho.

Aun así, había oído que las mujeres rara vez concebían en su primera vez.

Por favor, Dios, que sea verdad con esta mujer.

No podía arriesgarse de nuevo. Ella necesitaba una oportunidad para hacer una vida sin él.

Ella se movió ligeramente y luego abrió los ojos. Los primeros rayos de un sol naciente entraron en la habitación.

Ella le dedicó una tímida sonrisa que se le metió en el corazón. Normalmente no era tímida. Desafiante, desde luego. Tímida, no.

Se retorció contra él y él sintió que su cuerpo empezaba a reaccionar de nuevo.

No iba a dejar que volviera a suceder. A regañadientes, se alejó de ella y se puso de pie. Sin embargo, no pudo apartar la mirada de ella.

Tenía el pelo despeinado y los ojos somnolientos, pero no cabía duda del deseo que había en ellos. Y la maravilla que persistía desde hacía horas.

Se inclinó y le rozó la mejilla con un beso, y ella se estiró como un gato. Dios lo guarde, pero era preciosa. Y seductora. Sospechaba que ella no tenía ni idea de lo seductora que era.

Tenía que vestirse e ir abajo antes de que alguien descubriera lo que había pasado. Ya tenía suficientes problemas sin que su clan sospechara de sus motivos.

Niall se puso la camisa de lino que había desechado anoche y luego se envolvió en la tela escocesa, abrochándosela finalmente. Lo hizo todo sin mirarla. Sabía que si lo hacía, probablemente la atraería de nuevo hacia sus brazos.

Dio los pasos hacia la puerta. Una vez allí, la miró. Sus ojos eran enormes, y sin embargo no había ira ni tristeza en su rostro. Solo resignación. Ella sabía, como él, la desesperanza de cualquier relación.

—Yo cuidaré de ti —aseguró él.

—Me cuidaré sola —soltó con voz altiva, pero con un tono de desafío vulnerable—. No me debes nada.

—Te debo más de lo que nunca sabrás.

Las palabras habían salido a borbotones antes de que pudiera detenerlas. Había hablado demasiado, revelado demasiado, pero ahora no podía echarse atrás.

Ella lo miró fijamente desde la cama. Cada curva de su cuerpo estaba delineada bajo la manta. Recordaba exactamente cómo se había sentido acurrucada en las curvas de su cuerpo. Nunca, nunca olvidaría la confianza que implicaba, la forma en que su cuerpo reaccionaba al de ella. Y el de ella al suyo.

Ni la forma en que su corazón se aceleraba cuando la miraba. Abrió la puerta y se fue.



Jamie cabalgaba como si las furias estuvieran detrás de él. Hammish mantuvo el ritmo.

Ninguno había expresado lo que Jamie pensaba que ambos tenían en mente.

Cuanto antes terminara esto, antes podrían recuperar su reputación.

Solo se detuvieron para descansar a sus caballos, y cuando lo hicieron, lo hicieron en silencio. A pesar de su objetivo común, la confianza era algo frágil entre ellos.

Al final del segundo día llegaron a Edimburgo. Se separaron. Hammish no podía arriesgarse a ser capturado por la corona o por los MacDowell en represalia.

Se había cambiado de ropa y Jamie notó lo bien que encajaba en su nuevo papel de juglar. Tenía una buena voz y un verdadero oído para el laúd.

Hammish desaparecería en Edimburgo. Jamie le había sugerido una taberna donde debía quedarse. Era un establecimiento que Jamie también podía visitar sin que le hicieran preguntas.

Como consejero y confidente del rey, el padre de Jamie se alojaba en el castillo de Edimburgo, y Jamie se alojaría allí.

Jamie vio a Hammish tomar un camino y luego él tomó el otro. Mentiría a su padre y a su rey. Su estómago se apretó. No estaba

nada seguro de poder hacer lo que se le exigía. Siempre había sentido respeto por su padre. Nunca le había mentido conscientemente.

¿Se reflejaría la mentira en su rostro? Emprendió el camino empinado hacia el castillo.



Elsberth encontró un vestido que podía ponerse ella misma. Robina, pensó, probablemente la habían obligado a prestar servicio en otro lugar, ahora que había tantos Malcolm inundando la fortaleza. En cualquier caso, podía hacerlo ella misma.

Se peinó, una tarea mucho más fácil ahora que tenía el pelo tan corto, y luego abrió la puerta. Se sorprendió al descubrir que ya no había ningún guardia.

Fue a la habitación de al lado. Alina estaba sentada, con Baron tumbado a su lado. El perro ladró y Alina le dedicó una tímida sonrisa. Ya no tenía fiebre y junto a la cama había un par de muletas.

Elsberth bajó la sábana que la cubría y miró la herida. Seguía siendo fea, pero no había vetas rojas.

—Creo que te vas a poner bien.

La sonrisa de Alina se amplió.

—Moira también dijo eso.

—Veo que tienes muletas.

—Sí. Lord Hammish me las hizo.

Elsberth debería haberse sorprendido. Se decía que Hammish había traicionado a su clan. Y, sin embargo, había encontrado tiempo para diseñar y fabricar muletas para una niña.

El enigma se profundizaba.

Hammish se preocupaba por Alina. Se preocupaba por Inverleith. Aunque intentaba aparentar indiferencia, Elsberth siempre había creído que procedía de una profunda tristeza que nunca había entendido del todo.

Y ahora alguien quería que creyera que era un traidor. Simplemente no se lo creía.

Pero tampoco había creído que Niall Malcolm pudiera irse sin más después de lo de anoche. Por un momento, había querido

tirarle algo después de que él dijera que cuidaría de ella.

Como si fuera una cosa. No una persona que pensaba, se preocupaba y amaba.

Sino como una deuda.

Ella no era una deuda. Había hecho lo que quería hacer. Había tomado la decisión consciente de seducirlo. Había querido saborear un mundo que pensaba que nunca volvería a tener.

—¿Me contarás el final de tu historia? —preguntó Alina, sacándola de sus inquietantes cavilaciones.

¡La historia! No tenía final. Había pensado que habría un príncipe en un caballo blanco. Su príncipe, sin embargo, aparentemente había puesto un precio a ella y luego se había ido.

—Quizás esta noche —contestó.

Sabía que estaría sola, que él no volvería.

Sin embargo, no podía culparlo. Él nunca había prometido nada. De hecho, había estado luchando contra sí mismo. Eso había sido obvio. Ella había provocado todo.

Entonces, ¿por qué se le rompía el corazón?

El padre de Jamie estaba furioso.

—Les haré pagar por esto. Por Dios, lo juro —rugió Callum MacDowell—. Y tú, muchacho, ¿cómo pudiste dejarla?

—¿Prefieres pagar un rescate por los dos?

Su padre lo fulminó con la mirada.

—Caiste en una trampa. Maldita sea, muchacho, creí que te había enseñado mejor. —Luego dirigió su ira hacia Elsberth—. ¿Y cómo la secuestraron? ¿Por qué la mocosa no esperó a mi escolta como se le dijo?

—Me imagino que porque no estaba encantada con tu elección de marido —replicó Jamie—. ¿Por eso me enviaste a Londres? Sabías que yo lo desaprobaría.

—No importa si lo apruebas o desapruebas —contestó su padre —. Tú no tomas las decisiones para esta familia. Ni para Escocia.

—No sé a qué te refieres.

—El matrimonio no fue idea mía. Fue del rey. Estará furioso. — Entonces una sonrisa astuta se deslizó por su rostro—. Quizá

significique el fin de los Malcolm. No le gustará que se desafíe su voluntad.

—Entonces no te gustará lo que tengo que decirte —dijo Jamie.

Su padre entrecerró los ojos.

—¿Qué tienes que decir?

—James quiere una alianza entre los MacDowell y Betancourt para fortalecer los clanes contra el rey Enrique —comenzó Jamie con cautela.

—Sí, tenemos información de que Enrique planea una invasión.

—Posiblemente con la ayuda de Betancourt.

Su padre lo miró fijamente.

—Si esto es para ayudar a tu prima...

—No. Oí la información en Londres —mintió Jamie. —A Betancourt se le han prometido tierras y títulos para que se vuelva contra el rey Jacobo.

—No puedo creerlo. Su familia ha apoyado a la corona escocesa desde los Bruce.

Jamie se encogió de hombros.

—Quizá sienta que su fortuna está más en manos de los ingleses que de su propio rey.

—¿Qué pruebas tienes?

—Pocas —contestó Jamie—. Pero tengo nombres de hombres con los que se ha puesto en contacto. Tengo condiciones que me dijeron que quería.

—No me dirías esto para detener la boda.

—¿Y arriesgarme a ser un traidor? No. No lo haría. Volvía de Londres para contarte lo que había oído, cuando descubrí que Elsberth había desaparecido. Y por qué.

Por un segundo, su padre desvió la mirada, luego pasó al ataque. Jamie sabía que lo haría. Callum MacDowell siempre lo hacía cuando no estaba seguro. Fanfarroneaba.

—Si no tienes pruebas, no hay nada más que tu palabra. Y la palabra de un joven al lado de Betancourt tiene poco valor.

El resentimiento llenó a Jamie ante la descripción de él como un joven. Luchó por controlar su temperamento.

—¿Y si fuera cierto?

—Si fuera cierto, yo mismo colgaría al hombre —respondió Callum.

—¿Deseas averiguar la verdad?

Callum se erizó.

—Soy leal al rey Jacobo. Si hay alguien que pretende traicionarlo...

Su voz se desvaneció como si aún no estuviera seguro de qué creer.

—Conoces su reputación —comentó Jamie.

—Sé que es un libertino, pero nunca he oído a nadie cuestionar su lealtad —dijo su padre—. ¿Quién le dijo esta calumnia?

—Un amigo de Buckingham en la corte inglesa. Odiaba a Betancourt —mintió—. No quiere la guerra más que nosotros.

—A los ingleses les conviene enfrentar a escoceses contra escoceses.

—Sí, lo entiendo. Pero se mencionaron las tierras de los Macdonald y las de los Malcolm como recompensa.

Los ojos de su padre brillaron al mencionar a los Malcolm, pero el brillo pronto se apagó. Si la historia era cierta, la única forma en

que Betancourt obtendría la tierra sería derrotando al rey Jacobo, y eso significaría derrotar también a los MacDowell. Aun así, Jamie se dio cuenta de que Niall Malcolm tenía razón. Su padre nunca habría creído ninguna palabra que viniera de los Malcolm.

—Podría ser un plan de los Malcolm para dividirnos.

—Sí, lo consideré. Todavía lo hago.

—¿Cómo escapaste?

—El Malcolm más joven. No estaba contento con el regreso de su hermano ni con que Niall Malcolm tuviera a Elsberth como rehén. Le prometí protección.

—No tenías derecho a hacer tal promesa. No es vinculante para mí.

—Sí lo es. Es la palabra de un MacDowell.

Su padre hizo caso omiso de eso.

—Iré a ver a James por el rumor.

—No —dijo Jamie.

Su padre pareció sorprendido.

—Betancourt simplemente lo negaría —indicó Jamie.

—Entonces qué...

—Le diré a Betancourt en privado que sé del acuerdo, que me lo contó uno de los participantes. Le hablaré de la suma acordada y de las tierras que se le concederían.

—Si tienes razón, te matará. —En la voz de su padre se adivinaba una pizca de preocupación. ¿O era escepticismo?

—No si le digo que otra persona lo sabe. Le pediré una suma de dinero para no decírselo ni a ti ni al rey. Quedaré con él en algún lugar donde un hombre del rey pueda escuchar.

—Betancourt no es estúpido —aseguró su padre.

—No, pero no podrá arriesgarse a no saber el peligro que represento. Su cabeza está en juego.

—No me gusta —dijo su padre.

—¿Tienes alguna sugerencia mejor?

—Puedes enfrentarte a él.

—Entonces tendrá tiempo de avisar a sus amigos ingleses y encontrar la manera de ocultar todas las pruebas de su trato.

Su padre lo miró con una nueva conciencia. O cautela.

—¿Tiene esto algo que ver con tu prima? —preguntó de nuevo.

—El compromiso me hace estar aún más decidido a revelar que el hombre es un traidor —admitió Jamie—, pero eso no cambia el peligro que representa para el rey Jacobo.

Su padre lo miró fijamente durante un largo rato, como si buscara algo más allá de las palabras. Obviamente, estaba sopesando sus propias alternativas.

—¿Cómo estaba ella cuando la dejaste en Inverleith?

Allí estaba de nuevo, la pequeña acusación.

—Dijo que la estaban tratando bien. Parecía estar bien. —No mencionó sus cabellos rapados.

—¿Y a ti? ¿Te hicieron daño?

—Unos cuantos moretones y cortes, y una celda húmeda y fría.

Su padre apretó la mandíbula.

—Mañana enviaré soldados a buscar a tu prima.

—Inverleith no puede ser violada.

—Entonces los haré morir de hambre. El rey me ayudará.

—También harás morir de hambre a tu sobrina —insistió Jamie —. Esperemos hasta que sepamos los motivos de Betancourt.

—El secuestro de un MacDowell es un desafío —observó su padre—. Nuestro honor está en juego.

—Podrías pagar el rescate.

El rostro de su padre se sonrojó.

—No a los Malcolm. ¿Has perdido la cabeza, muchacho? No dejes que el afecto por tu prima te afecte. Enviaré a alguien en busca de Ewan inmediatamente y le ordenaré que se prepare para un asedio.

Jamie esperaba la respuesta, aunque quería retrasar cualquier acción. Sin embargo, sabía que cualquier protesta continuada solo pondría en peligro su misión principal. Una vez que Betancourt fuera atrapado, entonces podría revelar la parte de Malcolm y tal vez salvar un siglo de lucha.

Simplemente asintió. Niall Malcolm había esperado la reacción y llevaría tiempo montar un asedio.

Su padre se sentó pesadamente y estiró la pierna derecha hacia delante. Estaba dolorosamente hinchada, una condición que siempre lo ponía irritable.

—¿Cómo vas a acercarte a Betancourt?

—¿Está aquí en Edimburgo?

—No. Está con el rey en un viaje de caza —dijo Callum MacDowell con mal humor.

—Entonces intentaré acelerar su regreso.

—Quiero ver su reacción con mis propios ojos.

—No diría nada delante de ti.

—¿Me consideras un tonto? —preguntó Callum.

—Por supuesto que no. Pero conozco una habitación con una mirilla.

Jamie se sintió eufórico. Había ganado al menos una batalla. Su padre le creía o, como mínimo, le estaba escuchando.

Ahora solo tenía que engañar a Betancourt para que confesara. Después tendría que encontrar la manera de llevar a Elsberth a casa sana y salva y, por último, devolverle el brillo a los ojos de Caitlin.

Capítulo 23

Niall cabalgó al amanecer con una pequeña tropa de hombres y monturas adicionales. Tenía la intención de traer a los miembros del clan que permanecían en la aldea destruida, y a cualquier otro que cultivara o pastoreara en tierras de Malcolm y aún no hubiera llegado a la fortaleza.

Bruce también podría haber llevado a cabo la tarea, pero ambos pensaron que algunos miembros del clan podrían ser reacios a irse, incluso ante la posibilidad de una invasión. Niall, como laird, debía ser obedecido.

Niall también sabía que tenía que abandonar la fortaleza y a Elsberth. La culpa lo carcomía por acostarse con ella. Sin embargo, dudaba de poder resistirse a ella si permanecía en Inverleith. Ella era como agua para un hombre sediento de muerte.

En el transcurso de tres días, habían encontrado a veintiocho miembros del clan que se habían mostrado reacios a abandonar sus pequeñas granjas. Su última parada fue en el pueblo destruido por los MacDowell. Encontró a Alex y a su padre y a otros tres hombres reconstruyendo. Ya habían reconstruido dos pequeñas granjas.

—Tenéis que venir con nosotros —ordenó.

—¿Por qué? —preguntó el padre de Alex.

—El peligro ha aumentado —dijo Niall—. Esperamos más incursiones de los MacDowell, tal vez incluso un asedio. Necesitaremos a todos los Malcolm en las murallas.

El hombre asintió. Era su deber acudir cuando el laird lo ordenara.

—Hemos encontrado algunas reses —señaló Alex.

—Nos las llevaremos con nosotros —indicó Niall—. También traemos de otras zonas. —Sabía que el ganado representaba una vida mejor. La tierra no era buena para la agricultura.

Los Malcolm empaquetaron lo que quedaba después de la incursión y siguieron a Niall a pie. Sería un día de marcha.

Cuando llegaron a Inverleith, la zona alrededor de la fortaleza estaba llena de ganado. Niall se preocupaba por cuánto tiempo la tierra podría seguir alimentándolos.

Las puertas se abrieron para ellos y pasaron junto a otro grupo de jinetes que salían de la fortaleza. Sabía que Bruce había seguido patrullando todos los pasos y caminos hacia Inverleith, así como la costa. Demasiados escoceses habían sido sorprendidos por incursiones desde el mar. Por un momento deseó estar en Duart, al otro lado del estrecho de Mull, en la isla de Mull. El mar protegía la isla de las incursiones y era prácticamente inexpugnable.

Pero esa era otra rama de los Malcolms.

Cabalgó hasta los establos, se bajó del caballo cansado y le dio las riendas a un mozo de cuadra. Se tomó un momento para echar un vistazo al nuevo potro. Estaba olfateando a su madre, obviamente en busca de comida. Nueva vida. Nuevos comienzos.

—¿Ha estado Lady... Elsberth aquí? —Sabía que todos deberían conocer su verdadera identidad a estas alturas.

—Todas las mañanas y todas las tardes —señaló el muchacho —. Para ser una MacDowell, no está tan mal —añadió el muchacho, y luego pareció consternado por haber hablado así.

—¿Todos los demás también lo creen?

—Sí, laird.

—¿Creen que deberíamos renunciar a ella?

—No. Entonces se nos vería como débiles. Y ella es una verdadera dama. —El orgullo se notaba en la voz del muchacho.

Niall esperaba que también fuera el sentimiento de la comunidad. Había habido una lamentable falta de orgullo cuando él había regresado.

Niall tenía la intención de devolvérselo, de una forma u otra, incluso mientras intentaba proteger a Elsberth. Si Hammish y James MacDowell fracasaban, o si MacDowell los traicionaba, aún tenía los medios para llevarla a un lugar seguro. Salió del establo y se dirigió a la armería, donde Seamus estaba inclinado sobre los libros.

Levantó la vista cuando Niall entró.

—Me alegro de que hayas vuelto. Algunos aldeanos han traído más ganado.

—¿Cuántos hay?

—Tenemos a más de quinientas personas dentro. De ellas, doscientas han portado armas. Están entrenando a los aldeanos.

Tenemos comida suficiente para un asedio prolongado, y nuestros pozos deberían poder suministrar suficiente agua, aunque tendremos que racionarla.

—No haremos racionamiento —señaló Niall—. Primero desafiaré a MacDowell a un combate personal.

—No has entrenado en años.

—Es cierto que me he oxidado. Un marinero lucha contra el mar y no contra hombres. Pero planeo empezar hoy, aunque primero necesito descansar.

Seamus asintió.

—Parece como si no hubieras dormido en días.

—No lo he hecho.

—¿Debería mantenerlos en guardia?

—Los MacDowell tardarán al menos un mes en llamar a sus hombres y armarlos para un asedio. Pero pueden enviar partidas de asalto hacia nosotros. No quiero que nuestro ganado desaparezca. Quiero que todos los hombres estén entrenados y quiero saber quiénes son vagos y quiénes no.

—Sí —contestó Seamus, y luego cambió de tema—. La muchacha ha estado ayudando en la cocina y con los heridos.

Niall no tuvo que preguntar qué chica. Ignoró el comentario.

—Volveré a media tarde.

—Tendré a nuestros mejores luchadores disponibles. —Seamus miró a Niall—. Pareces capaz. Recuerdo que solía ser muy bueno.

—De eso hace diez años —señaló Niall con ironía.

—Es algo que no se olvida.

—Rezo para que no.

Con esas palabras, Niall subió a su habitación. Estaba demasiado exhausto para tener algo más que el anhelo de ver a Elsberth. Sabía que crecería, pero ahora todo lo que quería era una cama y una comida que no fuera avena. Se quitó la camisa y la tela escocesa manchadas de sudor y se tumbó desnudo en la cama. El agotamiento era una bendición. Bloqueaba el pensamiento. El sentimiento. El deseo.

Al menos esperaba que lo hiciera.



Edimburgo

Jamie visitó la casa de Betancourt en Edimburgo. Descubrió que el hombre no regresaría hasta dentro de ocho días.

Ocho días era toda una vida. Su padre ya había enviado un mensaje a Ewan en Cressingham para que se preparara para un asedio de Inverleith.

Dejó una misiva y pidió que se enviara a Betancourt. Quizás acelerara su regreso, o al menos hiciera que el hombre se preocupara.

Había pensado mucho en las palabras.

Estimado Betancourt.

Tengo noticias de mi prima Elsberth MacDowell, así como saludos del duque de Buckingham en Londres. Creo que podemos tener muchos intereses en común y me gustaría discutirlos con usted.

Después de dejar la misiva para Betancourt, decidió buscar a Hammish. Hammish le interesaba. No parecía tener ninguna ambición de ser laird, ni parecía tener ninguna convicción profunda. Obviamente, era culto, pero trataba casi todo como algo ligeramente divertido, incluido su papel actual de traidor. Jamie se dio cuenta de que todo era una fachada para evitar que surgieran preguntas más íntimas.

Sin embargo, no le reconfortaba depender de un hombre que era un misterio.

Jamie encontró a Hammish en la taberna que él había sugerido.

Hammish estaba tocando el laúd, pero nadie le prestaba atención. Jamie se dirigió a la mesa y se sentó frente a él.

—Tocas bien —dijo como si nunca antes lo hubiera oído.

—Una moneda o dos no estarían de más —respondió Hammish.

Jamie sacó una de una bolsa de cuero que llevaba y se la lanzó.

Hammish volvió a su laúd. Tenía una voz fina y profunda, pero nadie en la taberna parecía interesado. Cuando terminó su canción,

preguntó en voz baja:

—¿Ha hablado con su padre? ¿O con el conde de Betancourt?

—Con mi padre. Él tiene dudas, pero está dispuesto a que se demuestre que está equivocado. En cuanto al conde, está de cacería con el rey. Puede que no vuelva hasta dentro de ocho días. Pero le envié una misiva. Pensé que era mejor dejar que se preocupara.

Hammish rasgueó el laúd.

—Mala suerte. Me alojaré en la casa de al lado. Alquilé una habitación. Es la segunda por encima de la carnicería. Puede encontrarme allí o aquí. El propietario de aquí me ha contratado. Me ofrecen comida y las monedas que me dan.

—¿Con qué nombre?

—MacDowell parece ser un nombre popular en Edimburgo —comentó Hammish con un ligero gesto de diversión en los labios. No era exactamente una sonrisa, sino más bien una observación cínica.

—Con razón —dijo Jamie.

Hammish se encogió de hombros mientras bajaba la voz.

—¿Su padre? ¿Qué planea hacer?

—Marchar sobre Inverleith. Pero Niall lo esperaba.

—Esperaba que usted tuviera más influencia.

—No soy más que un mocoso a los ojos de mi padre.

Un cliente se acercó tambaleándose y puso una moneda delante de Hammish.

—Más.

Hammish empezó a tocar de nuevo mientras Jamie salía de la taberna, irritado por los retrasos y esperando que su misiva a Betancourt pusiera fin a la espera.



—El laird ha regresado —comunicó Moira, con un nuevo entusiasmo en la voz.

Elsberth había notado un murmullo de expectación en la fortaleza. Tal vez era toda la gente que entraba.

Todos tenían una tarea. Las mujeres que habían venido en busca de protección no habían encontrado las condiciones de su agrado y habían decidido limpiar las numerosas chimeneas, barrer los suelos y limpiar el gran salón.

Elsberth también ayudó. Nunca había estado quieta. No podía estarlo ahora. Así que las horas que no pasaba con Alina, las pasaba ayudando en la cocina. La incomodidad inicial se desvaneció cuando hizo a un lado las protestas y llevó tazones de estofado a las familias.

Él estaba a salvo. Gracias a Dios por eso. ¿La buscaría? Su cuerpo se entusiasmó al pensar en verlo, al recordar la última vez.

Seguía esperando que él se detuviera y la viera. O a Alina. Su corazón latía más rápido cada vez que oía pasos o voces. Pero ninguno era suyo. Sin embargo, oyó chismes. Primero de Moira, luego de Robina. Él había ido inmediatamente a su habitación. Planeaba entrenar con varios miembros del clan más tarde.

El miedo la invadió como una corriente de lluvia. Sabía que el combate individual se utilizaba a menudo para resolver disputas. ¿Podría estar pensando en desafiar a un MacDowell? Jamie sería el más lógico para luchar por los MacDowell.

Terminó de servir los panes y los cuencos de estofado para la comida del mediodía.

No había señales del señor.

Regresó a su habitación y luego fue a la de Alina. La madre de Alina estaría en la cocina. Baron la saludó saltando contra su vestido y ladrando de bienvenida. Ella se inclinó y lo levantó, le frotó las orejas y escuchó los pequeños gemidos de placer del perro.

—¿Tienes un final para mi historia? —preguntó Alina.

Elsberth no lo tenía. Quería un príncipe que luchara por su heroína, pero aún no lo había encontrado. Y Alina era lo suficientemente inteligente como para no aceptar a un ser inferior.

¿Por qué no podía ser tan inteligente?

Sin duda, se sentía atraída por Niall Malcolm. No admitiría ninguna emoción más profunda para sí misma. Pero él no era su príncipe. Él no la quería. No lo suficiente como para poner a prueba la enemistad que se había extendido entre sus familias. Entonces, ¿por qué permanecía en cada uno de sus pensamientos? ¿Por qué lo buscaba en cada rostro que veía y en cada figura que merodeaba por los pasillos de Inverleith?

—No, amor —respondió a la pregunta de Alina—. Todavía no tengo un final. Están contando su propia historia a su propio ritmo. Pero creo que podrías ayudarlos si pudieras ir a la ventana por la noche y pensar en ellos.

El rostro de Alina se congeló.

—No puedo caminar.

—Ah, pero veo un par de muletas.

El rostro de Alina se ensombreció.

—Las hizo Hammish.

—¿Eso cambia algo?

—Mither dijo que es un traidor.

—No me lo creo —aseguró ella.

—Yo tampoco, pero mither...

—Creo que Hammish es un hombre honorable, e hizo esas muletas solo para ti.

Alina parecía dividida entre la creencia y la duda.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —señaló Elsberth.

¿Podría ser eso cierto ahora con Hammish? ¿Y por qué era ella la única que cuestionaba su deserción?

—Ahora sabes que soy una MacDowell. ¿Cambia eso lo que sientes por mí?

—Oh, no, milady.

—Entonces, ¿no deberías tener noticias de Hammish antes de juzgarlo?

Alina lo consideró y asintió, aclarando la mirada.

—¿Probarás ahora con las muletas?

Como respuesta, Alina extendió la mano hacia las muletas y se puso de pie, equilibrándose lentamente. Su rostro palideció por el esfuerzo, pero se agarró y dio varios saltos hasta la ventana. Se apoyó en el borde y miró hacia afuera.

Elsberth se unió a ella. Su mirada se dirigió a los hombres que entrenaban abajo.

Dirigió la atención de Alina hacia el mar visible desde su habitación. Le parecía tan atractivo. Entendía la fascinación de Niall por él. El mar también la llamaba.

Alina se estremeció.

—Parece frío —dijo.

—Ah, pero piensa en todos los lugares a los que te llevaría —comentó Elsberth.

—¿Adónde iría? —preguntó Alina.

—¿Si pudiera ir a cualquier lugar? Creo que a la India.

—Yo quiero quedarme aquí —aseguró Alina con seriedad.

—¿Por qué?

—Por mi madre y mi hermano. Y por papá.

—Esa es una muy buena razón.

—Han venido a verme hoy.

—¿Sí?

—Sí. El nuevo laird los trajo —indicó Alina alegremente—. Papá está vigilando las murallas —añadió con orgullo.

El padre de Alina era granjero y pastor. No debería estar vigilando murallas. Pero el orgullo se reflejaba en el rostro de Alina. El orgullo de los Malcolm.

Elsberth había notado que se había duplicado el número de centinelas.

—Debes de estar muy orgullosa de él —dijo Elsberth.

Alina asintió.

—Lo estoy. Y de Alex... y Gavin. —Se sonrojó.

—¿Gavin?

—Vino aquí hace unos días después que yo. Se enfrentó a los MacDowell cuando intentaron llevarse el ganado. —Había adoración en su voz.

¿Cómo se le había pasado eso? Pero últimamente había estado preocupada.

—¿Ha venido a verte?

—Sí —afirmó Alina tímidamente.

Elsberth sonrió para sus adentros. Había estado enamorada de su primo cuando era niña, pero luego él se había convertido más en un hermano. A medida que crecía, una profunda amistad había reemplazado cualquier noción romántica.

—¿Qué hará usted, milady, si viene su tío? —preguntó de repente Alina.

—No tengo elección —respondió.

—Pero si pudiera elegir, ¿nos dejaría?

¿Si tuviera elección?

No la tenía. Lo había descubierto en las últimas semanas. Su tío no le había dado elección. Niall no le había dado elección. Ni siquiera Jamie, en quien ella había confiado, le había dado elección.

—¿Te gustaría aprender a leer? —preguntó, tratando de desviar la conversación.

—Oh, sí, milady. Siempre he querido aprender, pero el sacerdote dice que no hay necesidad de enseñar a las niñas. —Alzó la vista, con los ojos iluminados—. ¿Sabe hacerlo?

—Mi primo se aseguró de que aprendiera.

—¿Es él...?

—Es el MacDowell que tu laird capturó.

Alina frunció el ceño, como si no supiera cómo responder a eso.

Elsberth lo entendió. Los MacDowell habían asaltado su aldea y matado a varias personas. El primo de Elsberth era hijo de Callum MacDowell. Alina había podido excluirla de la mancha de sangre MacDowell, probablemente porque era consciente de que las mujeres tenían pocas opciones, pero no estaba segura de que eso también debiera cubrir al primo de Elsberth.

—Él no estaba entre los que asaltaron tu aldea —le comunicó Elsberth.

Alina asintió con desgana.

—¿De verdad que vais a intentar enseñarme a leer?

—Podemos empezar ahora mismo —dijo Elsberth, deseosa de que su mente se centrara en otra cosa y en otra persona que no fuera el laird.

—¿Cómo?

—Ahora mismo deberías aprender las letras. Yo las diré todas y tú las repites después de mí. Luego te enseñaré cómo se ven.

Alina se levantó del asiento junto a la ventana y utilizó las muletas para volver a su cama. Se sentó de lado, con el rostro ladeado y una expresión llena de expectación.

—Primero está *la A* —comenzó Elsberth.

—La A —repitió Alina.

—Luego la *B* y la *C*.

Una hora más tarde, Alina había memorizado la primera mitad de las letras. Era rápida y estaba entusiasmada.

—Intentaré encontrar algo en lo que escribir y una pluma —dijo Elsberth.

La única persona que sabía que podía tener los materiales era Seamus. Sabía por los cotilleos de la cocina que ahora pasaba la

mayor parte del tiempo en la armería.

Dejó a Alina repitiendo las letras y bajó rápidamente los escalones hacia la armería. Como esperaba, Seamus estaba allí. Como no esperaba, también estaba Niall.

Se detuvo en medio del paso. Sabía que había vuelto, por supuesto, pero no esperaba encontrarlo aquí. Ahora sabía que debería haberlo hecho.

—Laird Niall —dijo con una ligera reverencia, mientras trataba de mantener la cara recta y el tono impersonal.

Estaba magnífico. Llevaba una camisa de cuadros y lino blanco y botas de cuero suave. También llevaba cota de malla y sostenía un casco en la mano. Cerca había un escudo.

Era un guerrero en todos los sentidos.

—Milady —respondió él—. Espero que se encuentre bien.

—Tan bien como puede estarlo un prisionero —respondió ella, amargamente herida por la frialdad de su voz.

—Usted es nuestra invitada.

—No lo creo —replicó ella, haciendo un esfuerzo por mantener su tono tan indiferente como el de él. Pero su mirada no podía

apartarse de él.

Sus ojos se oscurecieron, pero su expresión facial no cambió. Entonces vio un músculo palpitante en su garganta. No era tan indiferente como quería que ella creyera.

Se obligó a apartarse de él y mirar a Seamus en su lugar.

—Estoy enseñando a Alina a leer y escribir. Necesito papel, pluma y tinta.

Seamus miró a Niall, que asintió.

—Sí, milady —contestó Seamus—. Se los enviaré a su habitación más tarde. Por ahora, tengo que trabajar con el laird.

—Gracias —dijo, se dio la vuelta y se fue.

Subió a su habitación. Le demostraría que podía cuidar de sí misma, que no era solo una mujer para ser usada y luego abandonada.

Todavía tenía la ropa del muchacho que pensaba usar para escapar. ¿Se acordaría Niall de ella? Lo dudaba. Se parecía mucho a la ropa que llevaban muchos miembros del clan, aunque quizá fuera un poco más lujosa. Pero la ropa a menudo se heredaba para ser entregada por la iglesia. Lo intentaría de todos modos.

Se puso las polainas y luego las botas bajo el vestido. El material era lo suficientemente largo como para cubrirlas siempre que no se moviera demasiado rápido. Tendría que deslizarse, al menos lo suficiente como para llegar a la armería. Metió la camisa dentro de las polainas. Varias enaguas cubrían el bulto.

Cerró la puerta e intentó deslizarse por el pasillo. Asintió a varios sirvientes al pasar junto a ellos, y luego mantuvo la cabeza gacha al pasar por el gran salón.

Con suerte, no habría nadie en la armería. Si lo hubiera, tendría que renunciar a la posibilidad de desafiar. Un momento que necesitaba desesperadamente.

La armería estaba vacía. Miró alrededor de la habitación. Estaba llena de cascos y escudos, espadas e incluso cota de malla. Algunos parecían muy viejos.

Cerró la puerta y en cuestión de minutos se transformó de doncella en una joven soldado. Aunque era de estatura pequeña, no se diferenciaba tanto de un joven. La cota de malla le daba más volumen y el casco le cubría la mayor parte de la cara.

Buscó entre las espadas y encontró una que le quedaba bien en las manos. Aunque la espada ancha parecía gruesa y torpe, era

extraordinariamente maniobrable, incluso para alguien de su tamaño y peso.

Elsberth salió de la armería y se dirigió a la zona de entrenamiento. Observó cómo Niall luchaba contra Seamus.

Seamus era mayor, pero supo inmediatamente que era hábil. Estudió los movimientos de Niall, como había hecho una vez con Jamie cuando entrenaba.

Había vencido a Jamie solo porque él no esperaba una contienda. Niall tampoco esperaría una contienda.

El orgullo la impulsaba ahora. Ella no era una posesión para ser usada. No se sentaría en una habitación esperando que los hombres tomaran decisiones por ella.

Ella era solo una de varios miembros del clan esperando entrenar. Algunos sostenían sus escudos y espadas torpemente. Otros se lanzaban contra su oponente con más entusiasmo que habilidad.

La mayoría observaba el duelo entre su laird y Seamus. Parar y estocar. Lanzarse hacia delante contra un escudo y retroceder para evitar un contragolpe. Encontrar un punto débil. Un momento de descuido. Una parte vulnerable del cuerpo sin protección.

Ella conocía todos los trucos. Jamie había sido un buen maestro.

Seamus encontró uno de esos puntos y dirigió su espada hacia el hombro de Niall. Ella giró, pero Seamus cambió de repente de táctica y golpeó las rodillas de Niall, justo debajo del escudo. Niall cayó.

En el entrenamiento, eso era una derrota.

Niall se puso de pie y, como era habitual, invitó a otro retador. Ella dio un paso adelante.

Un hombre se rió detrás de ella.

Niall Malcolm no se rió. No podía ver sus ojos detrás del casco y sabía que los suyos eran igual de difíciles de leer. Antes de que pudiera pensar o considerar quién podría estar frente a él, ella atacó.

Sorprendido, apenas tuvo tiempo de levantar su escudo para contrarrestar el golpe. Pero entonces dio un paso atrás, tomándola por sorpresa, y su espada chocó contra un escudo que apenas tuvo tiempo de levantar.

Él avanzó, y ella ya estaba desequilibrada, pero dio un paso atrás, moviéndose justo a tiempo para evitar otro golpe.

Por el rabillo del ojo, vio a una multitud observando. No iba a perder.

Sabía que tenía una ventaja. Él había estado peleando con Seamus. Estaba mucho más cansado que ella.

Pero ella tampoco había practicado últimamente.

Un golpe repentino casi la hizo caer de rodillas. Pero pudo girarse y golpearle en las rodillas, que Seamus había golpeado antes. Ella era mucho más baja que él, así que fue fácil.

Pero él no iba a caer de nuevo. Ella oyó el gruñido de dolor, pero él permaneció de pie.

Entonces golpeó con fuerza contra el escudo. Sintió la sacudida en todos los músculos. Sin embargo, se dio cuenta de que no había sido tan fuerte como podría haber sido. Si lo hubiera sido, habría caído. No se contenía en el entrenamiento.

Sabía... la había reconocido.

¿Cómo?

Ella contraatacó con todas sus fuerzas, oyendo el sonido metálico de su espada contra su escudo. El eco resonó en su interior,

el poder del golpe la puso en desventaja. Su repentina desesperación la había llevado a cometer un error.

Pero en lugar de golpearla, él retrocedió y se arrodilló en señal de respeto. Ella se quedó allí de pie.

Los gritos resonaron por todo el patio. Eran para un joven que se había enfrentado al terrateniente y casi lo había derrotado.

Pero ella no lo había hecho.

No había querido que la consintieran. Quería librar una batalla. La ira se agitaba en su interior. Manteniendo intacta su dignidad, se dio la vuelta y entró en la torre, incluso cuando oyó el sonido de las preguntas: ¿quién era el muchacho?

Pero Niall Malcolm lo sabía. Y en lugar de luchar contra ella, la humilló al no esforzarse al máximo, al contenerse, al fingir.

Como había fingido desde el principio.

Se fue directamente a su habitación, llevándose la armadura, la cota de malla y la espada. Por todos los santos, no le importaría clavarla en alguna parte sensible de Niall Malcolm.

Capítulo 21

Niall había reconocido a Elsberth casi de inmediato cuando se presentó en el campo. Al principio se había divertido, pero su diversión se desvaneció cuando descubrió que era muy buena y tuvo que esforzarse mucho para no ser derrotado por una muchacha tan pequeña.

Estaba cansado. Seamus, aunque envejecido, era un táctico magnífico. Y aunque Niall tenía la ventaja de la fuerza, sabía que no podía usarla contra ella. Era rápida, astuta y competente. Sabía exactamente dónde asestar golpes. Y tuvo que retener parte de su poder. No había querido hacerle daño.

¿Cómo demonios había aprendido a luchar con una espada?

Su saludo al final hizo lo contrario de lo que pretendía. Quería honrarla, pero ella obviamente lo tomó como un insulto. Lo vio en sus hombros rígidos mientras se alejaba hacia la torre.

Trató de no escuchar las especulaciones. Todos se preguntaban quién era el joven. Nadie la había reconocido, excepto él. Y eso era porque la conocía mejor que nadie.

Conocía esos ojos azules y la gracia particular con la que se movía. Ahora también conocía la determinación. Había tenido la intención de vencerlo.

Y casi lo había conseguido.

Otra faceta de la intrigante Elsberth MacDowell. Continuaba asustándolo. Cantaba con voz de ángel. Se había unido a servir comida de la cocina cuando nadie la necesitaba. También tenía habilidades curativas.

Y ahora era una guerrera.

Se quitó el casco y se pasó las manos por el cabello empapado de sudor. Necesitaba lavarse, luego visitaría a Elsberth.

No era prudente.

Obviamente, ella estaba enfadada con él, y él entendía por qué. Se había acostado con ella y luego se había ido con poco más que las palabras inútiles de un amante descuidado. Se había ofrecido a cuidar de ella, dándose cuenta demasiado tarde de que era exactamente lo que no debía decir.

Ahora sabía lo equivocado que había estado. Ella se enorgullecía de cuidar de sí misma. Él la había tratado poco más que como a una mujer de pago. No lo había hecho a propósito. En cambio, se había enfrascado tanto en acusarse a sí mismo de ser todo tipo de sinvergüenza que no había tenido en cuenta sus sentimientos. Había querido asegurarle que la ayudaría. En realidad, ya había puesto en marcha un segundo plan en caso de que Jamie y Hammish fracasaran. Atrapar a Betancourt siempre había sido arriesgado, y Niall no tenía ni idea de lo buen conspirador que era James MacDowell.

Pero había usado todas las palabras equivocadas. Y se había ido apresuradamente porque temía cometer aún más pecados. Pero al tratar de evitar más dolor, obviamente había cometido el mayor de todos los males.

Por los ojos de Dios, pero era un tonto.

Ignoró las preguntas mientras se dirigía a la torre y subía los escalones de dos en dos. Una vez en su habitación, se quitó la camisa a cuadros y se lavó. Se puso una camisa de lino limpia, calzas y un jubón de cuero.

Respiró hondo, preguntándose cómo había sucedido. ¿Cómo una simple doncella podía ponerlo del revés? ¿Cómo podía hacerle cuestionar todo lo que decía y hacía?

Bajó las escaleras. Ella no estaba en su habitación. Fue a la de al lado y la abrió. Alina lo miró.

—Busco a lady Elsberth.

—Estaba aquí antes —respondió Alina—. Me está enseñando las letras.

La profundidad de su decepción lo golpeó. También lo hizo la alarma. ¿A dónde habría ido?

Regresó a su habitación. Ella había estado aquí. Había un casco en una silla, al igual que la armadura. La ropa del muchacho estaba amontonada al final de la cama.

Parecía un montón desolado.

Un nudo en la garganta le dificultaba la respiración. Cerró los ojos al darse cuenta de repente de cómo se debió de haber sentido ella estos últimos días. Pensó que estaba siendo noble. En cambio, había sido un cobarde. Se la había llevado y la había dejado. Había luchado contra ella, pero no le había dado el respeto de ser honesto en la contienda.

La habitación parecía desolada. Él era la razón.

Le importaba, no, le importaba más que eso, ella. Y la había herido, al igual que había herido a todas las mujeres que se habían preocupado por él. Ahora tenía que encontrarla. Tenía que encontrar la manera de enmendarlo.

¿Y luego qué?

La maldición seguía persiguiendo a su familia. Sus propios demonios personales lo convertían en un hombre solitario y atormentado.

Déjala en paz.

Su mente le decía eso. Su corazón tenía una instrucción diferente. Tenía que encontrarla.

Bajó al establo y al box donde estaban la madre y el potro. No había rastro de una joven con el pelo corto. El mozo del establo dijo que ella no había estado allí.

—Avísame si aparece —ordenó secamente.

El mozo se sorprendió y contestó.

—Sí, laird.

Tras pensar donde más podría estar se dirigió rápidamente a la cocina. Estaba llena de recién llegados. Moira levantó la vista de la enorme olla que varios ayudantes estaban colocando en la gran chimenea.

—¿Laird?

—¿Está aquí lady Elsberth?

—No, no la he visto desde que ayudó con la comida del mediodía. —Frunció el ceño—. Podría estar con Alina.

—Probablemente sí —respondió Niall, que no quería dar la alarma hasta saber más. No había forma de que ella se fuera de Inverleith. Las puertas habían estado cerradas la mayor parte del día, excepto para un pequeño grupo de hombres que iban a vigilar el ganado en el exterior.

Excepto...

Había dado órdenes de que cada persona que entrara o saliera fuera identificada por otra.

Estaba descubriendo lo retorcida e inventiva que podía llegar a ser. Salió de la cocina y se dirigió a los portones. Estaban cerrados. Los centinelas parecían estar alerta.

—¿Ha salido alguien en la última hora? —preguntó.

—No —contestó uno de ellos—. No hemos abierto los portones.

—Conoces mis órdenes. Nadie debe salir a menos que sea identificado por otros.

—Sí —respondió uno, y luego otro.

Se dio la vuelta. Ella no se había ido todavía. ¿Adónde habría ido?

No estaba en el gran salón. Empezó a subir las escaleras. Sabiendo algo sobre Elsberth ahora, sospechaba que había explorado la torre en los primeros días. Probablemente conocería todas sus muchas habitaciones.

Inspeccionó todas las habitaciones de su piso, llegando por fin a la guardería.

Dudó en el exterior. No había estado en ella desde la muerte de Cora. Los dos habían visitado a menudo la habitación y hablado de su futuro hijo. El dolor aún estaba en él, la tristeza persistente por lo que se había perdido. Pero el filo de la agonía se había desvanecido.

Abrió la puerta y, extrañamente, no se sorprendió al verla sentada junto a la cuna.

Ella lo miró. Había anochecido y la habitación estaba llena de sombras.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —decidió tutearle, pues ya se conocían en todos los sentidos posibles y era inútil negarlo.

—Busqué en todas partes —admitió.

—Pensaste que me había escapado.

Él se arrodilló, con la cara a la altura de la de ella.

—Esperaba que no quisieras hacerlo. —Él también decidió que estaban en un punto donde tutearse era lo más apropiado.

—¿Por qué no iba a querer hacerlo? —Sus ojos estaban en las sombras y su mirada se alejó de él, como si no quisiera que él viera lo que había en ellos.

Él no quiso contestar su pregunta y en su lugar le formuló otra.

—¿Por qué decidiste esconderte aquí?

—Exploré la torre la primera noche que estuve aquí. Sabía que esta habitación ya no se usaba.

—Hace mucho tiempo que no tenemos niños aquí.

—Qué triste. —Si hubiera sido un mero comentario sobre lo obvio, podría haberlo aceptado. Pero había un anhelo y un pesar en su voz que llegó a él.

—Sí. —Sabía que la emoción que había intentado mantener a raya estaba en la grieta de su voz.

Sus miradas se encontraron, y la ira en la de ella se desvaneció en la empatía que sintió que se acercaba a él. Ella conocía la tristeza y el arrepentimiento. Se dio cuenta de que nunca le había preguntado cómo había llegado a estar bajo la tutela de Callum MacDowell. De hecho, había preguntado poco. No había querido saber. Saber era preocuparse. Y él tenía demasiado miedo de preocuparse.

Él había tomado mucho. No había dado nada.

Sin embargo, algo en ella se acercó a él, tal como lo había hecho con Moira y Alina y otras.

Él extendió una mano, tomando la delgada de ella en la suya. Ella trató de retirarla, pero él apretó su agarre.

—Eres una buena guerrera —aseguró él.

—Me permitiste ganar —acusó ella.

—Estaba cansado.

—Sabías quién era yo.

Sabía que mentir no le ayudaría ahora.

—Sí, lo sabía. He llegado a conocerte.

Ella lo fulminó con la mirada y su corazón se contrajo. Parecía tan feroz y, sin embargo, momentos antes tan vulnerable.

—Pero sin duda me pusiste a prueba —añadió él.

—Intenté protegerme, ya que eres un oponente peligroso. —Su mirada se volvió sospechosa—. Además, no necesito que me alaguen.

—No creo que me atreviera —contestó él.

Sus ojos se entrecerraron peligrosamente. Pensó por un momento que podría golpearlo.

En cambio, se mantuvo con gran dignidad, esta vez retirando con éxito su mano de la suya.

—Me gustaría estar sola.

Él se puso de pie.

Tenía intención de irse, pero como en tantas otras ocasiones con ella, no pudo despegarse. Sus ojos azules brillaban, vidriosos, con un ligero rastro de lágrimas.

—Quiero volver a Cressingham —pidió ella.

—¿Y al matrimonio?

—Es mejor que ser considerada tu... —Se detuvo antes de continuar e intentó alejarse, pero sus brazos la atraparon.

Sus labios acariciaron los de ella. Ella se resistió, pero solo por una fracción de segundo, y luego sus labios cedieron, se abrieron a los de él. Aun así, él sintió cierta resistencia.

La soltó y dio un paso atrás.

—Aún podrías ir a Francia. Tengo un barco. Conozco a una familia que te cuidaría.

—Te culparían a ti. Creerían que tú...

—¿Hice lo que hizo mi antepasado? —preguntó él—. No habría pruebas—, dijo finalmente. Luego se encogió de hombros. —Podría haber algo más, pero... —Se detuvo antes de soltar un plan que, con toda probabilidad, ni siquiera funcionaría.

Las lágrimas empañaron sus ojos, pero ella los apartó parpadeando.

Él sintió que caminaba sobre brasas sin botas.

—Por los ojos de Dios, pero te quiero —dijo él.

—¿De verdad? —susurró ella—. No dijiste eso hace unas noches. Me sentí... comprada.

Él se dio la vuelta, incapaz de soportar el dolor en sus ojos.

—No era mi intención —confesó finalmente—. Solo quería ayudarte a hacer lo que tenías pensado hacer antes de que nos entrometiéramos tan abruptamente.

—¿Y si ya no quiero eso?

Se volvió hacia ella.

—Soy un Malcolm y tú eres una MacDowell. No podemos cambiar eso.

—Quizá eso no, pero eso no significa que no pueda haber paz.

—Sigues comprometida con otro. Y tu padre nunca permitiría un matrimonio con un Malcolm. Y no puedo culparlo, considerando lo que sucedió hace años.

—Eso fue hace cien años.

—Eso no es nada en las Tierras Altas. Nos gustan nuestras rencillas —confesó con amargura.

—Pero si podemos dejar...

—No puedo dejar Inverleith otra vez, y menos contigo. Tu padre destruiría el clan.

—No puedes estar seguro de…

—Y aunque no fuera así —la interrumpió—, he jurado no volver a casarme nunca.

—¿Crees en la maldición?

Él se encogió de hombros.

—Me casé dos veces y enterré a mis dos esposas y a un hijo. No quiero que tú sigas el mismo camino.

Él oyó su respiración contenida.

—¿Por eso me dejaste?

—Sí. —Miró la cuna que estaba a su lado—. La cuna era para mi hijo. Un hijo, como resultó ser. Pero murió al nacer y también mató a mi esposa. —Hacía solo unos momentos, había pensado que había aceptado el dolor. Ahora, al escuchar sus propias palabras duras y rotas, supo que no lo había hecho.

—No creo en la maldición —repuso ella—. Las mujeres mueren al dar a luz.

—Sí, pero todas las mujeres que se han casado con alguien del clan han muerto en uno o dos años. Maldición o no, no puedo soportar otra pérdida. No lo haré.

—¿Y si estoy dispuesta a correr el riesgo? ¿No tengo voz ni voto?

Sus ojos se encontraron con los de ella. Él le tocó la cara.

—Eres hermosa y galante, y Dios sabe que te deseo. —Intentó controlar la sacudida que lo recorrió al darse cuenta de cuánto—. Pero no arriesgaré tu vida.

Ella pareció sopesar sus palabras, luego se volvió abruptamente y se dirigió a la ventana.

Él sintió un repentino escalofrío en la habitación, como si los espíritus de las madres y los niños perdidos permanecieran allí.

¿Era por eso que nunca había regresado después de la muerte de Cora?

¿Por qué había sido atraída Elsberth aquí de entre todos los lugares? ¿Ella también sintió el escalofrío? ¿Afectaba a los

MacDowell?

Las sombras se habían hecho más profundas mientras hablaban. Buscó una vela y no encontró ninguna, pero entonces no habría forma de encenderla. Este piso se usaba raramente, y no mantenían encendidas las lámparas de pared del vestíbulo. En poco tiempo, estaría completamente oscuro.

—Deberíamos irnos, muchacha.

—Elsberth —señaló ella—. Me llamo Elsberth. Elsberth MacDowell. —El enfado había vuelto a su voz.

—Deberíamos irnos, Elsberth —se corrigió él mismo.

—Vete tú —dijo ella—. Quiero quedarme aquí. A menos que quieras volver a hacerme prisionera. —Su voz era obstinada, decidida.

Niall no sabía qué hacer. Había intentado explicarse, pero su explicación obviamente había fracasado. Quería tocarla, pero sabía que eso sería fatal.

Por todos los santos, quería volver a saborear su beso. Quería sentir su pasión. Quería sumergirse en su calor. Quería despertarse a su lado y verla dormir. Quería abrazarla y no soltarla nunca.

—Elsberth —volvió a intentarlo. Ella se volvió entonces y, en la penumbra, vio lágrimas brillando en sus mejillas. Era la primera vez que la veía llorar. Se las secó con impaciencia con la mano.

Quería besarla para que se le fueran.

Le tendió la mano y ella la tomó. Eran como imanes, destinados a unirse. Había sido obvio desde que se conocieron.

Pero incluso cuando estaban uno al lado del otro, Niall sabía que había un abismo entre ellos, uno que no sabía cómo cruzar.

—No quise ofenderte la otra noche. Quiero que estés a salvo y seas feliz. Y no puedo ofrecerte nada de eso. Ni siquiera una vida.

—Lo sé —aseguró ella, y había resignación en su voz, incluso mientras su mano se aferraba con fuerza a la de él—. Antes no lo sabía, pero ahora sí.

Niall cerró los ojos para protegerse del dolor que irradiaba entre ellos. Ambos eran prisioneros del odio, de la historia y del deber. Y no había forma de tender un puente entre ellos.

Jamie esperó a tener noticias de Betancourt.

Recibió una respuesta el tercer día que estuvo en Edimburgo. Betancourt evidentemente había interrumpido su viaje de caza. Una señal alentadora.

Leyó la respuesta.

Sería un honor para mí conocer al hijo de mi buen amigo y al hermano de mi futura esposa.

Jamie casi se atragantó con la frase.

Sugería una reunión en la casa de Betancourt en Edimburgo al día siguiente. Eso no le convenía en absoluto a Jamie.

Él se negó, alegando compromisos previos. Sugirió reunirse en la cena en las habitaciones de su padre en el Castillo de Edimburgo. Añadió que su padre estaba enfermo y que no los molestarían.

Esperó otro día para recibir una respuesta. A pesar de las cálidas palabras de Betancourt, obviamente no tenía prisa.

Eso preocupaba a Jamie. También lo hacía el tiempo que se consumía.

Decidió dar el siguiente paso. Necesitaba ayuda. El padre de Caitlin, Dugald Cameron, estaba en Edimburgo, e invitó al jefe de los Cameron a cenar. El Cameron aceptó de inmediato, ansioso por conocer todos los detalles del secuestro de Elsberth y la captura y encarcelamiento de Jamie.

—No hubiera sospechado que secuestraran a una mujer —reflexionó—. Desde que aquel primer Hammish Malcolm intentó asesinar a su esposa, los Malcolm han intentado recuperar su reputación.

—Creían que era Caitlin —dijo Jamie—. Iba escoltada por los Cameron. Me dijeron que el capitán de la guardia tomó la decisión sin decírselo a Niall Malcolm. Esperaban que se casaran.

—Sobre mi cadáver —soltó el Cameron—. No permitiría que una hija mía se casara con un Malcolm. No soy supersticioso, pero ha habido demasiadas muertes.

—¿Qué sabe de ellos? —preguntó Jamie, interesado en la opinión de Cameron.

—Conocí a Kinner. Era un guerrero nato. Nadie podía vencerlo en una pelea. Y cuando no había suficiente por aquí, se fue a Francia a luchar contra España. Con la aprobación de su padre. El

viejo terrateniente tenía numerosos contactos y relaciones francesas. Quería fortalecerlos. Siempre creyó que la única esperanza de Escocia era una firme alianza con Francia, y gran parte de la riqueza de los Malcolm provenía del comercio con los franceses.

—¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. Simplemente desapareció. La mayoría cree que está muerto. Si lo hubieran hecho prisionero, habría habido demandas de rescate. Alguna noticia.

—¿Y Niall Malcolm?

Cameron se encogió de hombros.

—Sé poco de él. Lo vi hace años, antes de que se hiciera a la mar. Asistí a su boda con Cora McDonald, y me gustaba la chica. Esperaba que la maldición se hubiera roto —comentó, mirando rápidamente a Jamie—. Me entristeció saber de su muerte un año después. No he vuelto a ver a Niall Malcolm desde entonces. Sé poco de él, excepto que su padre dijo que era un buen marinero y comerciante. —Luego, sus ojos se agudizaron—. Usted no la habría dejado allí si hubiera pensado que le harían daño.

Él fue el primero en llegar a esa conclusión. No Caitlin. Ni su propio padre. La gratitud lo inundó.

—No, no lo habría hecho.

—Me he visto atrapado en medio —indicó Cameron lentamente —. El padre de Niall era un amigo, pero después de una incursión de los Malcolm en los MacDowell, tu padre dejó claro que tenía que tomar una decisión. No podía ser aliado de ambos, y no podíamos permitirnos enemistarnos con los MacDowell. —Suspiró profundamente—. No he vuelto a ver a los Malcolm desde entonces. Solo escucho chismes.

La mirada de Cameron volvió a la suya.

—¿Qué le pareció *a usted* el nuevo laird?

Jamie sabía que tenía que ser cauteloso. A pesar de sus palabras, Cameron bien podría ser más leal a su padre que a su futuro yerno. Jamie sabía que su padre era temido, especialmente por sus vecinos.

—¿Conoce bien a Betancourt? —preguntó, ignorando la pregunta sobre Niall Malcolm.

El hombre entornó los ojos.

—Sí. Es ambicioso.

—¿Usted sabía lo del compromiso entre el conde y mi prima?

—Lo oí. Apenas podía creerlo. Elsberth no es precisamente una belleza, pero podría casarse con alguien mucho mejor.

La mirada de Cameron se encontró con la suya.

—No me sorprendería que ella misma hubiera acudido a los Malcolm. Con la ayuda de mi hija.

Jamie no dijo nada.

—Conozco a mi hija —continuó Cameron—. Es tímida e incluso retraída a veces, pero haría cualquier cosa por alguien que le importara. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Lo haría usted?

Así que, después de todo, no estaba tan seguro de los motivos de su futuro yerno.

—Sí —respondió Jamie—. Eso espero.

—Entonces, si necesita ayuda, acuda a mí.

Terminaron la comida en silencio, Jamie reflexionando sobre lo que se había dicho, la oferta de ayuda. Conocía al jefe de los Cameron y siempre le había caído bien, pero el hombre solía desaparecer junto a Callum MacDowell. Ahora se preguntaba si lo había subestimado.

Jamie se fue y se dirigió a la taberna donde se alojaba Hammish. No había ido muy lejos cuando una inquietud le recorrió la espalda. Miró a su alrededor. La calzada estaba casi vacía de personas y vehículos. Sin embargo, estaba seguro de que algún ruido o movimiento despertó sus sentidos.

No podía ir a la taberna de Hammish ahora. No si había la más mínima posibilidad de que lo estuvieran siguiendo.

Giró por otra calle y caminó rápidamente hasta otra taberna y entró. No estaba llena de gente. Tomó una silla contra la pared, donde podía vigilar la puerta, y pidió una jarra de cerveza.

Cuando llegó, dio un sorbo y casi la escupió. Era la peor que había probado.

Entraron dos hombres, que se quedaron mirando a su alrededor. Iban vestidos de forma tosca y uno de ellos tenía una cicatriz sobre los ojos. Ambos iban armados. Se sentaron en una mesa y pidieron cerveza.

Jamie se acabó la suya y pidió otra, levantando un poco la voz para fingir estar borracho. Se la bebió rápidamente, le lanzó una moneda al dueño del establecimiento, se puso de pie y se dirigió a la puerta. Una vez fuera, se apresuró a recorrer la calle hasta que

encontró un callejón. Entró en él y retrocedió hasta el edificio. Las paredes estaban oscuras por el humo de las fogatas de turba, y él llevaba un manto oscuro. Incluso si alguien se asomara, tendría dificultades para verlo.

Esperó.

En cuestión de minutos, oyó voces fuertes y disgustadas.

—¿Adónde ha ido?

—El conde nos cortará la cabeza.

Jamie quería salir y aplastarles la cabeza. En su lugar, se escabulló de nuevo en la oscuridad del edificio. Había descubierto lo que quería saber. Al parecer, había preocupado al conde de Betancourt. La cuestión era si a los dos matones se les había ordenado seguirle para saber más sobre él o si se les había enviado para matarle.

La respuesta no era lo suficientemente importante como para alertar a Betancourt de que podría no ser el hombre tonto y codicioso que Jamie planeaba retratar. Era mejor dejar que los lacayos del hombre pusieran excusas por su propia incompetencia.

Pero había aprendido que tendría que ser muy, muy cauteloso en el futuro.

Capítulo 25

Dos días después del incidente fuera de la taberna, Jamie se vistió en una de las habitaciones asignadas a su padre en el castillo de Edimburgo. Frustrado por no haber recibido respuesta de Betancourt, había pasado una noche inquieta tras regresar de otra taberna.

Estaba harto de pasar cada noche bajo el pretexto del libertinaje. Disfrutaba levantando las copas con los amigos, pero nunca le habían gustado los excesos. Había sido cauteloso al ver a Hammish con demasiada frecuencia y había adquirido la costumbre de ir a varias tabernas.

No había visto a los dos hombres que lo habían seguido esa noche, pero había sentido que lo observaban. Alguien estaba obviamente interesado en sus movimientos, y ese alguien había empleado mejores espías. ¿Había sentido esa persona que los dos

hombres habían perdido a Jamie por descuido, o porque Jamie era más de lo que parecía? Sospechaba que Betancourt había esperado a reunirse con él hasta averiguar todo lo posible.

Como si hubiera convocado mentalmente al conde, un criado llamó a la puerta, entró y le entregó una tarjeta a Jamie.

Era de Betancourt.

Jamie le pidió al hombre que entrara y luego le permitió quedarse de pie mientras terminaba de lavarse. Jamie se miró en el espejo. Todavía no se había afeitado y decidió no hacerlo, ni peinarse. Quería parecer como si hubiera pasado una larga noche bebiendo y tal vez algo peor.

Vertió vino de una jarra en una copa que estaba sobre la mesa. Era una hora intempestiva para beber, pero un buen teatro. Luego se dignó a mirar al hombre de Betancourt, que no ocultaba del todo su ira.

El mensaje fue verbal.

—El conde de Betancourt tendría el honor de aceptar su invitación a cenar. Sugirió esta noche, si le parece bien —dijo el emisario. Hablaba inesperadamente bien, obviamente era más que un lacayo. ¿Estaba aquí para sopesar a Jamie?

—Dígale a su señor que espero con impaciencia su presencia —repuso Jamie con ironía y acordó una hora tardía.

El mensajero siguió manteniéndose firme.

—Su señoría quería saber si su padre estará presente.

—No, sufre de gota —respondió Jamie.

—Se lo comunicaré. Gracias, mi señor.

Jamie lo estudió. Los dos que lo habían seguido antes tenían el aspecto de sinvergüenzas. Este hombre parecía y sonaba más presentable, y sin embargo había un brillo salvaje en sus ojos fríos y oscuros, que se detenían demasiado tiempo y con familiaridad en Jamie.

Jamie no quería ser obvio en su propia lectura, aunque su mente memorizaba rápidamente cada rasgo del hombre, la ropa que lo proclamaba de un rango superior al de sirviente. Dio la espalda y vertió más vino en su copa. Se lo bebió de un solo trago, luego se volvió como si acabara de recordar al hombre.

—¿Todavía está aquí? —preguntó con indiferencia—. Puede retirarse.

Una ira rápida y fea llenó los ojos del hombre antes de que se inclinara ligeramente y se diera la vuelta. Sus hombros estaban rígidos por el insulto.

Jamie sonrió para sí mismo. Había desarrollado una intensa aversión por el hombre, algo que rara vez hacía, sobre todo cuando no tenía otra razón que su apariencia física. Sin embargo, había algo en su visitante que le erizaba el vello del cuello.

Dejó la copa en el suelo. El vino era espeso y dulce en su garganta. Se sorprendió al descubrir que era inferior al que le ofrecían como prisionero en Inverleith.

Jamie se acercó a la estrecha ventana y miró hacia el patio. Vio cómo su visitante montaba a caballo. No era un simple sirviente. Ojalá hubiera podido preguntarle el nombre, pero eso podría haber sido revelador. El hombre que quería que Betancourt creyera que era no le preguntaría el nombre a un sirviente.

Solo esperaba que su actuación fuera convincente. Betancourt tenía que considerarlo un sinvergüenza y un loco temerario. Dudaba de que pudiera conseguir una admisión de él; si no, Jamie quería provocarlo para que lo atacara. Era arriesgado. Lo sabía. Y no le había contado a su padre esa parte de su plan. Pero quería que se

hiciera, y quería que se hiciera rápidamente. Quería detener el asedio contra Inverleith y ver a Elsberth libre y a salvo. Quería abrazar a Caitlin y explicarle todo.

Se afeitó y se peinó. Tenía que averiguar más sobre el mensajero de Betancourt. Pero eso tendría que esperar. Había asuntos más urgentes.



Elsberth caminaba junto a Alina, dispuesta a sujetarla si empezaba a caerse. El perro, Baron, se había quedado en la cámara. Elsberth temía que pudiera hacer tropezar a Alina en su intento de acercarse lo más posible a su joven ama.

Llegaron a las escaleras. Elsberth sugirió que Alina esperara allí hasta que encontrara a alguien que la llevara abajo.

Elsberth encontró a un hombre corpulento en el gran salón.

Él la miró con curiosidad.

—Sois la moza de MacDowell.

Internamente hizo una mueca ante la palabra, pero trató de no mostrarlo exteriormente.

—Sí.

—Alina es la hija de mi primo. Me ha dicho que usted ha sido buena con ella.

—Es fácil ser bueno con ella.

—Sí, es una chica encantadora. —No dijo nada más, pero la siguió por los escalones de piedra hasta donde Alina esperaba—. ¿Quieres dar un paseo?

—Lady Elsberth me va a llevar a ver a su potro.

El hombre volvió a mirarla, luego simplemente asintió, cogió a Alina y siguió a Elsberth por las escaleras.

—Quiero parar en la cocina —indicó Elsberth.

Recogió dos zanahorias, le dio una a Alina y los tres se dirigieron a los establos. Elsberth no pudo evitar echar un vistazo para ver si había algún rastro de Niall, aunque sabía que no lo habría. Habían pasado días desde la noche en la guardería, y solo había tenido unos pocos atisbos de él. Había estado fuera la mayor parte del tiempo.

Ahora entendía por qué. Su ira había desaparecido, perdida en el dolor descarnado que había visto en él. No la había desestimado a la ligera como ella había creído. Realmente pensaba que estaba haciendo lo mejor para ella. Lo mejor para su clan. Estaba dominando sus propias necesidades por las de los demás.

Pero no sabía qué era lo mejor para *ella.* Después de saborear la dulzura y la pasión de los momentos con él, no creía que pudiera soportar vivir sin ellos. Una cosa era vivir sin conocer el amor. Otra era conocerlo y perderlo por cobardía. Y vivir con remordimientos.

Sacudió el pensamiento de su cabeza mientras conducía hacia el establo donde estaban la madre y la cría. El miembro del clan Malcolm sostuvo a Alina para que pudiera ver al potro en el interior. La cría estaba succionando con avidez su desayuno.

—Ohhhhhh —dijo Alina—. Es muy bonita.

—Sí, lo es. —Elsberth le ofreció la zanahoria a la madre, que la aceptó con delicadeza y empezó a masticar.

Pero los ojos de Alina se fijaron en el potro, que seguía siendo entrañablemente torpe con sus largas y delgadas patas. El potro dejó de mamar y los miró a los tres con ojos que parecían demasiado grandes para su cabeza.

Alina extendió la mano y el potro dio un paso cauteloso hacia adelante, luego otro, hasta que Alina pudo tocar su piel aterciopelada. El bebé la acarició con el hocico, empujando contra la pequeña mano.

Alina se rió. Era la primera vez que Elsberth oía ese sonido. Deseaba con todas sus fuerzas poder decirle a Alina que algún día podría montar al potro. Quería quedarse con la familia y enseñar a Alina a leer y escribir, a montar a caballo. A reír. A bailar al son de la gaita.

Estaba deseándolo con todas sus fuerzas.

Siempre había amado a los niños, pero nunca antes había sentido ese instinto maternal tan fuerte.

Alina no es mía. Tiene madre, padre y un hermano. E incluso quizá un joven con quien casarse algún día.

Cerró los ojos por un momento. Querer era algo tan intenso. Y ella quería tanto. Niall. Una niña. No, niños. Quería despertar la curiosidad natural de Alina y luego alimentarla en sus propios hijos.

Con fiereza y un dolor increíble, se dio cuenta de que quedarse pondría a Alina en peligro de nuevo. A Alina y a su familia, y a otras familias como ellos. Elsberth realmente no tenía más elección que

Niall. Lo sabía, y ahora se daba cuenta de lo que él había estado tratando de decirle. No se puede comprar la felicidad con el dolor de otra persona.

Sintió un suave empujón contra su mano. Abrió los ojos y miró hacia abajo. El potro ahora le acariciaba con el hocico, como si sintiera la angustia de Elsberth.

Se apartó y se topó con algo duro. Se dio la vuelta, y la anticipación y la alegría desmentían esa determinación.

Pero no era Niall. Su corazón se hundió al reconocer el casco, la cota de malla.

Seamus. El hombre que, junto con Bruce, había planeado secuestrarla y traerla aquí.

Se preguntó cuánto tiempo llevaba allí.

—Milady —respondió él. Parecía incómodo.

Ella esperó a que continuara.

—El laird dijo que quizá le apetezca montar a caballo. Puedo acompañarla.

—¿Dónde está?

—De patrulla, milady.

Era obvio que tenía pensado no decir nada más.

Ella dudó. El sol brillaba y el cielo era de un azul inusual. La temperatura era cálida para el otoño en las Tierras Altas. No necesitaría capa. Estaba muy tentada. Pero en su lugar hizo una pregunta.

—¿No encontró a Hammish ni a mi primo?

—No. Se han ido. Hemos oído que llegaron a la fortaleza de los Cameron y partieron hacia Edimburgo.

—¿Cómo lo sabe? —El alivio la inundó, pero también permaneció la incertidumbre. Todavía no podía imaginar a Hammish como un traidor al clan.

—Uno de nuestros miembros del clan está casado con una Cameron. Acaba de regresar.

Se quedó perpleja ante la noticia. ¿Por qué iría Hammish a Edimburgo? ¿Y Jamie? ¿Habría ido a ver a su padre? ¿Ayudaría a levantar un ejército contra Inverleith? ¿Contra Niall?

El pensamiento fue otro golpe agudo en su interior. Todavía no podía creer que la hubiera abandonado, incluso si se daba cuenta de que ella estaba en poco peligro por parte de los Malcolm.

—Puedo llevarme a Alina de vuelta —dijo el fornido miembro del clan que estaba a su lado.

—No sé su nombre —repuso ella.

—Brian, milady.

Se volvió hacia Alina.

—Te veré más tarde.

—¿Puedo quedarme un poco más?

—Todo el tiempo que tú y Brian queráis.

Siguió a Seamus hasta donde ya estaban ensillando a la yegua. Le echó una rápida mirada.

—Lord Niall dijo que querría ir —indicó él.

Él la ayudó a subir a la silla de montar y luego se montó fácilmente en su propia montura. La puerta se abrió cuando se acercaron a ella y él cabalgó en silencio. Su rostro bajo el casco era casi invisible. Ella no sabía lo que estaba pensando, pero sí notó que no estaba contento con sus órdenes.

Incluso mientras disfrutaba de estar fuera de Inverleith y a caballo, sintió que algo iba mal. Cabalgaron durante casi una hora,

luego él giró por un sendero, el mismo que Niall había tomado una vez. Llevaba a una elevación, y luego al mar.

Cuando llegaron a la cima de la colina, vio un barco anclado frente a la costa. Un bote largo estaba varado en la playa, y varios hombres estaban sentados cerca.

Detuvo su yegua y miró a su compañero.

—Es el barco de Niall —dijo—. La mandó traer hace unos días. Eso fue más o menos cuando Hammish y Jamie se fueron.

—¿Por qué?

—Navega hacia Francia. Niall dijo que usted deseaba ir allí. Tengo un mensaje para alguien en quien puede confiar en Francia, así como oro suficiente para que se establezca allí.

—¿Y si no quiero ir?

—Me habló de Lord Betancourt —continuó—. Dijo que esperaba ir a Francia antes de que Bruce... —Se detuvo de repente, frunciendo el ceño—. Es culpa mía que todo haya pasado. No debería haber animado a Bruce con su idea lunática.

—Niall no me dijo nada de esto —comentó ella, con el corazón en un puño. Pensó de nuevo en su conversación en la habitación de

los niños, en la tristeza que había en él. ¿Estaba despidiéndose?

Seamus se quedó en silencio.

—Si simplemente desaparezco... —De nuevo silencio.

—No podía dejar que nadie lo supiera, o alguien vendría a por mí —dijo ella—. Mi tío creerá que los Malcolm me mataron, igual que su antepasado intentó matar a otro MacDowell. Irá a por Niall, igual que nuestra familia mató al Malcolm que intentó matar a su esposa MacDowell. A Niall y al clan.

—Estoy empezando a conocer algo de nuestro laird —indicó Seamus—. Tiene algo en mente. No permitiría que el clan sufriera daños.

¿Quizás no el clan, sino él mismo?

Ella siguió dando vueltas a sus pensamientos, para encontrar un hilo a seguir.

Jamie. Hammish. Otra escena pasó por su mente. Niall luchando en el patio. Era la primera vez que lo veía entrenar. Sabía por otros que había evitado luchar en algún momento del pasado y se había convertido en marinero y comerciante. También sabía que los asedios a menudo terminaban con un combate personal entre

dos campeones, con pocas consecuencias para la gente del bando perdedor, aparte de un nuevo laird.

Nunca permitiría que su clan sufriera por una decisión que él había tomado. *Una decisión para ayudarla.* ¿Temía perder y que la enviaran a Betancourt? ¿Por eso la quería a bordo de un barco?

Cerró los ojos. Podía soportar lo segundo, pero no lo primero.

Tampoco podía arriesgarse ni siquiera a la posibilidad de que el clan fuera destruido porque no deseaba casarse con el hombre elegido para ella. Pensó en Alina. En Moira. En Robina.

¿Culparía el clan a Niall por dejarla ir?

No podía dejar que él librara sus batallas.

—No iré.

—Entonces me ordenaron que la subiera a bordo.

—Encontraré la manera de regresar.

Permaneció en silencio durante un largo rato, y luego suspiró profundamente.

—Bruce tenía razón en una cosa. Usted es una buena esposa para el laird.

—¿Aunque sea una MacDowell? —preguntó ella.

Él sonrió por primera vez desde que ella lo había conocido.

—Siempre hay excepciones. —Pero luego su rostro se volvió serio—. Vamos, milady, debo llevarla a bordo.

Pensó en dar la vuelta al caballo y huir, pero su caballo castrado parecía mucho más rápido que su yegua. Y una vez que llegaran a la playa, habría más hombres esperando.

Solo había una manera.

Comenzó a girar hacia el camino que bajaba a la playa. De repente, pateó a la yegua y tiró con fuerza de las riendas. La yegua, no acostumbrada a tal trato, se encabritó, y Elsberth soltó sus pies de los estribos y se deslizó del caballo.

En un segundo, Seamus había desmontado y se había arrodillado a su lado.

—Milady, ¿se encuentra bien?

Ella se movió ligeramente y luego gimió como si la agonía acabara de golpearla. Le oyó murmurar algo que sonaba como una maldición.

Sabía que él no podía arriesgarse a moverla, no sin ayuda. Se dirigió a la cima de la colina que descendía hacia la orilla. Él le dio la

espalda y luego comenzó a descender, aparentemente en busca de ayuda.

Su caballo estaba más cerca de ella que de él.

¡No se dé la vuelta!

Ella se movió rápidamente, montó en su caballo, luego se inclinó y agarró también las riendas de su yegua. Él se dio la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Ella clavó los talones en el costado de su montura y, guiando a la yegua, se alejó, ignorando sus gritos.

Él tendría que caminar kilómetros para volver a Inverleith. Ella tendría una buena ventaja.

No estaba segura de adónde iría. Solo sabía que tenía que llegar hasta su tío y convencerlo de que el secuestro había sido obra suya. Le diría a su tío que no había culpa alguna de los Malcolm y que se casaría como él deseaba.

Era, pensó aturdida, la única manera de salvar a Niall Malcolm y a su clan.

Aun así, su corazón estaba roto y pensó que nunca podría sanar. Se dio cuenta de que su prisión se había convertido en un hogar y sus carceleros en familia. Probablemente nunca volvería, nunca los volvería a ver.

Pero él había estado dispuesto a arriesgarlo todo por ella, incluso su vida, y ella no podía hacer menos por él.



Jamie había visto antes a Betancourt, pero había sido un joven más interesado en los placeres de la corte que en sus cortesanos. Nunca había tenido una conversación con él, y todo lo que sabía procedía de rumores.

Pero los rumores podían ser poco fiables.

Se preparó cuidadosamente para la cena. Encontró una taberna donde obtuvo un buen vino. Habló con la cocinera dentro del castillo y le dio una moneda de oro para que le proporcionara manjares especiales.

Y luego habló con su padre sobre quién debería usar la pequeña mirilla.

Tenía que ser alguien en quien confiara el rey Jaime. Un miembro de la familia MacDowell sería sospechoso. Todo dependía de su futuro suegro, que se ofreció a ayudar. Aunque estaba aliado

con el clan MacDowell, Dugald Cameron era bien conocido por su independencia y lealtad a la corona. Había luchado con Jaime cuando invadió Northumberland años antes en nombre de Perkin Warbeck, pretendiente al trono inglés.

Para sorpresa de Jamie, su padre accedió a hablar con Dugald. Los Cameron estaban indignados ante la posibilidad de que hubiera un traidor en la corte, y también por el hecho de que su futuro yerno hubiera sido seguido y posiblemente estuviera en peligro.

Una vez que todo estuvo listo, Jamie esperó. La mirilla estaba en la antesala del espacio asignado a su padre cuando estaba en la corte. Solo unos pocos confidentes del rey gozaban de tales privilegios.

El propio rey le había mostrado la mirilla a Callum MacDowell. El castillo era un hervidero de intrigas, y convenía conocer a los enemigos, había dicho, insinuando que había otras mirillas en otros lugares.

Había una pequeña habitación detrás de la que esperaba a Betancourt. Se accedía a ella desde la habitación contigua a esta a través del armario y era lo suficientemente grande para una

persona. El agujero era casi invisible. Si alguien no sabía que estaba ahí, sería casi imposible de detectar.

Dugald estaba allí ahora, su gran cuerpo encogido en una pequeña silla. Llegó la hora señalada. Y se fue.

Betancourt llegó tarde, como si él también quisiera dejar algo claro.

El hombre que había visitado a Jamie con la tarjeta de Betancourt estaba con él.

Su expresión no era cordial.

—Siento no haber sido claro —declaró Jamie—. La invitación era solo para el conde.

—No hay malentendido, joven MacDowell. Cleve esperará fuera.

El hombre asintió cordialmente a Jamie, pero sus ojos eran tan fríos como el hielo. Sin decir palabra, salió y cerró la puerta.

Jamie arqueó una ceja.

—Soy un hombre importante y, como tal, tengo enemigos. Tomo precauciones. Debería tenerlo en cuenta también, joven MacDowell.

—Es lord James —lo corrigió Jamie con una sonrisa insulsa.

—Lord James, entonces. Es un honor, y permítame añadir que me sorprende un poco.

—Tenemos amigos en común —dijo Jamie—, pero hablaremos de eso más tarde. Pruebe este vino. Me han dicho que es excelente. —Sirvió vino de una jarra en copas y dio un sorbo de la suya.

Betancourt hizo lo mismo. La satisfacción se reflejó en su rostro.

—*Es un* vino excelente. ¿Es del rey?

Jamie dejó que el conde pensara que sí. Aumentaba su nivel de influencia.

Cenaron e intercambiaron bromas. Jamie estaba evaluando al conde y sabía que, a su vez, lo estaban evaluando a él.

A diferencia del padre de Jamie, Betancourt era un hombre delgado y tenía una mirada hambrienta y cruel. Llevaba un manto de terciopelo verde intenso y su cinturón estaba adornado con joyas.

—Acabo de regresar de Londres —comentó Jamie, dirigiendo la conversación hacia donde él quería.

Betancourt levantó una ceja como si quisiera preguntar por qué esa información podía ser importante para él.

—Escuché una conversación sobre las tierras de Malcolm —continuó Jamie—. Y una suma de veinticinco mil libras. —Rezó para que la información de Niall Malcolm fuera cierta.

—¿Y por qué iba a interesarme eso? —preguntó Betancourt.

—Los MacDowell tienen un gran interés en lo que ocurre con las tierras de los Malcolm.

—Aún no me ha explicado por qué debería importarme.

—Porque la conversación que escuché fue entre Woolsey y Buckingham. No creo que sea una conversación que le guste al rey Jaime.

Betancourt no mostró ninguna emoción. Solo esperó.

—Parece que la Corona inglesa podría tener cierto interés en conseguir partidarios en la corte escocesa.

—Estoy seguro de que esa sería la esperanza inglesa —dijo Betancourt.

Jamie decidió ir al meollo del asunto antes de que Dugald Cameron se aburriera.

—Su nombre también fue mencionado, mi señor.

Betancourt se sentó.

—Eso es una calumnia.

—Quizá, aunque no lo creo y dudo que el rey Jaime lo vea así. No le gustan los traidores. Tengo entendido que volverá dentro de tres días de su viaje de caza.

—No tiene pruebas.

—No creo que el rey Jaime necesite muchas más.

—Ha urdido este cuento de hadas para conseguir mis tierras —indicó Betancourt—. No es ningún secreto que los MacDowell las codician. —Se rió—. James se dará cuenta de su pequeña trama. —Empezó a levantarse.

—Hay otros que también lo saben —dijo Jamie con una leve sonrisa—. Creo que son personas en las que el rey confiará.

—No su padre, o habría cancelado mi compromiso con su sobrina —fanfarroneó Betancourt.

—No la ve aquí —señaló Jamie encogiéndose de hombros.

—He oído que era rehén de los Malcolm. —Jamie se limitó a sonreír.

Por primera vez, la duda y el miedo se reflejaron en los ojos de Betancourt.

—¿Qué quiere?

—Todavía no se lo he dicho a mi padre —señaló Jamie—, pero le he instado a que reconsidere el compromiso. —Dio un tranquilo sorbo de vino—. Necesito un préstamo. Uno sustancial. Quizá la mitad de las veinticinco mil libras que recibió de los ingleses.

Betancourt echó un vistazo a la habitación. Era pequeña y estaban solos.

Su propio hombre hacía guardia fuera.

—¿Me chantajea, joven MacDowell?

—Esa es una palabra muy fea. Prefiero llamarlo una asociación entre futuros parientes políticos.

—¿Y qué le impedirá explotar esta asociación en el futuro?

—Seremos parientes, mi señor.

—Si dice algo —amenazó Betancourt—, lo negaré todo. Tendré testigos de que vino a mí con un plan para unirse a los ingleses, y yo me negué. Después de todo, usted solo estuvo en la corte inglesa. Yo no he estado allí.

—Sí, pero usted *ha estado* en la frontera.

Un tic en la mejilla de Betancourt indicó que Jamie había asestado un golpe. Las preguntas que el conde aparentemente aún tenía eran si Jamie tenía alguna otra prueba y quién más sabía. ¿Y quién en Londres había hablado con él? Era información que tendría que tener para mantener la cabeza fría.

La traición podía acarrear terribles penas.

Hasta ahora, Betancourt había evitado cualquier admisión directa. Podía alegar que simplemente estaba tratando de tenderle una trampa a Jamie. Pero entonces no podría tener ni idea de que una tercera persona estaba escuchando.

Jamie esperaba que Cameron pudiera oírlo todo. Pero sabía que tenía que llevar a Betancourt a revelar más información perjudicial.

—Quiero la promesa de las tierras de Malcolm —exigió—. Tengo entendido que también se le prometieron otras tierras, además de oro.

Betancourt se limitó a asentir. Una promesa fácil de hacer sin papeles de por medio, y el conde sabía que no podía haber papeles. Maldeciría a Jamie tanto como a sí mismo.

Y una promesa era fácil cuando una de las partes tenía la intención de matar a la otra. Jamie estaba bastante seguro de que eso era lo que pretendía.

—¿Entonces tenemos un trato? —preguntó.

—Como usted ha dicho, una asociación. Pero me llevará varios días reunir los fondos.

—Será un placer esperar —dijo Jamie.

Mirando a los ojos negros como el carbón de Betancourt, supo que el placer no era lo que Betancourt tenía en mente, a menos que fuera el placer de matarlo.

Minutos después de que Betancourt se fuera, Cameron llamó y entró. No preguntó, pero se sirvió una jarra de vino.

—Dios mío —soltó.

—¿Es suficiente para ir al rey?

—No. A mí me basta, pero ¿al rey? ¿O para una condena por traición? Creo que no. Betancourt fue cauteloso y, como dijo, siempre podría alegar que le estaba poniendo *a prueba*.

—Necesitamos dinero para cambiar de manos —indicó Jamie.

—Sí. Pero le contaré a su padre lo que he oído. Puede que él opine lo contrario.

—Iré con usted —dijo James.

Momentos después, estaban en la lujosa habitación amueblada de su padre.

Cameron habló primero. Luego Jamie.

El rostro de Callum MacDowell se sonrojó de ira, luego se oscureció.

—El sinvergüenza. Pero Dugald tiene razón. El rey exigirá más pruebas. Ha puesto a Betancourt en lo alto y no querrá quedar como un tonto por hacerlo.

—Concertaré otra reunión —habló Jamie—. Quizá con alguien en quien el rey confíe por encima de todos los hombres.

Tanto James como Cameron miraron a Callum. Él se había opuesto antes, porque su hijo estaba involucrado y su lealtad podía ser sospechosa. Pero ahora que Cameron estaba involucrado, podría haber cambiado de opinión.

—Sí, muchacho, lo haré.

Capítulo 26

-Por Dios, ¿permitió que una muchacha lo superara en astucia?

Seamus hizo una mueca de dolor. No solía hacer eso. En realidad, Niall nunca lo había visto estremecerse antes.

—No pensé... —Seamus cerró la boca de golpe. Parecía desolado. Había caminado kilómetros hasta Inverleith y, sin duda, se había reprendido a sí mismo durante todo el camino de vuelta.

—Quiero que todos los jinetes salgan a buscarla. Se dirigirá a Cressingham o a la fortaleza de los Cameron —dijo Niall, aunque tenía el mal presentimiento de que no la encontrarían. Ella era extraordinariamente ingeniosa.

Seamus parecía aún más desolado mientras se apresuraba a enviar grupos de búsqueda.

La culpa, un sentimiento demasiado familiar últimamente, se apoderó de él.

La fuga de Elsberth no fue culpa de Seamus. Fue suya.

Debería haberle confiado el plan para atrapar a Betancourt. Al menos entonces ella habría sabido en qué se estaba metiendo. Su conversación con Seamus dejó claro que se sentía culpable por el asedio que se avecinaba.

¿Por qué no le había contado lo que habían planeado?

No importaba que su prima estuviera de acuerdo con él. Había aprendido lo imprudente que podía ser, lo decidida.

Pero esa no había sido la única razón. Había sido reacio a compartir cualquier parte de sí mismo o a confiar en alguien que no fuera él mismo. Había perdido demasiado. Y ese ataque de hace años le había hecho sentirse indigno. A menudo había sentido que la muerte de su hijo y sus esposas eran un castigo por sus actos pasados y no el resultado de la maldición en absoluto. Sentía que merecía estar solo. No quería responsabilidades por nadie más que por sí mismo.

La indiferencia, se había dicho a sí mismo, era mejor que el dolor. La soledad, mejor que la pérdida. Había tenido que confiar, al

menos hasta cierto punto, en James MacDowell y Seamus, porque necesitaba su ayuda, pero había decidido rápidamente no decírselo. No solo, se dio cuenta, porque temía que ella pudiera hacer algo precipitado, sino porque había guardado su propio consejo estos últimos diez años, y era un hábito que le resultaba difícil, si no imposible, romper.

Debería habérselo dicho, darle alguna esperanza de que podría evitar tanto el matrimonio como cualquier daño a su clan. Debería haber confiado en su juicio.

Al tratar de protegerla, la había puesto en un peligro aún mayor.

Si Betancourt se creía en peligro, sobre todo por James MacDowell, no se sabía lo que podría hacer.

Ojalá supiera qué estaba pasando con MacDowell y su hermano. Habían salido hacía casi quince días. Esperaba un mensaje, algo. Sabía, por supuesto, que Hammish había llegado a Edimburgo y se había reunido con su primer oficial. Hammish había enviado una nota con el barco, diciendo que él y James MacDowell habían llegado. Luego nada.

Había dado la bienvenida a la llegada del barco. Significaba que podía enviar a Elsberth a un lugar seguro mientras su primo convencía a su tío de que el matrimonio era una idea extremadamente mala, que podría estar entregando a su sobrina a un traidor. Y si algo salía mal, ella estaría a salvo. Si Inverleith era sitiado, él ofrecería combate personal o se entregaría para ser juzgado.

No había pensado que ella se negaría a ir. Era otra condena más para él. Ahora trató de imaginar adónde iría. Cressingham era el destino más lógico.

Pero su tío estaba en Edimburgo, al igual que Betancourt, o lo habían estado.

¿Sería posible que se dirigiera allí?

Su instinto le decía que sí. No sabía por qué. Ciertamente no había previsto su reacción ante un pasaje a Francia. Seamus y Bruce buscarían en el terreno entre Inverleith y Cressingham. Él iría a Edimburgo.

Subió rápidamente las escaleras hasta su habitación y metió algunas prendas de ropa en sus alforjas. Pasarían al menos varias semanas, quizás un mes o más, antes de que los MacDowell

pudieran lanzar un ataque importante. Incursiones, sí, pero todos sus clanes estaban dentro de Inverleith.

Viajaría a Edimburgo. Tenía que informar a James MacDowell y a Hammish de lo que había sucedido. Podía enviar un mensajero, pero estaba harto de dejar que otros hicieran lo que él sentía que debía hacer él mismo. No le gustaba la idea de que otros arriesgaran sus vidas por sus decisiones. Odiaba no saber lo que estaba pasando. Se sentía como un ciego en un laberinto.

Y ahora se enfrentaba a todas las malas decisiones. Estaba tratando de proteger a Elsberth. Elsberth estaba tratando de protegerlo. Hammish estaba tratando de protegerlos a todos. ¿Y James MacDowell? ¿Quién sabía lo que estaba haciendo, o incluso de qué lado estaba jugando?

Todo podría terminar en desastre debido a las malas decisiones de su parte.

¿Podría vivir sabiendo que era responsable de más muertes? ¿Más dificultades para el clan al que había venido a ayudar?

Había dejado de rezar cuando Leanna murió. Ahora había empezado de nuevo a hacerlo.



Elsberth se sintió entumecida mientras se alejaba del lugar donde quería estar.

El entumecimiento mantuvo a raya la desesperación. No se permitió pensar en lo que estaba haciendo ni adónde iba.

Solo sabía que quería quedarse en Inverleith. Por primera vez desde que sus padres habían muerto, sentía como si hubiera encontrado un verdadero hogar. Y era donde se había enamorado.

Y ahora sabía que Niall Malcolm también la amaba. Él no lo había querido. Lo había negado. Pero había estado dispuesto a arriesgar su vida por ella. Ella no podía hacer menos.

Sabía que alguien iría tras ella. Quizá no él, pero sin duda sus hombres. Él se sentiría responsable. Ella no quería que él se sintiera responsable. Tomaba sus propias decisiones.

Simplemente tendría que burlarlos.

Sabiendo que el caballo castrado era la montura más resistente, soltó a la yegua y cabalgó con fuerza, deteniéndose solo lo suficiente para que el caballo descansara y decidir cómo continuar.

Haciendo balance de sus conocimientos y pertenencias, consideró sus opciones.

Sabía que los Malcolms vigilaba todos los caminos y pasos. Había atravesado los bosques, evitando las carreteras. Las ramas le cortaban los brazos y rozaban los costados de su caballo castrado. Pero los pequeños cortes no parecían molestarle, y solo le causaban una pequeña irritación.

Su dolor era de mucho mayor calado. Era sofocante y solo se volvía soportable al saber que finalmente estaba haciendo lo correcto para todos. Su futuro significaba poco comparado con el de Niall y el de aquellos que se habían hecho amigos suyos, incluso después de enterarse de su engaño y su herencia.

Había debatido si debía ir a la fortaleza de los Cameron, pero temía que intentaran retenerla allí. O que Niall pudiera creer que iría allí. En lugar de eso, iría a Edimburgo. Se casaría como deseaba su tío, y Niall y los Malcolm estarían a salvo.

Su corazón se encogió al pensar en Jamie. No pudo evitar sentirse traicionada por él. ¿O había ido a Cressingham a reunir un ejército para rescatarla? ¿O a pagar un rescate? ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Había dejado un mensaje?

¿Qué haría si ella fuera a Cressingham? ¿Se vengaría del clan que lo había capturado y retenido a ella? Ella no lo creía, pero nunca habría creído que él fuera capaz de violar su palabra.

Decidió que en Edimburgo le suplicaría a su tío que no tomara ninguna medida. Insistiría en que toda la culpa de lo sucedido era suya y aceptaría el matrimonio que él había planeado para ella.

Pero llegar a Edimburgo presentaba problemas. Sabía que una dama sola en un caballo fino sería una invitación para los bandidos. Y necesitaría comida y calor por la noche.

Podría intercambiar sus prendas y su caballo por ropa de chico y una montura menos fina. Se encargaría de que los Malcolm fueran reembolsados. Todavía tenía algunas joyas en Inverleith.

Decidida a seguir un plan, comenzó de nuevo. Utilizando la posición del sol como guía, se adentró en el bosque y se dirigió hacia las colinas que bordeaban las tierras de los Malcolm. Ojalá pudiera esperar hasta la noche para pasar a los centinelas, pero sabía que Niall no estaría muy lejos y no deseaba demorarse después del anochecer, sin fuego, en un bosque que tenía jabalíes y lobos. Tendría que tener cuidado. Mucho cuidado.



Hammish se recostó y observó cómo Jamie MacDowell entraba en la taberna. Como había hecho en sus pocas apariciones, Jamie tomó un banco apoyado en la pared donde podía ver a todos los que entraban.

La camarera le llevó inmediatamente una jarra de cerveza y se quedó a su alrededor de forma sugerente.

Jamie le dedicó una sonrisa bondadosa y una palmada en la espalda, pero luego la despidió y bebió de su jarra, con la mirada fija en la puerta. Solo un parpadeo en sus ojos fue un reconocimiento a Hammish.

Hammish cogió su laúd y empezó a cantar, pero esta noche no había público que lo apreciara. En cambio, los pocos clientes lo miraban con odio. Se encogió de hombros y salió. Sabía que Jamie lo seguiría en unos minutos. La última vez que se habían visto, planearon una forma de detectar si Jamie estaba siendo seguido o no.

Hammish subió a su habitación, situada encima de la carnicería. Era pequeña y tenía poco más que una cama estrecha y

dura y algunos ganchos para su ropa. Miró por la ventana llena de hollín y esperó.

Vio cómo Jamie finalmente se marchaba y se adentraba en la calle. Un hombre que había merodeado por la calle se enderezó y empezó a seguirlo. Otro hombre se unió a él.

Hammish salió de su habitación, dejando atrás el laúd. Llevaba calzas y una chaqueta de cuero sobre una camisa. En el interior de la chaqueta llevaba una daga. Sabía cómo usarla. No estaba seguro de si podría o no. No habría necesidad si los dos hombres no atacaban a los MacDowell.

Sin embargo, no le gustaba el aspecto de los dos. Jamie le había dicho que creía que lo seguían y que había tomado precauciones varias noches antes para despistar a quienquiera que fuera. Habían planeado entonces que Hammish se quedara atrás para ver si los vigilantes seguían allí antes de reunirse con él.

La presencia de Jamie significaba que tenía noticias. La mirada de los que seguían a MacDowell preocupaba a Hammish. Uno de ellos sostenía algo parecido a un garrote.

Jamie caminaba rápidamente, y los dos hombres aumentaron también el ritmo. Dos hombres se tambalearon frente a Jamie, pero

Hammish supo al instante que no estaban borrachos. Jamie estaba ahora acorralado por dos hombres delante y dos detrás.

Hammish se deslizó hacia las sombras cuando uno de los hombres que acababa de materializarse miró a su alrededor.

Oyó una maldición. Luego, una pelea. Sacó su daga y se acercó. Jamie estaba rodeado, pero también tenía su daga. El MacDowell esquivó un golpe del garrote, pero los atacantes lo rodearon.

Hammish gritó para distraerlos. Los cuatro se volvieron hacia él, y Jamie aprovechó la oportunidad para abrirle el brazo a uno, luego se dio la vuelta y pateó a un segundo hombre en la ingle, haciéndolo caer al suelo en agonía. Uno de los atacantes se volvió hacia Jamie, y el hombre con el garrote se movió hacia Hammish.

Esta vez no vaciló. La vida de Jamie MacDowell estaba en juego, así como la de Elsberth.

Cuando su oponente levantó el garrote, Hammish se hizo a un lado rápidamente y clavó la daga en el pecho del hombre. Sintió que se hundía en el hueso, y el hombre se sacudió y cayó, con la daga aún clavada en el pecho.

Se dio la vuelta. El atacante al que Jamie había golpeado con la rodilla se estaba levantando con dolor, sacando una daga de una vaina que llevaba debajo de los pantalones. Jamie estaba de espaldas, intercambiando golpes con el tercer hombre. No podía ver el arma que el hombre se disponía a lanzar.

Hammish se lanzó contra el hombre, desviando el lanzamiento. El filo de la daga le alcanzó en el brazo, y Hammish se dio cuenta de que le había cortado. Su brazo se quedó entumecido, pero sabía que el dolor volvería a aparecer. La sangre brotó. El atacante volvió a levantar el cuchillo. Hammish no podía levantar el brazo izquierdo. Rezó una rápida oración, pero entonces el hombre dejó caer el cuchillo y cayó, con la daga de Jamie clavada en la espalda.

Jamie se arrodilló junto a Hammish, le arrancó un trozo de camisa y se lo ató por encima del largo corte sangrante.

—Tengo que llevarle a un médico.

Hammish se sintió mareado. Intentó ponerse de pie, pero no pudo.

Jamie lo cogió por debajo del hombro derecho.

—Le llevaré al castillo. Allí hay un médico.

El dolor se abrió paso a través del shock. Oleadas de agonía recorrieron a Hammish, y se hicieron más profundas con cada movimiento.

—¿Su padre?

—Acaba de salvar a su heredero, amigo mío. No creo que le dé la espalda.

Hammish dudó.

—¿Tenía... algo que decirme?

—Ahora no —señaló Jamie—. Apóyese en mí.

Hammish dio un paso, luego otro. Era como si le hubieran añadido plomo a los pies. Cada pie se volvía más y más pesado.

Entonces sus piernas dejaron de funcionar por completo y el mundo se volvió negro.



Elsberth temía caerse del caballo. Se sorprendió durmiendo, lo cual no era bueno. Su montura era un caballo castrado brioso, no una yegua dócil, y tenía la costumbre de dar pequeños pasos laterales

cuando se asustaba. Lo último que necesitaba era caerse y perder su montura.

Había cabalgado durante todo el día y parte de la noche. Una vez oyó cascos y se adentró en el bosque, desmontando y sujetando la boca del caballo con la mano para evitar que relinchara. Luego cayó la noche y temió moverse.

Tenía la intención de alejarse del bosque antes del anochecer, pero el viaje había sido mucho más difícil y lento de lo que había pensado. El

bosque se volvió completamente negro. Las nubes eclipsaron las estrellas y la luna, y ella no tenía idea de qué dirección tomar. Sabía muy bien que podría ir en círculos, poniendo en peligro a ambos.

Y así se sentó en un tronco, sin querer acostarse ni soltar las riendas del caballo

Fueron unas horas aterradoras. Se estremecía con cada sonido, y había

demasiados para su comodidad. El ulular de un búho, el correr de una criatura nocturna, el relincho asustado de su caballo. Parecía

que cada pocos minutos había un nuevo susurro cerca. Imaginaba todo tipo de bestias esperando para devorarla a ella y a su caballo.

Nunca había sido cobarde, pero eso era cuando podía enfrentarse al peligro. Y ahora la atormentaba una sensación de impotencia y dolor por lo que había sido y lo que nunca volvería a ser.

Cuando la oscuridad se fue aclarando gradualmente y se volvió gris, pasó la mano por el cuello de su caballo y luego usó el tronco para montar. Miró hacia el este, donde los primeros destellos del amanecer le indicaban la dirección que quería tomar.

Su vestido y su capa estaban húmedos por la niebla de la noche anterior, y sus brazos estaban marcados con ronchas rojas. Un escalofrío la recorrió. Iba a ser un día muy largo después de una noche aún más larga.



Niall había cabalgado durante la mayor parte de la noche. Conocía los caminos y usó una antorcha para mostrar el camino. Pasó junto a varios grupos de buscadores. Ninguno había encontrado nada.

Descansó al caballo y a sí mismo en un puesto de centinela cerca de la frontera del clan. Compartió el fuego con los centinelas junto con avena y pan duro. Luego volvió a partir al amanecer.

Elsberth también habría tenido que descansar, tanto por el bien de su montura como por el suyo propio. Ahora conocía su determinación. Seguiría adelante hasta caer rendida, pero cuidaría de su caballo.

Trató de pensar como ella.

Imposible. Nadie pensaba como ella. Eso le provocó una sonrisa interior. Incluso sintió un extraño estremecimiento en su corazón.

Se le pasó por la cabeza que era bastante aterrador que empezara a pensar como Elsberth. Al menos eso esperaba.

Ella lo estaba volviendo loco. Lo confundía, lo intrigaba, lo deleitaba. Era imaginativa y audaz, y con ella lo inesperado se convertía en lo esperado.

Tendría que cambiarse de ropa. Ni siquiera Elsberth se arriesgaría a viajar sola por carreteras públicas. Eso significaba parar en algún sitio. Seamus le había dicho que el viaje la había pillado por

sorpresa, como pretendía, y por eso no había tenido tiempo de prepararse. Solo tendría lo que llevaba puesto y el caballo.

El caballo.

Trataría de vender el animal o cambiarlo. Estaba seguro de ello. ¿Y luego qué? Probablemente trataría de conseguir ropa de chico. Con su pelo corto, sin duda podría pasar por un muchacho. Ya lo había hecho al menos dos veces antes.

Eso significaba detenerse en una aldea o en una granja. No podía haber muchas entre aquí y la carretera a Edimburgo.

Se preguntó cuál sería la mejor manera de aprovechar el poco tiempo que tenía. Podía vigilar la carretera a Edimburgo o detenerse en las granjas cercanas. El problema de vigilar la carretera era que podría haberla perdido ya.

Su corazón latía a toda velocidad. Si elegía mal...

Si no la conocía tan bien como creía, los ladrones o los salteadores podrían matarla. Peor aún, podría llegar a Edimburgo y entregársela a Betancourt.

La idea le heló el alma.

Decidió dejar la carretera y buscar granjas donde ella pudiera comerciar para conseguir lo que necesitaba.

Solo rezaba para tener razón.

Capítulo 27

Callum MacDowell estaba en la cama cuando Jamie regresó con Hammish.

Jamie había llevado al Malcolm hasta llegar al castillo, y luego un sirviente lo ayudó a subir a sus habitaciones. Callum tenía una habitación grande al final del pasillo, junto a la sala de recepción con la mirilla. La de Jamie estaba varias puertas más allá en el pasillo.

Todas formaban parte de una serie de habitaciones puestas a disposición del consejero del rey. Sin embargo, las habitaciones eran pequeñas, frías y no muy cómodas. A Jamie no le gustaba el castillo de Edimburgo y rara vez se quedaba allí.

—Llama al médico —ordenó Jamie al criado—. Sí, mi señor.

—¿Ha regresado el rey?

—Dicen que mañana —respondió el criado—. Ha llegado un mensajero para decirle a la cocinera que espere a la comitiva real.

¿Por eso lo atacaron?

Jamie sabía que ahora debería estar muerto. Probablemente lo habría estado sin la interferencia de Hammish. Podía derribar a tres, pero el cuarto presentaba un problema. Desafortunadamente, solo tenía dos ojos, y ninguno en la espalda.

Miró a Hammish, que aún estaba inconsciente. A pesar de que la tela cortaba la hemorragia, la sangre seguía filtrándose de la herida. No había pensado que Betancourt se atrevería. El hombre estaba obviamente más desesperado de lo que había creído. Ni siquiera había parpadeado durante su encuentro.

Miró al aún inconsciente Hammish. A pesar de que el paño cortaba la hemorragia, la sangre seguía filtrándose por la herida. Malcolm había perdido demasiado.

Hammish Malcolm había sido un enigma. Pero ahora no había duda de su valentía.

No moriría por ello. No si Jamie podía evitarlo.

Miró la herida. El cuchillo le había abierto el brazo. Casi todo el largo requeriría puntos.

Tomó un poco de agua de una jarra que había sobre la mesa y usó una toalla para limpiarse un poco de sangre. Soltó el paño que había atado fuertemente sobre la herida y la sangre corrió copiosamente. Rápidamente lo volvió a apretar.

¿Dónde diablos estaba el cirujano?

Como si lo hubieran convocado los pensamientos de Jamie, llamaron a la puerta y un hombre delgado y de aspecto cadavérico entró y se dirigió directamente a la cama donde yacía Hammish. Observó la herida y luego negó con la cabeza. —Debería cortarle el brazo.

—No —dijo Jamie.

Una herida tan extensa seguramente se pudrirá.

—Esperaremos.

—Podría matarlo.

—Aun así esperaremos —dijo Jamie. Lo menos que podía hacer era darle a Hammish la oportunidad de tomar la decisión por sí mismo.

El médico se encogió de hombros.

—Tendré que cauterizarla entonces. —Hágalo mientras aún esté inconsciente.

El médico sacó un bisturí de su maletín, se acercó a la chimenea y colocó el cuchillo en las llamas.

Volvió.

—¿Quién es?

—Un hombre que acaba de salvarme la vida —dijo Jamie con brevedad—. Haré lo que pueda, pero no puedo prometer nada.

Jamie asintió con la cabeza, con un mal presentimiento en el estómago. Había subestimado a Betancourt, y Hammish Malcolm estaba pagando el precio. Juró hacer pagar a Betancourt.

El médico volvió al fuego y recuperó el cuchillo, y luego lo presionó sobre la herida abierta. El cuerpo de Hammish se sacudió, aunque sus ojos permanecieron cerrados. Un olor dulce y repugnante a carne quemada llenó la habitación.

El médico puso una pomada en la carne quemada y luego sacó un frasco pequeño.

—Cuando se despierte, dele una gota de esto.

—¿Qué es?

—Cannabis y azafrán. El cannabis viene de la India. Ayuda con el dolor.

Jamie asintió. Por supuesto que el rey James recibiría el tratamiento más moderno.

—Volveré por la mañana para verlo.

—Gracias.

El médico cerró su maletín.

—Me llamo McCarty, por si me necesita de nuevo esta noche.

Jamie cerró la puerta tras de sí y se sentó junto a Hammish. Mañana enviaría otra nota a Betancourt. Esta estaría redactada de forma más dura. Si no recibía una cantidad sustancial de fondos, acudiría al rey y le mencionaría la pena por intento de asesinato de un MacDowell.



Elsberth encontró la granja que quería. Estaba en tierras de los Cameron, pero a cierta distancia de la fortaleza. Los campos estaban

limpios, y en ellos pastaban ovejas gordas junto a dos vacas lecheras. Gente trabajadora, pensó.

Cabalgó hasta la parte delantera de la granja. Era media mañana y estaba hambrienta. El olor de la comida provenía del interior.

Su estómago gruñó.

Probablemente parecía lo que era: una fugitiva en un caballo robado.

Una niña de unos cinco años asomó la cabeza y su boca formó una O perfecta. Entró corriendo y entonces apareció un hombre. Entrecerró los ojos al verla. Su mirada vagó por su vestido rico pero rasgado, luego por su pelo corto. Finalmente, su mirada se dirigió al caballo.

—¿Milady? —dijo, con tono interrogativo en la voz.

—Señor —dijo ella—, mi padre está muy enfermo en Edimburgo. Uno de nuestros criados me acompañaba y fuimos asaltados por bandidos. Mi compañero murió, pero yo pude escapar.

El granjero escuchó sin hacer comentarios.

—Podría volver a casa, pero entonces podría no llegar a mi padre antes de... antes de... —Su voz se quebró—. Debo continuar.

—Alguien de los Cameron le ayudará —dijo—. Enviaré a uno de mis muchachos con usted.

—No, no puedo esperar. Pero tampoco puedo viajar así. Las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro. No eran tan difíciles. Había estado al borde de ellas toda la noche.

—¿Qué podemos hacer, milady?

—La ropa de un muchacho, si la tiene. Mi cabello... Tuve fiebre y lo perdí casi todo. Ahora es una bendición. Nadie prestaría atención a un muchacho. Puede quedarse con el caballo a cambio de la ropa y algo de comida.

—¿No piensa caminar? —La sospecha se había convertido en simpatía—.

—Sí —dijo ella.

—Mi muchacho la llevará a la siguiente aldea en nuestro carro —dijo él—. Quizá encuentre a alguien que vaya a Edimburgo desde allí.

—Gracias —dijo ella con sincera gratitud—. No podemos llevarnos el caballo. Es demasiado grande.

—Entonces guárdelo hasta que alguien venga a buscarlo. Le reembolsarán su amabilidad.

—Rezaremos por su padre.

Mientras un fornido joven enganchaba el carro a un poni, ella se puso rápidamente lo que debían de ser sus ropas de unos años antes. Se zampó un cuenco de avena y pan fresco y aceptó con gratitud un gran trozo de queso. Su vestido estaba cuidadosamente envuelto a su lado. El granjero se negó a quedárselo.

En poco tiempo, ella estaba saltando arriba y abajo en el carro. El sol brillaba. Su estómago estaba lleno. Su corazón estaba oscuro, sin embargo. Ella había tenido éxito. Pero el éxito la llevaría a Edimburgo, a un tío enojado y a Betancourt.

Dobló las manos en su regazo, obligándose a no apretarlas en un puño.



Hammish se despertó en agonía. Cuando se movió, el fuego en su brazo se extendió por todo su cuerpo.

—No se mueva —le pidió una voz. Abrió los ojos.

Jamie MacDowell se alzaba sobre él. Le llevó una taza a los labios.

—Beba —ordenó MacDowell.

Hammish obedeció. Tenía la garganta seca y pastosa. El líquido era amargo. Tosió.

—El médico dijo que ayudaría con el dolor.

—¿Mi brazo?

—Tiene un corte profundo. El médico quería cortárselo. Le dije que la decisión era suya.

Hammish asintió. Sus ojos se dirigieron a su brazo. No lo habían vendado y estaba negro y feo.

—¿Dónde estoy?

—En el castillo de Edimburgo. En las habitaciones de MacDowell.

Hammish intentó sonreír. Temía que fuera más una mueca.

—¿Su padre?

—Aún no se ha despertado, así que no lo sabe. Pero ya sabe que usted me ayudó a escapar de Inverleith. Le estará agradecido por lo de anoche.

—¿Y los atacantes?

—Dos estaban muertos. Los otros gravemente heridos. Betancourt tendrá que encontrar nuevos asesinos.

—¿Quería verme anoche?

—Sí. Para contarle lo de la reunión con Betancourt. Fue cuidadoso, pero no hay duda de que ha aceptado dinero de los ingleses. Dugald Cameron lo escuchó a través de una mirilla, pero aún no hay suficiente para convencer al rey.

—¿Y entonces qué?

—Esta mañana le envié una nota a Betancourt. Sabe que sé que intentó matarme. Ahora estará más preocupado. Y descuidado, espero.

Hammish intentó moverse y el dolor lo atacó.

—El médico volverá esta mañana —dijo Jamie.

—No quiero perder el brazo.

—Me aseguraré de que no lo pierda.

Hammish asintió y volvió a cerrar los ojos. Una fuerte somnolencia lo invadía. La acogió con agrado.



La frustración impulsaba a Niall. Las granjas que se encontraban justo de camino a la carretera de Edimburgo no habían visto a una joven montada en un gran caballo castaño. Finalmente encontró al caballo castrado al mediodía. Reconoció al gran caballo cojeando y pastando junto a un par de ovejas.

El granjero se mostró reticente. Era obvio que no tenía mucho aprecio por los Malcolm y se mostró escéptico ante su preocupación.

—Ese es un caballo Malcolm —señaló Niall.

—¿Cómo puedo saber que es cierto? —preguntó el granjero con obstinación.

—La señora tenía el pelo corto. Se estaba quedando con nosotros.

—Dijo que su padre estaba enfermo.

—Sí. Íbamos a enviarle un acompañante, pero se impacientó.

El granjero se encogió de hombros.

—Dijo que alguien vendría a reclamar el caballo y que dejaría algo por la ropa que le dimos. Y por el paseo.

—¿Qué paseo?

—Mi hijo la llevó a la aldea de al lado.

—¿Ya ha vuelto?

—No.

No se había quedado muy atrás. Sacó varias monedas del monedero que colgaba de su cinturón.

—Tenga —dijo—. Me llevaré el caballo y dejaré este aquí. Alguien vendrá a por él. Habrá más oro.

Luego, más animado, se dirigió hacia la aldea.



Elsberth le dio las gracias al muchacho y lo vio girar el carro y emprender el camino de vuelta a casa. Todavía no tenía dinero, pero

en el pueblo podría cambiar su medallón por unas monedas.

Todavía quedaba un largo camino hasta Edimburgo.

Pasó por una panadería y preguntó si alguien iba a Edimburgo o a algún pueblo de camino. Ofreció el medallón por unas monedas.

—Era de mi pobre madre —mintió, esperando que sonara como un chico de campo—. La enterré yo, y me voy a Edimburgo en busca de trabajo.

Pero su historia no funcionó esta vez. La miraron con recelo.

—¿Lo has robado? —preguntó una mujer con el ceño fruncido.

—No.

—Parece demasiado fino para alguien como tú. —Ella se irguió —. Le aseguro que es mío.

—Así es —afirmó una voz detrás de ella. Su corazón dio un vuelco. Sus piernas empezaron a flaquear.

—Oh, laird —dijo la mujer, buscando a tientas con las manos.

Elsberth empezó a girarse y se topó con él. Dio un paso atrás. Niall Malcolm tenía toda la pinta de un lord con su tartán y su cinturón de cuero enjoyado con el escudo de armas.

Su mirada sobre ella era divertida más que enojada. La agarró del brazo con firmeza.

—Es mi sobrino —explicó—. No para de escaparse. Su madre murió hace unos meses y la echa de menos.

El rostro de la mujer se arrugó en señal de simpatía, sin ninguna sospecha.

—Y se quedará con el medallón —señaló Niall.

Compró dos pasteles de carne y la acompañó hasta la puerta. Ella obedeció sin quejarse. Al menos por el momento.

Llegaron al caballo que ella había dejado en la granja de Cameron. Él montó, luego le ofreció una mano y la ayudó a subirse detrás de él. Sin decir una palabra más, condujo al caballo fuera del pueblo.

Niall estaba asombrado por la creatividad de Elsberth. No tenía nada cuando se fue de Inverleith. Nada más que el caballo que se había llevado. Se había abierto camino a través de las tierras de Malcolm, había pasado a los guardias, había conseguido comida y ropa y un paseo.

En silencio, juró que reforzaría la vigilancia a lo largo de la frontera.

Sintió sus brazos alrededor de él mientras guiaba al caballo a través del pueblo y hacia el campo boscoso. Se habían apretado más de lo necesario para mantener el equilibrio. El calor de su cuerpo se extendió por el suyo.

Niall buscó un lugar privado para detenerse. Dejó la carretera y subió por una colina cubierta de brezo. Había tomado este camino antes, y recordó un valle y una cascada.

Varios minutos después, la encontró. Una cascada caía por una montaña escarpada hasta un estanque situado más abajo.

Se detuvo, deslizó la pierna derecha sobre la silla de montar y desmontó, luego le tendió la mano a Elsberth y la cogió cuando ella se deslizaba hacia abajo. La sostuvo un momento, saboreando su tacto, apretándola en agradecimiento por haberla encontrado ilesa. Agradecido de que los bandidos que vagaban por el campo no la hubieran encontrado. No se había dado cuenta de cuánto había temido por ella hasta ese momento. No había entendido lo mucho que se preocupaba por ella.

Ella se aferró a él, con el cuerpo quieto, su cansancio aparente en el hundimiento de su cuerpo contra el suyo. Casi podía creer que estaba aliviada de que él la hubiera encontrado.

Sabiendo que podía permanecer así para siempre, soltó su abrazo con suavidad y dio un paso atrás. Ató las riendas de su caballo a una rama y cogió el saco que contenía las empanadas de carne de la silla de montar, junto con una taza.

Dejó las empanadas sobre una roca y la estudió. Sus ojos parecían enormes bajo el gorro del muchacho. Tenía la cara manchada y la ropa demasiado grande.

Estaba preciosa.

Le tocó la cara, acariciando con los dedos el pómulo.

—Eres una mujer con demasiados talentos.

—¿Demasiados?

—Eres muy buena mentirosa. Una maga del disfraz. Una espadachina competente. Una experta ladrona de caballos. Todo eso me preocupa.

Su mirada asustada se encontró con la suya. A pesar de sus palabras, hasta él oyó el amor en ellas.

—¿No tienes talentos honestos? —preguntó con la voz entrecortada.

También tenía muchos de esos. Tenía un corazón enorme y valiente. Se le daban bien los niños.

Por Dios, pero se le daba bien él. Tendría que decírselo... pronto.

Se inclinó y besó las pecas que tenía en la punta de la nariz, y luego se apartó rápidamente. Por ahora tendría que contarle exactamente lo que él, Hammish y su primo habían planeado, y sabía que ella lo odiaría por ello. Pero ahora sabía que debía hacerlo. Ella seguiría huyendo, tratando de salvarlo a él y a su gente. Y la próxima vez podría no encontrarse con gente tan decente como los pequeños terratenientes.

Primero quería estos momentos. Quería verse reflejado en unos ojos que ahora brillaban de confianza y esperanza.

Sacudió la cabeza con consternación. ¿Cómo había podido una mujer tan delgada envolver su corazón tan íntimamente?

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella—. He intentado pensar como tú piensas.

—Debe haber funcionado.

—Sí. Es aterrador.

Rió, un sonido alegre como una campana. No recordaba que hubiera reído antes. Le encantó el sonido, aunque sabía que en los próximos momentos probablemente lo golpearía.

Retrasó una explicación unos momentos más.

En su lugar, le ofreció la mano y la llevó al pozo. Recogió agua cristalina para que bebieran y luego le ofreció un pastel de carne.

Ella tomó un bocado con sus dedos y comió. Su propio hambre se olvidó mientras observaba su disfrute. Nunca había pensado que comer fuera una actividad particularmente sensual, pero ella lo convirtió en una. Comía con deleite, y pequeñas migas de pastelería salpicaban sus labios. No pudo evitarlo. Se inclinó y las probó.

Sus labios jugaron con los de ella con una lenta sensualidad mientras lamía cada vestigio de migas antes de satisfacer un apetito de naturaleza completamente diferente. Su boca se abrió a la suya, y su mano subió a su cuello, atrayéndolo más cerca.

Niall sabía que se arrepentiría de esto. Peor aún, sabía que ella se arrepentiría, una vez que él le contara todo.

No importaba en ese momento. Un sol brillante los bañaba con una calidez poco común. Los pájaros cantaban en los árboles cercanos. El sonido risueño de la cascada era una canción de cuna.

Ella llenaba sus sentidos.

Él sintió la reacción inmediata de su cuerpo hacia ella, los remolinos del deseo que anulaban cualquier advertencia. Sintió su respiración acelerada y su corazón se aceleró. Su mano aflojó los lazos de cuero del sencillo jubón de lana que ella llevaba. Debajo había una camisa áspera, y desató los lazos para revelar sus pechos.

Sus labios acariciaron uno, luego el otro, hasta que sus pezones se endurecieron y sobresalieron. Sintió en ella el mismo deseo que lo atormentaba a él.

—Elsberth. —Su voz era un gemido que resonaba en todo su ser. Era en parte protesta, en parte rendición. Y toda necesidad.

Quería tocar y ser tocado. Quería la realidad de ella, no otro fantasma que lo atormentara.

Presionó más fuerte su boca, su lengua instando a la de ella a abrirse a él. Mientras ella accedía de buena gana, él exploraba y provocaba. También reconoció su urgencia. Estaba en la creciente presión de sus manos, en el brillo de sus ojos. Su cuerpo se tensó con el deseo demasiado tiempo contenido.

Le quitó el jubón con las manos y luego los toscos calzones que llevaba. Solo le quedaba la camisa. Se sintió endurecerse bajo

su tela escocesa, y desabrochó el cinturón y desenrolló la larga pieza de tela hasta que él también se quedó en camisa de lino larga y suelta.

Sus manos pasaron por debajo de la última prenda que le quedaba y acariciaron su cuerpo hasta que la sintió temblar.

Entonces vaciló. Debería decírselo primero. Debería confesar que había mentido, que había permitido que ella creyera que su primo la había abandonado. Había permitido que ella temiera por él.

—No —protestó ella, su mano tirando de él hacia ella con una súplica que quebrantó su voluntad.

Sus labios volvieron a los de ella.

Ella sintió su vacilación.

Sus ojos parecían atormentados, y todo en Elsberth se derritió ante la visión. Nunca había sido un hombre que mostrara emociones. Las había guardado como si su vida dependiera de ello.

Pero entonces sus labios volvieron a presionar los de ella, y todo fue bien en el mundo.

Su sangre se había sentido como miel tibia cuando él la tocó por primera vez, mientras sus labios la exploraban y probaban. Pero

cuando presionaron y su cuerpo se ajustó al de él, se convirtió en lava caliente. Ella sabía qué esperar ahora, la magia del deseo, el amor y la satisfacción. Lo había soñado desde aquella primera vez. Lo había soñado y anhelado y sentido el calor en su cuerpo y se había preocupado de no volver a sentirlo nunca más.

Sus brazos rodearon su cuello, su dedo atrapó y acarició un grueso mechón de cabello ligeramente rizado. Su boca presionó con más fuerza, su lengua instó a la de ella a abrirse a él. Mientras ella obedecía, su lengua exploró, encendiendo sensaciones en cada parte sensible de su cuerpo.

Toda la soledad y la desesperación que había sentido antes estallaron en una necesidad cruda. Ella quería su alma. Ella quería su corazón. Y lo quería profundamente dentro de ella hasta que se fusionaran en uno. Sus manos se apretaron alrededor de sus hombros, instándolo a acercarse. Su camisa se subió, y la de ella también. Su cuerpo se fundió con el de ella, y él entró en ella lentamente, creando una necesidad dolorosa y agonizante. Ella se movió contra él con movimientos circulares instintivos, atrayéndolo cada vez más hacia adentro. Sus golpes aumentaron en ritmo y potencia hasta que los dos cabalgaban sobre la cresta de una ola

increíble, una fuerza gigante que los arrastraba con una locura irreflexiva, ahogándolos en olas de placer.

Dio una última embestida y ella se sintió sacudida por sensaciones explosivas. Su calor la inundó y ella experimentó una plenitud que nunca antes había sentido. Él se desplomó sobre ella, jadeando entrecortadamente, mientras sus cuerpos temblaban en una reacción exquisita.

Permanecieron acostados uno junto al otro, en silencio, durante varios momentos. Ella atesoraba la tranquila intimidad, la maravilla compartida y la profunda felicidad que sentía.

—Te amo —dijo.

Fue una confesión difícil para ella. Rara vez se había sentido amada o adorable, y ahora estaba ofreciendo amor y temiendo que fuera rechazado. Él se volvió hacia ella, y su corazón se aceleró y su sangre se heló.

Sus ojos no respondieron como ella esperaba. Sabía que una unión entre ellos era imposible. Lo sabía, pero...

Pero algo en su rostro la asustó, y cuando él extendió la mano hacia ella, ella la rechazó.

—Algo va mal—, declaró. Debería haberlo visto antes, pero estaba tan feliz de verlo. Había huido de él, pero había sentido una alegría tan inesperada al verlo que no había hecho preguntas.

Él se incorporó y ella hizo lo mismo. Sus ojos no se apartaron de los suyos.

Un músculo de su garganta se crispó. Ella lo había visto antes y sabía que significaba algo que no le gustaría.

—Hay algo que debo decirte —comenzó él.

Ella no respondió. Su cuerpo seguía cantando su propia canción, pero su mente le estaba advirtiendo.

—¿Qué? —preguntó en voz baja.

—Queríamos protegerte —dijo él.

Sintió una repentina opresión en el corazón, y no era por hacer el amor. Sabía por su expresión que no le iba a gustar lo que tenía que decir.

Él le tocó la cara.

—Debería habértelo dicho, y no te habrías puesto en peligro.

Su cuerpo se tensó. Las sensaciones cálidas se desvanecieron, dejando solo un escalofrío.

Ella esperó.

—Hammish y tu primo no escaparon. Estaba planeado.

Ella trató de unir las piezas.

—No entiendo.

—Había oído que el conde de Betancourt era un traidor, que había vendido su lealtad al rey inglés. Nosotros...

—¿Nosotros?

—Hammish, James y yo... pensamos que podríamos atraparlo para que lo admitiera. Así tú serías libre.

Ella lo miró fijamente. Las palabras resonaban en su cabeza. Había pensado que Jamie la había abandonado. Que Hammish no era quien ella creía que era. Que Niall había sido traicionado.

Había sentido un vacío que le había consumido el alma.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Su voz era impersonal.

—Temí que hicieras lo que acabas de hacer. Intentar ayudar.

—¿Y ser tan tonta como para arruinarlo todo? —La traición que había sentido hacía días no se parecía en nada a la que sentía ahora. Le habían mentido.

Repetidamente. No habían confiado en ella. Se había preocupado de que Niall y Jamie se encontraran en combate. Había...

Ella balanceó su mano hacia atrás y lo golpeó con toda la fuerza que tenía.

Capítulo 28

El golpe fue más fuerte de lo que Niall esperaba. Su cabeza se movió hacia atrás y su rostro se estremeció con la fuerza del golpe.

Pero igual de castigadora era la mirada golpeada y herida del rostro de Elsberth.

—Lo siento, muchacha. Estábamos intentando... queríamos protegerte.

—Jamie y tú me mentisteis. No confiabais en mí.

Llevaba solo la camisa demasiado grande que le llegaba hasta las rodillas, pero parecía una guerrera en todo su esplendor. Irradiaba desafío. Rabia. Y lo peor de todo, traición.

Quería volver a tomarla en sus brazos, quería sentir su cuerpo contra el suyo una vez más, pero sabía que eso era lo peor que

podía hacer. Había traicionado su confianza y sabía que tendría que esforzarse para recuperarla.

Sin embargo, ella no estaba preparada para ninguna propuesta.

—No confiaste en mí —afirmó de nuevo.

—Habrías querido ayudar.

—¿Y estoy tan indefensa y soy tan tonta que tienes que mentirme por miedo a que ponga en peligro a Jamie y a tu gente por un capricho?

—Nadie está menos indefensa que tú, muchacha —respondió con ironía—. Ese es el problema. Tienes demasiado valor. Y era importante que Betancourt y MacDowell pensaran que te tenían retenida para pedir un rescate. Eso significaba que los Malcolms también tenía que creerlo.

—Es mi vida, no la tuya —espetó ella—. Puede que me den pocas opciones, pero elijo por mí misma todo lo que puedo.

Él guardó silencio. Ella tenía razón. Debería habérselo dicho. No tenía derecho a tomar decisiones por ella. Era tan malo como Callum MacDowell.

—Lo siento, muchacha. Pensé...

Una lágrima brilló en un ojo. Parecía estar atrapada allí, reluciente, y luego comenzó a rodar por su rostro. Le rompió el corazón mucho más que las palabras duras o un torrente de lágrimas. Levantó un dedo para secarla, pero ella dio un paso atrás.

Dio otro paso, luego se dio la vuelta y encontró su ropa desechada. Sin comentarios, se la puso.

Intuyendo que era mejor dejarla en paz por el momento, fue a sus alforjas. Era hora de cambiarse de ropa. No quería llevar el traje escocés a donde iba. En su lugar, se puso un par de medias de lana fina y un jubón de cuero en buen estado. Añadió un sombrero de ala plana con una pluma. Era el traje de un comerciante, ropa que solía llevar cuando visitaba ciudades extranjeras.

Ella se quedó de pie observándolo, con el rostro cerrado y la boca fruncida. Ya no había más lágrimas.

—Vamos —dijo él.

—No voy a volver a Inverleith.

—Nos vamos a Edimburgo —indicó él.

—¿Por qué?

—Tengo que saber qué está pasando con tu primo y con Hammish. Puede que necesiten ayuda.

—¿Me llevas a mí? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Desde luego que no voy a enviarte de vuelta a Inverleith sola —señaló con una pequeña sonrisa—. No tendría ni idea de dónde encontrarte después.

Sus solemnes ojos azules buscaron los suyos.

—¿Le gustaría?

—Sí, muchacha. Te tendría a salvo.

Una cortina cayó sobre su rostro. No era la respuesta que ella quería. No era la respuesta que él quería darle. Quería decirle que la amaba. Que había estado aterrorizado por ella. Que la quería a su lado siempre.

Por Dios, pero la amaba.

No podía hacer nada de eso. Todavía estaba la maldita maldición. La mancha que persistía en su alma. Y MacDowell nunca aprobaría un matrimonio.

Entonces, ¿por qué se había condenado al aceptarla?

Puso un dedo debajo de su barbilla y la levantó para encontrarse con su mirada.

—Debes hacer lo que te ordene —le pidió—. ¿Lo prometes?

—Te diré cuando no pueda —respondió ella.

No era una respuesta satisfactoria, pero sospechaba que era la mejor que podía conseguir.

—Soy un comerciante y tú eres mi aprendiz —dijo. Ella asintió.

Se acercó al caballo, desató las riendas y montó. Luego le tendió una mano y ella se subió fácilmente detrás de él. Sintió sus manos alrededor de su cintura. No estaban tan apretadas como lo habían estado durante el corto viaje desde el pueblo.

Sin embargo, después de una hora más o menos, sintió que su cabeza se apoyaba en su hombro. Bien. Fue un viaje largo.



—¿Un Malcolm en mis habitaciones? —Callum MacDowell miró a su hijo con desagrado—. ¿El médico del rey ha venido a curar a mi enemigo? Debes de estar loco.

—Ese enemigo me salvó la vida —indicó Jamie con calma. Estaba acostumbrado a las rabietas de su padre. Por desgracia, había llegado el momento de contarle más. Y eso probablemente provocaría aún más ira. Se preparó para una tormenta de invectivas.

—Seguro que fue herido al involucrarse con secuestradores y bandidos.

—Los Malcolm no secuestraron a Elsberth.

Callum lo fulminó con la mirada.

—Tú dijiste que sí.

—No lo hice. Dije que Elsberth estaba en Inverleith. Estaba allí porque huía de un matrimonio que tú mismo arreglaste. ¿No es esa la razón por la que hiciste que el rey me enviara a Londres? Sabías que yo no lo aprobaría.

—Su aprobación no significa nada para mí. No es más que una muchacha. Hace lo que le dicen.

—¿Estamos hablando de la misma Elsberth?

Callum frunció el ceño.

—Tráeme pruebas sobre Betancourt y anularé el contrato matrimonial. Pero no tendré a ningún Malcolm bajo mi techo.

—¿No es prueba suficiente que Betancourt intentara matarme después de que lo acusara de traición?

—No sabe... —Callum intentó fanfarronear, pero la llama de la ira brillaba en sus ojos—. Podría haber sido Malcolm. Podrían haberlos querido muertos a los dos. —Era obvio que seguía siendo reacio a creer que los Malcolm tuvieran alguna cualidad redentora.

—No quieres ver lo que tienes delante porque los Malcolm están involucrados —dijo Jamie con frialdad. Era la única vez que había desafiado abiertamente a su padre, y el repentino enrojecimiento del rostro de su padre le dijo que el golpe había dado en el blanco.

—Ten cuidado, James —le advirtió su padre—. No puedes subestimar a los Malcolm. Llevan años matando y atacando a los MacDowell.

—Como los MacDowell los han asaltado y asesinado. El nuevo laird, Niall MacDowell, quiere que esto acabe. Quiere la paz.

—¿Secuestrando a mi sobrina y encarcelando a mi hijo?

Era hora de explicarlo todo. Jamie, sinceramente, no sabía qué haría o diría su padre. Bien podría ser repudiado por conspirar con los Malcolm.

—Los Malcolm no tuvieron nada que ver con el secuestro de Elsberth. Sus hombres se la llevaron, pensando que era Caitlin Cameron, para traerle una esposa. Quería devolverla inmediatamente, pero Elsberth no quería irse. Tengo entendido que fingió estar enferma.

Callum lo miró con horror.

—¿Prefirió a los Malcolm antes que a Cressingham?

—A Betancourt, sí.

—Te cogieron —gritó Callum.

—Invadí sus tierras en busca de ella. ¿Qué harías tú si encontraras a un Malcolm en tierras de los MacDowell? —Su mirada se clavó en el rostro de su padre—. No escapé solo con la ayuda de Hammish Malcolm. Niall Malcolm lo planeó.

—En nombre de Dios, ¿con qué fin?

—Para revelar que Betancourt era un traidor. Y para proteger a Elsberth. Necesitábamos tiempo. Si retenían a Elsberth en Inverleith para pedir un rescate, Betancourt no podría reclamarla. —Dudó porque no sabía cómo se interpretarían sus siguientes palabras.

Tendría que confiar en que Callum MacDowell pudiera reprimir su odio hacia los Malcolm el tiempo suficiente para descubrir qué era lo mejor para él.

—Le dije que había oído noticias de la traición de Betancourt en Londres. No es así. Niall Malcolm se enteró en Francia por medio de espías franceses en la corte de Londres. Pero los Malcolm sabían que tú no les creerías. Tampoco tendría acceso a Betancourt como yo.

Su padre lo miró con incredulidad.

—¿Conspiraste con los Malcolm contra uno de los favoritos del rey? ¿Me mentiste?

—¿Cuánto tiempo será un favorito si se demuestra que es un traidor? —preguntó Jamie—. ¿Y qué tan agradecido estaría el rey si revelaras la conspiración? En cuanto a la mentira, era necesaria. No le habrías creído a un Malcolm. Pero ahora has escuchado a Cameron. Sabes que alguien trató de matarme.

Observó a su padre luchar con décadas de odio hacia los Malcolm y su lealtad al rey Jacobo.

Su padre se sentó pesadamente y se apoyó en el bastón que ahora usaba para compensar la gota. Sus ojos tenían rayas rojas por

la falta de sueño debido al dolor. Jamie recordó a otro hombre, un soldado robusto y jinete, y le sorprendió el cambio. No se había dado cuenta de lo marcado que estaba hasta ahora.

—Arriesgas tu herencia al aliarte con los Malcolm. —Callum MacDowell todavía no podía asimilar las revelaciones de Jamie—. Y al mentirme. Siempre está Neil. —Neil era el sobrino de su padre, el pariente varón más cercano después de Jamie.

—Sí, podrías desheredarme —aseguró Jamie—. Pero tú me enseñaste a honrar el valor y la lealtad. Hammish Malcolm me salvó la vida dos veces. Probablemente perderá el brazo. Podría perder la vida. Niall Malcolm ha arriesgado la ira de su rey, y la suya, para revelar a un traidor.

Su padre suspiró cansado.

—Entonces tengo una deuda.

—Sí, y yo también. A los Malcolm y a Elsberth. No puedo creer que la sacrificaras a un monstruo para lograr tus objetivos. Debes de haber sabido que su última esposa murió de forma sospechosa.

—El rey...

—Tú eres el hombre más cercano al rey. Él te habría escuchado si le hubieras enfrentado a él en esto.

—Uno no se enfrenta a su rey. Le sirve.

—¿Le sirves permitiendo que un traidor permanezca entre ellos?

La lucha pareció desvanecerse del rostro de su padre. Jamie volvió a darse cuenta de lo viejo y enfermo que parecía. El miedo lo invadió. ¿Había sido por eso que su padre había aprobado el matrimonio? ¿Había estado demasiado enfermo para luchar?

Jamie no había visto a su padre a menudo en los últimos años. Él se había quedado principalmente en Cressingham, mientras que su padre se había instalado en Edimburgo, y las pocas visitas que hizo Jamie fueron breves. Se había sorprendido cuando lo enviaron a Londres para entregar un mensaje de felicitación al rey Enrique. No había tenido sentido. Ahora sí. Su padre lo había estado preparando para asumir un lugar junto al rey en caso de que él no pudiera. No había sido Elsberth en absoluto, aunque su ausencia también habría sido una ventaja.

—¿Confías en los Malcolm? —preguntó finalmente su padre, rindiéndose.

—Sí.

—¿Crees que puedes atrapar a Betancourt?

—Está asustado, o no habría intentado matarme anoche. Creo que estará aún más asustado y desesperado, al saber que sus asesinos han fracasado.

—¿Qué planeas? —inquirió su padre con cansancio.

—Otra invitación y una amenaza.

—A partir de ahora, los MacDowell te protegerán —aseguró su padre—. El rey regresa mañana. ¿Hay alguien en quien confíes por completo? Alguien totalmente leal a él. ¿Además de Cameron? Necesitaremos más de un testigo, y uno que no tenga relación conmigo.

Su padre pensó durante varios momentos.

—Un primo Stewart. No es político y tiene pocas ambiciones. Está cazando con él.

—¿Volverá con el rey Jaime?

—Suele estar a su lado.

—¿Hablarás con él?

—Sí. Le quiero conmigo.

Jamie asintió. Quería tomarse la medida del hombre. La pena por traición era demasiado dura como para arriesgarse a fracasar.

—Creo que sería mejor que nadie supiera que el hombre que está en mis habitaciones es un Malcolm.

—¿Y los hombres que le atacaron?

—Están muertos o gravemente heridos.

—Bien —dijo su padre. Dudó, un músculo de la mejilla se le contrajo—. Veré a este hombre... a este Malcolm. —Se puso en pie con dificultad, el dolor se le dibujaba en el rostro con cada movimiento.

Jamie sintió una punzada ante la victoria que acababa de conseguir. Su padre lo había tratado como a un igual. Era la primera vez que lo recordaba.

—Yo te llevaré hasta él.

—No, deseo verlo a solas.

Jamie dudó. No creía que su padre hiciera daño a un hombre herido, sobre todo a uno que acababa de salvar a su único hijo. Pero también sabía lo despiadado que podía ser Callum MacDowell, y cuántas veces en la historia de Escocia se habían violado las leyes de hospitalidad y cometido atrocidades. Teniendo en cuenta la historia entre los MacDowell y los Malcolm, Jamie realmente no sabía qué esperar de su padre.

—No le haré daño —repuso su padre, leyendo su expresión.

—¿Y los otros Malcolm? Enviaste un mensaje para que montaran un asedio.

—Sí. —Su padre lo fulminó con la mirada—. Los preparativos para el asedio continuarán hasta que mi sobrina regrese.

Jamie sintió un nudo en el estómago. Había ganado una batalla, pero se dio cuenta de que la endeble estructura de su plan podía derrumbarse.



Jamie cenó con el rey cuando este regresó al día siguiente. Era uno de los casi setenta invitados. Estaba sentado cerca de la mesa alta, junto a Ian Stewart. Sospechaba que su padre tenía algo que ver con eso.

Betancourt también estaba presente. Estaba sentado en la mesa alta a la izquierda del rey y la reina. Callum MacDowell estaba al otro lado.

Cuando entró en la sala, los ojos de Betancourt se posaron en él, se abrieron y se volvió hacia la reina, que estaba sentada a su lado, y le dijo algo. La reina sonrió, pero Jamie notó que era más educada que espontánea.

La reina Margarita era de reconocida belleza y se decía que su matrimonio había sido por amor. El rey Jaime era conocido por su alegría y su alto nivel de vida, y sus banquetes y fiestas de bienvenida eran siempre eventos muy elaborados. Esta noche no era una excepción. Se servían platos y más platos en las mesas, y un montón de sirvientes reponían continuamente el buen vino.

Stewart miró los moretones en la cara y las manos de Jamie y arqueó una ceja.

—Me topé con ladrones en la calle —señaló Jamie.

—¿Cómo les fue?

—No muy bien.

—Bien.

Jamie le preguntó a Ian Stewart sobre la cacería, luego escuchó mientras el Stewart relataba historias de la valentía del rey en un enfrentamiento con un jabalí. De vez en cuando levantaba la vista, sus ojos se encontraban con los de Betancourt. Aunque el

conde apartó rápidamente la mirada, no se podía ignorar la amenaza en ellos.

Le gustaba Stewart. El hombre no tenía pretensiones y contaba chistes sobre sí mismo. Sin embargo, también había una solemnidad en él, y su devoción por el rey James era obvia.

La comida continuó durante casi cuatro horas. Cuando el banquete llegaba a su fin, Jamie le pidió a Stewart que lo acompañara a tomar una copa de vino en sus habitaciones.

—Encantado —dijo Ian.

—Tengo que ver a alguien y luego podemos irnos —indicó Jamie. Se acercó a Betancourt—. Ah, mi señor, me complace verle con buena salud. Las noches son peligrosas estos días, ¿verdad?

—No las encuentro así —confesó Betancourt con frialdad.

—La ciudad está plagada de ladrones y sinvergüenzas. Me sorprende que aún no le hayan atacado. Hablaré con el rey Jacobo al respecto. Mi padre ha concertado una reunión con el alto sheriff. Usted y yo podríamos intercambiar historias sobre tal anarquía antes de eso.

La boca de Betancourt se afiló. Un músculo se le contrajo en la garganta.

—Estaré encantado de complacer al hijo de Callum MacDowell.

—Mañana. Quizá me haría el honor de cenar conmigo en el Rose and Spur. Como probablemente habrá oído, anoche me abordaron unos rufianes, y creo que un lugar público sería más adecuado que uno privado.

—Tengo otro compromiso.

—Cancélelo —ordenó Jamie en voz baja. Añadió—: Dejé unos papeles en mi habitación. No le gustaría que me pasara algo.

Betancourt pareció sorprendido.

—Y le sugiero que muestre buena fe en nuestro nuevo acuerdo comercial. El precio de mi participación ha subido.

Se dio la vuelta antes de que Betancourt pudiera responder y se encontró con Stewart, que lo miró con curiosidad. Luego se unió a Jamie y salieron del gran salón. Jamie vio al hombre de Betancourt, Cleve, afuera. Estaba allí de pie, con ojos fríos y misteriosos.

Jamie lo miró a los ojos, sonrió levemente y luego lo guió hasta su habitación.

—Ese hombre me da escalofríos —aseguró Ian Stewart—. Y tampoco tolero mucho más a su amo.

—¿Por qué lo tolera el rey?

—Controla dos grandes ejércitos. James está convencido de que los ingleses van a invadir. Lo necesita.

—¿Qué sabe de él? —preguntó Jamie.

—Solo rumores.

Jamie dijo poco hasta que llegaron a la antesala de las habitaciones de los MacDowell. Hammish estaba en la habitación contigua a esta. Su padre probablemente se quedaría con el rey, especialmente mientras Betancourt permaneciera.

Jamie tenía un poco del muy buen vino que le había servido a Betancourt. Vertió una medida completa en la copa de Ian Stewart, y luego otra para él.

—Mi padre tiene un gran concepto de usted —dijo.

—Me siento honrado.

—Dijo que usted es extremadamente leal al rey.

Ian colocó la copa sobre una mesa y lo miró fijamente.

—Por supuesto.

—Tengo razones para creer que Betancourt ha sido pagado por los ingleses para traicionar al rey Jaime.

Ian dio un tirón con la mano y derramó el vino.

—Esa es una acusación peligrosa.

—Pero no tan peligroso como un traidor en la corte o en el campo de batalla. ¿Qué pasaría si parte de un ejército se volviera repentinamente en medio de la batalla?

Ian palideció.

—No hago acusaciones a la ligera. La información vino de Francia, que tiene espías en la corte inglesa. Quería asegurarme antes de decir nada. Entablé conversación con él, le dije que teníamos amigos en común en la corte inglesa y mencioné el nombre de Buckingham. También le dije que deseaba el mismo arreglo que él tenía, así como algo del oro que había recibido. La noche siguiente, cuatro hombres me tendieron una emboscada e intentaron matarme.

La cara de Stewart estaba sombría.

—Si esto es cierto, lo mataré yo mismo.

—Necesito su ayuda. Dugald Cameron escuchó la conversación. Testificará sobre ella. Pero no es suficiente. Las palabras podrían interpretarse de diferentes maneras. Mi padre también lo cree, pero los tres estamos vinculados. Estoy prometido con la hija de Cameron. Necesitamos un testigo que no esté relacionado con nosotros. He oído que el rey le escucha.

—Intento no aprovecharme de ello.

—Por eso mi padre le sugirió a usted.

—Haré lo que pueda —dijo Stewart—, pero debemos tener cuidado. No puede haber dudas sobre su culpabilidad, o sus ejércitos podrían levantarse contra Jacobo.

Jamie esbozó su plan.



Elsberth se volvió y miró a Niall cuando llegaron a Edimburgo.

Su rostro estaba cansado y demacrado, y sabía que el suyo probablemente estaba igual. Normalmente se tardaban cuatro días en cabalgar desde Inverleith hasta Edimburgo.

Lo habían hecho en tres cambiando de caballo con frecuencia. Niall tenía suficiente dinero para comprar un caballo para Elsberth. Habían intercambiado monturas nuevas por el camino.

Cuando se detuvieron unas horas para dormir, ambos estaban exhaustos. La primera vez durmieron separados, pero la segunda vez el viento era frío y húmedo, y ella se acurrucó en sus brazos. Él los había envuelto a ambos en la manta escocesa que había traído, y a pesar de su traición, ella había sentido que pertenecía allí.

Sin embargo, él no dijo nada sobre el amor. Él se preocupaba por ella. Se sentía responsable de ella. La deseaba. Ella había llegado a creer, sin embargo, que él no la amaba, no podía amarla, debido a su pasado. Había llorado la muerte de dos esposas. Había dejado claro que no quería otra.

Ella estaba enfadada. Enfadada, herida y decepcionada. Y, sin embargo, seguía sintiéndose atraída por él. Cada vez que la ayudaba a montar o desmontar, sentía ese deseo crudo y ese calor ardiente que siempre encendía en ella. Se sorprendía mirándolo con demasiada frecuencia.

Pero ahora habían llegado a Edimburgo. Su tío estaba allí. Hammish y Jamie estaban allí.

Sin embargo, en todo lo que podía pensar era en perder al hombre que tenía a su lado. Los pensamientos sobre lo vacía que sería su vida se apoderaron de la ira y el resentimiento.

Él volvió su rostro hacia el de ella.

—No te casarás con Betancourt —prometió.

Pero ni siquiera eso importaba ahora. Sabía que nunca podría tener a Niall, el laird de los Malcolm.

Capítulo 29

Niall nunca había estado en la corte, ni conocía a muchos que lo hubieran hecho. Sus oficinas de transporte estaban en Leith, no en Edimburgo.

No podía moverse abiertamente como el terrateniente Malcolm. Por lo que él sabía, el rey Jacobo y Callum MacDowell pensaban que él retenía a Elsberth. Era muy consciente del destino del primer Malcolm que había hecho daño a una chica MacDowell, el que había encadenado a su esposa a una roca. Lo habían apuñalado hasta matarlo en su cama.

Estaba oscureciendo cuando encontró una posada cerca del castillo de Edimburgo. Reservó una sola habitación, sabiendo que parecería extraño pedir una habitación para un aprendiz. Tampoco quería perderla de vista, no por desconfianza, sino por

preocupación. El miedo a que sufriera algún daño durante la huida seguía siendo demasiado vívido como para sentirse cómodo.

La habitación era pequeña y oscura. Una chimenea llena de humo ocupaba un lado de la habitación, una cama estrecha y una mesa el otro. Esa noche dormiría en el suelo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elsberth.

Tenía que encontrar a Hammish. Tenía el nombre de la taberna que Hammish mencionó en el mensaje que le envió el capitán en funciones del *Lady.* Dudó en llevar a Elsberth a una taberna, pero dudó aún más en dejarla sola. Solo Dios sabía lo que haría, y tal vez ni Él.

—Vamos a una taberna —contestó.

Sus ojos se iluminaron.

—Nunca he estado en una.

—Espero que no —comentó, y ella le sonrió, su anticipación por hacer lo prohibido superando su ira anterior.

Intentó fruncir el ceño ante la anticipación en sus ojos, pero la verdad era que ella solo se había hecho querer por él aún más. Tenía un apetito por la vida y una curiosidad por todas las cosas que

nunca dejaban de deleitarlo. Pensó en cuánto le encantaría mostrarle ciudades extranjeras. En su mente, veía la maravilla en su rostro al ver París, India, Gibraltar.

Se preguntó si ella también disfrutaría del mar. Sospechaba que le encantaría tanto como a él, y se la imaginó a bordo de su tres mástiles, con el pelo al viento y las mejillas sonrosadas por el viento y el puro placer sensual del mar. Nunca habría pensado eso de Cora o Leanna.

Pero Elsberth estaba hecha para la aventura.

Le asombraba que tuviera tales pensamientos, que la viera en su futuro, y mucho menos a su lado en sus viajes...

El posadero les dio indicaciones para llegar a la taberna. La noche volvía a ser fría. Una fina niebla llenaba el aire. Elsberth temblaba a su lado, y él la abrazó, acercándola a él. Trató de ignorar la reacción de su cuerpo. No podía permitirse distraerse. Ahora no.

En la taberna, preguntó a la camarera por un trovador, mientras Elsberth esperaba en las sombras, con la mirada fija en el amplio espacio común.

—No lo he visto en varios días —dijo el propietario encogiéndose de hombros.

Niall sintió un nudo en el pecho. Si Hammish había tenido éxito, la noticia de la traición de Betancourt estaría en todas partes. Le había pasado algo.

Jamás debió haber confiado en Jamie MacDowell. Ni debió haber encomendado tal misión a Hammish. Se maldijo a sí mismo y maldijo a los MacDowell.

Asintió a Elsberth, y ella lo siguió hasta la puerta y a la calle. Seguía cayendo una fina llovizna.

—Espero que esté bien. O que Dios ayude a tu primo si no lo está.

Ella guardó silencio mientras regresaban a la posada. Él estaba atormentado por las posibilidades. ¿Qué había pasado?

No podía buscar a James MacDowell. El terrateniente Malcolm sería un buen premio si hubiera juzgado mal al heredero MacDowell, y su clan pagaría caro si lo tomaran como rehén. ¿Hammish ya era un prisionero?

—Él no te traicionaría —aseguró Elsberth, obviamente leyendo sus pensamientos.

—Tú también pensaste que él te había traicionado —replicó él, una vez más inexplicablemente celoso por la defensa que ella hizo

del MacDowell.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Tú intentaste hacerme creer eso.

Él ignoró esa observación. Cuando regresaron a la posada, le pidió al propietario una pluma, tinta y papel para escribir una misiva. Escribió rápidamente y luego pidió cera para sellarla.

Ahora había que entregarla.

—¿Prometes quedarte aquí? —le preguntó a Elsberth.

—No. Quiero ir contigo.

Ella llevaba la gorra puesta y lo miró con esos expresivos ojos azules y barbilla desafiante. No iba a ganar esta batalla en particular. La verdad era que había ganado pocas batallas con ella.

Caminaron desde la posada hacia el castillo. Al acercarse, notó la gran cantidad de soldados que lo custodiaban. El rey debía de estar en la residencia. Detuvo a uno y le preguntó si podía enviar un mensaje a uno de los invitados que estaban dentro. Ofreció un penique como pago.

El guardia aceptó tanto la misiva como el pago y desapareció en el castillo.

Niall dio la vuelta a Elsberth y se alejó. Solo podía esperar que el mensaje fuera entregado. Y que no estaba cayendo en una trampa. Observaría desde la distancia y se aseguraría de que Jamie estuviera solo antes de reunirse con él en la capilla.



Jamie estaba con Hammish cuando llegó el mensaje.

Se lo quitó al mensajero y rompió la cera. Lo leyó apresuradamente.

Estoy en Edimburgo y debo encontrarme con usted. En la capilla de Santa Margarita esta noche. Su prima está conmigo.

Era una exigencia y una advertencia.

¿Qué demonios hacía Niall Malcolm aquí?

Levantó la vista del pergamino y se encontró con la mirada de Hammish.

—¿Qué pasa? —preguntó Hammish.

—Su hermano está aquí.

—Sabía que se impacientaría —indicó Hammish—. Pero pensé que tendríamos más tiempo.

—Elsberth está con él.

Hammish hizo una mueca.

—Quiere que me reúna con él, y tendré que hacerlo. Mañana por la noche tengo una reunión con Betancourt. No quiero interferencias.

—No puede salir solo. Betancourt le estará esperando.

Jamie maldijo.

—Si no lo hago, su hermano podría aparecer por aquí. Él o Elsberth. Y no puedo llevarme a los hombres de MacDowell conmigo. Si se dieran cuenta de que el Malcolm está aquí...

Volvió a mirar el mensaje. Maldita sea, ese hombre. Podría arruinarlo todo. ¿Y cómo se le ocurrió traer a Elsberth? Se le heló la sangre. Si Betancourt se enteraba...

—Debo irme.

Hammish se esforzó por sentarse.

—Yo...

—No. Conozco este castillo. Puedo encontrar una salida. —Se marchó antes de que Hammish pudiera pronunciar otra protesta.

Llamó a un sirviente de los MacDowell, se cambió de ropa con él y salió de la habitación. No había nadie en los pasillos. Se mantuvo en las sombras, caminó hasta la zona de los sirvientes y esperó hasta que varios estuvieran listos para irse. Bromeó diciendo que estaba tratando de evitar a cierta dama persistente. Lo miraron con lascivia, obviamente disfrutando de la incomodidad de un lord, pero lo rodearon y en minutos llegaron al patio y salieron por las puertas. Una vez que atravesaron las puertas, se separaron, pero no sin antes que Jamie les diera una moneda a cada uno. Sabía que si les pagaban, estarían más que dispuestos a participar en tal artimaña de nuevo si fuera necesario.

Asintió a los soldados que custodiaban la puerta y continuó por el empinado camino. Con el rey en la residencia, las calles estaban abarrotadas, lo que facilitaba mezclarse con la multitud. No creía que lo estuvieran siguiendo.

Llegó a la iglesia y entró. No había nadie, así que eligió un banco y se sentó.

No sabía cuánto tiempo esperó antes de notar una presencia detrás de él. Se reclinó en el banco.

—¿Dónde está Hammish? —le susurró la voz de Malcolm al oído.

Se volvió y miró a su alrededor. Niall estaba arrodillado detrás de él, con la cabeza inclinada como si estuviera rezando.

—Me atacaron cuatro hombres —respondió Jamie en voz baja —. Betancourt, sin duda. Me había puesto en contacto con él y le había dicho que sabía mucho sobre su reunión con los ingleses. Iba a contarle a Hammish lo de la reunión, pero se dio cuenta de que unos hombres me seguían y los siguió. Cuando me atacaron, se unió a la pelea y resultó herido. Está en mis habitaciones en el castillo de Edimburgo.

Niall asimiló la información, y el miedo por Hammish se apoderó de él.

—¿Cómo está?

—Puede que pierda un brazo. Está recibiendo la mejor atención. Uno de los médicos del rey.

Jamie oyó una respiración entrecortada y luego una maldición. Esperó un momento y luego preguntó:

—¿Dónde está Elsberth?

Niall guardó silencio.

—Es hora de que confiemos el uno en el otro —dijo Jamie.

—Está a salvo —contestó Niall simplemente.

—¿Por qué la trajo a Edimburgo?

—Escapó del castillo, robó un caballo y planeaba volver con su padre para evitar más derramamiento de sangre. La encontré en la carretera de Edimburgo. Sabía que si la devolvía a Inverleith, intentaría escapar de nuevo, y no tengo ninguna duda de que lo conseguiría. —Suspiró profundamente—. Se lo conté todo, e incluso entonces me di cuenta de que intentaría venir aquí, esta vez para ayudarle.

>>Traerla conmigo era la única manera de evitar que hiciera algo imprudente. Al menos ahora puedo vigilarla. —Hizo una pausa —. Y no he tenido noticias suyas.

—Betancourt estaba con el rey en una partida de caza —le contó Jamie—. Acaba de regresar. No hay nada que informar.

Niall se dio la vuelta. Su mirada recorrió la capilla.

—¿Qué puedo hacer?

—Vuelva a Inverleith.

—Eso no puedo hacerlo. No se me da bien dejar que otros luchen mis batallas.

—No quiero otro Malcolm en mi conciencia.

—¿Qué opina su padre de tener a un Malcolm en la residencia?

—Se está acostumbrando a la idea. Hammish me salvó la vida. Recibió una estocada de daga que iba dirigida a mí.

—¿Qué puedo hacer? —volvió a preguntar Niall.

—¿Conoce a Betancourt?

—No. Solo he oído rumores.

—Entonces acuda al Rose and Spur mañana por la noche. Voy a cenar con Betancourt y le explicaré que no tiene más remedio que darme una cantidad de dinero muy considerable para que me calle. Hay una sala privada arriba, pero no es tan privado como la mayoría de la gente cree. Comparte una chimenea con otra habitación y, a menudo, el propietario declara que las chimeneas necesitan un deshollinador. Las palabras se distinguen fácilmente entre las dos habitaciones. El primo del rey, Ian Stewart, estará en la segunda habitación. Pero otro testigo o dos serían bienvenidos.

Niall levantó una ceja.

Jamie se encogió de hombros.

—A veces oigo que de esa habitación sale un poco de chantaje.

—¿Podría Betancourt estar al tanto también?

—Lo dudo. Solo lo saben unas pocas personas. Uno de mis amigos fue chantajeado cuando se acostó con la esposa de otro allí. Hay un precio muy alto por esas habitaciones y parte de él es silencio. Los victimizados tampoco pueden hablar de ello, ya que sus... fallos se harían públicos.

Jamie se puso de pie.

—Me gustaría ver a Elsberth.

Niall vaciló, luego asintió con la cabeza hacia el fondo, donde un joven estaba sentado en el último banco.

Jamie volvió la cabeza y miró. Había visto su cabello corto en Inverleith, pero nunca la había visto parecer tan enteramente un muchacho.

—Yo vigilaré fuera —dijo Niall.

Cuando los Malcolm salieron de la capilla, Jamie se acercó al muchacho, que tenía la cabeza inclinada en oración.

El muchacho levantó la vista y Jamie vio esos brillantes ojos azules de la familia MacDowell.

—Ah, Elsberth. Debería haber sabido que no podíamos dejarte en Inverleith.

—Nunca te perdonaré —indicó ella, mientras extendía la mano y agarraba la suya.

—¿Y Malcolm? ¿Estás también enfadada con él?

—No es mi primo ni mi amigo.

—¿No es lo segundo? —preguntó él—. ¿O algo más?

Las mejillas de ella se sonrojaron.

—No tiene ningún interés en mí.

Él la abrazó un momento, luego ella dio un paso atrás.

—¿Te han hecho daño? —preguntó ella.

—Betancourt envió a sus lacayos a por mí. Hammish me seguía y se unió a la batalla. Tengo moratones. Él resultó mucho más herido.

—¿Cómo de mal? —preguntó ella, con el rostro preocupado.

—Vivirá —aseguró él, deseando no angustiarla. Quería esperar hasta saber más sobre cómo sanaría la herida.

—Me gustaría verlo.

—Está en las habitaciones de mi padre en el castillo. No creo que quieras verlo ahora mismo.

—Entonces, pronto. Fue muy amable conmigo.

Él asintió y ella volvió a mirar el moretón de su rostro.

—No es nada —indicó él.

—No parece que no sea nada, pero ahora no puedo pegarte. No como le hice a Niall.

Levantó una ceja.

—¿Golpeaste al Malcolm?

—Sí, y muy bien —admitió ella con gran satisfacción.

Varios minutos después, él se marchó. Sin embargo, antes de hacerlo, captó las miradas que se cruzaban Niall y Elsberth.

Que Dios los ayude a ambos.



Era una agonía sentarse frente a Niall en el Rose and Spur y fingir indiferencia.

La indiferencia era lo último que sentía.

Había intentado seducirlo anoche después de que regresaran de la capilla. Lo había necesitado después de enterarse de que Jamie y Hammish casi habían muerto por su culpa.

—No fue culpa tuya. —Niall trató de consolarla—. Van tras un traidor.

—Pero si no fuera por mí...

—Si no fuera por ti, Escocia podría estar en peligro.

Pero eso no la había consolado. Y aunque sabía que él la deseaba tanto como ella a él, él se había limitado a abrazarla durante la noche. Parte de él se había alejado de ella, y eso le dolía hasta la médula. Se preguntaba si alguna vez podría derribar ese muro que había construido alrededor de su corazón.

Aún disfrazada de aprendiz, bebió un sorbo del mal vino y mantuvo la mirada fija en su rostro mientras él seguía mirando hacia la puerta.

Todo dependía de si Betancourt estaba lo suficientemente desesperado como para volver a encontrarse con su primo. Sabía lo del primer encuentro. También se dio cuenta de que tenía que haber más testigos.

Niall le había asegurado que Jamie estaría protegido, que habría otros alrededor. Jamie les había asegurado a ambos que estaría a salvo, y ella se preguntaba quién de los comensales podría estar allí en nombre de Jamie.

Niall no había querido traerla. Lo sabía. Sabía que la única razón por la que él lo había hecho era porque temía que ella encontrara la manera de unirse a ellos de todos modos. Y lo habría hecho. Estaba involucrada. Ella también podía ser un testigo contra Betancourt. Había estado fuera demasiado tiempo.

El establecimiento estaba casi lleno de una mezcla de jóvenes lores y prósperos comerciantes. Entraron tres hombres, hablando en voz alta. Uno era un joven apuesto de pelo y barba rojos. Los otros dos eran menos distinguibles, aunque sus voces estaban enturbiadas por el vino.

—Habrá otros que se unirán a nosotros en nuestro jueguecito —le dijo al propietario con voz lo suficientemente alta como para

que se oyera en la sala. El propietario los condujo por las escaleras hasta una de las dos habitaciones privadas de las que Elsberth había oído hablar.

Jamie entró y se sentó en un banco cerca de la única ventana.

Pasaron los minutos. Luego una hora. Empezaba a pensar que nadie vendría, cuando vio un destello en los ojos de Niall.

Oyó la voz atronadora de Jamie.

—Betancourt, mi querido amigo. Qué bueno que te unas a mí.

Un gruñido fue la única respuesta.

Elsberth estaba parcialmente de espaldas a él, pero vio que echaba un vistazo a la habitación. Sus ojos se posaron en ella y vio algo maligno en la mirada. Su mirada se demoró demasiado en ella y recordó los oscuros rumores que habían circulado a su alrededor.

Tembló cuando su mirada se apartó de ella y estudió a los demás en la habitación.

Betancourt era un hombre alto, aunque no gordo. Tenía la barba bien recortada y vestía ropa sobria, pero obviamente cara. Llevaba una camisa de cuello alto a la moda, un abrigo de terciopelo negro y medias de seda. Tenía la cara arrugada y la nariz torcida,

pero lo más sorprendente eran sus penetrantes ojos marrones oscuros. Lo que los hacía llamativos era el frío cálculo que había en ellos.

—He reservado una habitación arriba. —Oyó decir a Jamie—. Tendremos intimidad. Espero que hayas traído lo que prometiste.

—Baja la voz —pidió Betancourt con evidente disgusto, pero siguió a Jamie por las escaleras.

Niall esperó unos momentos, y luego él y Elsberth subieron también las escaleras, llamando suavemente a la puerta de la izquierda. El pelirrojo abrió.

Saludó a Niall y le echó una mirada inquisitiva, luego se volvió hacia sus acompañantes.

—El espectáculo estaba en el evento si alguien estaba mirando abajo —explicó en un susurro.

Luego se acercó a la chimenea y se agachó. Elsberth y Niall hicieron lo mismo. Se oían voces. Apenas, pero se oían. Se preguntó cómo Jamie había encontrado un lugar así.

—No es suficiente. Es solo una fracción de lo que recibió de... — Jamie continuó, arrastrando las palabras como si hubiera bebido demasiado.

—Estúpido, cállese. Nos meterá a los dos en el calabozo del castillo.

—Quiero lo que me prometió.

—No puedo traerlo aquí. Tendrá que ir a mi residencia.

—Prefiero lugares públicos después de la otra noche.

—Me enteré de eso. No tuve nada que ver.

—Una coincidencia entonces —señaló Jamie con voz más alta y entrecortada por el vino.

Ella oyó el sonido de un metal golpeando la mesa.

—Estúpido borracho —dijo Betancourt—. Me derramó vino encima.

—Quiero que hable también con Buckingham —prosiguió Jamie, ignorándolo—. Debería tener aún más oro para otro escocés amigo.

—Su padre tiene más oro que cualquiera de nosotros.

—Sí, pero es tacaño y se niega a pagar mis deudas. Dice que no soy digno. Se lo demostraré ganando aún más tierras que él.

—¿Cree que Buckingham le ofrecerá a un borracho...? —Cerró la boca inmediatamente.

—Le prometió tierras. Le dio dinero. Mi nombre es mucho más respetado que el suyo, y más clanes seguirán a los MacDowell. Cuando mi padre muera, tendré el triple de soldados.

Jamie era arrogante, fanfarrón, y le restregaba su nombre en la cara a Betancourt.

Elsberth se puso tensa ante el peligro que estaba provocando.

—Buckingham no tendría nada que ver con un patán borracho —señaló, con su furia evidente incluso a través de la barrera de las rejillas de la chimenea—. Él confía en mí...

Se detuvo de repente.

—Si quiere más dinero, tendrá que venir a mi residencia —dijo con una voz que rezumaba hielo.

—Sé que Buckingham le dio...

Uno de los hombres que estaban en la habitación con ellos dejó caer de repente una jarra. Justo cuando habían oído al de la habitación de al lado, Elsberth se dio cuenta de que Betancourt podía oírlo.

Silencio. Luego oyó a Betancourt decir en un tono más moderado:

—Puede venir conmigo a mi residencia ahora y conseguir su... dinero para la inversión. De cualquier manera, me voy.

Ella, Niall e Ian Stewart intercambiaron miradas. ¿Sospechaba algo Betancourt? ¿Irrumpiría en la habitación? ¿O intentaría deshacerse de Jamie rápidamente? Seguro que había hombres vigilando la taberna. Era demasiado precavido como para no hacerlo.

La puerta de al lado se abrió y se cerró. Oyó la voz quejumbrosa de Jamie.

—¿Otra copa de vino primero?

—¡No! —respondió Betancourt—. Hay mucho en mi residencia.

En cuanto Elsberth pensó que los dos hombres habían bajado las escaleras, se volvió hacia Niall.

—Tenemos que ir tras ellos.

—Hay MacDowells en las calles —indicó Ian Stewart—. No permitirán que le pase nada al hijo de los MacDowell. Pero ahora, si Jamie consigue el dinero, no habrá ninguna duda. —La furia convirtió su agradable voz en un susurro chirriante.

—¿Hay alguna ahora? —preguntó.

—Era el plan de Jamie —dijo el pelirrojo Stewart—. No quería ninguna duda.

A ella no le gustaba el plan de Jamie. Estaba corriendo un riesgo demasiado grande. Ahora deberían tener pruebas suficientes.

—Voy a ir a por él —aseguró, abriendo la puerta y bajando los escalones. Niall estaba justo detrás de ella. Pero mientras corría por la zona pública, se dio cuenta de que había un alboroto detrás de ella. Se dio la vuelta. Niall estaba en el suelo, y un hombre de aspecto rudo se cernía sobre él, culpándolo de una colisión.

No podía esperar. La urgencia la invadió. Abrió la puerta. El miedo se apoderó de Elsberth. Sabía que Jamie acababa de firmar su sentencia de muerte. Betancourt ya no podía permitir que un joven borracho vagara por ahí haciendo acusaciones, aunque no hubiera oído caer la jarra. Si lo hubiera hecho... tendría que librarse del peligro más inmediato.

Salió corriendo por la puerta.

Llegó a la calle a tiempo para ver a dos hombres sujetando a Jamie, llevándolo a medias calle abajo hasta un carro que estaba allí esperando. Vio a tres hombres que acababan de salir de la taberna tambaleándose en esa dirección.

De repente, la oscura calle se iluminó con varias antorchas.

Los hombres rodearon a los que llevaban a Jamie. Reconoció a algunos de ellos de Cressingham.

Unas manos, que parecían salir de la nada, la agarraron. Un brazo rodeó su cuello y sintió que una daga le atravesaba la garganta.

—Si haces un ruido, te la rajo —dijo su captor.

Reconoció la voz de Betancourt. Todos dirigían su atención hacia Jamie y los dos hombres que se lo habían llevado. Al parecer, Betancourt había esperado en la sombra para ver quién más podía salir.

Una de sus manos buscó un mejor agarre sobre ella y encontró su pecho. Maldijo, luego la arrastró más adentro del callejón. Ella sabía que no podía moverse ni gritar. Había dicho en serio lo que dijo.

—Estabas demasiado interesado en mí —susurró—. ¿Quién eres?

—¡Elsberth!

Oyó la voz de Niall y el brazo de su captor se apretó a su alrededor.

—Elsberth —susurró—. Un nombre poco común. La punta de su daga tocó y cortó su piel.

—No serás Elsberth MacDowell.

Comenzó a decir algo y la daga cortó más profundamente.

—No hable —dijo en un susurro—. Asienta con la cabeza.

No se movió. Sintió que la sangre le corría por el cuello.

Más gritos. Sonidos de hombres corriendo.

Él la empujó detrás de un montón de basura y la obligó a tumbarse, colocando su cuerpo encima de ella. Su ropa oscura se desvanecía en la oscuridad.

El olor era sofocante, una combinación de la basura y el rico perfume que llevaba. Su peso la aplastaba, y sintió que se excitaba.

La luz brillaba en el callejón, pero ella dudaba que alguien pudiera verlos. No podía gritar. No con el cuchillo en su garganta. Betancourt había cometido traición. No dudaría en matarla para protegerse.

Volvieron a llamarla por su nombre, pero el sonido era más débil. El grupo de búsqueda se alejaba de ella.

Betancourt se apartó de ella, pero la punta de la daga no abandonó su cuello.

—Usted *es* Elsberth MacDowell. Mi futura esposa. Qué amable de su parte venir a mí. —La levantó, con la daga aún en su cuello.

—Y usted es un traidor —aseguró ella—. Lo encontrarán.

—Ah, pero ahora tengo un rehén.

—No soy nada comparado con la traición. ¿Cree que mi vida evitará que el rey lo capture?

—El rey tendrá que encontrarme primero. Y creo que al joven MacDowell le importa su vida. Si puedo salir de Edimburgo, tengo ejércitos...

No podía permitir que eso sucediera.

—Mi primo se preocupa por su rey por encima de todo.

—Ya lo veremos. Dígame, lady Elsberth —dijo él—. ¿Cómo ha acabado vestida de pordiosera?

—Para atraparle —aseguró ella con saña.

—Ah, le gusta pelear. Me gustan las mujeres que pelean. Me gusta doblegarlas. No tanto como a un chico, pero... usted lo haría fácil de fingir.

Abrió la boca para gritar y él le puso la mano encima. Tenía que mover la daga mientras lo hacía, y ella vio su oportunidad. Estaba ligeramente desequilibrado y demasiado confiado. Ella se giró de repente y le dio un rodillazo en la entrepierna con todas sus fuerzas. Él gimió y la soltó tan de repente que ella cayó, y gritó cuando él lo hizo. La daga cayó con ella.

Ella se apartó de él mientras él intentaba enderezarse.

Ella vio la daga al mismo tiempo que él, pero no pudo atraparla. Sintió que su gran cuerpo la inmovilizaba de nuevo.

Pies corriendo. Su nombre resonaba en el callejón.

Betancourt intentó agarrarla por el cuello, pero de repente su cuerpo rodó y ella pudo agarrar la daga.

Se dio la vuelta. Niall estaba sobre Betancourt, sus manos golpeaban su cara, golpeaban su pecho.

Ella gritó de nuevo, y más hombres vinieron corriendo.

Niall se puso de pie. Betancourt yacía sangrando, un sollozo salía de su boca. Niall se dio la vuelta y miró hacia los recién llegados.

Y entonces vio a Betancourt sacar una segunda daga de dentro de su abrigo y empezar a levantarse. Niall estaba de espaldas a él.

—¿Niall?

Se dio la vuelta. Sería demasiado tarde. Ella tenía una daga en la mano. Se la clavó en la espalda a Betancourt.

Él se dio la vuelta, la miró con asombro y luego cayó. Y Niall la abrazó.



El corazón de Niall latía frenéticamente mientras la abrazaba. Querida Madre del Cielo, pero estuvo a punto de perderla.

Había corrido tras Elsberth, pero se había retrasado cuando un patán, probablemente alguien contratado por Betancourt, lo hizo tropezar y luego comenzó una fuerte pelea, que atrajo a más gente. Finalmente había podido liberarse y correr tras Elsberth.

Varios hombres se habían apresurado hacia un carro en la calle, y él se dirigió en esa dirección, cuando oyó un altercado y un grito en el callejón que estaba situado junto a la taberna. Se dio la vuelta y miró hacia el callejón oscuro. Con los ojos entrenados para ver en la oscuridad, vio las dos formas contra la pared y la daga en el cuello de Elsberth. Vio la amenaza, pero no podía atacar a Betancourt mientras tuviera la daga en el cuello de Elsberth. Y entonces, increíblemente, ella había logrado desarmarlo, lo que le dio a Niall la oportunidad que necesitaba...

Sintió la sangre que le corría por el cuello. La soltó y arrancó un trozo de su camisa y lo envolvió suavemente alrededor de la herida, luego la abrazó con fuerza. No quería dejarla ir.

Pero sabía que tenía que hacerlo. Ella casi había muerto. Por su culpa. Porque él la había traído con él. No todo había sido, como él había afirmado, para mantenerla a salvo. En parte había sido su necesidad de ella, su deseo de tenerla con él.

Y casi le había costado la vida.

La soltó.

—Gracias a Dios que estás viva. Es mi...

—No —negó ella.

Se sorprendió por su vehemencia.

—¿No? No te culparás a ti misma.

—Fue decisión mía venir a Edimburgo y a la taberna esta noche. También fue decisión mía ir tras Jamie. No puedes responsabilizarte de todo el mundo. No fuiste responsable de la muerte de tu esposa al dar a luz, ni de la enfermedad de Leanna.

—No puedes... —empezó a decir, pero de repente se vieron rodeados por hombres armados, uno de los cuales sostenía una antorcha.

Dos de ellos agarraron a Niall. Él no se resistió.

—¡No! —soltó ella.

—Lady Elsberth —la llamó el aparente líder—. ¿Está usted...?

—No estoy gravemente herida. Y suéltalo. Acaba de salvarme la vida de ese... —Miró el cuerpo de Betancourt. Su voz sonaba afligida.

Los dos hombres sujetaban a Niall, y él no intentó soltarse. Ella había estado a punto de morir y luego había matado a un hombre. Aunque hubiera sido un monstruo, Niall sabía que ella debía sentir

culpa y arrepentimiento. Independientemente de lo que hubiera dicho, él se sentía responsable de todo.

—Lo siento, milady. Tenemos órdenes —dijo el líder de los hombres—. Tendré que llevarlo con su tío.

Vio que ella se tensaba.

—No —repitió ella.

Pero él sabía que era inútil. Habían matado a uno de los favoritos del rey. Niall había secuestrado a la sobrina de MacDowell y retenido a su hijo. No iban a dejarlo ir.

Y las heridas de Elsberth necesitaban atención.

—Ve con ellos —pidió con voz áspera.

Ella volvió a poner esa mirada obstinada.

—Por favor —añadió, incapaz de ocultar la desesperación en su voz.

Ella lo miró fijamente a la luz de la antorcha. Luego asintió en reconocimiento de su propia impotencia.

—Hablaré con Jamie.

Niall pensó que no serviría de mucho, pero quería que ella se fuera. Asintió como si pensara que eso arreglaría todo.

Antes de que alguno de los hombres MacDowell pudiera reaccionar, ella dio los pocos pasos que los separaban y se puso de puntillas. Lo besó, haciendo un anuncio público a todos los presentes.

Luego lo echaron a empujones.

Capítulo 30

Vendada y vestida con un vestido que su tío había encontrado de alguna forma, Elsberth fue llamada a la habitación de su tío. De no haber sido así, había planeado enfrentarse a él en sus propios términos. Tenía que saber qué le estaba pasando a Niall.

Había preparado mentalmente una defensa acalorada de él. Había expuesto a un traidor. Le había salvado la vida. El rey y su tío deberían recompensarlo, no encarcelarlo.

Su tío la miraba como si fuera un ser extraño de un país lejano, como si no pudiera creer que fuera una MacDowell.

—Eres una niña desobediente.

Ella levantó la barbilla.

—No soy una niña, tío. —Sabía que probablemente había parecido una cuando, horas antes, había entrado por primera vez en las habitaciones de los MacDowell con el pelo rapado y ropa de chico. Él la había mirado y le había exigido que se vistiera como correspondía a su posición.

Ella había empezado a discutir, exigiendo saber qué iba a hacer con Niall, cuando Jamie entró. Parecía inestable y tenía sangre en el lado izquierdo de su cabello rubio.

Ella corrió hacia él.

—Se han llevado a Niall.

—Lo sé —asintió él, sentándose cansado junto a su padre. La interrupción no detuvo la diatriba de su tío.

—No. No eres una niña, y ese es el problema. —Sacudió la cabeza como si no supiera qué hacer con ella—. Has quedado comprometida —dijo finalmente—. Has viajado con el Malcolm sin acompañantes. Te has quedado a solas con él.

Luego la había ordenado que saliera de la habitación. Ella se había cambiado de ropa obedientemente y había esperado, rezando para que Jamie pudiera tejer cierta magia.

Ahora había vuelto, y su tío no se mostraba menos feroz. James, de pie a su lado, le guiñó un ojo.

Su tío la fulminó con la mirada.

—Jamie me dice que no tienes más remedio que casarte con él.

Estaba atónita. Su tío abogando por un matrimonio con un Malcolm.

Miró a Jamie.

—Él no me quiere.

Su tío rugió de disgusto.

—Por supuesto que te quiere. Jamie dice que te ama. Estaba dispuesto a desafiar al rey por ti. Mandaré decapitar a ese bribón si no se casa contigo después de destruir tu buen nombre.

Jamie *había hecho* magia.

Y aún tendría que hacer más para convencer a Niall de que se casara con ella.

Su silencio obviamente molestó a MacDowell.

—Hablaré con él yo mismo —aseguró, con voz seca de fastidio —. Una Malcolm, Dios mío. ¿No pudiste encontrar a nadie más a

quien endilgarte? —Jamie obviamente le había dicho que su secuestro no era realmente un secuestro.

—No —respondió ella—. Y no lo obligaré a un matrimonio no deseado. —y añadió desafiante—, y yo tampoco me casaré obligada.

Callum MacDowell la miró desconcertado. Sabía que no estaba acostumbrado a que lo desafiaran. Y ahora tanto ella como Jamie, su hijo, habían hecho exactamente eso. Obviamente, no sabía cómo proceder.

Fanfarroneó.

—Te guste o no, hablaré con el Malcolm. Puedes irte.

Tenía la cara roja y ella temía que le diera un ataque.

—No lo haré —aseguró ella—. Haz lo que quieras, tío, pero nunca podrás obligarme a aceptar algo que él no quiere. —Se fue, con su pequeño triunfo eclipsado por un gran agujero en su corazón. Quería a Niall más que a nada en el mundo, pero no lo obligaría a hacer algo que él consideraba

Y sabía lo profundamente que él sentía que podría haber sido de alguna manera responsable de la muerte de dos mujeres a las que amaba, y cómo temía, sobre todo, ser responsable de otra más.



Niall caminaba de un lado a otro por la pequeña y fría celda del castillo de Edimburgo. Ahora sabía cómo se había sentido Jamie, y lamentaba haberlo retenido en una celda. Rezaba para que Jamie hubiera sobrevivido al desastre de esa noche y para que las heridas de Elsberth fueran leves. Aunque fueran leves, existía el peligro de infección.

Desde que conoció a Elsberth, se había encontrado rezando con bastante frecuencia.

Vio una luz acercándose a través de la ventana de la puerta de hierro y se puso de pie. No tenía ni idea de lo que podría pasar. Todo lo que sabía era que había hecho un desastre terrible de todo. Hammish estaba herido, al igual que Jamie, y Elsberth... Solo Dios sabía cuál sería su destino.

La puerta se abrió con un chirrido.

Jamie estaba de pie en la luz parpadeante.

Había algo bastante irónico en la situación.

Jamie entró con una linterna y la colocó en un aplique. Miró a Niall durante un largo momento. Parecía pálido, y Niall vio el gran chichón en la parte posterior de su cabeza.

—¿Ama a mi prima? —preguntó sin rodeos.

Ningún comentario podría haber sorprendido más a Niall.

—Sí —contestó, negándose a mentir a Jamie.

—Ella no lo cree así. Mi padre dice que debe casarse con ella, que se ha visto tan comprometida que ningún otro hombre la tendrá. Pero ella se niega. Dice que no le obligará a un matrimonio que no quiere.

La agonía lo atravesó.

—No es cuestión de lo que yo quiera o no quiera.

—Odiaría tener que defender el honor de mi prima —insistió Jamie.

—He perdido dos esposas —señaló Niall— y un hijo. No quiero que Elsberth sea la tercera.

—¿Seguro que no cree en la maldición?

Quizá sí. Era más fácil creer eso que creer que sus actos de hace casi quince años habían traído una fea retribución.

—Ella le ama —aseguró Jamie—. Ha luchado por usted y ahora está dispuesta a dar su vida por usted. Yo diría que está pensando en usted mismo y no en ella.

La observación golpeó a Niall como una lanza en el corazón. Quizás estaba haciendo exactamente eso.

—Ella está esperando afuera —indicó Jamie y salió, dejando la puerta abierta para Elsberth.

Volvía a llevar un vestido, su pelo corto oculto por un velo. No se precipitó a sus brazos, sino que se quedó de pie frente a él, con el rostro entre la esperanza y el miedo.

Que él le hubiera causado tanta incertidumbre le hizo estremecerse. Le había traído poco más que angustia y peligro.

La última vez que la había visto, había hecho a un lado la precaución y susurrado palabras que se habían grabado en su alma:

—Te amo.

Pero primero tenía que saber algo más. Luego se apartaría de él.

Se sentó en la dura repisa de piedra que le servía de cama y la atrajo hacia él.

—No es solo la maldición —dijo—. Hace años, dirigí una incursión en la propiedad de MacDowell. Era joven. No sabía cómo dirigir. Mataron a mujeres, junto con un niño.

>>No sé si la maldición ha afectado a las esposas de Malcolm, pero no puedo evitar creer que mis propias acciones de aquel día podrían haber condenado a la mía.

Esperó a que el asco llenara sus ojos.

—¿Mataste a alguno de ellos con tus propias manos? —preguntó ella.

—No, pero debería haber podido evitarlo.

La compasión llenó su rostro y ella tomó su mano.

—¿Crees que por eso murió Cora? ¿Y Leanna?

Él no dijo nada, el silencio era una admisión.

—Pensé que era la maldición, y he tenido mi parte de culpa por eso —dijo ella—. Es hora de que todo el odio termine. Creo que mi tío está listo. Él realmente ama a Jamie, y Hammish le salvó la vida. Y a pesar de su fanfarronería, sabe que casi me casó con un traidor debido a su propia ambición.

Niall le tocó la cara. Ella era tan sincera, y bonita, y encantadora.

Pensaba que podía cambiar el mundo.

Una chispa de esperanza se encendió en él. Quizá pudiera.

Pero no había terminado.

—Y si fuera la maldición —comentó—, un matrimonio, un amor, entre los Malcolm y los MacDowell podría acabar con ella para siempre. Es nuestro deber para con nuestros clanes, —añadió solemnemente. Pero había un brillo en sus ojos y una sonrisa comenzando en sus labios.

Él bajó la mirada hacia la repentina picardía en sus ojos.

—He tenido pocas opciones —aseguró ella—. ¿No sabes que preferiría años contigo, incluso meses, que toda una vida sin ti? ¿No entiendes lo suficiente como para dejarme tomar esa decisión?

Las palabras de Jamie resonaron en su mente. *Estás pensando en ti mismo*.

¡Tenía razón! Niall se dio cuenta de que había estado pensando en su propio dolor, en su culpa, y nunca había considerado el suyo.

La abrazó, sintió el calor de su cuerpo y se deleitó con el amor en sus ojos.

—El rey —advirtió—, podría no ser tan benevolente.

—Si mi tío está considerando un matrimonio, entonces debe saber que el rey también lo aprobará —señaló ella con ironía.

Él la apretó más contra sí. Quizá ella se equivocaba. Quizá el rey aún lo juzgaría, pero valía la pena luchar por Elsberth.

Ella se aferró a él como si su vida dependiera de él. De repente, él se dio cuenta de que sentía lo mismo. Elsberth había traído calidez, amor y risas a su vida. Él la besó larga y apasionadamente.

Cuando finalmente se separaron, ella lo miró.

—¿Me llevarás en tu barco?

Iba a decir que no. Era demasiado peligroso. Y entonces volvió a mirarla a la cara y vio la esperanza y el entusiasmo, la curiosidad y la inteligencia.

—Sí —afirmó, sabiendo que no podía hacer menos, y sintió una euforia al pensar en tenerla a su lado, en compartir todo lo que anhelaba con la mujer a la que amaba.

Su sonrisa era brillante. Le iluminó el corazón.

Estaba aprendiendo a confiar de nuevo. Confiar en Elsberth. Pero sobre todo confiar en sí mismo.

La puerta se abrió de nuevo. Jamie estaba allí y los miró a ambos con solemnidad, luego sonrió.

—El rey quiere veros. A los dos.



La audiencia fue breve.

Callum MacDowell se sentó junto al rey. La esposa del rey se sentó al otro lado.

Niall y Elsberth entraron, con las manos entrelazadas. Elsberth miró a su alrededor, tratando de leer el veredicto. ¿Y si sus acciones habían perjudicado al clan Malcolm?

Entonces las puertas se abrieron de nuevo y Hammish entró también. Tenía el brazo vendado contra el pecho, pero sus ojos brillaban. Vio que Niall le echaba una mirada y asentía con la cabeza en señal de aprobación.

El rey Jaime los estudió a los tres durante varios momentos. Sintió que disfrutaba de su suspense.

Luego se levantó y se acercó a ellos.

—Ian Stewart y Dugald Cameron me han informado de todo lo que han oído, y también tenemos pruebas de Jamie MacDowell. Además, se descubrió a uno de los hombres de lord Betancourt registrando la habitación de James MacDowell mientras Betancourt se reunía con el joven Jamie en la posada. Ha confesado haberse reunido con los ingleses. Se encontró una gran cantidad de oro en la residencia de Lord Betancourt, junto con un documento del duque de Buckingham, en el que le prometía ciertas tierras a cambio de servicios especiales.

Esperó un momento para dejar que las palabras se asentaran.

—Tenemos una deuda de gratitud con usted, y nos complacería que aceptara algo a cambio.

—Un matrimonio —refunfuñó Callum MacDowell—. El sinvergüenza ha mancillado el nombre de mi sobrina.

El rey James miró a Niall con gesto interrogativo.

Elsberth se quedó helada. Niall no le había pedido realmente que se casara con él. ¿Y si le molestaba verse obligado a hacer algo

para lo que no estaba del todo preparado?

Pero no fue así. En cambio, se volvió hacia ella. Sus tensos labios dieron paso a una maravillosa sonrisa, una que ella nunca había visto antes. Le tendió la mano.

—Elsberth, ¿quieres ser mi esposa? ¿Quieres unirte a mí en el amor para acabar con la maldición del miedo, el odio y la venganza que han dividido a nuestros clanes?

Ella se quedó atónita ante las palabras, ante la sincera intensidad de las mismas. Era la primera vez que él mencionaba el amor. Su corazón comenzó a hincharse. Vio que su sonrisa comenzaba a desvanecerse ante su aparente vacilación.

—Oh, sí —gritó, y frente a su tío, su primo, su futuro cuñado, el rey y la reina, se puso de puntillas y lo besó.

Alguien aplaudió, pero él le devolvió el beso y a ella no le importó quién fuera.

—La muchacha no tiene decoro —oyó murmurar a su tío.

Niall finalmente se apartó y ella se volvió. Las manos de la reina estaban juntas y Elsberth supo que había sido ella quien había aplaudido.

—Los MacDowell y los Malcolm —dijo el rey—. Ojalá pudiéramos poner fin a todas las disputas en Escocia de esta manera. Espero que me inviten a la boda. —Se puso de pie y tendió la mano a su reina, con los ojos cálidamente fijos en los suyos. Salieron de la habitación, cogidos de la mano.

Su tío se quedó. Frunció el ceño mientras se acercaba a ellos. Los miró fijamente durante mucho tiempo.

—No puedo decir que te envidie, Malcolm —señaló—. Ella volvería loco a un hombre.

Elsberth pensó que sería toda la aprobación que conseguiría del viejo terrateniente.

Niall solo sonrió.

—Sospecho que tiene razón.

Le tomó la mano y le ofreció la otra al MacDowell. Para sorpresa de Elsberth, el hombre la tomó. Jamie sonrió y Hammish asintió con aprobación.

Su corazón cantaba. Se acercó y besó a su tío por primera vez en su memoria. Él se sonrojó, murmuró y pareció nervioso.

Luego ella y Niall se fueron, con las manos y las vidas entrelazadas. Tenían una boda que planear.

Epílogo

Niall oyó el llanto de un recién nacido.

No esperó ni un segundo más. Irrumpió en la habitación de su esposa.

La comadrona que había tenido en su casa estas dos últimas semanas estaba limpiando al bebé con un paño de lino. Alina estaba a su lado, radiante como si ella misma fuera madre. Y lo sería, si Gavin tenía algo que ver en ello.

La comadrona se puso de pie, arrullando al bebé que se retorcía.

—Una niña —dijo—. Una niña preciosa y sana.

Niall recuperó el aliento. Lentamente. Elsberth sonrió con cansancio. Tenía un aspecto pálido.

Niall tomó tiernamente a su hija en sus brazos, luego se sentó en la cama de Elsberth y le mostró a su madre a la niña. Elsberth examinó cada centímetro, hasta el dedo más pequeño del pie. Su sonrisa iluminaría la noche más oscura.

—¿Cómo la llamaremos? —preguntó él. Lástima que Elsberth ya estuviera comprometida. Elsberth significaba felicidad y eso era lo que ella le había dado en abundancia. Él quería lo mismo para su hija.

—Me gusta Cora —comentó ella—. Me dijiste que a tu Cora le encantaba reír. Y sonreír.

Su corazón se conmovió en su pecho. Él le había hablado de Cora, y ella había escuchado sin los celos que él había sentido cuando pensó que ella se preocupaba por Jamie de una manera más profunda que la amistad. Su corazón era enorme, y albergaba una empatía y compasión que nunca dejaban de humillarlo.

Él asintió, incapaz de hablar.

Ella sonrió débilmente.

—Tienes una hija además de un hijo. Dos niños sanos.

—¿Y mi esposa?

—Contenta. Y muy feliz. —Sus ojos brillaban con lágrimas, pero él sabía que eran lágrimas de felicidad.

Sintió que la tensión en su interior se desvanecía. A pesar de que el primer parto había sido fácil y el pequeño Jamie estaba prosperando, sintió miedo cuando ella le dijo que estaba embarazada de nuevo.

Sus primeros años juntos habían superado sus sueños. Hammish se había ganado el respeto de los Malcolm y se había quedado en Inverleith mientras Niall había vuelto al mar, con su esposa a su lado. Su tripulación se había quedado consternada al principio, temiendo que trajera mala suerte, pero el viaje había sido un éxito más allá de sus expectativas. Cada miembro había llegado a respetar a Elsberth, que nunca se quejaba y atendía incluso al miembro más bajo con gran cuidado y gentileza.

Habían viajado a Francia, luego a Venecia, y él siempre recordaría la alegría pura en su rostro cuando el viento le acariciaba a bordo y la maravilla en sus ojos al ver nuevas tierras.

Ahora ella brillaba de amor, y la maravilla era por sus hijos. Sus hijos. Ella se deleitaba en la maternidad, y cada vez que él la veía con su hijo, se derretía por dentro.

Por su bien, había intentado reprimir su miedo cuando ella anunció que estaba embarazada de nuevo. Había renunciado a hacerse a la mar y, en su lugar, había enviado a Hammish. El castillo que una vez había odiado se había convertido en un refugio. Él y Jamie habían entablado una profunda amistad, y el padre de Jamie había aceptado gradualmente, aunque con mal humor, el matrimonio y el fin de la enemistad. Esto había traído una nueva paz a las tierras de los Malcolm, y tanto las cosechas como el ganado estaban floreciendo. Por primera vez en su memoria, el miedo entre los Malcolm se había disipado, y los matrimonios, antes poco frecuentes, se estaban convirtiendo en algo común.

Aunque su brazo siempre estaría rígido, Hammish se había acostumbrado fácilmente al mar. Se adaptaba a su personalidad mucho mejor de lo que Niall había esperado, y su medio hermano continuó la tradición marinera que había traído riqueza a los Malcolm.

Pero ahora nada de eso importaba.

Alina se inclinó y cogió al bebé. Elsberth sabía que era solo cuestión de tiempo que Alina y el joven Gavin se casaran. Gavin tenía un brazo lisiado y Alina una pierna lisiada, pero su amor, por

muy joven que fuera, hacía que todos los demás parecieran lisiados en su lugar.

—Ahora ya conoces el final de la historia —le dijo Elsberth—. El príncipe vino del bosque. No quería ser príncipe, pero no pudo evitar lo que era.

Niall ahora conocía la historia que había comenzado hacía mucho tiempo. El capricho que tuvo un final retrasado.

Elsberth le tendió una mano, y él la tomó, apretándola con fuerza.

—Se ha ido —susurró—. La maldición se ha ido para siempre.



Hammish entró después de llamar suavemente. Acababa de regresar de un viaje para estar al lado de su hermano durante este acontecimiento, y había estado merodeando fuera. Sostuvo al pequeño Jamie, que, a los dieciocho meses, se esforzaba por que lo bajaran.

—Ven a ver a tu hermana —dijo Hammish, inclinándose para que el niño pudiera verla mejor.

Jamie agarró la pequeña mano de su hermana, y el puño de la pequeña Cora rodeó uno de sus dedos. Jamie sonrió feliz.

Con el corazón desbordado, Niall observó cómo su esposa ponía su mano alrededor de las de sus dos hijos. Los protegería con la misma fiereza con la que protegía todo lo que era querido en su vida.

En ese momento supo que la maldición había desaparecido, destruida por su gran espíritu. Y un amor que ahora sabía que podía conquistarlo todo.

Siguiente libro de la serie


Corazón Desgarrado
SERIE LOS HERMANOS MALCOLM - 2
ALISON DONOVAN

Corazón Desgarrado

Ella le salvó la vida, y le dio una razón para seguir adelante.

Desecho por la culpa de la muerte de su padre, **Hammish Malcolm** desea demostrar su valía en el campo de batalla. Pero mientras este se tiñe de sangre, Hammish descubre que no hay honor en esta carnicería.

Es entonces cuando es arrojado de su caballo y cae herido e inconsciente. Al despertar, descubre que una hermosa mujer lo cuida… y no alberga ningún recuerdo de quién es.

Tiempo atrás, **Ansley** galopaba junto a su marido y el clan de este. Ahora, tras enviudar, debe conformarse con recorrer los campos de batalla en busca de cualquier cosa de valor para sobrevivir ella y su pequeña hija. Pero cuando se topa con un enemigo herido no puede dejarlo morir sin más. Arriesgando su vida se lo llevará a su cabaña

donde lo cuidará, exponiendo un secreto ferozmente guardado que podría causarle la muerte.

Pero a medida que la pasión se enciende entre ellos, deberán afrontar las consecuencias de su amor imposible.